ADOLF SCHULTEN

TARTESSOS

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA MÁS ANTIGUA DE OCCIDENTE

RENACIMIENTO
Biblioteca Histórica
SEVILLA • 2006

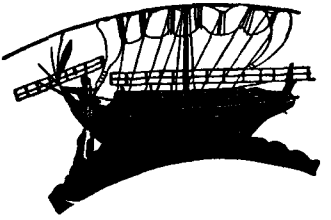
Adolf Schulten

TARTESSOS

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA MÁS ANTIGUA DE OCCIDENTE

Traducción de *Manuel García Morente*

Prólogo de *Michael Blech*



CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES
EDITORIAL RENACIMIENTO 2006

Se permite la reproducción de esta obra siempre y cuando se cite la fuente

PRÓLOGO

A finales de diciembre de 1921 Adolf Schulten llevó a término su obra *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens,* según la fecha de su prólogo. Esta fecha marca el fin de una época en la vida del autor, época que empezó con las excavaciones en los campamentos romanos del entorno de Numancia/Garray (1905) y en el Atalayón de la Atalaya de Renieblas –ambos ubicados en la provincia de Soria– y acabó con la última campaña en 1912. A partir de este momento empezaron los trabajos de mesa: los pasos previos necesarios para sacar a la luz una publicación, entre otras cosas la organización de las aportaciones de sus colaboradores, la búsqueda de financiación para la publicación planificada y por fin la impresión de su monumental obra, en total fue una larga empresa de veinte años, prolongada por la I Guerra Mundial y las carencias de la posguerra. Sólo el primer tomo pudo editarse pocos meses antes del estallido de la I Guerra Mundial, en el año 1914.

Este volumen I de *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912* (Numancia. Los resultados de las excavaciones de 1905-1912) contiene ya los argumentos esenciales de sus futuras aportaciones sobre *Tartessos*, su historia y su cultura.

El punto de partida de su trabajo fue la lectura de la *Ora Maritima* del poeta latino tardoantiguo Rufus Festus Avienus (s. IV d. C.), un fragmento de un poema que describe las costas mediterráneas y, entre otros, el enigmático asentamiento de *Tartessos*. Su deseo de localizarlo topográfica y cronológicamente fue el motivo de sus numerosas visitas a las zonas de la desembocadura del río Guadalquivir, entre Sanlúcar de Barrameda y Huelva, que terminaron en las infructuosas excavaciones del Cerro de Trigo. Algunos informes preliminares de su propia mano relatan sobre estas actividades. La fortuna del excavador le desamparó y no le permitió obtener la prueba material de su reconstrucción histórica y cultural de *Tartessos*.

Pero volvamos al transcurso cronológico de nuestro texto: ambos proyectos –el «derrotero» de Avieno y la reconstrucción «histórica» de la cultura tartésica– mantuvieron ocupado a Schulten durante la I Guerra Mundial, así como sus estudios sobre Viriato y Sertorio, famosos por su resistencia heroica frente al conquistador romano y temáticamente muy ligados a sus intereses numantinos.

Por fin el manuscrito de *Tartessos*, escrito durante la I Guerra Mundial, período en el que no pudo viajar al extranjero, se publicó en 1922 como parte de una serie, «Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandskunde» (Memorias de campo de las culturas y civilizaciones extranjeras»). La tirada fue de 500 ejemplares, una cantidad normal para una publicación científica dirigida a un público muy especializado y,

como era habitual en este tipo de publicaciones, su encuadernación es sencilla y austera, casi sin ornamentación excepto por una viñeta con un barco comercial griego, detalle de una copa ática de figuras negras (540/530 a.C). Londres, Museo Británico B436; compárese L. Casson, «Journal of Hellenic Studies», vol. 78 (1958), p. 14 con nota 8, lám. 5a.

Dos años más tarde, la versión castellana fue editada por José Ortega y Gasset (1883-1955), con una tirada de 1500 ejemplares y en una tipografía que cuadra con un texto literario de ensayo.

El libro mismo ya aparece anunciado por el propio Schulten en un texto suyo publicado en el que deja entrever el hilo de sus argumentos. Se trata del artículo «Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente» impreso en el primer volumen de la Revista de Occidente del año 1923 –una publicación mensual ligada al nombre de J. Ortega y Gasset– bajo el apartado: *Nuevos hechos, nuevas ideas* conforme con las pretensiones de complacer «en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte», etc., lo que se refleja en la cuidadosa ornamentación del pintor uruguayo Rafael Barradas, unos de los artistas del ambiente orteguiano. Parece ser que este texto encontró lugar apropiado dentro de este tomo por razones conceptuales.

Estas breves observaciones sobre sus dos ediciones monográficas nos permiten apreciar dos diferentes recepciones, la alemana, que acepta esta publicación sin gran entusiasmo, como una aportación científica más entre otras muchas y con muy poca repercusión a juzgar por las escasas reseñas, y la española que recibe el texto como algo que se encuadra en el ambiente intelectual de su lugar de edición.

El mismo tomo primero de la revista que acogió el boceto nos ofrece algunas pistas del ambiente intelectual. Bajo el mismo título *Nuevos hechos, nuevas ideas* se encuentra también el ensayo del etnólogo y morfólogo de culturas Leo Frobenius (1873-1938) *La cultura de la Atlántida*, que habla sobre el mismo tema que Schulten, sobre la Atlantis de Platón, según ambos un lejano eco de una cultura perdida, equiparado por Schulten a *Tartessos*, pero cada uno bajo un diferente planteamiento: L. Frobenius reflexiona sobre la vida de las culturas africanas a las que él llama atlánticas, que nacen y mueren como organismos, dejando restos en la sotierra africana, y Schulten trata de reconstruir la historia de una cultura y sus rastros materiales; pero ambos hablan de una Atlántida y de su cultura desaparecida «por completo para la ciencia y el pensamiento europeo». Para ambos autores la misión consiste en resucitarla.

El interés del editor J. Ortega y Gasset en el tema de Tartessos se refleja no solamente en una noticia, en el mismo tomo de la revista, referida a las excavaciones de Schulten en el Cerro del Trigo del Coto de Doñana en su búsqueda de *Tartessos* –ya identificado como tal por Jorge Bonsor (1855-1930), unos de los pioneros de la arqueología–, sino también, y mucho más evidente, en su ensayo *Atlántida* del año 1923 (J. Ortega y Gasset, *Obras completas,* tomo III (editorial Revista de Occidente, Madrid 1950), pp. 281-316: Según sus palabras, nuestras ideas del mundo se extendieron a cuatro «dimensiones», por la prehistoria hacia las profundidades del tiempo, por la penetración hacia las culturas del Lejano Oriente, por la etnografía y por las Atlántidas, culturas sumergidas o evaporadas, como es el caso de *Tartessos*. Dentro de este marco Orte-

ga destaca la importancia de esta obra de Schulten en una larga reseña subtitulada *Tartesia* que termina con el siguiente párrafo: «Me interesa sobre todo, como síntoma de la actual sensibilidad europea, que mientras en la superficie parece muy preocupada por la liquidación de la guerra, en su fondo secreto se dispone aparejar hacia Atalantidas, a huir del presente y refugiarse no se sabe bien dónde –en lejanías, en profundidades, en ausencias. Vivimos una hora muy característica de transición espiritual, y aún son pocos los que han llegado a tierra nueva y estadiza. Los demás viven en fuga sentimental, dispuestos a ausentarse de lo que construye la forma ya caduca, pero aún vigente de la existencia europea».

Schulten tenía en ese momento 54 años y contaba con una cierta popularidad, en los círculos culturales hispanos como excavador de los campamentos romanos del entorno de Numancia. En el mundo académico de la Historia Antigua también se valoró su edición comentada de Avieno como volumen I de la colección *Fontes Hispaniae Antiquae*, que recoge las fuentes sobre la historia antigua hispánica, y además la traducción castellana de su aportación a la *Realencyklopädie der classischen Altertumswissenschaft* bajo la voz *Hispania*; solamente la publicación del texto sobre *Tartessos* traspasó las barreras académicas y penetró en un ámbito cultural mucho más amplio.

Por parte de Schulten no hay el menor indicio o alusión al tema, es decir, a que fuera consciente del impacto social que supuso la lectura de su texto por parte de un público *laico* a la búsqueda de nuevas culturas y sus respectivas evoluciones, y mucho menos se dio cuenta de las condiciones favorables, en

los círculos intelectuales del Madrid de los años veinte, para la recepción de un concepto de historia que enlace una cultura desvanecida con elementos que pervivieron hasta hoy en día; y tampoco se refiere directa o indirectamente a las obras morfológicas de L. Frobenius y de Oswald Spengler (1880-1936) como el popular autor de la obra *Untergang des Abendlandes* (Tomo I, 1918), también publicado por la editorial de la Revista de Occidente bajo el título *La decadencia de Occidente, un bosquejo de la morfología de la historia universal* (1923), con una introducción de J. Ortega y Gasset.

Algunos rasgos de su obra se pueden entender mejor si repasamos su curriculum vitae:

Adolf Schulten vivió casi noventa años, es decir, cerca de medio siglo del «Kaiserreich», un decenio y medio de la república de «Weimar», trece años del «III Reich», hasta los comienzos de la República Federal de Alemania. Schulten nació el 27 de mayo de 1870 en Wuppertal-Elberfeld. Su padre fue un directivo de « F. Bayer-Farben»(fábrica química de colores). Después del bachillerato superior estudió griego desde 1888 con el famoso filólogo clásico Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff (1880-1936), quien fue yerno de Theodor Mommsen. Además estudió latín con el catedrático Friedrich Leo (1851-1914) en la Universidad de Göttingen. En 1892 se doctoró con el tema *De conventibus civium Romanorum.* Siguiendo el consejo de Wilamowitz cambió la Universidad de Göttingen por la de Berlín para estudiar Epigrafía y Derecho Romano, ambas especialidades de Th. Mommsen. Mommsen fue un personaje dominante dentro de los círculos académicos de Berlín. Tuvo que suspender sus estudios por-

que, habiendo sido recomendado por Wilamowitz en 1894, le fue concedida la beca de viaje del Instituto Arqueológico Alemán, un tour casi obligado para los futuros arqueólogos e historiadores clásicos. En 1886 por intervención personal de Wilamowitz había sido nombrado docente extraordinario de Historia Antigua en la Universidad de Göttingen, y ya en 1907 se le concedió la cátedra de Historia Antigua en Erlangen (Baviera).

Dentro de su vida se produjo un hiato a comienzos del nuevo siglo, en el invierno de 1901/02, provocado por este decisivo acontecimiento clave: Cuando leyó la Iberiké del historiador Apiano de Alejandría (s. I d. C.), le llamo la atención la topografía exacta de los alrededores de *Numantia*. Convencido de que esta noticia se remite al testigo de las campañas de Escipión –según Schulten, el historiador Polibio– concibió la idea de realizar una comprobación en el mismo lugar de los hechos y visitó por vez primera el cerro de Numancia (Garray, prov. Soria) en agosto de 1902. Hasta este momento había trabajado sobre temas como agrimensores, el colonato, el catastro romano, etc., y el África romana, pero a partir de entonces se ocupa cada vez más de cuestiones relacionadas con la historia y la arqueología de la Península Ibérica.

Había encontrado su rumbo, su proceso de formación se terminó con este encuentro de la filología, la historia antigua, la topografía y, por fin, la arqueología. El siguiente medio siglo está lleno de actividades, de viajes, prospecciones y también de excavación en Cáceres el Viejo –el campamento romano de Metellus Castra Caecilia– y de proyectos como las *Fontes Hipaniae Antiquae,* tom. I-IX (1989) (en colaboración con

la Universidad de Barcelona) e *Iberische Landeskunde*, tom. I-VIII llevado a cabo por Antonio Tovar (1989), etc.

Desde 1935 fue profesor emérito y murió el 19 de marzo de 1960 a la edad de casi 90 años.

En conjunto se trata de un currículo corriente dentro de un ambiente académico altamente profesionalizado, patrocinado por un influyente catedrático como Wilamowitz y con el respaldo de una familia acomodada. Sus relaciones con España constituyen la sola diferencia que le hace destacar de sus colegas alemanes, diferencia que también queda plasmada en su epitafio sobre su tumba en Erlangen: *Adolph Schulten/natione Germanico/amicus Hispaniae* (Adolf Schulten/ germánico de nación/amigo de Hispania).

Schulten ocupó la cátedra de Historia Antigua, pero por su formación era un filólogo clásico. La base de sus trabajos pusieron a su servicio las fuentes antiguas que utilizó como punto de partida para su reconstrucción de una gran cultura occidental, la de *Tartessos*. La arqueología tenía la obligación de ampliar las fuentes materiales y solucionar los problemas filológicos de la topografía, de la identificación de los lugares, de la ubicación de los hechos. Resultó *ancilla* (doncella) y *arbiter* (arbitro) a la vez.

Fue un hijo típico de su época, la de los grandes descubrimientos que ampliaron los horizontes geográficos e históricos, un contexto donde la arqueología tuvo un papel especial: no sólo se descubrieron nuevas culturas, sino también una nueva y profunda dimensión del tiempo en el que se retrocedió paso a paso hasta una lejanía infinita, superior a todo lo imaginable para la gente de pasados siglos cuya visión se basa-

ba en el mundo bíblico. Pero estos progresos tenían diferentes valoraciones, para J. Ortega y Gasset, una ampliación de las perspectivas: «..., no acierta ahora a encajar en una única perspectiva los enormes territorios súbitamente añadidos,» que conduce a una Historia general policéntrica (*op. cit.*) y para Schulten y sus coetáneos la arqueología no fue sino una «Eroberungswissenschaft», una ciencia conquistadora de culturas olvidadas en el espacio y tiempo. Los arqueólogos fueron sus héroes, sus espadas las azadas y palas y sus campos de batalla las excavaciones, una metáfora ajena a las cogitaciones intelectuales de Ortega y Gasset.

Una de las figuras señeras de esta época es Heinrich Schliemann (1822-1890) a la que se refiere Schulten indirectamente en el prólogo de Tartessos, sin necesidad de mencionar su nombre. Su figura estuvo presente en el público alemán como el gran descubridor del llamado mundo homérico y de la realidad existente detrás de los cantos de la Ilíada.

«La pequeña ciudad de Troya ha llegado a poseer, por obra del gran poeta, uno de los más ilustres nombres de la historia. En cambio, Tarschisch-Tartessos, el más antiguo centro cultural de Occidente, después de haber sido destruida por la envidia de los cartagineses, quedó envuelta en las sombras de una tradición desfavorable y cayó en el más profundo olvido». *Tartessos* no tenía rapsoda, pero ¡por fin sí tenía un redescubridor e historiador!

Según Schulten, las noticias tartésicas de Avieno pertenecen al estrato antiguo de este periplo poético, que se remonta al siglo VI a.C. Esta tradición se debería a un navegante y explorador massaliota del 530 a.C. que vivió aproximadamen-

te durante la última fase de Tartesos. A este tiempo remiten también las pocas citas del historiador Herodoto (s. V. a.C.) y del poeta lírico Stesichoros (s. VI a.C.) sobre una ciudad y región semimítica y a la fase anterior, las fuentes bíblicas, que hablan de las naves de Taršiš, y Taršiš ...y más lejos nos conducen hasta la prehistoria, a la Edad de Bronce.

Su empeño en comentar la *Ora Maritima* le llevó consecuentemente a su obra sobre *Tartessos*: esta cultura abarca más de dos mil quinientos años. Los metales fueron el vehículo de su desarrollo: el cobre de las minas tartesias o el estaño que traían de la Bretaña y de las islas Británicas para vendérselos a los mercaderes del oriente. Los tartesios tenían sus precursores –los ligures– del mismo modo que los fenicios fueron precedidos por los cretenses, la más antigua potencia marítima del Mediterráneo. Los pre-tartesios son los representantes de una cultura que se refleja en los restos llamativos de los sepulcros megalíticos y su expansión en la distribución de copas campaniformes.

Después de los mercaderes cretenses o carios vinieron los tirios a *Tartessos*, «quizás a partir de 1200 a.C...», que luego fundaron una colonia en la isla de Cádiz, en buena paz y armonía con *Tartessos*. Con los viajes de los fenicios, *Tartessos* sale de las sombras prehistóricas y penetra en la claridad de la tradición histórica. La codicia de éstos hace que al principio convivan pacíficamente con el fin de fundar nuevas colonias como *Malaca*, *Sexi* o *Abdera* y que hacia el 800 a.C. sometan a los pacíficos tartesios. Sólo con el cerco asirio a la ciudad de Tiro consiguen liberarse del yugo fenicio. Durante los siguientes 150 años se produce el increíblemente largo periodo de gobierno del semimítico rey Argantonio.

Este vacío que dejaron los fenicios vienen a llenarlo los griegos jónicos que fundaron *Mainake* en la Costa del Sol, la colonia griega más occidental. Schulten suponía que ésta, emplazada sobre el Peñón de la desembocadura del río Vélez, estaba destinada a facilitar su comercio con *Tartessos*.

A las desastrosas consecuencias de la batalla naval de Alalia (Córcega), entre los cartagineses y sus aliados etruscos y los griegos-foceos, hacia el 540/30 a. C., se debe el fortalecimiento de Carthago, que a su vez lleva a la destrucción de *Tartessos* e incluso de *Mainake*. Tras el exterminio de los competidores más molestos, especialmente los gaditanos, los Cartagineses se hacen con el monopolio comercial durante los siguientes 500 años. Ahora son sus embarcaciones las que parten de la región tartésica hacia tan lejanas tierras de las islas Casitérides para recoger el estaño.

El dominio de Tartesos, seguramente pacífico, se extendió por toda Andalucía, desde el Guadiana al Oeste, hasta el Cabo Nao al Este, y Sierra Morena al Norte, es decir, abarcaba toda Andalucía y Murcia, y numerosas tribus, la mayoría ibéricos, como la de los mastienos. Bajo reyes que descendían de los dioses se construyeron carreteras y canales, se plantaron viñedos y olivares. La sociedad se articulaba en jerarquías. La convivencia se regía por leyes. Destacadas características de este estado coinciden con la Atlántida de Platón, que muestra un parecido sorprendente con *Tartessos*. Platón describió a Gades y su comarca como *Tartessos*, y con ello dio una imagen muy nítida y poética de un *Tartessos* dichoso y feliz, situado en la desembocadura del Guadalquivir.

Este boceto schulteniano de un gran estado, que tenía como modelo a los imperios orientales, tuvo como propósito ordenar las confusas referencias a *Tartessos*. Los autores antiguos y modernos nos permiten sacar del olvido el viejo nombre y, en lo posible, impulsar el descubrimiento de la famosa ciudad. Schulten tomó a su cargo esta empresa como había tomado la de Numancia.

El verano de 1923 J. Bonsor excavó en el Cerro de Trigo (Almonte), en el Coto de Doñana, acompañado por A. Schulten y por el general bávaro A. Lammerer como topógrafo. También contó, en esta ocasión, con la ayuda y protección del Duque de Tarifa y Denia, que no sólo puso a su disposición el alojamiento en el pabellón de caza de la marisma, sino que además corrió con los gastos.

Sin embargo la búsqueda de *Tartessos* había fracasado. La hipotética reconstrucción de su historia y cultura no pasó la prueba de la pala. Pero Schulten insistió en su idea en el prólogo de la segunda edición castellana de 1945.

La base de esta reconstrucción era bastante frágil desde el principio. La *Ora Maritima* de Avieno como punto de partida se muestra como una fuente turbia. Lo que éste pretende no es proporcionar información geográfica precisa sino escribir un poema histórico sobre datos geográficos del pasado.

Pero ni esta fuente, o dicho más prudentemente, esta transmisión histórica de fuentes antiguas, ni las diversas menciones de Tartesos ni mucho menos aquella de arbitrarias deformaciones, componen un cuadro homogéneo. En este sentido hay que tener en cuenta la metódica advertencia de Javier de Hoz: «Hoy por hoy, las afirmaciones de Avieno valen lo que

vale su fuente en los casos en que la menciona explícitamente: en los restantes su valor necesita confirmación externa.»

También la identificación topográfica misma del *Tartessos* de Schulten quedó solamente como una de las muchas propuestas como Huelva, *Carteia* o Cádiz. Parece cada vez más evidente que no se trata de una ciudad sino de una región que los fenicios, y más tarde los griegos, visitaron y llamaron Tarschisch/Taršiš o Tartesos (según la tradición oriental) y Tartessos (según las fuentes griegas) respectivamente, tomando como base un nombre indígena de sonido semejante.

Los estudios tartésicos de Schulten no descubrieron un mundo nuevo. Ya tenían predecesores, por un lado los historiadores locales de los dos siglos anteriores, que identificaron diferentes lugares con la intención de unir su pueblo a un pasado muy antiguo, y por otro lado sus coetáneos como Antonio Blázquez Delgado Aguilera (1859-1950) –autor de una edición comentada de la *Ora Maritima*– y Jorge Bonsor quien, siguiendo el consejo de Blázquez, visitó el Coto de Doñana con el permiso del Duque de Tarifa y Denia e identificó, como lo harían Schulten y Lammerer dos años más tarde, el Cerro del Trigo en la orilla occidental de la desembocadura del Guadalquivir como el emplazamiento de *Tartessos*.

Es evidente que el gran edificio tartésico de Schulten no existió como una realidad histórica sino como un documento historiográfico que representa un testimonio del ambiente cultural de su época: p.e. la construcción de un estado como el de *Tartessos*, las explicaciones de cambios por la difusión en forma de migraciones, relaciones comerciales y la propagación de los elementos espirituales y materiales, los rasgos de un

pueblo que se remontan hasta la prehistoria sin respetar las rupturas profundas y las mezclas de los pueblos durante la historia (como «En la alegre Andalucía, que con su sol y vino, sus cantes y bailes goza la vida hermosa, vive todavía hoy algo de los Feacios y Atlántidas, de Tartessios y Turdetanos. Esta región es aún hoy una "Isla de los Bienaventurados" al margen de un mundo que en eternas luchas se destruye a sí mismo»), etc. No es necesario insistir en este trasfondo ideológico después de las aportaciones de una amplia generación de investigadores españoles como G. Cruz Andreotti, R. Olmos, M. Fernández Miranda, F. Wulff Alonso y otros.

Pero Schulten creó con esta obra, aparentemente, un boceto de estructuras históricas basadas sustancialmente en fuentes literarias. Su aspecto era el de un *patchwork* compuesto por elementos de diferente origen y valor pero con una cierta atracción para sus colegas –los arqueólogos. Esta construcción filológica ofreció un concepto explicativo para los mudos hallazgos arqueológicos, que encontraron un cierto sentido histórico dentro de un mundo con nombres, estructuras sociales, políticas y acontecimientos. Bajo su amplio techo hallaron cobijo testimonios materiales de diversa índole, como las importaciones mediterráneas del Oriente Próximo y sus imitaciones, pero también las importaciones griegas como especialmente los vasos de diferentes regiones, pero también productos autóctonos como la cerámica bruñida ...

Parece que la debilidad de la construcción, después de tantas críticas de diferente tipo: ideológicas, filológicas, metodológicas, etc., no afecta fundamentalmente a la utilización de la palabra Tartes(s)os. Según una definición del año 1982,

que hallamos en la continuación de las «Jornadas arqueológicas sobre las colonizaciones orientales» en Huelva: «Llamamos Tartéssica a la cultura de Bronce Final del Valle del Guadalquivir y Huelva, principalmente, que sufre un profundo proceso de aculturación a partir de la llegada de los primeros elementos coloniales y decae a partir de fines del s. VI a. C. dando lugar a la formación de la Cultura Turdetana». Tal definición resulta bastante insatisfactoria, especialmente cuando se empieza a investigar o profundizar en los aspectos indígenas de este mundo protohistórico. Este nombre griego Tartes(s)os –y mucho menos el nombre oriental Taršiš– se ha convertido al mismo tiempo en un *terminus technicus* de una cultura protohistórica orientalizante y también en una palabra poética que suena a reinos perdidos y regiones utópicas. La sombra de Schulten no se desvanecerá en tanto que no se sustituya por algo más prosaico –cultura protohistórica del Suroeste.

RESUMEN

El *Tartessos* de Schulten abarca una amplia colección de fuentes escritas sobre nuestro tema, «un recurso de gran utilidad para todos los tipos de trabajos», pero «..no se limita a aceptar la que le pareció conveniente al recopilador de la edición o la que él mismo elige porque se ajusta bien a lo que piensa» (F. Wulff Alonso).

Al mismo tiempo nos presenta un documento histórico de sus épocas alrededor de la I Guerra Mundial, por un lado

como testimonio de su ambiente germánico, de su buena formación en las lenguas clásicas, de las tradiciones románticas que se presentan en sus elogios de la lucha heroica de los pueblos indígenas contra Roma (pensemos en sus comparaciones con las luchas contra Napoleón), en la forma de sus valoraciones de los rasgos propios de los pueblos como el de los Andaluces, pero también en el hábito de un H. Schliemann en tanto descubridor de una gran cultura, como miembro de una generación llena de confianza en los progresos de la conquista del tiempo y el espacio; y por otro lado también resulta un documento del ambiente intelectual de los círculos ortegianos en la búsqueda de nuevos conceptos y nuevas ideas tras una guerra mundial. El concepto de una gran cultura y de un bien organizado estado en el Suroeste, hace dos mil años, pervivió como parte de un pasado utópico dentro de una subcultura, según escribió M. Tarradell decenios después de la Guerra Civil. Pero el nombre de Tartesos no se ha perdido y sirve aún como cajón de sastre para definiciones científicas de una cultura orientalizante en el Suroeste de España de matices variables.

MICHAEL BLECH

Bad Krozingen 15 de junio de 2006

BIBLIOGRAFÍA

SCHULTEN SOBRE TARTESSOS

A. SCHULTEN, *Tartessos. Ein Beitrag zu ältesten Geschichte des Westens*, Hamburgo 1922.

A. SCHULTEN, «Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente», *Revista de Occidente* 1, 1923, pp. 67-94.

A SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid 1924, trad. por M.G. Llorente; v. SCHULTEN 1922.

A. SCHULTEN, *Tartessos*, trad., Madrid 1945 y 1971.

A. SCHULTEN, *Tartessos. Ein Beitrag zu ältesten Geschichte des Westens*, Hamburgo 1950.

Cf.: (sin autor sobre las excavaciones en el Cerro de Trigo en búsqueda de Tartessos) *sub voce* «astericsos»: *Revista de Occidente* 1, 1923, p. 392.

Cf. J. BONSOR, *Tartesos, excavaciones practicadas en 1923 en el Cerro de Trigo, termino de Almonte (Huelva)*, Memoria, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 1927 (no. 5) (Madrid 1928).

DISCUSIONES ENTORNO A SCHULTEN Y SU OBRA

G. CRUZ ANDREOTTI, «Notas al Tartessos de Schulten; comercio y estado», en: *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba 1993, pp. 393-399.

J.L. LÓPEZ CASTRO, «Ψεῦσμα Φοινικόν. Fenicios y cartagineses en la obra de Adolf Schulten: una aproxiamción historiogáfica», *Gerión* 14, 1996, pp. 290-310.

J. ORTEGA y GASSET, «Las Atlántidas», en: *Obras completas* vol. III 1917-1928 (1950) 281-316.

R. OLMOS, «A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del s. XX», en: J. ARCE y R. OLMOS (coord.), *Historiografía de la arqueologia y de la historia antigua en España, Actas del Congreso Internacional*, Madrid 1988 (Madrid 1991), 91-94.

L. PERICOT GARCÍA; «Schulten y Tartessos», en: *Tartessos y sus problemas, V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, 1968 (Barcelona 1969), 63-74.

B. SASSE, en: *Reallexikon der Germanischen Altertumskunde*, tomo 29 (Berlin 2005), pp. 285-322, s.v. «Spanien und Portugal».

M. TARRADELL, «A. Schulten. Medio siglo de Historia de España», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11, 1975, 381-406.

F. WULFF, «Adolf Schulten, historia antigua, arqueología y racismo en medio siglo de historia europeo», en: A. SCHULTEN (ed. F. Wulff), *Historia de Numancia*, Pamplona 2004, pp. VII-CCLVI.

Últimas aportaciones sobre Tartes(s)os y sus problemas

M. KOCH, *Taršiš e Hispania. Etudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibéri-*

ca, Madrid 2004 (=trad. de la versión alemana: *Tarschisch und Hispanien: historisch-geographische und namenskundliche Untersuchungen zur phönikischen Kolonisation der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen 14 , Berlin 1984.

M. TORRES ORTIZ, *Tartessos*, Madrid 2002.

D. RUIZ MATA, «Tartessos», en: M. Almagro Gorbea (ed.), *Protohistoria de la Península*, Barcelona 2001.

J. FERNÁNDEZ JURADO, *Tartessos en el tiempo*, Huelva 2005.

Algunas aportaciones entorno a Atlantis

L. FROBENIUS, «La cultura de la Atlántida», *Revista de Occidente* 1, 1923, 289-318.

B. BRENTJES, *Atlantis. Geschichte einer Utopie*, Köln 1994.

P. VIDAL-NAQUET, *L'Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico,* Madrid 2006.

Fuentes antiguas

A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae I, Avienus*, Ora Maritima, Berlin/Barcelona 1921.

J. MANGAS y D. PLACIDO, *Testimonia Hispania Antiqua I, Avieno*, Madrid 1994.

INTRODUCCIÓN

... multa et opulens civitas
ævo vetusto, nunc egena, nunc brevis,
nunc destituta, nunc ruinarum agger est.

[Grande y opulenta ciudad en épocas antiguas, ahora pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un campo de ruinas.]

Avieno, *Ora maritima.*

La pequeña ciudad de Troya ha llegado a poseer, por obra del gran poeta, uno de los más ilustres nombres de la historia. En cambio, Tarschisch-Tartessos, la primera ciudad comercial y el más antiguo centro cultural de Occidente, después de haber sido destruída por la envidia de los cartagineses, quedó envuelta en las sombras de una tradición desfavorable y cayó en el más profundo olvido. Ello sucedió primeramente en la antigüedad porque los cartagineses, habiendo cerrado el estrecho de Gibraltar, convirtieron el Occidente remoto otra vez en tierra incógnita, hasta el punto de haberse confundido Tartessos con Gades. Volvió a suceder, empero, en la época moderna. Tartessos quedó obscurecida por un error de Lutero, quien, en su versión de la Biblia, tradujo Tarschisch por «mar», eliminando así un nombre que el libro sagrado hubiera podido popularizar. Luego también Movers, el erudito pero poco crítico historiador de los fenicios, se esforzó en demostrar que la ciudad

de Tartessos no había existido, opinión que fué seguida por la mayor parte de los sabios; que es natural propensión de los hombres repetir los dichos ajenos. En fin, al olvido de Tartessos ha contribuído igualmente el desconocimiento del valiosísimo testimonio que acerca de esta ciudad nos ofrece el periplo marsellés del siglo VI a. de J. C. contenido en la *Ora maritima* de Avieno.

El presente libro se propone ordenar las confusas referencias que de Tartessos nos dan los autores antiguos y modernos, sacar del olvido el viejo nombre y, en lo posible, impulsar al descubrimiento de la famosa ciudad. Su autor ha estado ya varias veces en la desembocadura del río Tartessos—Guadalquivir—buscando la Vineta española. Sus esfuerzos no han sido todavía coronados por el éxito; pero ésta no es razón para abandonar la empresa, sino un acicate más para proseguir en ella. Y si a él mismo no le fuera deparada la fortuna de encontrar la vieja Tartessos, acaso estas páginas indiquen a otros la ruta segura. Lo que importa es el éxito, no quien lo obtenga.

Pero aun cuando no se lograse desenterrar la ciudad sepultada, su antiquísima cultura, y sobre todo su importancia en la historia antigua de Occidente y aun de Oriente, irá apareciendo cada día más clara merced a los descubrimientos arqueológicos. Si entonces muchas partes de este libro resultan superadas, habrá el autor realizado su propósito de fomentar las investigaciones: «Que nuestra ciencia es un fragmento y nuestras profecías son fragmentos, y cuando llegue la perfección, entonces habrán acabado los fragmentos».

A. Schulten.

Erlangen, diciembre de 1921.

CAPÍTULO I

Las referencias más antiguas

El nombre de la ciudad que constituye el objeto de estas investigaciones está envuelto en un encanto peculiar. Tarschisch(תַּרְשִׁישׁ), la llamaban los fenicios; Tartessos (Ταρτησσός), los griegos. Es la más antigua ciudad comercial y el primer centro cultural de Occidente, emporio hespérico comparable a aquellos focos antiquísimos de la cultura oriental: Babilonia y Nínive, Memfis y Tebas, Knossos y Faistos.

En el milenio segundo antes de J. C., cuando el resto de las tierras occidentales era aún habitado por pueblos bárbaros, cuyas hordas salvajes se empujaban continuamente unas a otras, florecía ya a orillas del Guadalquivir, del río Tartessos, un Estado rico y bien organizado. Y mientras la obscuridad más profunda se cierne sobre aquellas fluctuaciones nomádicas, Tarschisch, en cambio, recibe de Oriente la clara luz de una antiquísima tradición histórica.

Según datos ciertos del Antiguo Testamento, era Tarschisch ya en la época del rey Salomón (1000 a. de J. C.) un riquísimo emporio y el objetivo de las navegaciones fenicias.

No cabe duda de que la Tarschisch bíblica y la Tartessos griega son una y la misma ciudad (1). Polibio, en efecto, indi-

---

(1) El primero que conoció la identidad de Tarschisch y Tartessos fué el erudito jesuíta español Pineda, en *De rebus Salomonis*, 4, 14. Siguióle

ca Τάρσις, esto es, Tarschisch, como forma púnica del nombre de Tartessos. La expresión Μαστία Ταρσήιος, es decir, «Mastia en el reino de Tartessos», figura en el segundo tratado romano-cartaginés del año 348 a. de J. C. (Pol. 3, 24, 2); el nombre está escrito, naturalmente, en su forma púnica. Los mercenarios naturales de Tarsis y su comarca llámanse Θερσῖται en la inscripción de Aníbal (Pol. 3, 33, 9), es decir, igualmente en un texto de origen púnico (1). La forma Tarsis está además abonada por los traductores del Antiguo Testamento, que traducen Tarschisch por Tarsis, y por el hecho de habérsela confundido con Tarsos en Cilicia (v. cap. VII). Es curioso y extraño encontrar Tarsis empleado como nombre de persona en un epigrama funerario latino de época posterior (CIL, V, 61, 34; Bücheler, *Carmina* epigr. 1.309:

Lesbia quam tulerat tellus, pulcherrima Tarsis
(indicio sit amor totius Hesperiæ),
quam ereptam terris pia numina subtraxerunt,
hanc sibi sola domum corporis constituit.

[La bellísima Tarsis, a quien sostuvo la tierra Lesbia,
(como lo demuestra el amor de toda la Hesperia)
y a quien arrebataron del mundo las piadosas divinidades,
se construyó para sí sola esta mansión del cuerpo.]

Bochart en su *Topographia sacra* (1674), pars prior: Phaleg, capítulo VII: Tarsis. El libro de Bochart era fundamental en las cuestiones de topografía bíblica.

(1) La vacilación en la vocal—por ejemplo, Τάρσις y Θερσῖται—se da también en el nombre del río homónimo, en Tartessos, que a veces aparece escrito en la forma *Tertis* (v. págs. 13 y 14). En fuentes posteriores griegas y romanas encuéntrase el nombre de la ciudad escrito con *u: Turta*, en Catón; Τουρδητανοί, en Polibio, 34, 9; Τουρτυτανοί, en Artemidoro (véase mi libro *Numantia*, I, 34). En relación con estos nombres se halla el de *Turtu-melis*, que lleva uno de los jinetes de la Turma Salluitana (Gatti, *Bull. della Commiss., Arch. Mun. di Roma*, 1909, 47). Son frecuentes los cambios de vocal ante *r* (Karduchos, Kordyene, Kurdos; *ursus*, ἄρκτος; Θερσίτης, θάρσος).

El nombre indígena de la ciudad era, al parecer, Tart-is, como su río (v. pág. 12). Pero los semitas lo convirtieron en Tarsch-isch; los focenses, o sus predecesores los cretenses (véase pág. 20), en Tart-essos. El cambio de dental en silbante o viceversa ocurre en las palabras que se corresponden fonéticamente dentro del grupo de los idiomas semíticos (el hebreo dice *Aschur* y el arameo *Athur;* el hebreo dice Baschan y el arameo Batan; el hebreo dice *ṣūr* —roca— y el arameo *ṭūr);* pero también se verifica cuando un idioma semítico toma una palabra de una lengua extranjera. Así, por ejemplo, el griego Στράτων (Στράτωνος πύργος, torre de S.), se convirtieron hebreo en *Scharschon.* Esta transformación de la *t* de *Tart* en la *sch* semítica se explicaría perfectamente suponiendo que la dental era algo ceceante; y esto precisamente sucedía en la lengua ibérica (1), en la cual *tart* se pronunciaba *tarz* (como la *th* inglesa de *thing).* Polibio reproduce la terminación *isch* por *-is,* lo cual nos permite suponer que la forma terminal indígena era *-is,* pues el nombre del río en el cual estuvo Tarsis era Tert-is, y el sufijo *-is* es un sufijo ibérico muy frecuente en Turdetania (Hispalis, Bætis, Astigis, etc.)

El nombre indígena de la ciudad se ha conservado también en el de su río, que en griego se llamaba Ταρτ-ησσός, y en la tradición indígena Πέρκ-ης (Estéf. Biz., v. Βαῖτις) o Tert-is (Livio, 28, 22; *certis* es evidentemente una errata de *tertis);* de-

---

(1) En ibérico el mismo nombre se escribe unas veces con *t*, otras con *th: thitaqs* y *t(i)taqs* (Mon. Ling. Iber., p. XLVIII; Schuchardt, *Iber. Deklination,* 28); Consabura y Condabura (Mon. Ling. Iber., 230), la actual Oropesa y la antigua Orospeda; los romanos oían *Arse* (Monedas de Sagunto; Mon. Ling. Iber. N. 40) como Ardea (Livio, 21, 7, 2). Lo mismo sucede en céltico, donde la *d* es reproducida por *th*, Θ, *ds*, *s*. (Holder, *Altkelt. Sprachschatz.* letra D).

bía sonar, pues, Tartis o Tertis (1). El nombre de Bætis, que los romanos usaban corrientemente—y que da origen al nombre de Bæturia (2) aplicado a la comarca vecina—, tiene gran afinidad con Bætulo, en Cataluña, y Bæterræ, en la Provenza, y acaso también con los Bætasios de Bélgica; no es un nombre turdetano, sino probablemente ligur, ya que los ligures habitaron en el Bætis inferior, como también en aquellas otras regiones. En tal caso, quizás haya sido Bætis el nombre más antiguo, pretartesio, y Tartessos el nombre más moderno, introducido por los tartesios. Después de la destrucción de la ciudad volvería a emplearse el nombre primitivo.

La referencia *contemporánea* más antigua sobre Tarschisch (3) es de 730 a. de J. C. Se encuentra en el profeta Isaías. Leemos en Isaías, 2, 16: «porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo y sobre todo ensalzado; y será abatido..., y sobre todos los cedros del Líbano altos y sublimes, y sobre los alcornoques de Basan..., y sobre todas las *naves de Tarsis*, y sobre todas cosas preciadas».

De la época anterior al destierro (586 a. de J. C.) procede también la referencia de 1.° de los Reyes, 22, 49: «Había Josaphat hecho *navíos de Tarsis*, los cuales habían de ir a Ophir por oro.» De la misma época es probablemente la referencia de 1.° de los Reyes, 10, 22: «porque el rey (Salomón) tenía *naves*

---

(1) Así Movers, *Phönizier*, 2, 2, pág. 612.

(2) Quizás pertenezcan a este grupo también Bæs-ippo, Bes-ilus (ciudad y río al sur de Gades) y Bæs-ucci, pues la forma antigua de Bæt-erræ era Bes-ara, y en ibérico es frecuente el cambio de *t* y *s* (v. supra, pág. 13).

(3) Los textos acerca de Tarschisch se encuentran en Gesenius: *Thesaurus Vet. Testamenti* (1843), pág. 1.315. Véase también Riehm, *Handwörterbuch des bibl. Altertums* (1884), 2, 1.613; Guthe, *Bibelwörterbuch* (1913), 667. Las traducciones de los textos bíblicos que se citan siguen casi al pie de la letra la española de Cipriano de Valera.

de Tarsis en el mar con las naves de Hiram; una vez cada tres años venían las *naves de Tarsis* y traían oro, plata, marfil, simios y pavos». Lo mismo puede decirse de la referencia de Salmos, 72, 10 (hacia 650 a. de J. C.): «los reyes de *Tarsis* y de las islas traerán presentes; los reyes de Saba y de Seba ofrecerán dones».

Estos antiquísimos textos nos hablan de las «naves de Tarsis», esto es, las naves que navegaban a Tarsis (1), naves grandes y capaces de hacer largos viajes, por lo cual este nombre era empleado para designar cierto tipo de barco grande (como, por ejemplo, decimos un «trasatlántico»). Ello se infiere principalmente del texto de 1.° de los Reyes, 22, 49, en donde los barcos que iban a Ofir son llamados también *naves de Tarsis.* Por su gran tamaño, las naves de Tarsis son, como los cedros del Líbano, símbolos del orgullo; así usa el término Isaías en 2, 16 (y también Salmos, 48, 8: «con viento solano quiebras Tú las *naves de Tarsis*»). Las naves fueron construídas y tripuladas por los tirios, bajo el rey Hiram; las naves de Tarsis que pertenecían a Salomón fueron, sin duda, construídas para este rey, y—puesto que los judíos no eran navegantes—tripuladas también por los tirios.

El gran tamaño de las naves demuestra que Tarschisch se hallaba en remota región. Confírmalo 1.° de los Reyes, 10, 22, al decir que las «naves de Tarsis», pertenecientes a Hiram y a Salomón, volvían a los tres años cargadas de oro, plata, marfil, simios y pavos. Estas mercancías demuestran que Tarschisch se hallaba en el camino del Africa occidental, pues el marfil y los simios son productos africanos que venían, según todas las apa-

(1) Igualmente los egipcios llamaban a los barcos que iban a Creta «naves de Keftiu» (Bossert, *Altkreta* (1921), pág. 46).

riencias, de las costas occidentales de Africa, como el oro venía de la «Costa de oro», de Ufa (hoy Ife) (1). El texto de Salmos, 72, 10, demuestra que Tarschisch estaba en la dependencia de Tiro y le pagaba tributo; también que estaba situada en «las islas», es decir, en el Mediterráneo o más allá todavía.

Con estas referencias, que son las más antiguas auténticas, concuerdan bien los datos que leemos en los libros posteriores al destierro. Estos libros, aunque más recientes, están inspirados evidentemente en fuentes antiquísimas.

Isaías, 66, 19 (hacia 475 a. de J. C.) (2), dice: «y pondré entre ellos señal y enviaré de los escapados de ellos a las gentes, a *Tarsis*, a Put y Lud, que disparan arco; a Túbal y a Javan, *a las islas apartadas que no oyeron de mí*». El mismo Isaías, 60, 9, dice: «Porque a mí esperarán las islas, y las *naves de Tarsis* salen para traer tus hijos de lejos con su plata y su oro.» Y el Génesis, 10, 4 (hacia 475 a. de J. C.), dice: «y los hijos de Javan: Elisa (Cartago) y *Tarsis* y Kittim y Rodanim (Chipre y Rodos)». En estos pasajes es Tarsis nombrada junto a las «islas apartadas», y a «Javan», es decir, los jonios, los griegos, y también junto a Elisa-Carthago, lo cual indica que se trata de una comarca occidental. Hay un pasaje de Jonás (hacia el siglo V) que demuestra que Tarsis estaba en el remoto Occidente, en el confín del mundo conocido. Dice así este pasaje (Jonás, 1, 3): «Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a *Tarsis* y descendió a Joppe; y halló un navío que se partía para *Tarsis*, y pagando su pasaje entró en

---

(1) V. Dahse, *Ein zweites Goldland Salomos*, Zf. f. Ethnologie, 1911. El país de Ufas (Jeremías, 10, 9: «plata de Tarsis y oro de Ufas») es el que hoy se llama «Ife» en la desembocadura del Níger. (v. Frobenius, *Das unbekannte Afrika*, pág. 139.)

(2) Los versículos 56-66 de Isaías son posteriores al destierro.

él para irse con ellos a *Tarsis* de delante de Jehová.» Otros pasajes de la Biblia hablan de los tesoros de Tarsis y de su comercio con Tiro. Así Ezequiel, 27, 12 (hacia 580 a. de J. C.): «*Tarsis, tu mercadera* (la mercadera de Tiro), a causa de la multitud de todas riquezas en *plata, hierro, estaño* y *plomo,* dió en tus ferias.»

Ezequiel, 38, 12: «Seba y Dedan, y los *mercaderes de Tarsis,* y todos sus... te dirán: ¿Has venido a arrebatar despojos? ¿Has reunido tu multitud para tomar presa, para quitar plata y oro?...»

Jeremías, 10, 9 (hacia el siglo V a. de J. C.): «Traerán *plata extendida de Tarsis* y oro de Uphas.»

Si, pues, Tarschisch se hallaba en el Occidente remoto, en el camino del Africa occidental, tenía que estar situada en la comarca del estrecho de Gibraltar. Y, en efecto, puede demostrarse que así era. Los metales, sobre todo la plata, de que habla Jeremías, 10, 9, y el estaño, aluden a España, cuya riqueza en metales es antiquísima. España proporcionaba al mundo antiguo la plata y le vendía el estaño. En 1.° de Reyes, 10, 21 leemos: «Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro... no de plata; ésta en tiempo de Salomón no era de estima.» Y en el versículo 27: «Y puso el rey en Jerusalem plata como piedras.» Todo lo cual indica que hubo por entonces en Jerusalem grandes entradas de metal argentino.

El estaño, empero, constituye una prueba decisiva. Los tartesios traían el estaño de la Bretaña y de las Islas Británicas, para venderlo a los mercaderes de Oriente (v. cap. IV y VIII). Sabemos por referencias directas que los tirios iban a Tartessos a recoger plata (1). Cuéntase que habían comprado tanta

(1) Diodoro, 5, 35, 4; *De mirab. auscult.*, 135.

plata, que tuvieron que sustituir las anclas de plomo por otras de plata. Este metal debía de ser sumamente barato, como lo demuestran los remaches de plata en los puñales hispanos de cobre (1). En Andalucía había también oro (Hecateo, frag. 5; Estrabón, 142, 146, 148), plomo (Hecateo, fr. 10; Estrabón, 148), hierro (Estrabón, 146). También aluden a España las piedras preciosas que tomaban su nombre de Tarschisch y que se citan en Exodo 28,20 y 39,13. En efecto, se trata sin duda de la crisólita (los LXX traducen χρυσόλιθος), que se daba principalmente en España (2).

Así, la identidad de Tarschisch y Tartessos, demostrada ya por la coincidencia lingüística, resulta también confirmada por los hechos.

Hay otra referencia de Tartessos que es casi contemporánea de las más antiguas citas bíblicas. Es un texto asirio, un texto cuneiforme (3) recientemente publicado (4), en el cual Asarhaddon (680-668 a. de J. C.) se glorifica en estos términos: «Los reyes del centro del mar, todos, desde la tierra Jadnan (Chipre), la tierra Jaman (Javan), hasta la tierra *Tarsis* (5), se han inclinado a mis plantas.» Lo mismo que en la Biblia, aparece aquí Tarsis junto a Chipre y a Javan como ciudad del Occidente.

El conocimiento que los asirios tenían de Tarschisch no era debido, naturalmente, a viajes ni a conquistas hechos por

---

(1) Schuchardt, *Berl. Sitz. Ber.*, 1913, 745.

(2) Plin., 37, 127; Riehm, *Handwörterbuch*, en la palabra «Edelsteine».

(3) Debo al profesor Hommel el conocimiento de esta importante cita.

(4) Messerschmidt, *Keilschrifttexte aus Assur hist. Inhaltes* (1911), Nr. 75.

(5) El editor leyó «Nu-si-si»; pero Meissner y Unger vieron que debe leerse más bien «Tar-si-si». *(D. Litt. Zeit.*, 1917, 410.)

ellos. Lo debían exclusivamente a los fenicios, que navegaban a Tarsis y vendían a los asirios la plata y el estaño. Pero como los asirios vencieron a Tiro, pudieron en cierto modo envanecerse de dominar sobre todas esas tierras, hasta Tarsis (véase el capítulo III). Más adelante (pág. 34) hablaremos de otro texto asirio, más antiguo todavía, que quizás se refiera también a Tarschisch.

Las citas bíblicas nos autorizan a pensar que antes del año 1000 a. de J. C. los tirios ya habían navegado a Tarschisch. Efectivamente, aunque la relación de las «naves de Tarsis del rey Salomón» se encuentra en una adición posterior (1.° de los Reyes, 10, 22), es seguro que procede de fuentes anteriores al destierro, porque el pasaje de 1.° de los Reyes, 22, 49 contiene una referencia auténtica, que está en los anales del rey Josaphat (876-851), y demuestra que Tarschisch existía ya en 900, y, evidentemente, en esta fecha llevaba ya largos años de existencia (1).

Mas el comercio con Tiro, y por lo tanto la ciudad de Tarschisch, misma se remonta a fecha todavía más antigua. Los tirios fundaron *Gades*, según parece, hacia el año 1100, para servir de intermediaria en su comercio con Tartessos. Esta fecha, que recientemente ha sido puesta en duda (2), merece, sin embargo, toda nuestra confianza, pues procede de fuentes indígenas (3);

---

(1) El prof. Sellin ha tenido la amabilidad de explicarme la cronología de los testimonios bíblicos.

(2) Beloch: *Griech. Geschichte*, 1^2, 2, 251.

(3) Tanto el sincronismo de Gades con Utica en Velleio 1, 2, 4, como la referencia de Timeo, que dice que Utica fué fundada, según datos fenicios, 287 años antes que Carthago *(De mir. ausc.*, 134), proceden de fuentes indígenas. La cuenta daría, pues, el siguiente resultado: La fundación de Cartago es del año 814 (38 antes de la 1.ª olimpíada, dice Timeo en Dionisio Hal., 1, 74), y las excavaciones han confirmado esta fecha. Si a 814 aña-

además, los fenicios navegaban ya por el Mediterráneo desde el año 1500 (1).

Hay además un hecho que confirma la remota fecha de la fundación de Gades y ratifica la gran antigüedad de Tartessos. Según todas las apariencias, hubo un pueblo oriental que, antes que los fenicios, navegó por las costas de España; éste fué el pueblo *cretense*, el pueblo de Minos, la más antigua potencia marítima del Mediterráneo. Los griegos no conservaban de Creta más que un recuerdo fabuloso (2), pero los monumentos cretenses y egipcios descubiertos recientemente dan testimonio de aquella antiquísima nación (3). Hasta en Córcega se encuentran toponímicos cretenses (4). En Cerdeña se han encontrado barras de cobre cretenses (5). En las Baleares se han descubierto vasos egeos («jarrones de pico») y cabezas de toro parecidas a las de Creta. En las costas españolas del Sudeste han sido hallados adornos orientales de marfil, de turquesa, de amatista.

---

dimos, pues, 287, tendremos 1101 a. de J. C. De igual modo Plinio—basándose en Timeo—saca la cuenta (N. H. 16, 216) y halla 1178 años antes del año en que escribe. Velleio saca también la cuenta y halla que la fundación de Gades debió tener lugar en la época de la invasión dórica, esto es, hacia 1100. Mela, 3, 6, 46, y Estrabón, 48, la sitúan poco después de la caída de Troya. Véase Meltzer, *Gesch. d. Karthager*, I, 459 y ss.; Gsell, *Hist. anc. de l'Afrique du Nord* (1913), I, 360 y ss.

(1) Ed. Meyer: *Gesch. der Alt.*, 1^1, 234.

(2) Sobre Minos, véase Preller-Robert: *Griech. Myth*, ^{4}2, 1, 346.

(3) Sobre la thalassocracia (dominio del mar) cretense véase Herodoto, I, 171; 3, 122; Thucídides, 1, 4; Eforo en Escimno, 543; Aristót., *Pol.*, 2, 10, 2; Ed. Meyer, *Gesch. d. Alt.*, I^2, 2, 702; 715; A. Mosso, *Le origini della civiltà mediterranea* (1910), 206. Sobre las piedras para sellos de Creta hay representados barcos de vela con tres palos (ib. 207).

(4) Fick, *Vorgriech. Ortsnamen*, 25. Sobre ciudades «minoicas» en Sicilia, véase Rhein. Mus., 1910, 206.

(5) Evans, *Scripta Minoa*, 96. La leyenda de que Dédalo construyó los Nuraghes sardos *(De mir. ausc.*, 100) refleja, sin duda, la existencia de antiquísimas relaciones entre Creta y Cerdeña.

El alfabeto ibérico parece contener ocho signos gráficos cretenses (1). Puede argüirse contra todo esto que aún no se han encontrado en España productos manufacturados de indudable procedencia cretense, cómo vasos de Kamares. Pero hay que tener en cuenta que en el Sur de España se han hecho todavía pocas excavaciones y, sobre todo, que Tartessos, término de los viajes orientales, no ha sido aún descubierta. Según los monumentos egipcios, los *keftiu*, esto es, los cretenses, poseían grandes cantidades de plata (2). Pudiera ser que esta plata procediese de España.

En Falmouth de Cornualles se ha encontrado una barra de estaño (3) con la forma característica de las barras de cobre cretenses, esto es, la doble cola de golondrina (4). Este hecho podría ser indicio de un comercio entre Creta y Tartessos, pues los tartesios traficaban con los œstrymnios (v. cap. VIII), que navegaban a Inglaterra (5). Es posible que los ἀστράγαλα, las barras en forma de vértebra, que cita Timeo (Diodoro, 5, 22) al hablar del estaño de Cornualles, sean las mismas que han aparecido en Inglaterra; en efecto, el astragalón, con su doble incisión, se parece algo a las barras cretenses.

Hay que advertir igualmente que en las habitaciones la-

---

(1) Evans, *Scripta Minoa*, 98. También el culto ibérico de los toros alude a Creta (véase *Numantia*, I, 28).

(2) Bossert, *Altkreta*, pág. 47.

(3) La reproducción, en Bent, *The ruined cities of Mashona-Land* (1902), 219; debo el dato a León Frobenius.

(4) Reproducciones: Fimmen, *Kret. myken. Kultur* (1921), 122-123; Forrer, *Urgesch. des Europäers*, 361; *Rev. int. d'archéol.*, núm. 9.

(5) Sobre este punto me escribe Hub. Schmidt: «Barras de estaño en la forma de las barras de cobre cretenses atestiguarían, seguramente, relaciones entre Cornualles y Creta.»

custres de Suiza se han encontrado pesas que parecen corresponder a las pesas cretenses (1).

Una prueba más de que los cretenses navegaban a España puede encontrarse en el *nombre mismo de Tartessos*. La terminación en «essos» es pregriega primitiva del Asia menor y principalmente del Asia menor meridional. Se halla muy extendida por la región de Caria y de Creta (2). Quizá el nombre de Tartessos no proceda, pues, de los focenses, sino de los cretenses o carios (3). Los nombres terminados en «essos» se extendieron por el Occidente, como lo demuestra su aparición en Sicilia (Herbessos, Telmessos). Si el nombre de Tartessos es cretense entonces habría que ver si el «Tarschisch» fenicio no sería una derivación de «Tartessos» más bien que del nombre indígena.

Parece, pues, que hacia 1500 a. de J. C. ya era Tarschisch el objetivo de los navegantes orientales. Pero los tartesios mismos se atribuían una antigüedad mucho mayor. Dice Estrabón, pág. 139, que se ufanaban de poseer «*anales, poemas y leyes de forma métrica, viejos de seis mil años*» (4). La noticia

---

(1) Forrer, *Jahrbuch für othr. Gesch. und Alt.*, 1906. Una pesa de 618 g. (p. 57) es $^1/_{60}$ (la mina) de una barra de cobre cretense de 37 kg. (el talento) (p. 60).

(2) Fick, *Vorgriesch. Ortsnam.*, 152. En la misma Creta se encuentran Poikilassos (G. G. M. I, 509), Gylisos (Plin. 4, 59), Amnisos (Pape, s. v.), Tylissos.

(3) Lo mismo dice Movers, *Phönizier*, 2, 2, 612, nota 64: «La pronunciación griega de Tartessos viene probablemente de navegantes carios.» No conozco ningún ejemplo de nombres en «essos» que se hayan formado en época histórica. Sin duda, Odessos, en el Ponto, fué fundada por los milesios; pero el nombre es seguramente prehelénico, pues en esta misma región se encuentran nombres prehelénicos terminados en «essos»: Salmydessos, Kardessos, Agessos, Harpessos, Kabessos, Orgessos, Ordessos. V. Pape, *Wörterbuch der griech. Eigennamen.*

(4) ... σοφώτατοι δὲ ἐξετάζονται τῶν Ἰβήρων οὗτοι καὶ γραμματικῇ χρῶνται καὶ τῆς παλαιᾶς μνήμης ἔχουσι συγγράμματα καὶ ποιήματα καὶ νόμους ἐμμέτρους ἑξακισχι-

procede de fuente indígena y fué sin duda anotada por Posidonio o Asclepíades durante su estancia en Turdetania (1).

Según este dato, Tartessos debía existir ya en el año 6000 antes de J. C. Sin duda, hay algo de exageración en esto (2). Pero bien podemos llegar a la conclusión de que la ciudad era muy antigua.

En favor de esta conclusión hay además el hecho siguiente: Hacia 2500 a. de J. C. era Andalucía el asiento de una antiquísima civilización que irradiaba su influencia por el Norte y por el Este. Es esta cultura la más antigua, no sólo de la península ibérica, sino de todo el Occidente. Sin duda, sería temerario unir, sin más ni más, el nombre de Tartessos a esta cultura, que florecía mil años antes de los viajes fenicios. Pero el hecho demuestra que en esta comarca hubo en la más remota antigüedad una civilización, y cabe suponer que los tartesios, edificando sobre aquella más antigua base, aprendieran mucho de sus antecesores.

λίων ἐτῶν, ὥς φασι. καὶ οἱ ἄλλοι δ''Ιβηρες χρῶνται γραμματικῇ οὐ μιᾷ[δ']ἰδέᾳ; [... pasan por ser los más doctos de entre todos los iberos y saben de letras y tienen de tiempos antiguos anales escritos y poemas y leyes en forma métrica, viejos de seis mil años, según dicen. Mas los demás iberos usan también letras, que no son todas del mismo género...]. Los manuscritos dan ἐτῶν; ἑπτῶν es una conjetura desatinada. Véase sobre esto más adelante, cap. VIII.

(1) La fuente principal de que se vale Estrabón para esta parte es, sin duda, Posidonio, con quien la noticia conviene perfectamente; aparte de éste, podría pensarse también en el gramático Asclepíades de Mirlea, que enseñó en Turdetania y escribió una periégesis (descripción de un viaje) de esta comarca, que Estrabon utilizó. (Estrab., 166, 157.)

(2) Los indios también atribuían a sus Estados una antigüedad de 6.000 años. (Arriano, *Ind.*, 9). Los egipcios a su pintura. (Plin., 35, 15).

CAPÍTULO II

Los pre-tartesios

Hacia el año 2500 a. de J. C. ya poseía la España del Sur una industria floreciente (1). Ya entonces se extraían la plata y el cobre de Sierra Morena, como lo demuestran las herramientas mineras de piedra y cuerno de ciervo que se han encontrado en distintos puntos. Esta riqueza en cobre dió lugar a una importante industria metalúrgica. Por aquellos tiempos forjáronse en España las más antiguas armas de metal: el hacha de

(1) Acerca de todo lo que sigue véase: H. y L. Siret, *Les premiers âges du métal dans le Sud-Est de l'Espagne* (1887), obra magna a la que debemos el primer conocimiento de la edad de cobre en el Sur de España; Hubert Schmidt, *Bronzefund von Canena (Prähist. Zeitschr.*, 1909), el trabajo que es fundamental para la cronología; *Zur Vorgeschichte Spaniens* (*Zt. f. Ethnologie*, 1913), *Der Dolchstab in Spanien* (Opuscula arch. O. Montelio ded. 1913) — procedencia de la alabarda de cobre de la de piedra—; Wilke, *Sudwesteurop. Megalithkultur und ihre Beziehungen zum Orient* (1912) H. Schuchardt, *Westeuropa als alter Kulturkreis* (Berl. Sitzungsberichte 1913) y *Alteuropa* (1919), nueva obra que recoge y ordena todo cuanto se sabe sobre la cultura occidental en Europa y su expansión por el Este y el Norte; Bosch, *Arqueología prerromana hispánica*, en Schulten-Bosch, *Hispania* (1920), de gran valor por el conocimiento exacto y el estudio crítico del material español. Hubert Schmidt tiene el mérito de haber sido el primero en demostrar el origen surhispano y la prioridad de esta antigua cultura occidental. El primero que reconoció—a mi conocimiento—la independencia del Occidente ha sido Salomón Reinach (*Mirage oriental*, en *L'Anthropologie*, 1893). La nueva obra de L. Siret, *Questions de chronologie ibérique*, I (París, 1913) es de gran valor por la muchedumbre del material recogido y reproducido; pero está equivocada en su interpretación, particularmente en la cronología (véase H. Schmidt, *D. Litt. Zeit*, 1919, 92).

combate de cobre, la alabarda, que resulta de la sustitución de la hoja de piedra por la hoja de cobre, y el puñal triangular de cobre, que no es otra cosa sino la hoja del hacha convertida en arma independiente. Aquellos hombres descubrieron también el arte de endurecer el cobre, transformándolo en bronce por adición de estaño. Pero los prehistóricos habitantes de Andalucía no se limitaron a la industria de los metales. Otras técnicas florecieron también en el suelo andaluz, nacidas asimismo de los productos de la tierra. En la Andalucía prehistórica encontramos ya el arte de tejer el esparto, planta flexible y muy duradera con que aún hoy se fabrican en la España del Sur multitud de objetos (1). La industria textil tuvo por consecuencia la alfarería. Los sacos de esparto presentan una coincidencia tan perfecta por la forma y ornamentación—de franjas horizontales—con los «vasos campaniformes» de la antiquísima cerámica sudhispana, que no cabe duda que estos vasos proceden de aquellos sacos (2). Los vasos campaniformes se distinguen por su forma graciosa y por su ornamentación rica, elegante, derivada de los trenzados de esparto (3), con sus rayas, sus líneas en zig-zag, etc. Aquellos artífices prehistóricos eran habilísimos en realzar el adorno, recubriéndolo de colores blancos. Otra creación de la cerámica española meridional fué el vaso de doble cavidad, la «copa».

---

(1) En la cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol, en una estribación meridional de la Sierra Nevada, se han encontrado junto a vasos neolíticos vestidos, calzado, bolsas, etc..., de esparto (v. Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* (p. 29, fig. 1,5).

(2) Compárese la bolsa de esparto reproducida por Góngora (fig. 1,6) con el vaso de barro de la fig. 143, pág. 113. La coincidencia es completa. En las pinturas rupestres paleolíticas se ven ya sacos trenzados (v. Obermaier, *Pinturas rupestres de Valtorta*, 1919, p. 112).

(3) V. Schuchardt, *Berl. Sitz-Ber.*, 1913; 736, 741.

Las construcciones sepulcrales megalíticas que se conservan en Andalucía y en el Sur de Portugal nos dan también una idea muy elevada de la arquitectura de los pretartesios. Estas construcciones son del milenio tercero a. de J. C., lo mismo que la cerámica y la técnica metalúrgica. Podemos seguir su evolución, desde las sencillas cámaras tumbales que imitan la cueva de los primeros tiempos y que se perfeccionan luego por la adición de un corredor y el abovedado de la cámara sepulcral, hasta las suntuosas cúpulas de Antequera (1). Estos sepulcros grandiosos y artísticos, en los cuales descansaban los magnates del país, nos abren una perspectiva sobre el culto de los muertos que practicaban los pretartesios. Un pueblo que edificaba tales moradas para sus difuntos debía de creer en una vida perdurable después de la muerte. Este mismo culto de los muertos, y en formas aún más grandiosas, lo encontramos en los hombres que edificaron los dólmenes, cromlechs y menhires de la Bretaña, y la Stonehenge en las apartadas Islas Británicas, el más grande de estos templos sepulcrales prehistóricos. Acaso estos pueblos tuvieron afinidades con los pretartesios; desde luego, sufrieron la influencia cultural de Andalucía (2).

España se hizo muy famosa por sus metales y sus artículos de metal. Parece que ya entonces, en el milenio tercero antes de Jesucristo, los navegantes y mercaderes orientales se habían abierto camino hacia España e iban a este país a recoger la

---

(1) V. Gómez-Moreno, *Arquitectura tartesia (Bol. de la Acad. de la Historia)*. Los trabajos más recientes sobre los sepulcros megalíticos en España son los de Obermaier, *El dolmen de Matarrubilla* (Junta para Ampliación de Estudios; Madrid, 1919) y *Die Dolmen Spaniens* (Mitt. der anthropol. Ges. in Wien, 1920).

(2) Las relaciones entre los sepulcros megalíticos y el culto de los muertos han sido explicadas por Schuchardt en su libro *Alteuropa* y en su artículo sobre la Stonehenge *(Prähist. Zt.*, 1910).

plata y el estaño a cambio de los productos del arte industrial de Oriente. En efecto, en Creta se han encontrado puñales hispánicos de cobre y de plata del milenio tercero; y en Troya II[a] (hacia 2400 a. de J. C.) se han descubierto vasos de plata que pasan por españoles (1). Este cambio de mercaderías debió de hacerse por mar (2). Esta hipótesis está apoyada por el hecho de que los vasos campaniformes de España se encuentran también en Cerdeña y Sicilia, y, en cambio, faltan en Italia, en Grecia y en el Africa del Norte (3). Los agentes de este tráfico ultramarino entre España y el Oriente no debieron de ser los pretartesios, sino los mercaderes orientales, pues se conocen productos cretenses (barras de cobre) hasta en Cerdeña; pero, en cambio, no hay nada que pruebe que los pretartesios navegasen por el Mediterráneo. Además, hay que tener en cuenta que los más necesitados de materias primas eran, sin duda, los orientales.

Los pretartesios mantuvieron, pues, en su comercio con el

---

(1) Schuchardt, *Westeuropa als alter Kulturkreis*, ps. 745, 748.

(2) Hub. Schmidt, *Bronzefund von Canena*, 130: «Resulta tanto más justificada la necesidad de explicar la presencia de objetos de marfil, turquesa, amatista en la región de la cultura hispana, cuanto que esos objetos resueltamente son extraños al país. *Sólo por los caminos del comercio mediterráneo han podido llegar hasta aquí.* Por lo tanto, la península ibérica debió de tener productos de valor comercial para los orientales... La riqueza en metales del país atrajo a los navegantes extranjeros. En la edad de piedra-cobre se trataba principalmente del cobre y probablemente también del estaño. Más tarde añadióse la plata. Estas eran las cosas más preciadas por el mundo de entonces; sólo así se explica el gran desarrollo de las relaciones sociales en la península, que se manifiesta en las poderosas trazas de los sepulcros.» También Fimmen, en su *Kretisch-mykenische Kultur*, cree que Creta tuvo tráfico con España (p. 121). Obermaier piensa que en el período eneolítico hubo relaciones entre España y Egipto por el Norte de Africa. *(Dolmen de Matarrubilla*, p. 73.)

(3) Siret, *Questions de Chronologie*, 237.

Oriente una actitud más bien pasiva. En cambio, en otras direcciones desarrollaron una iniciativa grande y fundaron un comercio activísimo, sobre todo con las regiones del Norte, de donde traían el estaño, materia que les era indispensable para su industria del bronce.

En el milenio tercero podemos seguir las huellas de unos navegantes meridionales que, costeando el Atlántico, llegan hasta la Gran Bretaña y propagan por esta comarca la cultura de los vasos campaniformes y, sobre todo, la industria metalúrgica. Se trata evidentemente de emigrantes, oriundos de la España meridional, que penetraron en las tierras del Norte buscando metales, sobre todo estaño (1).

Estas relaciones entre la España meridional y las islas británicas son probablemente la causa de que coincidan el nombre de los Siluros de Gales con el del *mons Silurus* (Avieno, 433), Sierra Nevada. El tipo ibérico de los siluros, que ya Tácito notó (*Agrícola*, 11), se encuentra todavía en Gales y en Irlanda. Por último, el dios Neto, dios turdetano de la guerra, reaparece igualmente en Irlanda (Net). Pero las relaciones más estrechas

---

(1) J. H. Holwerda, *Die Niederlande in der Vorgeschichte Europas* (1915), ha mostrado que los constructores de las tumbas megalíticas holandesas proceden del Sur. Hub. Schmidt me escribe acerca de la emigración sudhispana a Inglaterra: «Trátase de un grupo de pueblos braquicéfalos que tiene su origen en el Sudoeste de Europa y que propaga la cultura llamada de los vasos campaniformes por el Rin y el valle del Danubio. *Este mismo grupo se extiende desde la desembocadura del Rin hasta la Gran Bretaña*, y, siguiendo la costa oriental de Inglaterra y Escocia, a partir del Canal, penetra por pequeños grupos en la población más antigua, dolicocéfala. Traen los metales a la Gran Bretaña (cobre, oro, bronce) y fundan en este país la industria metalúrgica.» Véase también H. Schmidt, *Zur Vorgeschichte Spaniens*, pág. 252: «Probablemente se embarcaron en busca de minas de cobre y estaño, y al ver realizadas sus esperanzas, establecieron la fabricación del bronce en el país, con provecho; y habiéndose hecho sedentarios, confundiéronse con la población indígena.»

son las que existen entre España e Irlanda, cuyos sepulcros megalíticos tienen especial afinidad con los españoles (1), y en donde las alabardas hispanas son particularmente abundantes (2).

También los productos de la cerámica se propagaron por el Norte y el Este, dando lugar a numerosas imitaciones y transformaciones. La propagación del vaso campaniforme (3) nos ofrece una visión intuitiva de ese tráfico antiquísimo. Pueden distinguirse claramente dos vías comerciales, una oriental y otra septentrional. Por la vía oriental, el vaso campaniforme acompaña a los navegantes orientales, que compraban en España plata y estaño, y llega con ellos a Cerdeña y Sicilia. Por la vía septentrional sube a la Bretaña, a Inglaterra, a Irlanda, llevado por los pretartesios mismos, que iban a estas comarcas en busca del estaño; alcanza luego las desembocaduras del Rin y del Elba, en donde los pretartesios adquirían el ámbar; y remontando los valles de estos ríos, penetra en la cuenca del Danubio, cuyo curso desciende durante un buen trecho. Así, pues, la zona de los vasos campaniformes y de la exportación pretartesia comprendía todo el Noroeste de Europa. En cambio, el Sudeste, Italia y Grecia, como también el Oriente, Asia, permanecieron intactos, porque estos países habían recibido el influjo de la cultura oriental y su cerámica superior. La copa de doble concavidad parece ser el modelo del δέπας ἀμφικύπελλον (vaso de dos cavidades) homérico.

Del mismo modo que los productos de las industrias metalúrgica y alfarera, los sepulcros cupulares se extendieron tam-

---

(1) Obermaier, *Mitteil. d. Wiener Anthrop. Ges.*, 1920, 119, nota 1; 131
(2) Siret, *Questions de Chronologie*, 194.
(3) Siret. *Quest. de Chronol.*, 237; Schmidt, *Zur. Vorgesch. Spaniens.*

bién por el Norte y por el Este. Se encuentran en la Gran Bretaña y hasta en el Vístula. Por otra parte, los sepulcros cupulares de Micenas y Orcomenos representan las últimas y más lejanas reproducciones del tipo, llegando en su desarrollo a la máxima perfección. Hay una tercera provincia meridional de los sepulcros españoles: es el Africa septentrional, la tierra madre de los iberos. León Frobenius ha estudiado estos sepulcros africanos, derivados de los españoles (1).

Así, pues, en el milenio tercero a. de J. C. era ya el Sur de la Península un centro cultural que extendía su influencia por todo el Occidente, llegando incluso a las comarcas orientales. Ahora bien, los preludios de esta cultura pretartesia, por ejemplo, las formas más antiguas del dolmen, se remontan hasta el milenio cuarto (2). Con esto nos acercamos ya a la tradición tartesia de los seis mil años, alcanzando al mismo tiempo las más viejas culturas orientales.

No cabe desconocer en los pretartesios algunos elementos esenciales del modo de ser y de la cultura de los tartesios posteriores. Los pretartesios fueron audaces navegantes y, como los tartesios, siguieron los rumbos del Norte en busca del estaño (3); entre ellos floreció la minería y la industria del metal.

---

(1) *Prähist. Zt.*, 1916. Sobre ésta me escribe Hub. Schmidt: «Los sepulcros del Norte de Africa representan un estadio más desarrollado de la gran arquitectura sepulcral de la Europa occidental..., son más jóvenes que los sepulcros españoles de la misma especie.»

(2) Wilke (pág. 47 de la ob. cit.), que los cree del milenio V y aun VI, va demasiado lejos.

(3) La coincidencia entre el comercio tartesio y el comercio pretartesio es muy notable. Los tartesios navegan hasta la Bretaña y, por medio de los oestrymnios, entran en relación con Irlanda (estaño) y con las costas del mar del Norte (ámbar). Esto corresponde exactamente a la zona del tráfico pretartesio, tal como se desprende de la expansión que tuvieron sus productos industriales.

Estas coincidencias, empero, no se derivan de la índole del país (1), como pudiera creerse; indican una conexión étnica, o por lo menos cultural, y esta hipótesis encuentra un apoyo valioso en la ya citada relación de que los tartesios poseían una literatura vieja de seis mil años; en efecto, esta cultura espiritual y aquella cultura técnica concuerdan perfectamente una con otra. También es de notar el hecho de que la tumba cupular pretartesia se extiende desde el cabo Roca hasta el cabo Nao (2), es decir, coincide en lo esencial con el imperio posterior de Tartessos.

Si, pues, consideramos: 1.° Que Tartessos existía ya en el milenio segundo y era visitada por los marinos orientales, que veían en ella un gran mercado de la plata y del estaño; 2.° Que poseía una antiquísima cultura, cuya antigüedad era estimada en seis mil años; 3.° Que tanto los viajes tartesios al Norte en busca del estaño como la industria metalúrgica tartesia coinciden con la actividad desarrollada por los agentes prehistóricos de la cultura metalúrgica andaluza en el milenio tercero, y 4.° Que la extensión del imperio tartesio coincide también con la primitiva zona de aquella cultura, *¿no es lícito suponer que haya sido Tartessos el foco de la cultura metalúrgica que se desenvuelve durante el milenio tercero en la España meridional?* Sin duda, los prehistoriadores consideran la provincia de Almería como el centro de esa cultura y hablan de una «cultura almeriense». Pero esta opinión no tiene otro fundamento sino que la región almeriense ha sido la primera en donde la citada cultura se ha descubierto y estudiado; es decir,

---

(1) Así, por ejemplo, los habitantes de las costas orientales y septentrionales de España no eran en la antigüedad navegantes. Hoy, en cambio, florece la navegación y el comercio entre los catalanes y los vascos.

(2) Mapa en Obermaier, *Dolmen de Matarrubilla*, p. 38.

el mismo fundamento externo por el cual la cultura cretense se llamó primeramente «cultura de Micenas». Sin embargo, sábese ya que aquella cultura estaba extendida por toda Andalucía, y las excavaciones van cada día ampliando sus monumentos. En tal estado de cosas, podemos, en verdad, considerar como su centro y foco el antiquísimo emporio cultural de Tartessos, mejor que los pequeños y anómimos castillos de la provincia de Almería, sin puertos ni comunicaciones terrestres, apartados rincones que no han representado papel ninguno en el comercio y tráfico marítimo posterior. Las excavaciones habrán de decidir si mi hipótesis es cierta o no. Esperemos que pronto iluminen los diez siglos que hoy se extienden incógnitos entre los pretartesios y los principios de la historia de Tartessos.

No sabemos todavía a qué pueblo pertenecían los pretartesios. La etnología de los mismos tartesios es aún dudosa (véase cap. VIII). El que quiera, puede poner en relación los pretartesios con la «ciudad de los ligures», que parece haber sido una predecesora de Tartessos (1).

La antiquísima cultura andaluza, con su riqueza en plata y estaño, ofrece también una importante perspectiva para el estudio del viejo Oriente. En efecto, quizá pueda ser ella la solución del enigma: ¿de dónde sacaban los antiguos imperios orientales la plata y el estaño que usaban ya en el milenio tercero a. de J. C.? (2). La superior antigüedad y autarquía del Oriente, impuesta durante mucho tiempo como un dogma a la investigación, ha sido causa de que siempre se haya excluído

---

(1) Estéf. Λιγυστίνη πόλις... τῆς Ταρτησσοῦ πλησίον. [La ciudad ligustina... cerca de Tartessos.] La ciudad debió de estar en el lago ligur, que podría haber tomado su nombre de ella; esto es, hacia Coria.

(2) Véase Ed. Meyer, *Gesch. d. Alt.*, I², 2, 517, 665, 744.

la posibilidad (1) de que el Oriente importase de Occidente aquellos metales (2). Pero ahora va a ser preciso rectificar esta opinión. Andalucía atesoraba en su seno esos metales, y ya en el milenio tercero los exportaba lejos de sus costas. Es, pues, lícito suponer que *en el milenio tercero a. de J. C., el Oriente sacaba de Andalucía la plata y, sobre todo, el estaño, y que los cretenses o carios eran los agentes de este comercio* (3), como más tarde fueron los fenicios quienes se dedicaron al tráfico de estos metales.

Existe una inscripción asiria de la cual podría inferirse que en el milenio tercero a. de J. C. el Oriente mantenía relaciones con Tarschisch. Esta inscripción se refiere a un antiguo rey Sargon, que puede ser Sargon I de Asiria (hacia 2000), o Sargon de Akkad (4) [hacia 2800]. La tierra denominada en el texto «Anaku», y que aparece junto a «Kaptara» (es decir, Kaphtor, o sea Creta) como tierra de Occidente, puede significar «tierra del estaño» (5) y designar a Tarschisch (6). En tal caso, la inscripción demostraría las antiquísimas relaciones de Tartessos

---

(1) Ed. Meyer (op. cit., I², 2, 744) dice: «Todavía no se sabe de dónde proceden las masas de estaño que el mundo antiguo en la edad del bronce mezclaba con el cobre; en efecto, las minas de estaño de Inglaterra y Portugal no pueden tenerse en cuenta, como tampoco las del Irán y la India interior.» Lo mismo dice B. Meissner, *Babylonien und Assyrien*, pág. 348.

(2) De esta opinión era, v. g., W. Max Müller *(Orient. Litt. Zeit.*, 1899, 295).

(3) V. *Numantia*, I, 28.

(4) Según noticias que por carta me ha dado Hommel, refiérese a Sargon de Assur. Meissner, en cambio, me comunica que se refiere a Sargon de Akkad. Ambos, empero, coinciden en que el texto no puede referirse a Sargon II (721-705).

(5) *Anaku* significa primero plomo, luego también estaño (Meissner, *Babylonien und Assyrien*, p. 348).

(6) Tal sospecha E. Forrer en un trabajo no publicado aún, y cuyo conocimiento debo a Hommel.

con el Oriente. Dice así el texto (1): «A-na-ku, Kap-ta-ra, las tierras allende el mar superior (el Mediterráneo), Dilmun, Magán, las tierras allende el mar inferior, y las tierras desde el orto hasta el ocaso que Sargon, rey del mundo, ha conquistado tres veces.»

Esta hipótesis de un antiquísimo tráfico entre España y el Oriente, hipótesis que se desprende de los testimonios históricos, parece también confirmada por las relaciones lingüísticas. Según todas las apariencias, el Oriente tomó del Occidente la palabra que designa el estaño. La raíz *kassi* está muy extendida por el territorio ligúreo-céltico (2), sobre todo en el Noroeste de Galia y en la Inglaterra meridional, esto es, en la patria del estaño. La palabra *kassi-teros* parece ser precéltica, ligur; en efecto, aparece ya en época precéltica (3), y precisamente en territorios ligures: entre los Oestrymnios, y los Iernos y Albiones. En cambio, en Oriente las palabras κασσίτερος—forma griega que se encuentra en la Ilíada—y *Kastira, Kastir, Kasdir,* —formas india, aramea y árabe, derivadas del griego—son términos importados, como el estaño era importado en la India

---

(1) Otto Schrœder, *Keilschriftexte aus Assur verschiedenen Inhaltes Leipz.*, 1920, núm. 92, 41.

(2) En nombres de tribus: Baiocasses, Vadiocasses, Viducasses, Veliocasses, Durocasses, todas de Normandía; Sucasses, en la Aquitania ligúreo-ibérica; Tricasses, en la Champaña; Cassii, en Inglaterra. También aparece en nombres de persona: Cassignatus, Cassivelaunus, Cassibratius, entre otros; y en nombres de ciudad: Cassiciate; y en nombres de dioses: *di Casses*. Véanse ejemplos en Holder.

(3) κασσίτερος se encuentra ya en la Ilíada, esto es, antes de 700, cuando todavía no había celtas en Inglaterra ni en Bretaña. El sufijo *ter* es céltico (Pedersen, *Gramm. d. keltischen Sprachen*, Göttingen, 1911, tomo 2, 43). Pero, por los motivos ya dichos, debemos suponer que Kassi-ter-os es precéltico y luego aceptado por los celtas. Kassi es, sin duda, el nombre de la tierra de origen. Véase nota 2).

y pagado a buen precio aun en tiempos del Imperio (Plinio, 34, 163; *Periplo mar. Erythr.*, 49). Es muy notable el hecho de que en copto el estaño se dice, al parecer, «pitrán», esto es, metal «británico» (1). Son de advertir, además, ciertas coincidencias entre toponímicos españoles y orientales (2), que podrían muy bien ser indicios de antiquísimas relaciones (3).

Estas relaciones primitivas entre el Oriente y el Occidente han de resultar cada día más claras y patentes, cuando se multipliquen las excavaciones y los hallazgos. Puede profetizarse que dentro de diez o veinte años los orientalistas prestarán a la antigua España más atención de la que le han prestado hasta ahora.

---

(1) Según una comunicación de K. Sethe, el vocablo copto πιθραν se deriva de «Britannia».

(2) En un trabajo intitulado *Babylonische Kolonisation in vorgeschichtlichen Spanien.* (Festschrift für Lehmann-Haupt, 1921), E. Assmann trata de mostrar que son babilónicos más de cincuenta toponímicos españoles. De aquí saca la conclusión de que hacia 2500 a. de J. C. debió venir a España una emigración babilónica. La mayor parte de las coincidencias son inutilizables—citaremos como ejemplo la derivación de Cord-uba (comp. con On-uba, Sald-uba, Mœn-uba) del babilónico Kur-dub («grande es Dub»), y Barc-ino (comp. con Uxama Barc-a, Barg-usii) de Bar-Kinu («el dios Bar es fiel»)—. Pero la coincidencia real y vocal entre la ciudad del hierro y de la forja, Bil-bil-is, con el sumérico *bil-bil* (quemar) es bien notable. De igual modo quizá pudiera relacionarse Serpa (situada en la Sierra Morena), rica en plata, con *sarpu* (plata); Ebora «Cerialis» con *ebûru* (trigo); Aritium con *arûtu* (el planeta Venus adorado en el Sur de España).

(3) Parece que hay motivos serios para pensar en una emigración de tribus asiáticas al Africa del Norte y a España (emigración meridional hacia Occidente en dirección paralela a la septentrional indogermánica), tal como la antigua tradición la admitía. (Salustio, *Bell., Iug.* 18; Plinio, 3, 8, etc.; Movers, *Phönizier*, 2, 2, 111.) *En efecto, no puede negarse que existe una gran coincidencia entre muchos toponímicos asiáticos y occidentales.* (Véase mi trabajo *Eine neue Römerspur in Westfalen. Bonner Jahrb*, 1918, 95, y los casos citados por Fick en *Kuhns Zeit*, 41, 356). Sería de desear que autoridades en la ciencia del lenguaje estudiaran este importante problema.

CAPITULO III

Tartessos y los fenicios

Después de los mercaderes cretenses o carios vinieron a Tartessos los tirios, quizás a partir de 1200 a. de J. C., cuando la potencia de Creta se hubo arruinado; de igual manera que los focenses más tarde sucedieron a los tirios. Con los viajes de los fenicios, Tartessos sale de las sombras prehistóricas y penetra en la claridad de la tradición histórica.

Las relaciones con los cultísimos comerciantes orientales aumentaron la riqueza de Tartessos y, sobre todo, tuvieron una influencia decisiva en el desarrollo de su cultura. Los productos de la industria oriental, que los tartesios adquirían a cambio de sus metales, les dieron a conocer artes nuevas, que ellos imitaron luego; y los artesanos y técnicos que venían en los barcos extranjeros les enseñaron también nuevas labores y oficios.

Los tirios debieron traficar durante mucho tiempo en el mercado de Tartessos, antes de establecerse allí definitivamente. Luego fundaron una colonia en la isla de Cádiz (1), no lejos de Tartessos. No pudieron los tirios elegir mejor sitio:

---

(1) La más antigua Gades estaba en la pequeña isla de San Sebastián, al oeste de Cádiz (Estrabón, 169; Plin., 4, 120). Más tarde se extendió Gades a la gran isla, la actual Cádiz. (V. mi artículo «Gades» en *Deutsche Zeitschrift f. Spanien*. Barcelona, 1923. N. 170-172).

Gades dominaba al mismo tiempo el mercado de Tartessos y el estrecho.

Estrabón (p. 169 y s.) nos ha conservado una relación gaditana sobre los primeros viajes de los tirios a Tartessos (1). Para obedecer a un oráculo que les ordenara enviar una colonia a las columnas de Hércules (Melkart) (2), los tirios navegaron primero hasta Sexi (Almúñecar, al este de Málaga); pero tuvieron que regresar porque los sacrificios no daban favorables resultados. Un segundo viaje los condujo a unos 1.500 estadios más allá del estrecho, a la «isla de Hércules», en la comarca de Onoba (Huelva, en la desembocadura del río Tinto) (3). Pero también en este punto se malogró el sacrificio. Al tercer viaje, por fin, fué fundada Gades. Si no nos engañan todos los datos, esa «isla de Hércules», cerca de Onoba, no es otra que la isla formada por el delta del Betis, la isla Cartare del periplo (4), que no está lejos de Onoba. Esta isla pasaba por ser el sitio en donde tuvo lugar la lucha entre Hércules y Geryon; su nombre recordaba a Carthere, la madre del Hércules fenicio (5). Dice Plinio (n. h. 4, 120) que algunos autores sitúan la

---

(1) La fuente de que Estrabón se vale es Posidonio. (Véase Estrabón, 170).

(2) Igualmente dice Justino, 44, 5: *cum sacra Herculis per quietem jussi in Hispaniam transtulissent* [como trasladasen a España el culto de Hércules, por mandato del oráculo...].

(3) κατὰ πόλιν Ὀνόβαν τῆς Ἰβηρίας [cerca de la ciudad de Onoba de Iberia]. Iberia significa aquí, como en Avieno, 253, la costa entre el río Tinto (Iberus) y el Anas; lo cual testimonia la alta antigüedad de esta relación.

(4) Con este nombre designo aquí, y de aquí en adelante, el periplo massaliota del siglo VI a. de J. C. que está contenido en la *Ora maritima* de Avieno. En mi edición de Avieno *(Fontes Hisp. ant.*, I; Berlín, Weidmann» 1922), he separado el periplo, aislándolo, de las interpolaciones posteriores.

(5) Ampelio, 9: *Sextus Hercules, Croni et Cartheres (filius), quem Carthaginienses colunt* [Sexto Hércules, hijo de Cronos y de Carthere, al cual adoran los cartagineses].

isla Erytheia, no hacia Gades, sino *contra Lusitaniam*, es decir, más al Norte; este dato podría referirse igualmente a Cartare. Así, pues, los tirios conocieron a Tartessos en su segundo viaje y, para comerciar con ella, fundaron a Gades en el tercer viaje.

La fundación de Gades debió de hacerse en buena paz y armonía con Tartessos. En efecto, más tarde los tartesios recibieron también a los focenses con cordial hospitalidad. Los tartesios mismos tenían gran interés en traficar con los extranjeros, a quienes vendían sus sobrantes en metales y productos industriales a cambio de aceite *(De mirab. ausc.*, 135) y de productos de la industria artística oriental (1). Entre Tartessos y Tiro debió, pues, existir durante mucho tiempo una relación de pacífica concordia. Pero la codicia de los extranjeros turbó bien pronto esta buena armonía. Los tirios, al parecer, quisieron apoderarse de una mayor extensión de territorio. Un paso venía tras otro. Fundada Gades, su autarquía hubo menester de mayor espacio para mantenerse. El paso inmediato que dieron los colonos fué extender su territorio de la pequeña isla a la grande, a la actual Cádiz (2). Tras la ocupación de Gades vinieron nuevas colonias, y poco a poco la costa meridional y orien-

---

(1) Los objetos hallados, y Diod., 5, 35, 4: τοὺς Φοίνικας .... ἀγοράζειν τὸν ἄργυρον μικρᾶς τινος ἀντιδόσεως ἄλλων φορτίων [los fenicios... compraban la plata dando en cambio otras pocas mercancías]; *Odyss.*, 15, 416: ... μύρι' ἄγοντες ἀθύρματα νηὶ μελαίνῃ [... trayendo innúmeras bagatelas en su nave negra].

(2) El arte de los fenicios para agrandar las pequeñas concesiones y tomarse la mano cuando les habían concedido un dedo, está típicamente retratado en la leyenda de Byrsa y en lo que refiere Photios en sus Φοινίκων συνθῆκαι [Tratados de los fenicios] (F. H. G. 1, 381). El primer establecimiento era, por lo general, una pequeña isla, próxima a la costa (v. Thucíd., 6, 2), desde la cual los punios pasaban luego a la tierra firme. Así sucedió en Ibiza: la primera colonia estaba en la isla Plana. Lo mismo en Gades. También los colonos griegos preferían las islas de la costa: así Kyrene, Emporion, Mainake, Siracusa; véase también *Odyss.*, 9, 116.

tal de España se llenó de factorías púnicas (1). Tartessos corría el peligro de verse separada del mar, elemento esencial de su vida. La guerra era inevitable. Y, en efecto, tuvo lugar, terminando con la victoria de los tirios, como se desprende del salmo 72, 10, que habla del tributo de Tartessos. Los versículos 23, 1 y ss. de Isaías refieren que la toma de Tiro por los asirios (hacia 700) tuvo por consecuencia la libertad de Tartessos: «¡Aullad, navegantes de Tarsis, porque destruída es (Tiro) hasta no quedar casa ni entrada!... ¡Pasaos a Tarsis; aullad, moradores de la costa!... ¡Inunda tu tierra como el Nilo, tú, pueblo de Tarsis! No hay más esclavitud.» Estrabón también dice que los tartesios cayeron antes del año 800 a. de J. C. bajo el yugo de los fenicios (2).

A estas luchas entre Tartessos y Tiro se refieren evidentemente dos valiosos fragmentos de una tradición antigua, conservada en fuentes más modernas:

---

(1) Malaca, Sexi, Abdera son fenicias (como demuestran las monedas), por lo tanto anteriores a 700, año en que se arruinó la potencia de Tiro (véase Movers, op. cit. 2, 2, 632). El periplo da testimonio de que las colonias fenicias llegaban hasta el cabo Palos (v. Avieno, 421, 459).

(2) Pág. 149: οὗτοι γὰρ Φοίνιξιν οὕτως ἐγένοντο σφόδρα ὑποχείριοι ὥστε τὰς πλείους τῶν ἐν τῇ Τουρδητανίᾳ πόλεων καὶ τῶν πλησίον τόπων ὑπ' ἐκείνων νῦν οἰκεῖσθαι [de tal modo cayeron los tartesios en poder de los fenicios, que la mayor parte de las ciudades de Turdetania y de las comarcas vecinas están aún hoy habitadas por estos]; pág. 150: τοὺς δὲ Φοίνικας λέγω μηνυτάς, καὶ τῆς Ἰβηρίας καὶ τῆς Λιβύης τὴν ἀρίστην οὗτοι κατέσχον πρὸ τῆς ἡλικίας τῆς Ὁμήρου [digo, pues, que los fenicios nos han dado estos datos; pues ellos poseían ya antes de la época de Homero lo mejor de la Iberia y de la Lybia]; pág. 158: εἰ γὰρ δὴ συνασπίζειν ἐβούλοντο ἀλλήλοις (οἱ Ἴβηρες) οὔτε Καρχηδονίοις ὑπῆρξεν ἂν καταστρέψασθαι .... καὶ ἔτι πρότερον Τυρίοις [si ellos, los iberos, hubieran querido ayudarse unos a otros, ni los cartagineses hubiesen podido vencerlos, ni anteriormente los tirios]; también Plinio, 3, 8: *oram eam universam originis Pœnorum existimavit M. Agrippa* [M. Agrippa estimaba que toda aquella costa (la del Sur) fué antes de los fenicios]. Véase también el nombre Βλαστο-φοίνικες (Apiano, *Iber.*, 55), y el de Βαστοῦλοι Ποινοί *(Ptol.*, 2, 4, 6).

1. Macrobio, sat. 1, 20, 12: *nam Theron, rex Hispaniæ citerioris, cum ad expugnandum Herculis templum ageretur furore instructus exercitu navium, Gaditani ex adverso venerunt provecti navibus longis, commissoque prœlio adhuc æquo Marte consistente pugna subito in fugam versæ sunt regiæ naves simulque improviso igne correptæ conflagraverunt. Paucissimi qui superfuerant hostium capti indicaverunt apparuisse sibi leones proris Gaditanæ classis superstantes ac subito suas naves inmissis radiis quales in Solis capite pinguntur exustas* [porque Theron, rey de la España citerior, como fuese lleno de ira a expugnar el templo de Hércules con un ejército de naves, los gaditanos vinieron de la parte contraria en largas naves; y trabado el combate, permaneció algún tiempo indeciso, hasta que de pronto las naves del rey emprendieron la fuga y al mismo tiempo empezaron a arder, presa de un fuego que súbitamente se apoderó de ellas. Los poquísimos que quedaron con vida, prisioneros de los enemigos, refirieron que habían visto unos leones en las proas de las naves gaditanas y que de pronto sus barcos ardieron, heridos por unos rayos como los que pintan en la cabeza del Sol] (1).

2. Justino, 44, 5, 1: *nam cum Gaditani a Tyro... sacra Herculis per quietem jussi in Hispaniam transtulissent urbemque ibi condidissent, invidentibus incrementis novæ urbis finitimis Hispaniæ populis ac proplerea Gaditanos bello lacessentibus auxilium consanguineis Carthaginienses misere* [pues como los gaditanos trajesen de Tiro a España el culto de Hércules, por mandato del oráculo, y fundasen aquí una ciudad, los pueblos vecinos de España sintieron envidia de la prosperidad creciente

(1) Esto recuerda los espejos con que Arquímedes hubo de incendiar las naves enemigas.

de la nueva ciudad y por ello hostigaron a los gaditanos con guerra; entonces los cartagineses enviaron auxilios a sus consanguíneos].

Dice, pues, Justino—y efectivamente su narración corresponde a la índole de las cosas—que se trata de una guerra entre los vecinos iberos, esto es, los tartesios y el pueblo gaditano, que cada día iba haciéndose más peligroso (1). La introducción de los cartagineses es un error posterior, como el que comete Avieno cuando habla de los cartagineses traduciendo el viejo periplo, que sólo conocía a fenicios en España (2). Asimismo, la guerra que Macrobio (3) refiere es bien claramente una guerra entre Tiro y Tartessos, pues sólo los tartesios podían librar a los tirios una batalla naval, ya que Tartessos era la única potencia marítima de entre los iberos y la rival de Tiro. Pero también en este punto la tradición fué enturbiada por la ignorancia posterior. En efecto: el rey de Tartessos aparece con el nombre de Theron, como un rey de la «España citerior»; lo cual es absurdo, pues ni la Iberia citerior confinaba con Gades, ni era potencia marítima, ni obedecía a un rey.

Estas dos noticias, como asimismo la referencia acerca de la fundación de Gades, proceden evidentemente de fuentes gaditanas. Ambas, en efecto, culpan a los iberos de haber to-

---

(1) Puede compararse con esta guerra la lucha de los ligures contra Massalia, que por su engrandecimiento resultaba peligrosa para los indígenas. Con idénticas palabras la describe Justino, 43, 3, 13: *sed Ligures, incrementis urbis invidentes, Græcos adsiduis bellis fatigabant* [pero los ligures, envidiosos de la creciente prosperidad de la ciudad, cansaban a los griegos con incesantes guerras].

(2) Véase mi edición de Avieno, pág. 35.

(3) Macrobio se apoya en un neoplatónico romano del siglo IV (Wissowa: *De Macrobii Saturnaliorum fontibus,* Diss. Breslau, 1880, pág. 41; Traube: *Varia libamenta critica* (1883); W. A. Baehrens: *Cornelius Labeo* (1913).

mado la iniciativa del ataque, si bien una versión lo atribuye a la envidia de la creciente prosperidad gaditana y la otra al deseo de expugnar el templo de Hércules. Estas dos importantes noticias históricas resultan interesantes también desde el punto de vista literario como una de las pocas muestras de la historiografía fenicia. Es curioso encontrar el nombre de Theron usado como nombre español de persona en otro autor que se funda también en antiguas relaciones. Silio Itálico *(Pun.*, 16, 476) da el nombre de Theron a uno de los jóvenes españoles que ofrecieron a Escipión el espectáculo de una carrera. Otro se llamaba Tartessos (v. 465; 509). Este último era de Gades, que Silio confunde con Tartessos (v. 476). En cambio, a Theron le da por patria—¡cosa rara!—la apartada Galicia:

> *et Theron, potator aquæ, sub nomine Lethes*
> *quæ fluit...*

[y Theron, bebedor del agua que fluye bajo el nombre de Letheo (Miño).]

Hay también un sacerdote de Sagunto que lleva el nombre de Theron (2, 149; 192; 207; 226).

Es posible demostrar que ese *rex Hispaniæ citerioris Theron* era en realidad un rey de Tartessos. En efecto, el rey Theron no es una figura desconocida; se identifica perfectamente con el rey de Tartessos Geron, que dió su nombre al «castillo de Geron» *(Arx Gerontis)* citado en el periplo (Avieno, 263, 304) y situado en el banco que está frente a la desembocadura del Guadalquivir (véase capítulo IX). Este rey reaparece en otro texto posterior (véase pág. 48). El nombre de Geron, desconocido para los griegos, pudo fácilmente ser confundido con el nombre famoso de Theron, tirano de Akragas. Pero, además, también la tradición griega nos da noticias del rey Geron. ¿Quién no advierte que Geron es idéntico al Ge-

ryon o Geryoneus de la mitología griega? Avieno ha percibido bien esta identidad *(Ora mar.*, 263):

> *Gerontis arx est eminus, namque ex ea*
> *Geryona quondam nuncupatum accepimus.*

[Más allá está el castillo de Geron, que, según la tradición, dió su nombre a Geryon.]

Los focenses reconocieron en Geron la figura del gigante Geryoneus, pastor de bueyes, y siguiendo la costumbre de los colonizadores, trasladaron al lejano Occidente el nombre que primitivamente pertenecía a la costa occidental de Grecia (1). A este traslado pudo contribuir también la circunstancia de que en Tartessos se criaba muy hermoso ganado. En efecto, los griegos buscaban a Geryoneus dondequiera que hubiese buenos toros, incluso en Siria (2).

Geryon aparece también como rey de Tartessos en un capítulo muy valioso que Justino, apoyándose seguramente en una tradición indígena, dedica a los antiguos reyes de Tartessos (44, 4) (3): *in alia parte Hispaniæ quæ ex insulis constat regnum penes Geryonem fuit. In hac tanta pabuli lætitia est, ut nisi abstinentia interpellata sagina fuerit pecora rumpantur* [en otra parte de España, que está formada por islas, se halló el reino de Geryon. Hay en esa parte tanta abundancia de hermosos pastos, que el ganado reventaría si no se le reglamentase la comida]. Las islas a que se refiere son, sin duda, las que for-

---

(1) Hecat., fr. 349; Escílax, 26; Wilamowitz, *Herakles*, I, 304.

(2) Preller, *Griech. Mythol.*, 2^3, 205.

(3) Estas noticias fueron, sin duda, proporcionadas por uno de los autores a quienes Estrabón igualmente debe su conocimiento de la antigua Turdetania, es decir a Artemidoro, a Posidonio o a Asclepíades de Mirlea (véase más arriba, pág. 23).

ma el curso del Betis; en ellas pacían (Estrabón, p. 143) y aun hoy pacen hermosos toros. Una tradición semejante nos ha sido conservada por Servio en su escolio a la *Eneida* de Virgilio, 7, 662: *Geryones rex fuit Hispaniæ, qui ideo trimembris fingitur quia tribus insulis præfuit, quæ adiacent Hispaniæ: Balearicæ majori et minori et Ebuso. Fingitur etiam bicipitem canem habuisse, quia et terrestri et navali certamine plurimum potuit* (1)... *Hunc Geryonem alii Tartessiorum regem dicunt fuisse et habuisse armenta pulcherrima, quæ Hercules occiso eo abduxit, de cujus sanguine dicitur arbor nata, quæ vergiliarum tempore poma in modum cerasi sine ossibus ferat.* [Geryon fué un rey de España que se representa con tres cuerpos, porque mandó sobre tres islas, las cuales se hallan junto a España: Mallorca, Menorca e Ibiza. Se dice también que tuvo un perro de dos cabezas, porque fué poderoso en extremo por tierra y por mar... Otros dicen que este Geryon fué rey de los tartesios y poseyó hermosos ganados; y Hércules, habiéndole dado muerte, se llevó sus toros. De su sangre dícese que nació un árbol que, al tiempo que aparecen las Pléyades, da unos frutos semejantes a la cereza, pero sin hueso.] Las tres islas de que habla este texto eran naturalmente las que forma el Betis (isla mayor, isla menor y la isla pequeña que hay entre la mayor y la menor). La confusión con las Baleares es producto de la ignorancia posterior. También es falsa la interpretación de la doble cabeza del perro como alusión al poderío marítimo y terrestre de Geron; pero no puede desconocerse en ella un núcleo de tradición histórica. En la segunda parte del escolio, ya Geron es llamado expresamente rey de Tartessos.

Los demás datos que poseemos acerca de Geryon se orien-

(1) Lo que sigue es adición del llamado *Servius auctus*.

tan igualmente hacia Tartessos. Dice Diodoro (5, 17, 4) que poseía mucho oro y plata. Su padre se llamaba, según Hesiodo, Chrysaor, es decir, «espada de oro», nombre que recuerda al del rey Arganthonios (el hombre de la plata) y que, como éste, conviene perfectamente a Tartessos, tan rica en metales preciosos. Una vez transplantado a Tartessos, el mito de Geryoneus dió aquí nuevas flores. El pastor gigante Γηρύων es el mugiente (de γηρύω, mugir), el toro. Como tal fué identificado con el río Tartessos, pues los griegos imaginaban los ríos bajo la forma de toros (1). Geryon aparece, pues, en la forma del Dios del río Tartessos en aquellos versos de Estesícoro (Estrabón, 148) que hablan de su nacimiento en una cueva de la montaña de plata, esto es, la fuente del Betis en la sierra de Cástulo: σχεδὸν ἀτιπέρας κλεινᾶς Ἐρυθείας Ταρτησσοῦ ποταμοῦ παρὰ παγὰς ἀπείρονας ἀργυρορίζους ἐν κευθμῶνι πέτρας (2) [casi enfrente de la ilustre Erytheia, junto a las fuentes profundas del río Tartessos, que nace en la plata, en una cueva de la roca]. Una vez que Geryoneus se ha convertido ya en la personificación del río Tartessos, no cabe duda de la significación que debe atribuirse a esa extraña figura, al pronto inexplicable, del gigante con tres cabezas o tres cuerpos, que aparece en Hesiodo (3).

---

(1) Preller-Robert: *Griech. Mythol.*, I⁴, 548.

(2) La transposición propuesta por Bergk: Ταρτησσοῦ ποταμοῦ σχεδὸν ἀντιπέρας κλ... Ἐρ..., etc., destruye el sentido, que está clarísimo.

(3) *Theog.*, 287:

> Χρυσάωρ δ' ἔτεκεν τρικέφαλον Γηρυονῆα
> μειχθεὶς Καλλιρόῃ, κούρῃ κλυτοῦ Ὠκεανοῖο.
> τὸν μὲν ἄρ' ἐξενάριζε βίη Ἡρακληείη
> βουσὶ παρ' εἰλιπόδεσσι περιῤῥύτῳ εἰν Ἐρυθείῃ
> ἤματι τῷ, ὅτε περ βοῦς ἤλασεν εὐρυμετώπους
> Τίρυνθ' εἰς ἱερὴν, διαβὰς πόρον Ὠκεανοῖο
> (Ὄρθρον τε κτείνας καὶ βούκολον Εὐρυτίωνα
> σταθμῷ ἐν ἠερόεντι πέρην κλυτοῦ Ὠκεανοῖο).

Son, en efecto, los tres brazos del río Tartessos (v. cap. IX). En Hesiodo efectivamente, la Erytheia, la isla del ocaso, del Oeste, la tierra de la niebla (294), el Océano (288, 294), la mansión estigia, sustentada sobre columnas de plata (779), aluden a esta comarca (v. cap. V). Así como nosotros hablamos de los «brazos» de un río, los antiguos solían representarse los ríos como cuerpos *(caput* = la fuente, *bracchia* = los brazos del río, κέρας = la hoz). Con esta idea del dios fluvial concuerda además la genealogía de Geryoneus, que nace de «Kallirhoé», nombre que, sin duda, designa el manantial (1). El antiguo mito se transparenta todavía en la explicación posterior de los tres cuerpos de Geryon por las tres islas del río.

Los navegantes que frecuentaban Tartessos identificaron también al rey Geron con el buen dios marino Glaukos, que bajo la advocación de ἅλιος γέρων [el viejo del mar] *(R. E.*, VII, 1.410) parecía coincidir con Geron. Por eso al castillo de Geron, *arx Gerontis*, le dieron el nombre de ἄκρα Γλαύκου [castillo de Glauco] (2).

[Mas Chrysaor engendró a Geryon tricípite
Habiéndose ayuntado con Kallirhoé, hija del noble Océano.
Matóle y desarmóle la fuerza de Hércules
junto a los bueyes que arrastran los pies, en la Eritheia rodeada de agua,
en aquel día en que a los bueyes de amplia frente los condujo
a la sagrada Tirinto, habiendo surcado el Océano
(y habiendo matado a Orthros y al boyero Eurytion
en un establo oscuro, allende el noble Océano).]

(1) Sobre Kallirhoé, empleado como nombre de manantial, v. Pape, *Wörterbuch d. griech. Eigennamen.*

(2) Escol. Apoll. Rod., 2, 767: ὁ Γλαῦκος παρὰ τοῖς Ἴβηρσι τιμᾶται, Γέρων καλούμενος. ἔστι δὲ ἄκρα Γλαύκου ἔχει καλουμένη [Glaucos es adorado por los iberos bajo el nombre de Geron. Existe allí un castillo llamado de Geron]. El banco de Salmedina, hoy cubierto por el mar, era en tiempos antiguos una tierra baja, no un cabo; por eso *arx* y *ἄκρα* no significan aquí cabo (como sucede en Avieno, que emplea *arx Setiena* por *Setium jugum*, 609), sino castillo.

La identificación de Geron con Geryon hubo de verificarse, sin duda, en la primera época de los viajes a Tartessos, cuando las imaginaciones situaban en las comarcas lejanas e incógnitas las más espantosas figuras de la mitología. En cambio, la identificación con Glaucos, dios amable y benévolo, se llevó a cabo posteriormente, en la época del comercio amistoso con Tartessos. Una conversión parecida verificóse asimismo en otros héroes extranjeros recibidos por la mitología griega (1).

Geryon, pues, identificado con el rey Geron y considerado como la personificación del río Tartessos, no pertenece a Gades, como hubo de creer la ignorancia posterior, sino a Tartessos. Y la isla Erytheia, su morada, que tomó de su hija el nombre (Paus., 10, 17, 5), no puede haber sido la isla de Gades, sino la isla formada por el delta del Tartessos, ante el cual se alzaba su castillo. En esta comarca se crían hoy todavía los mejores toros andaluces. Pero cuando Tartessos hubo desaparecido, sobrevino la confusión con Gades, y las figuras de Geryoneus y Erytheia fueron falsamente trasladadas a Gades. Sin embargo, los más antiguos mitógrafos sitúan bien claramente Erytheia en el delta del río Tartessos. Estesícoro dice que Erytheia está «frente» a las fuentes del río, esto es, en su desembocadura. Ferécides afirma que Hércules se dirigió a Tartessos (frag. 33), y, por lo tanto, sitúa a Erytheia aquí y no en Gades (v. cap. VII). Por último, las fuentes de que se valen Plinio y Mela colocan a Erytheia, no en Gades, sino «frente» a Lusitania, es decir, en la comarca de Tartessos (v. más arriba, pág. 39).

---

(1) Como el rey egipcio Busiris, que empezó siendo el enemigo de todos los extranjeros y se convirtió luego en el tipo de un príncipe ideal (*R. E.*, III, 1.075). Otro ejemplo es Minos.

A las citadas referencias debemos, pues, un valioso fragmento de la historia antigua de Tartessos: la noticia de la guerra entre los tirios y los tartesios, bajo el rey Geron, cuyo castillo podía contemplar el navegante antiguo al pasar frente a la desembocadura del Guadalquivir. Esta guerra entre Tartessos y Gades supone ya completo el desarrollo de las colonias fenicias. No pudo, pues, tener lugar antes de 800 antes de J. C. (v. pág. 40). Por otra parte, si los focenses injertaron en la figura de Geron el mito de Geryon es porque, cuando fueron a Tartessos, el nombre del viejo rey tartesio permanecía aún vivo en la memoria de las gentes. Ahora bien, los focenses fueron a Tartessos hacia 700 a. de J. C.; es, pues, claro que la fecha de la guerra entre Tartessos y Gades debió de ser la que hemos indicado.

Justino, en el capítulo que trata de España, nos ha transmitido otros datos acerca de los reyes de la vieja Tartessos: *saltus vero Tartessiorum, in quibus titanas bellum adversus deos gessisse proditur, incoluere Curetes, quorum rex vetustissimus Gargoris mellis colligendi usum primus invenit* [los bosques de los tartesios, en los cuales dice la tradición que los titanes pelearon contra los dioses, fueron habitados por los curetes, cuyo rey, el antiquísimo Gargoris, fué el primero que descubrió el aprovechamiento de la miel]. Esos *saltus Tartessiorum* deben de ser las colinas de pinos marítimos que se hallan al sur de la desembocadura del Betis, el *mons Tartessiorum silvis opacus* de que habla el periplo (Avieno, 308). Y en cuanto a los curetes, Plinio cita el *litus Curense* en esta comarca (*n. h.* 3, 7). Justino, pues, nos da a conocer al rey Gargoris, que descubrió el arte de aprovechar las colmenas. Más adelante (§ 11) nos habla también de su hijo Habis, que inventó la agricultura, dictó las primeras leyes, prohibió el trabajo a los nobles y di-

vidió al pueblo obrero en siete clases (véase cap. VIII). Todo lo que Justino nos refiere del descubrimiento de la miel, que los griegos atribuían a Aristaios (Plin., 7, 199); de la infancia de Habis, amamantado por una cierva; de la ligereza con que corría este rey y de los tatuajes que ostentaba, procede evidentemente de tradiciones turdetanas (1). La cierva era animal sagrado entre los iberos; Sertorio la utilizó para una *pia fraus* (Plut., *Sert.*, 11). La miel era un producto importante de Turdetania y dió nombre a la ciudad de Mellaria. La rapidez en la carrera era virtud ibérica (2). El tatuaje era una costumbre africana y, por lo tanto, ibera, ya que los iberos proceden de Africa (3). El incesto del rey Habis con su hija parece ser la expresión de costumbres primitivas, más o menos inmorales. En efecto, de los habitantes de la Gran Bretaña, anteriores a los arios, dícese que entre ellos era corriente el comercio sexual de padres e hijos (4).

---

(1) La historia de Habis, abandonado y salvado milagrosamente, recuerda, sin duda, otros cuentos semejantes (Moisés, Semiramis, Zarathustra, Ciro, Rómulo, Telephos, Atalante, los hijos de Melanipo, Cibeles, etc.). Pero esto no arguye en contra de la antigüedad de la leyenda tartesia. La leyenda de los niños producto de ilícito comercio y, por tanto, abandonados y salvados luego milagrosamente, casi siempre por animales que los amamantan, es una leyenda nómada que surge espontánea en muchos puntos (véase Wundt: *Völkerpsychologie*, V, 2 (2.ª edic.), págs. 185, 308); lo cual no quiere decir que no haya casos particulares en que sea una reproducción, como sucede, p. ej., en la de Rómulo. Todo lo que se cuenta de Habis, repetidas veces abandonado y salvado, vuelve en términos semejantes—incluso el abandono en una pradera—en la historia de Zoroastro (Spiegel, *Eran. Altertumskunde*, I, 690).

(2) *Numantia*, I, 49.

(3) Corippus: *Joh.*, 6, 82; Cass. Félix: *De medic. 20 Rose;* Riedmüller, *Die Johannis des Corippus*, Diss. Erlangen, 1919, p. 47.

(4) Estrabón, 201: φανερῶς μίσγεσθαι ταῖς τε ἄλλαις γυναιξὶ καὶ μητράσι καὶ ἀδελφαῖς [públicamente se ayuntaban con cualquier mujer, incluso con sus madres y hermanas]. Otros testimonios en Estrabón, 783; Xanthos, fr. 28; Ed. Meyer, *G. de Alt.*, I², 1, 31.

Resulta extraño que, además del cultivo del pan, se insista tanto sobre el de la miel. Pero es que en los pueblos primitivos la miel representa un papel importantísimo (1). Por otra parte, choca también la falta de noticias acerca de quién fuese el primero en introducir el cultivo del olivo, que ha sido más tarde el más importante producto agrícola de Andalucía. De lo cual puede deducirse, en primer término, que el olivo fué importado después, y en segundo término, que estas leyendas son antiquísimas. Los nombres de los dos reyes tienen un carácter muy ibérico. En Gargoris encontramos la reduplicación tan característica de los nombres ibero-libios *(Numantia*, 1, 38), y cierta afinidad con los nombres ibéricos de *Garos* y *Garonicus (Mon. Ling. Iber.*, 258), acaso también con Geron, que podría considerarse como la helenización de Garon (relacionando este nombre con γέρων). Habis, o Abis, puede compararse con los nombres ibéricos *Abionnus*, *Abilus (Mon. Ling. Iber.*, 254).

A la misma serie que Gargoris, descubridor de la miel, y Abis, inventor de la agricultura, pertenece también *Sol, Oceani filius, cui Gellius medicinæ quoque inventionem ex metallis assignat* [Sol, hijo de Océano, a quien Gellio atribuye también la invención de la medicina por los metales] (Plinio, *n. h.*, 7, 197). En efecto, el nombre de Sol concuerda bien con la ciudad de Tartessos, pues en esta comarca se adoraba al sol (v. cap. VIII). Lo mismo puede decirse del nombre de Océano, que se extendía ante la ciudad. Pero, sobre todo, el aprovechamiento de los metales parece convenir perfectamente con la región tartesia (2). Podría admitirse que la serie de los reyes de Tartessos comenzó con Océano y Sol, pues las dinas-

(1) Hoernes, *Natur und Urgesch. d. Menschen*, I, 510.
(2) Ya Movers, II, 2, 628, refirió el texto a Tartessos.

tías antiguas acostumbraban a ufanarse de ascendencias divinas. Otro rey de Tartessos parece haberse llamado Norax. Según la leyenda, era hijo del dios Hermes y de Erytheia, la hija de Geryon (1); fundó la ciudad de Nora, en Cerdeña. El nombre parece ibérico, pues guarda relación con *Norenus* y *Norisus (Mon. Ling. Iber.*, 259). La leyenda de la fundación de Nora por el rey Norax podría quizá referirse a tráficos entre Tartessos y Cerdeña (v. pág. 20). Por su genealogía, Norax debió de reinar después de Geryon.

Así, la tradición tartesia nos da a conocer algunos antiguos reyes de Tartessos; unos son míticos, como Océano, Sol (2); otros son semimíticos, como Gargoris, Abis; otros, en fin, son históricos, como Geron y Norax. Sin duda, estos reyes figuraban en aquellos antiquísimos anales de Tartessos a que alude Estrabón (v. pág. 22 y cap. VIII).

Nótese el hecho curioso de que, entre los iberos de época posterior, la institución monárquica se limita a la parte Sur y Este de la Península, es decir, al territorio ocupado por los turdetanos, oretanos, edetanos, ilergetes. Ahora bien, estas tribus,

---

(1) Paus., 10, 17, 5: μετὰ δὲ Ἀριστοῖον Ἴβηρες ἐς τὴν Σαρδὼ διαβαίνουσιν ὑπὸ ἡγεμόνι τοῦ στόλου Νώρακι καὶ ᾠκίσθη Νώρα πόλις ὑπὸ αὐτῶν; ταύτην πρώτην γενέσθαι πόλιν μνημονεύουσι ἐν τῇ νήσῳ. παῖδα δὲ Ἐρυθείας τε τῆς Γηρυόνου καὶ Ἑρμοῦ λέγουσιν εἶναι τόν Νώρακα [Después de Aristeo, los iberos pasaron a Cerdeña, dirigiendo Norax la expedición, y fundaron la ciudad de Nora; y se recuerda que ésta fué la primer ciudad de la isla. Dicen que Norax era hijo de Erytheia, la hija de Geryon, y de Hermes]. Solino, p. 50, Mommsen (véase Sallust., *Hist.*, II, 5): *nihil ergo attinet dicere ut Sardus Hercule, Norax Mercurio procreati, cum alter a Libya, alter ab usque Tartesso Hispaniæ in hosce fines permeavissent, a Sardo terræ, a Norace Noræ oppido nomen datum* [No hay para qué decir que Sardo, hijo de Hércules y Norax, hijo de Mercurio, cuando entraron en esta comarca, viniendo aquél de Libia y éste de Tartessos de España, dieron sus nombres aquél a la tierra toda y éste a la ciudad de Nora].

(2) Χρυσάωρ (v. pág. 46) es una invención griega, sin duda.

o pertenecieron al antiguo imperio de Tartessos, o lindaron con él. ¿No podría ser la monarquía ibérica un producto de la influencia tartesia?

Debemos, pues, considerar a Geron como una figura histórica. Bajo su gobierno, sucumbió Tartessos al yugo tirio, después de una desgraciada batalla. Si la figura de Geron aparece en Justino orlada de tradiciones mitológicas, esto no quiere decir que no sea histórica. Toda la historia antigua está como sumergida en una atmósfera de leyenda, pero casi todos los mitos de esta especie tienen un núcleo histórico. Los tartesios, sobre todo, debieron de envolver su tradición histórica en mitos y leyendas, ya que es lícito concederles la misma abundante fantasía y afición a las fábulas que caracteriza a sus descendientes, los turdetanos, y aun a los actuales andaluces (véase cap. VIII).

El rey Geron parece haber sobresalido entre los viejos reyes tartesios. Era adorado como un dios (1), y los griegos le dieron entrada en su mitología.

Desgraciada fué para Tartessos la batalla naval que libró contra Gades. En este combate revelaron los tartesios sus escasas virtudes guerreras; tampoco los turdetanos, sus sucesores, fueron grandes soldados, y pasaban por ser el pueblo menos guerrero de la vieja Iberia (véase cap. VIII). Después de aquel combate, Tiro afirmó su indiscutido dominio sobre el Mediterráneo occidental, que en adelante permaneció inaccesible para la navegación extranjera; tanto, que aun en época posterior la expresión «mar tirio» tenía el sentido proverbial de mar fatal para los navegantes (2).

---

(1) Así es como hay que entender, evidentemente, el τιμᾶται del escolio (véase más arriba, pág. 47, nota 2.ª).

(2) Festus: *Tyria maria* (mares tirios).

La ruina de Tiro libertó a Tartessos del yugo fenicio. Hacia 700, la ciudad de Tiro fué sitiada por los asirios durante cinco años (1). Los pueblos sometidos a los fenicios aprovecharon esta ocasión para recobrar su independencia. Tal hizo Tartessos (Isaías, 23, 1; v. pág. 40), que a partir de este momento volvió a ser libre. Los griegos hablan de cierto rey Arganthonios que gobernó a Tartessos durante 150 años (v. capítulo IV). Esta fábula se refiere quizá a los 150 años de independencia que aún pudo gozar Tartessos desde su liberación del yugo tirio hasta la batalla de Alalia (537) (2). A pesar de la antigua enemistad, el tráfico con Tiro volvió a reanudarse, según refiere Ezequiel, que escribía hacia 600 (véase pág. 17). Pero vino luego el sitio de Tiro por Nabucodonosor de Babilonia (3), que duró trece años (586-573), y si la ciudad no fué tomada, al menos perdió para siempre su poderío y su riqueza. Desde este momento debieron de cesar por completo los viajes de los tirios a Tartessos (4).

Tartessos, entonces, no sólo recobró su antiguo imperio, sino que, además, impuso su ley a las colonias fenicias (5). Por eso Hecateo (fr. 9) señala Sexi como ciudad de los mastienos, y el periplo incluye en el imperio de Tartessos a los *Phoenices* y a los *Libyophoenices* de las costas meridionales. El imperio de Tartessos llegaba en esta época hasta el cabo Nao.

Desde la caída de Tiro, en 700 a. de J. C., el mercado de

---

(1) Ed. Meyer, *Gesch. d. Alt.*, 2, 467.
(2) Gutschmid, *Kl. Schriften.*, 2, 69.
(3) E. Meyer, *Gesch. d. Alt.*, 2, 595.
(4) Pietschmann, *G. der Phönicier*, 300 y s.
(5) La noticia de que Nabucodonosor conquistó Iberia (Megastenes en Josefo, *Ant.*, 10, 11) es, naturalmente, una falsa deducción de su victoria sobre Tiro (véase pág. 19).

Tartessos quedó abierto para una nueva potencia marítima. Siguiendo las huellas de los fenicios, navegaron los griegos hacia el Occidente remoto. Los primeros en lanzarse al alta mar fueron los *focenses*, cuyas naves de cincuenta remos vinieron a ser las sucesoras de aquellas naves de Tarsis que los tirios tripulaban. Naturalmente, los jonios, colonizadores del mar occidental, tenían hacía tiempo noticia de los viajes fenicios a Tartessos y de las riquezas que atesoraba esta ciudad (1). Este conocimiento fué aumentando cuanto más lejos penetraron ellos mismos en la dirección del Oeste remoto.

---

(1) Con el conocimiento del estaño y del ámbar (que en la *Odisea* aparecen como mercancías fenicias) tuvieron los griegos que adquirir también conocimiento de los viajes fenicios a las tierras occidentales, aunque de modo imperfecto y oscuro.

CAPITULO IV

Tartessos y los focenses

Desde 750, los jonios ocupaban las costas de Sicilia y de la Italia meridional. En el siglo VII debieron, pues, empezar los focenses sus viajes a Tartessos. Fué su gloria el descubrimiento del Mediterráneo occidental (1). El primer griego que llegó a Tartessos (2) fué, según cuentan, el samiense Kolaios, hacia el año 660 (3). Un *terminus post quem*—desgraciadamente impreciso—es el pasaje de la Odisea (15, 460; 473) en que se cita el ámbar como mercancía de los fenicios; cuando esos versos fueron compuestos (¿antes de 700?) todavía no iban a Tartessos los focenses. *Terminus ante quem* son, en cambio, las ofrendas de Mirón, hacia el año 650, en el tesoro

---

(1) Herodoto, 1, 163: οἱ δὲ Φωκαιέες οὗτοι ναυτιλίῃσι μακρῇσι πρῶτοι Ἑλλήνων ἐχρήσαντο καὶ τόν τε Ἀδρίην καὶ τὴν Τυρσηνίην καὶ τὴν Ἰβηρίην καὶ τὸν Ταρτησσὸν οὗτοι εἰσι οἱ καταδέξαντες. [Aquellos focenses fueron los primeros de entre los helenos que emprendieron largos viajes por mar. Ellos fueron los que descubrieron el Adriático y la Tyrrenia y la Iberia y Tartessos.]

(2) Herodoto, 4, 152: τὸ δ'ἐμπόριον τοῦτο ἦν ἀκήρατον τοῦτον τὸν χρόνον [Aquel mercado estaba intacto en aquella época]. Eso de que Tartessos estaba intacta en aquella época, se refiere, naturalmente, sólo a los griegos. Beloch: *Gr.. Gesch.*, I², 2, 252, quiere inferir de este pasaje que Tartessos era entonces del todo desconocida. Quizá la palabra ἀκήρατον signifique «no destruída», en cuyo caso sería Herodoto un *terminus ante quem*, para fijar la fecha de la destrucción de Tartessos (véase más abajo cap. 6).

(3) Antes de la fundación de Kyrene, que tuvo lugar hacia 650 (Beloch *Griech. Gesch.*, I², 2, 237).

de los Sikyones en Olimpia; esas ofrendas eran de bronce tartesio (1). La fundación de Massalia, hacia 600 antes de Jesucristo, es *terminus ante quem*, no *post quem*, para la fecha de los viajes focenses a Tartessos; efectivamente, aquella fundación supone ya estos viajes, puesto que los focenses no establecerían las etapas sucesivas (Massalia, Hemeroskopeion, Mainake) antes de haber llegado al fin, que era Tartessos. Sólo así se explica, naturalmente, que la poesía griega del siglo VII tenga noticias del Occidente remoto (véase cap. VII). Los viajes focenses debieron ser cada día más frecuentes después de la caída de Tiro en 573.

Los focenses—como antes los fenicios—sacaban de Tartessos principalmente la plata y el estaño. Herodoto (4, 152) refiere que Kolaios, el primer griego que estuvo en Tartessos, trajo de su expedición más de 1.500 kilogramos de plata. El periplo cuenta (Avieno, 297) que la corriente del Tartessos llevaba estaño a la ciudad, y habla de los viajes tartesios en busca del estaño de Oestrymnis (Avieno, 113). En Plinio *(n. h.*, 197) encontramos el siguiente importante dato: *plumbum*—quiere decir *plumbum album—ex Cassiteride insula primus adportavit Midacritus* [Midácrito fué el primero que trajo el estaño de la isla Cassitéride]. Quizá tengamos aquí conservado el nombre del primer navegante focense que trajo estaño de Tartessos; digo de Tartessos, porque los focenses no navegaban a las

---

(1) Pausanias, 6, 19, 2-4. Aunque el tesoro, en la forma en que se conservó no procedía de Mirón, como Pausanias creía, sino del siglo V (Hitzig-Blümner: Comentario al pasaje citado), las ofrendas sí eran seguramente de Mirón, pues Pausanias leyó en ellas su nombre. Además, en el siglo V ya no había bronce tartesio, puesto que en 500 a. de J. C. ya no existía Tartessos. La única duda, que el mismo Pausanias manifiesta, es si el bronce sería o no efectivamente de Tartessos.

islas del estaño, sino que traían el estaño de Tartessos (capítulo V). Podríamos corregir *Midacritus* en *Midocritus* (Μειδόκριτος), pues sólo este último nombre se encuentra en griego, y justamente en comarcas jónicas, en inscripciones áticas (Kirchner, *Prosop. Attica)* (1). Además de la plata y del estaño, los focenses sacaban de Tartessos el bronce, en cuya fabricación sobresalían los tartesios. Bronce tartesio había en el tesoro de los Sicyones, de Olimpia. (V. más arriba, pág. 39 y también cap. VII, al hablar de la Atlántida de Platón.)

En el siglo V se les daba el nombre de Tartessos a las murenas (Aristóf., *Ranas*, 475) y al hurón, que se usa para cazar conejos (Herodoto, 4, 192): μύραινα, γαλῆ Ταρτησσία. Traíanse entonces de Gades, pero antes podían venir muy bien de Tartessos.

Así como los tirios fundaron a Gades, también los focenses fundaron una colonia destinada a facilitar su comercio con Tartessos: esta colonia fué *Mainake*. Hallábase al este de Málaga, y más tarde, cuando los cartagineses cerraron el estrecho, se unió a Tartessos por medio de una carretera (véase cap. VI). La tradición no nos ha transmitido la fecha de la fundación de Mainake, pero debió de ser antes de la fundación de Marsella, antes de 600 (v. pág. 39). Cabe preguntarse por qué los focenses no situaron su colonia en las proximidades de Tartessos, como hicieron los fenicios cuando fundaron Gadir. No puede

---

(1) Knaack (Hermes, 1881, 587) y Sal. Reinach *(L'Anthropologie,* 1889, 403 y *Cultes, mythes et religions,* 3², 329), suponen que la corrección de *Midacritus* debe ser *Midas Phryx,* apoyándose en el pasaje de Hygin, fab. 274: *Midas rex, Cybeles filius, Phryx plumbum album et nigrum primus invenit.* [El rey Midas, hijo de Cibeles, frigio, fué el primero que descubrió el plomo blanco y negro] (v. Casiodoro, var. 3, 31). Pero esta suposición debe rechazarse, porque Plinio nombra al primero que trajo el estaño de las Cassitérides, lo cual nadie seguramente atribuyó nunca al rey asiático.

ser ni por culpa de los focenses ni por culpa de los tartesios, y, sin duda, fué debido a la rivalidad de los tirios. Mainake tiene un interés especial por ser la más occidental de las colonias griegas, el otro polo de Dioskurias, en el Ponto, que es la más oriental. Así, los jonios emprendedores consiguieron colonizar todo el Mediterráneo, de un extremo al otro.

Mainake, como Tartessos, fué destruída por los cartagineses, y desde entonces quedó sepultada en el olvido, hasta el punto de haberse confundido con Malaca, como Tartessos se confundió con Gades. Pero en el último siglo antes de Jesucristo, sus ruinas eran aún visibles y revelaban claramente la traza helénica de la ciudad (1). Mainake es el ejemplo más antiguo de la traza *hippodámica* regular, traza que se encuentra también en Emporion (antes del año 500). Mainake y Emporion demuestran que la traza regular de las ciudades estaba ya en uso mucho antes de Hippodamos (hacia 400 a. de J. C.) entre los jonios, que la tomaron de Oriente (en donde es antiquísima); lo que hizo Hippodamos fué, pues, extenderla por la Hélade y sus colonias. Es forzoso identificar a Mainake con Mainobora, que Hecateo (pág. 8) cita como ciudad de los Mastienos, y con la ciudad posterior de Mainoba, que, según Mela, 2, 94, y Plinio, 3, 8, y Pol., 2, 4, 7, se hallaba en el río Mainoba entre Malaca y Sexi (Almuñécar) [2], y según los itinera-

---

(1) Los datos de Estrabon (pág. 156) proceden de Artemidoro o Posidonio: ταύτην τινὲς τῇ Μαινάκῃ τὴν αὐτὴν νομίζουσι... οὐκ ἔστι δὲ, ἀλλ' ἐκείνη μὲν ἀπωτέρω τῆς Κάλπης ἐστι, κατεσκαμμένη τά δὲ ἴχνη σώζουσα Ἑλληνικῆς πόλεως, ἡ δὲ Μάλακα πλησίον, μᾶλλον Φοινικικῇ τῷ σχήματι [algunos creen que ésta (Málaga) es la misma que Mainake...; pero no es así, porque ésta (Mainake) se halla más lejos de Calpe y está destruída y conserva vestigios de ciudad griega, mientras que Málaga se halla más cerca de Calpe y tiene más traza fenicia].

(2) Véase Avieno, 426: *Malachœque flumen urbe cum cognomine, Menace priore quæ vocata est sæculo* [y el río de Malaca con la ciudad del mismo

rios (*Itin. Ant.*, 405, 5), estaba situada a 12 millas o 18 kilómetros de Malaca. El río Mœnoba es el río Vélez, el único que existe entre Málaga y Almuñécar. En cambio, la distancia que indican los itinerarios varía en 10 kilómetros al Oeste, pues el río Vélez desemboca a 28 kilómetros al este de Málaga. Delante de Mainake había una isla grande con un golfo que servía de puerto y en la isla un templo a la luna (Avieno, 428). Siendo Mainoba o Main-obora forma ibérica (1), pudiera ser que Main-ake representase la transformación focense (2). Puesto que Mainoba existía todavía en la época imperial, la ciudad griega no pudo estar en el mismo sitio, sino en un punto próximo, como Hemeroskopeion junto a Díniu y Emporion junto a Indica. He logrado descubrir en 1922 el emplazamiento de Mainake. La ciudad griega está situada en el «Peñón» a la derecha del río Vélez, junto a Torre del Mar (28 kilómetros al este de Málaga). La ciudad ibérica y la romana se hallan a la izquierda del río. La isla de la «Luna» corresponde a la isla formada por las dos desembocaduras del Vélez y es baja (3), como corresponde a la descripción del periplo. La ciudad griega ha desaparecido casi por completo; algo más queda de la romana. Pero creo posible encontrar la necrópolis griega (4). El descubrimiento

---

nombre, que se llamaba Mainake en el siglo anterior]. En este texto hay una interpolación, y se pone Malaca en vez de la Mainake del periplo, como sucede también en el v. 181. Por tanto, el dato de hallarse en el río del mismo nombre, se refiere a Mainake (véase mi edición de Avieno, pág. 37).

(1) Véase mi edición de Avieno, pág. 105.

(2) El sufijo *-άκη* es corriente en Asia (Ἀναριάκη, Ἀνδριάκη, Ἀρτάκη, etcétera...)

(3) Como tal aparece por la laguna que también sirve de puerto (Avieno, 430: *in insula stagnum quoque tutusque portus* [en la isla, una laguna que también sirve de puerto seguro]).

(4) Véase la relación de mi descubrimiento (con mapa) en *Archäol Anzeiger*, 1923, 30.

de la necrópolis de Mainake sería una gran adquisición muy importante y provechosa para la historia de la península y de las relaciones entre los tartesios y los focenses.

Los focenses establecieron una segunda factoría en la costa oriental, en la frontera norte del imperio tartesio: *Hemeroscopeion* («atalaya del día»). Esta ciudad estaba situada junto a la ibérica Díniu (latín: *Dianium);* hay que buscarla, por tanto, en el cerro del castillo de Denia. Los focenses no tuvieron en las costas ibéricas más que estas dos colonias; en efecto, el periplo, que es de época focense, no cita otras. Emporion, Rhodas y las dos factorías al sur del cabo Nao fueron fundadas por los massaliotas, después de la ruina de los focenses. (V. cap. VI).

A cambio de la plata y del estaño que obtenían en el mercado de Tartessos, llevaban los griegos a los tartesios, sin duda, productos dé la industria griega, y también aceite y vino, que aún no tenían los iberos. Pronto debieron éstos aprender a plantar el olivo y la vid, pues el periplo massaliota (Avieno, 495, 501) señala ya en las costas orientales ambos cultivos. Pero los griegos trajeron a los iberos algo mejor todavía que los dones de Pallas y de Dionysos: trajéronles el *arte griego.* La puerta de entrada del arte griego no fué tanto Mainake—cuya influencia en la costa meridional luchaba con la de los fenicios—como Hemeroskopeion y los otros dos emporios massaliotas fundados más tarde entre el cabo Nao y el cabo Palos. *La más antigua escultura ibérica nació en esta comarca; y su obra más famosa, la Dama de Elche, se ha encontrado en la vecina Ilici. Este hecho se explica por la influencia de los tres emporios griegos* (1). También es característico el hecho de que

(1) Un león encontrado en Focea, en las excavaciones francesas *(C. R. Acad. des Inscrip.,* 1920), coincide notablemente con una figura ibérica de la provincia de Albacete, el león de Bocairente.

estas tres ciudades estuviesen en tierra tartesia y de que en la comarca de Emporion y Rhodas no se haya desenvuelto arte alguno escultórico. Sólo el imperio tartesio tenía el suelo preparado para el arte griego. La fundación de las colonias griegas es, además, un *terminus post quem* para la escultura ibérica. Esta escultura—como se deduce de su expansión—no parece haber tenido su punto de partida en Hemeroskopeion, sino más bien en las dos colonias fundadas después del año 500 en el Sinus Ilicitanus; de donde cabe inferir que las esculturas ibéricas proceden a lo sumo del comienzo del siglo V (v. cap. VI).

Además de las factorías, los focenses construyeron *carreteras*, como la que iba de Mainake al estuario del Tajo, pasando por Tartessos (véase cap. VI). También era focense, si no en la traza, por lo menos en la construcción, uso y nombre, la vía comercial que iba de Tartessos por la costa oriental hacia el Norte: el «camino de Hércules» (1). Por esa carretera cuentan que condujo Hércules a Grecia los toros de Geryoneus; lo cual significa—traducido al idioma histórico—que esa vía arrancaba de Tartessos; era la vía de la plata y del estaño.

Existe otro testimonio de los viajes focenses a Tartessos: los *nombres jónicos de islas y lugares costeros* que se encuentran por todo el camino, en las costas italianas, en Cerdeña y España, hasta Tartessos. Son nombres terminados en-οῦσσα, nombres muy extendidos por las costas del Asia Menor, en comarcas jónicas, y cuya presencia en el Occidente revela, sin duda el paso de los jonios, de los focenses. En las costas italianas encontramos: Πιθηκοῦσσα (Ischia) Ἀνθεμοῦσσα (Escol. Odys. μ. 39), Σειρηνοῦσσαι (islas en el golfo de Saler-

(1) *De mir ausc.*, 85.

no) [1]. En Cerdeña: Ἰχνοῦσσα (nombre jónico de la isla). En la costa española oriental: Μηλοῦσσα, Κρομμοῦσσα (Mayorca y Menorca?), Πιτυοῦσσα (Ibiza), Ὀφιοῦσσα (Formentera). En la costa meridional: Πιτυοῦσσα (cabo Sabinal), Καλαθοῦσσα (en la bahía de Huelva?), Κοτινοῦσσα, viejo nombre de la isla de Gades (2). En la costa suroeste: ἄκρα Ὀφιούσσης *(prominens Ophiussæ:* Avieno, 171), el cabo Roca, el extremo nombre que señala el límite de la esfera focense. Sabemos por el viejo periplo que el vecino estuario del Tajo estaba unido a Tartessos por una vía comercial focense (cap. VI).

También procede de los focenses el nombre que recibió el estrecho: *columnas de Hércules* y *estrecho de Tartessos (Tartessium fretum,* Avieno, 54) o «Puerta de Tartessos» (Ταρτησσοῦ πύλη, en Lykophron, 643) [3]. Destruída Tartessos, su nombre fué sustituído por el de Gades en todas estas expresiones (véase cap. VI).

Los barcos que los focenses usaban para sus viajes a Tartessos son llamados por Herodoto (I, 163) πεντηκόντοροι; eran, pues, grandes naves con cincuenta remeros (es decir, veinticinco a cada lado) [4], lo cual les confiere una longitud no menor

---

(1) Los nombres de las costas italianas pueden proceder o de los focenses o de los calcidios, ya que éstos llegaron hasta el golfo de Nápoles. Para los nombres de las localidades situadas más al Oeste, no cabe otra procedencia que la focense.

(2) Plin. n. h. 4, 120; Escol. Aristof. Plutos, 586: νῆσος Κοτινοῦσσα τὰ Γάδειρα... ὡς καὶ ὁ περιηγητὴς δηλοῖ [la isla Cotinusa, la de Cádiz..., como muestra también el periegeta]. Mela conoce cerca de Gades un *lucus Oleastrum* (Müllenhoff. D. A. I., 113).

(3) En cambio, las palabras στόμα Ταρτησσοῖο. Orph. Argon, 1240 no quieren decir el estrecho (que luego se cita), sino la desembocadura del río Tartessos: ... ἀνὰ στόμα Ταρτησσοῖο ἱκόμεθα στήλαισι δ' ἐκέλσαμεν Ἡρακλῆος [tras la desembocadura del Tartessos abordamos a las columnas de Hércules].

(4) El testimonio más antiguo de las naves de cincuenta remeros es la

de treinta metros. Además de los remos tenían, naturalmente, velas. La estampa que va al frente de este libro, tomada de un vaso ático de la segunda mitad del siglo VI (1), representa una nave comercial griega del tiempo del Periplo y del rey Arganthonios.

La única noticia detallada de los viajes focenses a Tartessos se encuentra en Herodoto. En el libro IV, 152, está la narración del descubrimiento de Tartessos por el samiense Kolaios, que por casualidad fué arrastrado a aquella costa. En 1, 163 explica Herodoto las relaciones entre Tartessos y los focenses. El rey tartesio Arganthonios, que vivió ciento veinte años y reinó ochenta sobre Tartessos, recibió amablemente a los focenses, les dió dinero para que fortificasen su ciudad contra los persas, y hasta los invitó a establecerse en Tartessos. Aceptaron los focenses el dinero, pero no la invitación. Fortificaron su ciudad merced a la ayuda de Arganthonios, pero fueron a pesar de ello vencidos por Harpalos (545 a. de J. C.). Decidieron entonces emigrar y construirse un nuevo hogar en Occidente. Según Herodoto, parece que pensaron en aprovechar la invitación del hospitalario rey; pero éste, entre tanto, había muerto. Su sucesor, sin duda, no fué tan hospitalario como él. Los focenses se dirigieron, pues, a Córcega, en donde tenían fundada, desde hacía veintidós años, la colonia Alalia. Pero aquí se les pusieron enfrente los cartagineses y los etrus-

---

epopeya, que por lo demás refleja los viajes focenses (Ilíada, 2, 719, 16, 170; Odis. 8, 35; comp. con 10, 208). La nave pintada en un vaso, con veinticuatro remeros a cada lado y el piloto es igualmente un pentekóntoros (Baumeister, *Denkmäler*, v. Seewesen, pág. 1.599). Véase también *Daremberg-Saglio*, art. Navis., pág. 25.

(1) British Museum: *Guide to the exhibition illustrating Greek and Roman life* (1908), pág. 214, fig. 223.

cos aliados, y la batalla naval que hubieron de combatir (hacia 535) [1], aunque de favorable éxito para los focenses, les hizo perder tantos barcos, que abandonaron Córcega y se establecieron en la Italia del Sur (2). La batalla de Alalia, que expulsó a los focenses del Oeste, fué también fatal para Tartessos. Trajo, en efecto, a España a los cartagineses, siniestros sucesores de los tirios.

El rey Arganthonios, que tan hospitalariamente acogió a los focenses, nos es conocido no sólo por Herodoto, sino también por una preciosa poesía de su contemporáneo Anacreonte (véase cap. V), en la cual éste lo encomia como compendio y cifra de toda ventura terrestre y, con exageración notoria, le atribuye un reinado de ciento cincuenta años (3). Arganthonios murió antes de la batalla de Alalia y reinó ochenta años. Su reinado, pues, comprende los años 620-540, aproximadamente. Los focenses hicieron amistad con él cuando su patria fué amenazada por los persas, esto es, hacia 550. Es notable el nombre: Arganthonios—el «hombre de la plata». Esta, en efecto, debe de ser su significación, ya que *argant* en céltico significa plata (v. Holder) y Tartessos es la ciudad de la plata. En tal caso, el nombre del rey tartesio sería céltico y los focenses habríanlo aprendido de los celtas (4). Esto es muy posible históricamente, puesto que los celtas habitaban ya desde el año 600, aproximadamente, no sólo en España, en la vecindad de los

---

(1) Busolt: *Gr. Gesch.*, 2^2, 755.

(2) Herodoto, 1, 166; Diod., 5, 13, 4; Meltzer: *G. d Karth.*, 1, 163.

(3) Todas las citas posteriores de Arganthonios se basan en Herodoto o en Anacreonte. (V. Holder. *Altkelt. Sprachschatz.)*

(4) Así creen Thurneysen y Dümmler, citados por Bradke, *Uber Methode und Ergebnisse der arischen Altert. Wiss.* (1890), pág. 24).

tartesios (1), sino también tierra adentro de Massalia (Liv. 5, 34,8; Justino, 43, 3, 4). Además, lingüísticamente, el nombre, compuesto de *argant* y la terminación céltica *onios* (v. Holder), tiene un sello muy céltico. Hay otros nombres de persona formados con Argant (2). Por último, justamente entre los celtas españoles se encuentra el nombre de Arganto (3). En cambio, el nombre no puede ser griego (4)—pues fuera compuesto de ἄργυρος [plata]—, ni tampoco tartesio, pues si bien es posible que los extranjeros, admirados de la abundante plata, hayan dado al rey el nombre de «hombre de la plata», no es, empero, de creer que lo hicieran los tartesios, para quienes la plata era cosa corriente y vulgar.

En los últimos tiempos de Tartessos, bajo el regimiento largo y feliz de Arganthonios, se extiende por la ciudad la luz transfiguradora del último sol poniente. Poco después de la muerte del rey habrán de sucumbir los focenses, los amigos de Tartessos, a las fuerzas reunidas de etruscos y cartagineses.

---

(1) El periplo testimonia que los Cempsos célticos lindaban con los Ileates tartesios. (Avieno, 301).

(2) Argento-coxus (pie de plata), Argant-eilin (codo de plata), Argeitlan (mano de plata); v. Windisch, *Das keltische Britannien* (1812), pág. 117. También se encuentra argant- en toponímicos, como Argantomagus, Argento-varia, Argento-rate (v. Holder).

(3) *Boletín Academia de la Historia*, 68 (1916), 415. Inscripción de la comarca de Segobriga: *Arganto Medutica Melmani f (ilia) et Daleva ei (us) sor (or) h. s. e.*

(4) El nombre de la montaña Ἀργανθών, Ἀργανθώνη, adj. Ἀργανθώνειον ὄρος (Estef. Byz. R. E., 2, 680), cerca de Kios, en la Propóntida, no se deriva de Arganthonios, pero tiene la misma raíz. Como aparece por vez primera en Apolonio Rodense, acaso proceda de los gálatas.

CAPITULO V

Los viajes focenses a Tartessos reflejados en la literatura

Cuando los navegantes focenses franquearon por vez primera el estrecho de Gibraltar y vieron ante sí un mar nuevo, extraño, de otro color, con otras olas y otros vientos; cuando en Tartessos oyeron hablar de las costas oceánicas, que se extienden sin término hacia el Norte, de aquellas tierras septentrionales, cubiertas de niebla, en donde durante el verano no hay noche ni durante el invierno día, de aquellos gigantes antropófagos que habitan las remotas comarcas; cuando de vuelta a sus hogares relataron las maravillas y espantos de ese nuevo mundo oceánico, todas estas noticias debieron de conmover profundamente los espíritus y excitar hasta el último extremo la fantasía griega. En efecto, ese nuevo mar no podía ser otro que el Océano, el mar que envuelve la tierra, del cual tenían los griegos alguna aunque oscura noticia por los navegantes fenicios que iban a Tarschisch. Los viajes fenicios comenzaron hacia 1200; los focenses, hacia 700. No es, pues, de extrañar que encontremos ya en la épica griega, sobre todo en sus partes más jóvenes (1), cierta noción del Océano occidental y de las cosas que en él había. Los mitos que suceden a la amplificación del

(1) En la Odisea aparece el ámbar como mercancía fenicia (15, 46, 476). Pudiera ser, por lo tanto, que este poema fuese en gran parte anterior a los viajes focenses a Tartessos, los cuales comenzaron poco antes del año 700 (v. pág. 39).

saber geográfico hubieron de ser trasladados al nuevo mar, y Ulises, que hasta entonces había navegado errante por las aguas griegas e italianas, salió de ellas para bogar por el Océano.

La Odisea nos da claras noticias del Océano occidental. Háblanos del Océano, mar del Oeste (4, 567; 11, 155), del país de las nieblas (11, 13), del gran mar en que se entra al salir del Mediterráneo (12, 1). También proceden de aquí esos suaves vientos oceánicos del Oeste (4, 567), que tenían que producir gran admiración en los navíos orientales, tanto más cuanto que en su país el céfiro era un viento frío y violento (1). Otro reflejo de los nuevos conocimientos geográficos lo encontramos en lo que dice la Odisea (1, 53) de las «columnas de Atlante, que separan el cielo de la tierra». Con razón se ha referido este pasaje a las dos rocas del estrecho de Gibraltar, que los fenicios llamaron «columnas», como los griegos más tarde les dieron el nombre de «columnas de Hércules». También la noticia de las cortas noches veraniegas del Norte (Odis., 10, 86) fué transmitida por los tartesios que traficaban con los oestrymnios, los cuales navegaban por las islas británicas (2). Igualmente, la fábula de los cimmeros, envueltos en eterna noche (Odis., 11, 15-19), parece referirse a las largas noches invernales del Norte (v. R. E. XI, 427). Es posible también que el cuento de los Lestrigones, gigantes antropófagos, esté fundado en hechos reales, porque los oestrymnios llegaban hasta el mar del Norte, en donde habitaban entonces los Celtas, los gigantes del Norte, y el canibalismo se practicaba en la Gran Bretaña (3) y en el mar del

(1) Völker: *Homer. Geog.*, 81.

(2) En las cuales se observó el fenómeno: César, *B. .Gall*, 5, 13; Tácito, *Agric.*, 12; Plinio, 2, 186; Dio. Cass., 76, 13.

(3) Estrabón, 201; Diod., 5, 32, etc...

Norte (1). Existe, además, una coincidencia muy notable entre lo que dice la Odisea (11, 13 y ss.) cuando pone la entrada de los infiernos en la tierra neblinosa de los cimmerios, y lo que dice el periplo que relaciona la tierra de la niebla junto al Anas (Guadiana) con el *palus Erebea* y la *dea inferna*. Esta coincidencia justifica la hipótesis de que el poeta haya oído hablar de la comarca del Anas y del río Tinto (2).

En realidad, los escritores posteriores han situado también los infiernos y la laguna infernal en la comarca de Tartessos. 1.° Estrabón, 194: εἰκάζοι ἄν τις ἀκούοντα περὶ Ταρτησσοῦ τὸν Τάρταρον ἐκεῖθεν παρονομάσαι [puede creerse que habiendo oído derivar el nombre del Tartaro del de Tartessos]; 2.° Suidas: Ταρτησσός, Ἰβηρικὴ πόλις, πρὸς τῷ Ὠκεανῷ παρὰ τὴν Ἄορνον λίμνην. τῆς δὲ Ταρτησσοῦ Ἀργανθώνιος ἐβασίλευσεν [Tartessos, ciudad ibérica, en el Océano, cerca del lago Averno—lago sin pájaros—; Arganthonios reinó sobre Tartessos]; 3.° Escol. Aristof. Ranas, 478: ἡ δὲ Ταρτησσὸς Ἰβηρικὴ πόλις περὶ τὴν Ἄορνον λίμνην [Tartessos, ciudad ibérica, junto al lago Averno]. Esa Ἄορνος λίμνη cerca de Tartessos, es la *palus Erebea* [laguna Erebea] (cod. *Etrephaea*) junto a Erbi (La Rábida) y al santuario de la *dea inferna*, que el periplo (Avieno, 243 y ss.) halló en la desembocadura del río Tinto (v. cap. IX).

En Hesiodo encontramos ya datos más exactos, y, por decirlo así, el primer reflejo indudable de los viajes focenses. Hesiodo se esfuerza por adaptar los mitos de la epopeya a los

---

(1) El nombre de los Ambrones, habitantes de la isla de Amrum, en el mar del Norte, significa «devoradores de hombres»; v. las glosas en Holder, a. Ambrones: A. *devoratores hominum*, que la ignorancia posterior transformó en *devoratores patrimonii, luxuriosi*, etc., cosa que no coincide en absoluto con los Ambrones.

(2) Müllenhoff. D. A., 1, 62; 118.

nuevos y más amplios conocimientos geográficos; sitúa las aventuras de Ulises en las costas, recién descubiertas, de Italia y Sicilia (Fragm., 65-68 Rzach), de las cuales ya tienen conocimiento las partes más jóvenes de la Odisea (Sikania, Sikelos). Cita a los tyrrenos y los latinos (*Theog.*, 1.013), siguiendo a los focenses, que fueron los primeros en navegar por estas costas (véase pág. 39). Prosigue el itinerario de estos navegantes por la costa ibérica y tartesia; conoce a Geryoneus tricípite, como hijo de una Oceánide y habitante de la isla Erytheia, isla del ocaso, del Oeste. Geryoneus es, como ya hemos visto (cap. III), el rey tartesio Geron, y al mismo tiempo el dios del río, que se divide en tres brazos; este dios, poco después, es localizado por Estesícoro claramente en el río Tartessos. La época posterior confundió Erytheia con la isla de Gades; pero primitivamente era Erytheia la isla formada por el delta del Tartessos (véase cap. III). Y si Geryon fué trasladado a la comarca de Tartessos, es también porque su figura pertenecía al mundo infernal (R. E. VII, 1.920), esto es, convenía bien con la *palus Erebea*, cercana a Tartessos. También Hesiodo situaba los infiernos en la región de Tartessos; ello se desprende de su descripción del palacio estigio, situado junto al Océano y sostenido por columnas de plata (*Theog.*, 779), clara alusión a la ciudad de la plata junto al Océano.

Una vez que Geryon quedó localizado en Tartessos, siguióle al punto Hércules. Es característico el hecho de que las tres últimas aventuras de Hércules, que son también las tres últimas invenciones de su epopeya (1)—los toros de Geryon, las man-

---

(1) Las tres aventuras occidentales figuran ya en último lugar en las metopas del Templo a Zeus olímpico (Preller-Robert: *Griech. Mythologie*, 2, 2, 436).

zanas de oro de las Hespérides, Cerbero—, fueron situadas en las comarcas occidentales recién descubiertas por los focenses. Entonces recibieron el nombre de «columnas de Hércules» las dos rocas prominentes que encuadran el estrecho.

El testimonio más antiguo que poseemos sobre el viaje de Hércules en busca de los toros de Geryon es la Γηρυονηίς [Geryoneida] de Estesícoro, de la cual Estrabón nos ha conservado aquel valiosísimo fragmento que ya hemos citado. Dos poemas dedicó Estesícoro a las aventuras occidentales de Hércules: la Geryoneida y el Cerbero. El poeta, viviendo en Sicilia, hubo de estar en más estrecha relación con las comarcas occidentales, y es posible que los focenses, en sus viajes, se detuvieran algunas veces en su ciudad, Himera. Aquel fragmento delata un conocimiento «de visu» que sólo los focenses podían tener. Sabe el poeta que la fuente del Tartessos está en la montaña de plata, cerca de Castulo, y su desembocadura en la isla Erytheia, la isla del delta, la que el periplo llama «Cartare». Pero hay otro fragmento de Estesícoro que revela el mismo conocimiento exacto e igual proximidad al periplo; este fragmento se refiere a una «isla de Sarpedón», en el Océano atlántico (1). Yo creo (2) que esta isla, citada en la Geryoneida y situada probablemente cerca de Tartessos, como habitación que era de las Gorgonas (Suidas, Phot. Σαρπηδονία ἀκτή [promontorio de Sarpedon]), no es otra que el «castillo de Geron», citado en el periplo y situado en la rompiente delante de la desembocadura del Tartessos. Mi suposición se robustece ade-

---

(1) Escol. Apoll. Rhod., 1, 211: Στησ. δὲ ἐν τῇ Γηρυονηίδι καὶ νῆσόν τινα ἐν τῷ Ἀτλαντικῷ πελάγει Σαρπηδονίαν φησί [Estesícoro, en la Geryoneida dice también que hay una isla Sarpedonia en el mar Atlántico].

(2) Véase mi edición de Avieno, pág. 132.

más por la identidad del castillo de Geron con la ἄκρα Γλαύκου (véase cap. III), siendo Glaucos y Sarpedón dos héroes que van siempre juntos.

La referencia del viaje de Hércules por Apollodoro (2, 5, 10, véase Diod.; 4, 17-18) se funda en una buena tradición antigua—quizá en Pisandro, que compuso en el siglo VI una epopeya sobre Hércules—. En efecto, Apollodoro no nombra a Gades, como los escritores posteriores, sino a Tartessos, y conoce además varias particularidades topográficas, que en los escritores posteriores no se encuentran. Llegado a Tartessos y a Erytheia, el héroe acampa en el monte «Abas». ¿No será éste el *mons Cassius* del periplo, la cima de la cadena de dunas que se hallan al oeste de Tartessos? (V. cap. IX). El río Anthemos, río de flores, junto al cual Hércules mata a Geryoneus, sería, pues, el Tartessos, que merecía indudablemente tal calificativo por sus hermosos prados (Justino, 44, 4). En el siglo V escribieron Hellanikos (frag. 41), Ferécides (frag. 33 y Estrabon, 169), Herodoros y otros, acerca del viaje de Hércules a Tartessos. Se sabe que Ferécides conducía al héroe hasta Tartessos (frag. 33). Herodoros (frag. 20) nombraba las tribus ibéricas que el héroe iba tocando en su viaje de Tartessos a las columnas (1): Cinetas, Tartesios, Elbysinios (= Olba), Celcianos (= los Cilbiceni del periplo). También estos datos proceden de fuentes antiguas, pues en el siglo V era esta comarca cartaginesa y estaba prohibido su acceso a los griegos. Las noticias del Océano septentrional, que los tartesios dieron a los focenses, se reflejan también en lo que Herodoto oyó contar de un viaje del héroe desde Erytheia—por la costa occidental

(1) V. Hermes, 1914, 153.

del Océano—hasta los Escitas (4, 8). Dícese (1) que Hecateo refería igualmente que los Argonautas salieron al Océano septentrional por el Phasis y—navegando por las costas occidentales hacia el Sur—llegaron a la desembocadura occidental del Nilo en el Océano atlántico (2). Además, la vía comercial que pasaba a lo largo de la costa oriental española fué llamada por los focenses el camino de Hércules; pues los focenses fueron los que, si no construyeron, por lo menos usaron principalmente esta vía (v. pág. 44).

Además de la lucha de Hércules con Geryon, hay otros mitos que fueron también situados en Tartessos. Así, la lucha de Zeus con los gigantes.

1.° Escol. Ilíada. 8, 479: Γίγαντες ἐν Ταρτησσῷ (πόλις δέ ἐστιν αὕτη παρὰ τὸν Ὠκεανὸν) μέγαν κατὰ Διὸς πόλεμον παρασκευάζουσιν. Ζεὺς δὲ συναντήσας αὐτοῖς καταγωνίζεται πάντας. καὶ μεταστήσας αὐτοὺς ἐς Ἔρεβον, τῷ πατρὶ Κρόνῳ τὴν τούτων βασιλείαν παραδίδωσιν, Ὀφίωνα δὲ τὸν δοκοῦντα πάντας ὑπερέχειν κατηγωνίσατο, ὄρος ἐπιθεὶς αὐτῷ τὸ ἀπ' αὐτοῦ Ὀφιώνιον προσαγορευθέν. [Los gigantes en Tartessos—esta ciudad está junto al Océano—preparaban una gran guerra contra Zeus. Pero Zeus, habiéndolos sorprendido, los derrotó a todos. Y habiéndolos enviado al Erebo, dió a su padre Kronos el reino de ellos y derrotó a Ofión, que parecía ser el jefe de todos, echándole encima un monte, que por eso se llama Ofionion.]

---

(1) Escol. Apoll. Rhod., 4, 259; v. Berger, *Erdkunde d. Griechen,* ²45.

(2) Timeo (Diod., 4, 56) y otros mitógrafos posteriores (Apoll. Rhod., 4, 635; Orpheus, Argon, 1180-1245) cuentan que los Argonautas salieron por el Tanais, o sea el Rin, al Océano y llegaron a Gades. Pero estas noticias no proceden de tradición focense, sino de los nuevos descubrimientos de Piteas, a quien sigue Timeo. Lo mismo le sucede al viaje de Hércules y Ulises a Germania (Tac. *Germ.*, 3; 34) y Caledonia (Solino., 22, 1).

2.° Justino, 44, 4, 1: *Saltus vero Tartessiorum, in quibus Titanas bellum adversum deos gessisse proditur, incoluere Curetes, quorum rex vetustissimus Gargoris, etc...* [mas los bosques de los Tartesios, en donde los titanes, según se dice, hicieron la guerra contra los dioses, estaban habitados por los Curetas, cuyo rey, el viejísimo Gargoris, etc...] (v. cap. III).

3.° Thallus. Fr. 2 (F. H. G. III, 517), según la enmienda de Müller (v. pág. 518 de F. H. G. III): .... Κρόνος (1) ἡττηθεὶς ἔφυγεν εἰς Ταρτησσόν [Kronos, vencido, huyó a Tartessos].

Esta localización del Erebo, de los titanes y los curetas en Tartessos fué ocasionada, sin duda, por la *palus Erebea*, la laguna infernal cerca de la ciudad de Herbi, que, por la semejanza de su nombre con el Erebo, entró en relación con éste (véase cap. IX). Por último, a dicha localización contribuyó también, sin duda, la semejanza del nombre de Ophionion con Ophiussa, nombre focense de la península. Acaso se haya confundido igualmente el monte Ophionion con el *mons Cassius* del periplo (v. cap. IX). Los *saltus Tartessiorum* podrían corresponder al *mons Tartessiorum silvis opacus* del periplo (Avieno, 308), las dunas cubiertas de pinos entre la desembocadura del Betis y Cádiz. Los Curetas fueron situados en este lugar por la semejanza de su nombre con el *litus Curense*, el golfo de Gades (Plin., 3, 7: *litus Curense inflexo sinu, cuius ex adverso Gades).* Es frecuente en España la identificación de nombres ibéricos con mitos griegos (2).

También en Tartessos fué situado el mito de las Gorgonas

---

(1) El texto conservado añade: καὶ Ὤγυγος.

(2) Olisipo y Oducio, de Odysseus; Tude, de Tydues; Astures, de Astyr (paje de Memon); Nebrissa, de la nebris de Dionysos, etc. (v. Silio 3, 332-405; Estrabon, p. 157).

Escol. Lycophr. v. 653 (pág. 228, 27 Scheer): ὥσπερ καὶ αἱ Γοργόνες ἐν Ταρτησσῷ τῆς Ἰβηρίας κἄν τινες ἐν Ταρσῷ αὐτὰς λέγουσιν [así como también las Gorgonas en Tartessos de la Iberia, si bien algunos dicen que en Tarso]; 838 (pág. 270, Scheer): ἦλθεν ἐπ' αὐτὰς τὰς Γοργόνας ἐπ' Ὠκεανῷ οὔσας περὶ πόλιν Ἰβηρίας τὴν Ταρτησσόν [fueron a las Gorgonas, que están en el Océano, cerca de la ciudad de Tartessos de Iberia]. Véase Hesiodo, Theog., 274. Descendiente de la Gorgona Medusa es Chrysaor, padre de Geryon (véase capítulo III).

El dios marino Glaukos fué igualmente situado en Tartessos. A él, al ἅλιος γέρων [viejo del mar] (R. E. VII, 1410) fué atribuído el promontorio que estaba a la entrada del río Tartessos y que recibió el nombre del rey tartesio Geron, la *arx Gerontis* de Avieno. La confusión del dios marino Glaukos con el Glaukos licio, el compañero de Sarpedon, fué causa de que el cabo recibiese también el nombre de Sarpedon, de manera que los dos héroes licios tuvieron un lugar consagrado hasta en el extremo Occidente (v. p. 73 y s.) Otro héroe griego trasladado a Tartessos fué Menesteo, que recibió su culto en el Portus Menesthei (Puerto de Santa María). El también era patrón de los navegantes.

Los viajes focenses influyeron también en el arte griego. El mito de Hércules y de Geryon fué tema predilecto del arte arcaico. La representación más antigua que conocemos de este tema—en la caja de Kypselos y en una pyxis protocorintia de hacia 650 (*Journal of Hellenia* Stud(ies). 1884, 176)—se retrotrae al siglo VII, esto es, a la época de Éstesícoro. En el Oriente de Grecia se representaba al gigante con tres cuerpos; en Occidente con tres cabezas (R. E. VII, 1291). En un vaso calcídico hallamos representada la lucha, tal como Apolodoro la describe. Se ve al héroe con el arco tenso apuntando a

ΤαρυΦόνης, figurado con tres cuerpos, cuando el pastor Εὐρυτιων y el perro Orthos—éste no está nombrado—se hallan ya fuera de combate. Detrás de Hércules y delante de los toros conquistados aparece Athena. En los vasos áticos hay, además de la diosa, una figura de mujer junto a una palma; sin duda, es la personificación de Erytheia (1).

Así como las primeras noticias, aún obscuras, de Tartessos, se reflejan en la literatura del siglo 8-7 (v. pág. 67 y ss.), así también los posteriores viajes focenses dejan una profunda huella en la literatura del siglo VI.

Anacreonte, que procede de Teos, ciudad próxima a los focenses, cita al rey Arganthonios, al amigo de los focenses, como compendio de toda ventura terrestre, y convierte en 150 años de reinado los 120 de vida que gozó aquel rey famoso. (F. 8, Bergk):

Ἐγὼ δ' οὔτ' ἂν Ἀμαλθίης
βουλοίμην κέρας, οὔτ' ἔτεα
πεντήκοντά τε καὶ ἑκατόν
Ταρτησσοῦ βασιλεῦσαι
[Yo ni de Amaltea
Querría el cuerno, ni años
Ciento y cincuenta
Sobre Tartessos reinar.]

Cítase de un poeta desconocido la siguiente frase (Estef., véase Ταρτησσός): ..... Ταρτήσσιον ὄλβιον ἄστυ [la venturosa ciudad de Tartessos].

Para la geografía griega, los viajes a Tartessos significan un progreso sólo comparable con los descubrimientos de Alejandro y de Colón. Los focenses duplicaron por el Oeste la extensión del mundo habitado; ellos fueron los primeros que pro-

(1) Klein, *Euphronios*², pág. 56.

porcionaron un conocimiento más exacto del Océano hasta el mar del Norte. En el mapamundi, bosquejado por Anaximandro (1) y completado por Hecateo (2), esos descubrimientos fueron, sin duda, utilizados. Por desgracia, no sabemos hasta qué punto. Mas si ese mapa representaba el Océano como una corriente de agua alrededor de la tierra (3), ya esta concepción no era una pura suposición, como en el escudo de Aquiles (Ilíada, XVIII, 607), sino una hipótesis científica fundada en el conocimiento que los focenses habían adquirido del Océano hasta el mar del Norte. El citado mapamundi no debía, pues, representar solamente la cuenca occidental del Mediterráneo —conocida ya como un conjunto cerrado—con las costas líbicas e ibéricas y el estrecho de las columnas, sino también la ciudad y el río de Tartessos y el Océano, con Oestrymnis, Albión, Ierne, y quizá también la costa ligur con el Eridano-Elba. Y esto, en efecto, es lo que parece desprenderse de la polémica que Herodoto (3, 115) sostiene contra estas cosas (4), polémica en la cual Herodoto adopta frente a los descubrimientos focenses la misma punible actitud, que más tarde Polibio y Estrabon adoptaron frente a los descubrimientos de Pytheas.

El más valioso documento que ha llegado hasta nosotros sobre los viajes focenses, es *el periplo de un navegante massaliota de fines del siglo VI.* Este viejo periplo, principal testimonio que sobre Tartessos poseemos, ha corrido la misma

(1) Berger, *Erdkunde d. Griechen*, 2, 25.

(2) Jacoby, R. E. VII, 2.690-91.

(3) Berger, 54; Herodoto, 4, 36; R. E., VII, II 702.

(4) Por las islas Cassitérides no puede entender Herodoto otra cosa que las islas del estaño, de Bretaña, conocidas ya de los focenses (Avieno 96); en efecto: las de las costas del Noroeste de España no fueron conocidas hasta mucho después.

suerte que la antigua capital del Guadalquivir: como ésta, ha permanecido obscuro y mal entendido. Por lo general, fechábase en el siglo V-VI; y este error de fecha impidió reconocer su importancia, sobre todo para los últimos tiempos de Tartessos. No me es posible en este lugar extenderme sobre el periplo; vea el lector mi edición comentada, que acaba de publicarse, como primer cuaderno de la colección *Fontes Hispaniæ antiquæ* (1); también puede leer un artículo mío de orientación en la revista *Spanien* (2).

El periplo se ha conservado en un escritor latino posterior, en las «Ora maritima» del patricio y poeta Avieno, el cual hacia 400 de J. C., dominado por la afición entonces reinante a los viejos y remotos textos, compuso una descripción del Mediterráneo, empezando por el viejo periplo. Pero Avieno no utilizó directamente el original, sino un libro escolar griego del siglo I a. J. C. (3), una versificación de la geografía y descripción de las costas, hecha por Eforos (4), quien, por su parte,

---

(1) Berlín, Weidmann, y Barcelona (librería A. Boch) 1922.

(2) Hamburgo. Ibero-american. Institut, 1921.

(3) Esta intervención del libro griego, se deduce de los siguientes indicios: 1.° Siendo la adaptación un poema en trimetros iámbicos, no puede ser anterior a 150 a. J. C., pues Apollodoro, en su γῆς περίοδος [descripción del mundo] y en la Crónica, fué el primero que trasladó al poema didáctico el trimetro de la comedia (Escimno, v. 20 y sig., sobre todo 34). 2.° El adaptador ofrece notables coincidencias con el Escimno, compuesto hacia el año 90 a J. C.; coincide en el prólogo, en la apelación a viejos autores, en el metro, en el índice de materias, en la fuente (Eforos). Véase mi edición de Avieno, p. 35 y ss.

(4) Las citas de los autores, desde Hecateo hasta Tucídides (Avieno, 42 y s.) no pueden proceder sino de Eforos, pues este escritor, que era un jonio, utilizó en su *Geografía* la vieja ciencia jónica y, como muestra el Escimno, tenía hacia el año 100 a. J. C. el valor de un canon. Ahora bien; en esta fecha es cuando se hizo la adaptación. Para más detalles, véase mi edición de Avieno, p. 32 y s.

copió el viejo periplo, no sin interpolarle trozos de los autores de los siglos VI-V—desde Hecateo hasta Tucídides—. Entre estas interpolaciones hay algunas que constituyen valiosísimos fragmentos, como los trozos de la descripción de un viaje a las islas del estaño por el almirante cartaginés Himilkon y pedazos del periplo del ateniense Euktemon, contemporáneo de Pericles. Tampoco el maestro de escuela griego y el mismo Avieno han podido resistir a la tentación de hacer a veces por su cuenta algunas adiciones que son bastante necias. Además Avieno se complace en rodear de una atmósfera de romanticismo histórico las ciudades nombradas en el periplo; para ello le basta con cambiar el presente del original en pretérito, añadiendo patéticas declamaciones sobre la prosperidad de antaño y la desolación de hogaño. Por ejemplo, v. 509:

adstabat istum civitas Labedontia
priore sæclo, nunc ager vacuus lare
lustra et ferarum sustinet cubilia
[allí junto estaba la ciudad Labedontia
en el siglo pasado; hoy es campo sin hogares,
que sirve de cubil y retiro a las fieras]

o lo que dice de Tartessos, v. 270:

...multa et opulens civitas
ævo vetusto, nunc egena, nunc brevis,
nunc destituta, nunc ruinarum agger est.
[¡Gran ciudad antaño opulenta, hoy desnuda, empequeñecida, abandonada, convertida en montones de ruinas.]

Por fortuna, es posible quitar la escoria de esas tres interpolaciones y sacar a la luz el viejo oro puro (1). Y lo que aparece, después de esta labor, es nada menos que la des-

(1) En mi edición de Avieno, he distinguido por medio de caracteres diferentes las varias capas de las *Ora maritima*.

cripción que un navegante e investigador massaliota de 530 antes de J. C. aproximadamente, hace de su viaje de Tartessos a Massalia. El periplo es *el más viejo monumento de la geografía griega, la primera descripción del Occidente y del Norte remotos*, la primera noticia segura de España, cuyo carácter peninsular aparece aquí conocido claramente por vez primera (Avieno, 148 y ss.), de la Bretaña, de las Islas británicas, de las costas del mar del Norte; el periplo constituye una exquisita muestra de la vieja ἱστορίη jónica, que por su sencillez recuerda el arte de aquella misma época. El viejo marino describe su viaje de Tartessos a Massalia: la costa, con sus promontorios y las secciones comprendidas entre ellos, secciones ora rocosas bien arenosas, las islas próximas, en las cuales moran toda suerte de divinidades indígenas desconocidas, las sierras, los bosques de la costa, las bahías, los puertos, las lagunas. Nombra el navegante sobre todo—pues este es su principal interés—las tribus y las ciudades, no sólo las de la costa, sino a veces también las del interior. Pero su horizonte geográfico alcanza todavía más lejos. En Tartessos oyó hablar de los viajes que los tartesios hacían a Oestrymnis (Bretaña) en busca del estaño y de los audaces viajes de los oestrymnios hacia el Norte, a las islas Ierne y Albion, en donde recogían el estaño y al mar del Norte, en donde compraban el ámbar. La visión personal del Massaliota no alcanza más que a Tartessos o al estuario del Tajo, unido a Tartessos por una vía comercial; por eso la descripción exacta comienza aquí y el Anas es el primer río y Erbi (junto a Huelva) la primera ciudad que se cita. De las comarcas sitas más al norte, sólo conoce y nombra los puntos principales. Así, pues, la descripción se compone de tres partes: una massaliota, otra tartesia y otra oestrymnia.

Müllenhoff (D. A. 1, 202) cometió el error casi inconcebi-

ble de considerar el periplo como fenicio. El periplo manifiesta su hostilidad contra los fenicios tan a las claras como su carácter griego. No nombra una sola de las cuatro ciudades fenicias —Gades, Malaca, Sexi, Abdera—; pues los nombres de Gades y Malaca que figuran en Avieno son interpolaciones erróneas del adaptador, que los puso en lugar de Tartessos y Mainake (267, 426). Hay un dato especialmente característico, y es que el navegante no nombra el famosísimo templo de Hércules en Cádiz, y, en cambio, cita el santuario desconocido de una diosa marina indígena en la isla de San Sebastián. Los fenicios son citados, pero sólo en el sentido de un concepto geográfico (421, 440, 459). Ninguna persona razonable admitirá que un navegante massaliota nombre a los cartagineses, sus enemigos mortales. En efecto; los lugares en que éstos son citados (Avieno 114,311, 376) forman parte de evidentes interpolaciones (1).

El viejo marino del periplo era *griego*. Se conoce por el empleo que hace de numerosos nombres griegos o helenizados (2). Era, además, *griego de la Jonia*, como lo demuestran las terminaciones jónicas en— ηνοί (Cilbiceni, Massieni, Sordiceni), en—η (Cartare), ἱερὴ νῆσος *(sacra insula*, Ierne. Avieno 108), en — ητες (Cynetes, Ceretes, etc...). Por último, era *massaliota*, como lo prueban numerosos detalles: la ruta Tartessos-Massalia; la importancia dada a Pyrene, emporio de los massaliotas; la exacta topografía de las dos ciudades, Tartessos y Massalia, con sus ríos, el Tartessos y el Ródano; el hecho de comenzar la descripción personal exacta por el estuario del Tajo, límite

---

(1) V. mi edición de Avieno, p. 35.

(2) Griegos: Callipolis, Ophiussa, Gymnetes, Zephyris, Trete, Ligyes, Herma, Cherronesus, Strongile. Helenizados: Theodorus por Tader; Cynetes por Konios, Calacticus sinus de Kalathe.

del comercio focense; la gran minuciosidad de la descripción en las costas massaliotas (de Pyrene a Massalia); la exclusión de los fenicios, y, sobre todo, la referencia de las dos vías comerciales massaliotas, una que iba en siete días del golfo de Vizcaya a la costa massaliota, y la otra que iba en nueve días de la colonia massaliota Mainake a Tartessos y al estuario del Tajo.

El periplo ha llegado hasta nosotros anónimo. ¿No podría ser su autor aquel geógrafo massaliota, *Euthymenes*, que en el siglo VI exploró la costa occidental africana y compuso un περίπλους τῆς ἔξω θαλάσσης [circunnavegación del mar exterior] (1). Origen, época, educación, todo concuerda con nuestro periplo; incluso el objeto mismo. Euthymenes tuvo que tocar en Tartessos en su viaje de ida como en el de regreso; pues Tartessos era el punto de partida obligado para un viaje por el Océano. También es verosímil que Euthymenes describiese no sólo el viaje allende las columnas, sino la sección Massalia-Tartessos. En fin, el hecho de que el autor de nuestro periplo no haya hecho rumbo personalmente hacia el Norte, dando de las comarcas septentrionales sólo las noticias obtenidas en Tartessos, confirma nuestra identificación con Euthymenes, que parece en efecto haber visitado solamente las costas africanas.

La *fecha del periplo* es de gran importancia para Tartessos, por ser el periplo el último testimonio auténtico de la ciudad del Guadalquivir, y, por lo tanto, un *terminus post quem* para su destrucción. Creo poder fijar la fecha del periplo hacia 530 a. J. C. La batalla de Alalia en 537 es un *terminus post quem* para el periplo. En efecto, ya los cartagineses dominan el mar y cierran a los focenses el rumbo hacia Tartessos. Esto se

(1) V. sobre este geógrafo, Jacoby R. E. VI, 1509.

infiere de la existencia de las dos vías terrestres Mainake-Tartessos-estuario del Tajo (verso 178) y golfo de Vizcaya-Mediterráneo (v. 148). Los anteriores comentaristas de Avieno han desconocido el valor de este testimonio. La carretera de Mainake a Tartessos—cinco días—sólo tiene sentido en el caso de que los habitantes de Mainake no pudiesen seguir la vía marítima, mucho más cómoda y breve—tres días—. Y la prolongación de la carretera desde Tartessos hasta el estuario del Tajo demuestra que los cartagineses habían bloqueado entonces a Tartessos también por tierra, de manera que los habitantes de Mainake se veían precisados a ir al río Tajo, en busca del estaño que allí llevaban los tartesios desde Oestrimnis.

La otra vía terrestre pone en comunicación la costa massaliota con la costa del Océano y el Golfo de Vizcaya por donde los tartesios traían el estaño. Este camino también se comprende sólo en el caso de que los massaliotas tuviesen cerrada la vía marítima a Tartessos; pues si bien el viaje por la carretera era más corto—siete días en lugar de nueve—(1), en cambio, era más peligroso, porque obligaba a pasar por comarcas que habitaban poblaciones salvajes. Lo más probable es que esta vía terrestre fuera abierta cuando los cartagineses cerraron la carretera que conducía al estuario del Tajo. Este estado de cosas nos sitúa, pues, en los tiempos que suceden inmediatamente a la batalla de Alalia; pues todavía no han apelado los cartagineses a los últimos recursos, la destrucción de Mainake y de Tartessos; todavía puede nuestro navegante ir por mar a Tartessos, y todavía pueden los tartesios hacer rumbo al Norte en busca del estaño.

---

(1) El periplo cuenta de Massalia a Pirene dos días y de Pirene a Tartessos, siete días.

La fundación de la colonia massaliota Emporion constituye, en cambio, un *terminus ante quem*. Esta colonia, según datos de los vasos griegos, fué fundada antes del año 500 (1). Ahora bien: el periplo no conoce ni Emporion ni Rhodas y es imposible suponer que omitiese estas dos importantísimas factorías massaliotas si hubieran existido ya entonces. Otro *terminus ante quem* es el primer tratado de comercio entre Roma y Cartago. Este tratado, que es el del año 509, cierra a Roma y a sus aliados, esto es, principalmente a los massaliotas, por completo el camino de Tartessos por mar (2). El periplo es, pues, posterior a 537 y anterior a 509, es decir, aproximadamente de 530. Esta fecha explica igualmente su coincidencia con Hecateo, que escribía hacia 510 (R. E. VII, 2670) y el ca-

---

(1) Frickenhaus, Bonner Jahrbücher, 1909, 24: «En esta necrópolis, como en toda la región de la ciudad, no se han encontrado restos de vasos, anteriores a la segunda mitad del siglo VI; en cambio, hay multitud de vasos posteriores a 550, y además cerámica de Chipre y del Asia Menor, naucrática, calcídica, corintia e italocorintia, que *no se vuelven a presentar después del siglo VI*. Así la necrópolis indica la fecha en que se fundó la ciudad».

(2) Las palabras (μὴ πλεῖν ἐπέκεινα τοῦ Καλοῦ ἀκρωτηρίου [no navegar allende el promontorio hermoso] citadas por Polibio, 3, 22, no se refieren, como Polibio creía, a la navegación al *este* del promontorio hermoso (cabo Farina), hacia los emporios, sino a la navegación al *oeste*, hacia Tartessos. Quien no lo comprenda por sí mismo, vea la demostración de ello en Meltzer, *Gesch. d. Karthager* I, 180, 488. Por eso, en el segundo tratado de 348 a. J. C., para completar (πρόσκειται, dice Polibio), se añade además del cabo Farina «non plus ultra» de la costa africana, «Mastia en Tarsis» como «non plus ultra» de la costa española. El primer tratado es verdaderamente del año 509 y no como Mommsen creía de 348. Esto lo ha demostrado bien Nissen (Fleckeisens Jahrbücher, 95, 1867), aunque todavía se disputa sobre ello. Pero hay que tener en cuenta dos cosas: 1.ª Que la dificultad de lectura, que Polibio hace notar (ὥστε τοὺς συνετωτάτους ἔνια μόλις ἐξ ἐπιστάσεως διευκρινεῖν = de suerte que a los más entendidos les es bastante difícil discernir), podría proceder, sin duda, de un documento de fines del siglo VI—piénsese en la estela del foro—pero no de uno del año 348; y, 2.ª, que Polibio y sus amigos romanos estaban capacitados para leer la inscripción con su fecha.

racter arcaico de su descripción de la tierra y de los habitantes. A la península le da los viejos nombres de Oestrymnis y Ophiussa. El pueblo ligur, el pueblo histórico más antiguo del Occidente, que más tarde quedó reducido a la Riviera de Génova, sigue aún ocupando en el periplo numerosos lugares de su antiguo territorio, que antaño comprendía todo el Occidente de Europa hasta el Rhin y el Danubio. El periplo conoce poblaciones ligures en el mar del Norte, en las Islas británicas —a las que da el nombre precéltico de Ierne y Albion—en la costa occidental de la Galia (los oestrymnios), en España (oestrymnios, draganos, *lacus Ligustinus*, *Cynetes*, *litus Cineticum*).

Los iberos están todavía limitados a las costas Sur y Este, pues el interior sigue poblado aún por los celtas (Cempsos, Sefes, Berybraces). Los galos no han llegado todavía al Mediterráneo. También los nombres citados en el periplo tienen un marcado sello de antigüedad. Pocos de entre ellos vuelven a encontrarse en las fuentes posteriores. De las treinta ciudades que nombra el periplo, veinte son completamente desconocidas, señal inequívoca de la antigüedad, tanto del periplo como de dichas ciudades.

Los ríos, montes, islas, etc., llevan nombres antiquísimos, desaparecidos, como Iberus en vez de Luxia (Río Tinto), Sicanus en vez de Sucro (Júcar), Chrysus en vez de Barbesula (Guadiaro) *Oleum flumen* (en griego Ἔλαιος, probablemente del ibero Elaisos) en lugar de Iberus (Ebro).

El viejo navegante nos ha dejado valiosísimos datos sobre el estado de Tartessos poco antes de su destrucción por los cartagineses. Tartessos es el objeto más importante de su interés, como también el punto de partida de su viaje. No menos de catorce veces cita su nombre. A las demás ciudades se contenta con nombrarlas; en cambio a la topografía de Tartessos

dedica treinta versos (265-307, de donde hay que quitar once sobre Gades interpolados por Avieno). Más adelante nos ocuparemos detenidamente de esta descripción (en el cap. IX). Bastará por ahora advertir, que el periplo califica claramente a Tartessos de ciudad (Avieno 290 *civitatis*, 297 *mœnia)*. A consecuencia de la importancia especial que le da a Tartessos, el periplo describe también el delta y el curso del río desde su desembocadura hasta su fuente en la montaña de plata (291), con las tribus que habitan sus orillas; en los demás asuntos, y conforme a su carácter, el periplo se limita a describir las costas.

Sólo hay otro río a quien el periplo confiere los mismos honores que al río Tartessos: el río de Massalia, el Ródano, cuyo curso también describe desde su fuente a su desembocadura, con los pueblos que habitan sus orillas (689-704). El Guadalquivir y el Ródano, Tartessos y Massalia quedan, pues, señalados, por esta preferencia, como principio y término del viaje. También nos habla el periplo de la gran extensión del imperio tartesio, que comprendía desde el Anas al Oeste hasta el cabo Nao al Este, teniendo bajo su dominación muchas tribus y ciudades. Solamente el territorio de la capital ocupaba entero el delta del río, desde la boca oriental hasta el río Tinto. Tartessos imperaba no sólo sobre las tribus de la costa, sino sobre las del interior hasta sierra Morena. Incluso las viejas ciudades fenicias, sus señoras de antaño, se hallan ahora de nuevo sujetas a su soberanía.

Existe otra referencia geográfica de los viajes focenses a Tartesos, que guarda con el periplo una estrecha afinidad. Encuéntrase en Estéf. Byz. v. Ταρτησσός: Ταρτησσὸς πόλις Ἰβηρίας, ἀπὸ ποταμοῦ τοῦ ἀπὸ τορ Ἀργυροῦ ὄρους ῥέοντος, ὅστις ποταμὸς καὶ κασσίτερον ἐν Ταρτησσῷ καταφέρει. [Tartessos, ciudad de la Iberia,

junto al río que fluye de la montaña de plata, el cual río arrastra estaño a Tartessos.]

El fragmento probablemente no es de Hecateo, pues este geógrafo parece haber comenzado su periégesis en las columnas (v. pág. 110) (1); pero procede sin duda del siglo VI ya que después de esta época nadie conoce ya estas comarcas. En favor de esta hipótesis habla también la notable coincidencia del citado fragmento con el periplo. El periplo, en efecto, dice (Avieno, 291, 297), no sólo lo de que el río nace en la montaña de plata, sino también lo de que lleva estaño a la ciudad. Por iguales motivos debemos colocar en el siglo VI el fragmento siguiente: Estéf. Λιγυστίνη, πόλις Λιγυών τῆς δυτικῆς Ἰβηρίας ἐγγὺς καὶ τῆς Ταρτησσοῦ πλησίον. [Ligustina, ciudad ligur hacia la Iberia occidental y próxima a Tartessos.] Esto corresponde al *lacus ligustinus* del periplo (Avieno 284) y procede de una época en que Tartessos existía aún.

Los fragmentos siguientes de Hecateo se refieren a tribus y ciudades del imperio de Tartessos (2).

1.° Estéf. Ἐλιβύργη, πόλις Ταρτησσοῦ, Ἑκαταῖος Εὐρώπῃ. [Elibyrga, ciudad de Tartessos, Hecateo en Europa.] ¿Illiturgis junto a Córdoba?

* 2.° Estéf. Ἴβυλλα, πόλις Ταρτησίας ... παρ' οὗ μέταλλα χρυσοῦ καὶ ἀργύρου. [Ibulla, ciudad tartesia..., en la cual hay metales de oro y plata.] ¿Ilipa junto a Sevilla?

---

(1) F. Jacoby se inclina a atribuir el fragmento a Hecateo y a referir a éste también los datos que trae Herodoto sobre las comarcas de allende las columnas (RE. VII, 2710). Pero hay que tener en cuenta que ha habido otras descripciones de estas tierras además de las de Hecateo (véase capítulo VII).

(2) Los fragmentos señalados con * son anónimos, pero pueden atribuirse a Hecateo, véase *Fontes Hisp. ant.*, I, 133.

3.° Estéf. Μαστιηνοί, ἔθνος πρὸς ταῖς Ἡρακλείαις στήλαις, Ἑκαταῖος Εὐρώπῃ, εἴρηται δὲ ἀπὸ Μαστίας πόλεως. [Mastienos, tribu en las columnas de Hércules, Hecateo en Europa; son así llamados por la ciudad de Mastia.]

* 4.° Estéf. Σύαλις, πόλις Μαστιηνῶν. [Sualis, ciudad de los Mastienos]: es Suel.

* 5.° Estéf. Σίξος, πόλις Μαστιηνῶν. [Sixos, ciudad de los Mastienos]: Sexi.

6.° Estéf. Μαινόβορα, πόλις Μαστιηνῶν, Ἑκαταῖος Εὐρώπῃ. [Mainobora, ciudad de los Mastienos, Hecateo en Europa.] Mainake, véase pág. 59 y ss.

7.° Estéf. Μολύβδανα, πόλις Μαστιηνῶν, Ἑκαταῖος Εὐρωπῃ. [Molybdana, ciudad de los Mastienos, Hecateo en Europa.]

El imperio de Tartessos comprende también, según Hecateo, todo el valle del Bœtis, puesto que este geógrafo cita a Elibyrga (¿Illiturgis junto a Córdoba?) como πόλις Ταρτησσοῦ e Ibylla (Ilipa junto a Sevilla) como πόλις Ταρτησσίας. Con las palabras πόλις Ταρτησσοῦ designa también Hecateo el imperio de Tartessos como imperio de la *ciudad* de Tartessos. Hecateo, como el periplo, conoce a los Mastienos (fr. 6-10), a Mainake (Mainobora, fr. 8), a Kalathe (fr. 3. véase *Calacticus sinus* en Avieno 424), y coincide con el periplo en la topografía de la costa oriental. El fragmento 349 de Hecateo se refiere a Geryon y Erytheia, que, según Hecateo, no deberían buscarse fuera de las columnas de Hércules, sino en Ambracia. Hecateo, pues, rechaza la localización del suelo de Geryoneus en el Occidente.

Las siguientes noticias posteriores proceden también de fuentes antiguas, próximas al periplo:

1.ª Dionis. Perieg. (Geogr. Gr. Min., ed. Müller II), v. 337 y s.:

Ταρτησός χαρίεσσα, ῥυηφενέων πέδον ἀνδρῶν,
Κέμψοι θ' οἱ ναίουσι ὑπαὶ πόδα Πυρηναῖον.

[Tartessos la graciosa, de hombres opulentos,
y los Cempsos que habitan al pie de los Pirineos],

de donde Avieno, *Orb. terrae* 480:

..... *indeque Cem(p)si*
gens agit, in rupis vestigia Pyrenææ
protendens populos .....

[De allí parte la raza de los cempsos, cuyos pueblos se extienden hasta las regiones de la montaña pirenaica.]

Los Κέμψοι corresponden a los *cempsi* del periplo, y aparecen sólo en el periplo y en Dionisio, notable coincidencia que demuestra que Dionisio se funda en el periplo o en un texto próximo al periplo. También revela coincidencia con el periplo el hecho de que los Κέμψοι sean nombrados junto a Tartessos, como próximos a esta ciudad, y que Tartessos aparezca como aún existente.

2.ª La Ἄορνος λίμνη [laguna Averna = sin pájaros] citada en la pág. 71, concuerda con la *palus Erebea* del periplo.

3.ª La fábula del estaño que arrastra el Tartessos—Avieno 297 y Estéf. Byz. ya citado—se encuentra también en un tercer texto (1), en Eforos (fr. 5, Dopp.): Escimn., v. 162:

... μετὰ ταύτην (Gades) δ' ἐστὶν, ἡμερῶν δυοῖν
τελέσαντι πλοῦν (2), ἐμπόριον εὐτυχέστατον

---

(1) Véase también Eustath, a Dionys., 357 (G. G M. II, 377): τὸν δὲ Ταρτησσὸν κασσίτερον τοῖς ἐκεῖ καταφέρειν. [Cuentan que el río Tartessos lleva estaño a los habitantes].

(2) De las columnas (v. pág. 120).

ἡ λεγομένη Ταρτησσὸς, ἐπιφανὴς πόλις,
ποταμόρρυτον κασσίτερον ἐκ τῆς Κελτικῆς (1)
χρυσόν τε καὶ χαλκὸν φέρουσα πλείονα,
ἔπειτα χώρα Κελτικὴ καλουμένη
μέχρι τῆς θαλάττης τῆς κατὰ Σαρδὼ κειμένης.

[... después de ésta (Gades) se encuentra a dos días de navegación un felicísimo emporio que es llamado Tartessos, clara ciudad, con un río que arrastra el estaño de la Céltica con mucho oro y bronce. Viene luego la tierra llamada Céltica hasta el mar, que está frente a Cerdeña.]

Aquí el río viene de la tierra de los celtas; igualmente dice el periplo que en el interior viven los cempsos, los celtas. También concuerda con el periplo el nombre de mar de Cerdeña (Avieno 150). Y el hecho de que Tartessos aquí aparezca como una floreciente ciudad comercial se debe a la tradición del siglo VI, pues en la época de Eforos, Tartessos estaba ya destruída hacía tiempo.

4.ª Schol. Lycophr. 643: Ταρτησσὸς δὲ νῆσος πρὸς ταῖς Ἡρακλείαις στήλαις [Tartessos es una isla cerca de las columnas de

---

(1) Se ha querido ver en este pasaje un conocimiento de que el estaño venía de la Bretaña y se encontraba en el aluvión de los ríos. Pero Eforos, puesto que habla de Tartessos como aún existente, se sirve de un texto del siglo VI, como el periplo, y para él—como lo demuestran las palabras siguientes (χώρα Κελτική, etc.)—la tierra céltica es el interior de España, habitado por los celtas, la tierra de donde viene el Bœtis, que es, por lo tanto, el río que trae el estaño. La voz ποταμόρρυτος se refiere al Tartessos; ello se desprende claramente de Avieno 297 y de Estéf. Biz., como también de la analogía con el ámbar que se encontraba en las islas del mar del Norte, en la desembocadura del Elba, pero que, en la opinión de los antiguos, era traído por el Elba, el Erídano (Dion. Chrysost. *Discurso* 29, pág. 434 Reiske ... Κελτῶν, ὅπου φασὶ ποταμόν τινα καταφέρειν τὸ ἤλεκτρον. [... de los celtas, donde se dice que cierto río trae el ámbar].

Hércules], y Ταρτησσὸς δὲ νῆσος καὶ πόλις, ἧς Ἀργανθώνιος ἐβασίλευσε [Tartessos es una isla y ciudad en la cual reinó Arganthonios]. El fragmento, que manifiestamente procede de fuentes antiguas, es importante, porque llama a Tartessos una isla. Esto concuerda con el periplo, según el cual, Tartessos estaba en la isla Cartare, formada por los dos brazos del río Tartessos (v. 255).

5.ª Escol. Ilíada 8, 479 (fué citado anteriormente, pág. 75): Γίγαντες ἐν Ταρτησσῷ, πόλις δὲ ἐστιν αὕτη παρὰ τῷ Ὠκεανῷ. [Los gigantes en Tartessos; esta ciudad está junto al Océano.]

La tradición más minuciosa sobre los últimos tiempos de Tartessos y sus relaciones con los focenses, la encontramos en Herodoto (v. pág. 55). Los relatos de Herodoto proceden de lo que les oyó decir a los focenses. Además de Tartessos, conoce Herodoto los celtas y los cinetes, pueblos vecinos de Tartessos; los focenses oyeron hablar sin duda de esos pueblos en la ciudad del Guadalquivir. Y este detalle concuerda tambien con el periplo, que sitúa a los cinetes entre la desembocadura del Sado y el Anas, esto es, al Norte de Tartessos, y que habla de los cempsos y sefes, los celtas, como habitantes de la costa occidental y de la tierra alta.

Herodoto tuvo también noticias de las Casitérides, islas del estaño, a las cuales navegaban los tartesios y del Erídano-Elba, en cuya desembocadura recogían los oestrymnios el ámbar (Herod. 3, 115); pero no daba crédito a estos relatos.

Todas estas noticias tan varias y numerosas, pero que han llegado hasta nosotros por desgracia en estado fragmentario, tienen su origen en los viajes de los focenses. Debemos tributar profunda admiración a esa pequeña ciudad de la Jonia, que descubrió y colonizó el remoto Occidente y fué la primera en propagar el conocimiento de las tierras septentrionales. Y también

a Massalia, la hija de Focea, de donde salieron los descubridores científicos de aquellas apartadas regiones, el autor del periplo (¿Euthymenes?) y Piteas, la gloria máxima de la ciudad del Ródano.

El mérito de los focenses es aún mayor que el de los milesios, sus hermanos, los descubridores de las tierras pónticas y del Nordeste. Los focenses han hecho progresar la ciencia geográfica en la misma proporción en que los cartagineses la hicieron retroceder, retrotrayéndola al estado en que se hallaba antes. Más adelante veremos (cap. VII) cómo por segunda vez Piteas, otro massaliota, disipó las nieblas oceánicas y cómo la estupidez de sus sucesores volvió otra vez a entenebrecer el conocimiento del Occidente. *En este doble ascenso y descenso de la investigación, se refleja el destino de la cultura humana, cuya historia muestra, no un progreso continuo, sino una continua sucesión de altas y bajas, y que hoy, en esta época de odios de razas y clases, parece declinar hacia una nueva decadencia.*

CAPITULO VI

Los cartagineses y la destrucción de Tartessos.

Los viajes de los focenses a Tartessos no debieron continuar mucho tiempo después de la batalla de Alalia. Esta batalla dió a los cartagineses el dominio sobre el Mediterráneo occidental, y les abrió la entrada en España (1). Según Diodoro (Eusebio, I, pág. 226, Schoene), la talassocracia [dominio del mar] focense no duró más que cuarenta y cuatro años. Al parecer, cuenta los años que median entre la caída de Tiro (después de 600), que dió a los focenses el dominio sobre el mar occidental, y la batalla de Alalia (537 a. J. C.), que se lo arrebató.

Más fatal aún que para los focenses fué la batalla de Alalia para los tartesios. Esa batalla eliminó a los griegos del mar occidental, y abrió a los cartagineses los caminos que conducían a los tesoros de Tartessos. Los cartagineses fueron peores aún que los tirios. No debieron tardar mucho en alargar sus codiciosas manos hacia la tierra de la plata. Según Timeo (en Dio-

(1) Alalia es también el primer acto de la guerra mundial entre los helenos y los bárbaros (persas, cartagineses, etruscos). Las grandes decisiones de esta guerra tuvieron lugar unas veces en Oriente (Lade, Maratón, Salamina, Micala, Platea) y otras en Occidente (Alalia, Himera, Kyme).

doro, 5, 16), ocuparon Ebusus (Ibiza) en 654 (1). La fecha parece demasiado remota; pero de todos modos el hecho revela que los cartagineses se afianzaron bien pronto en Ibiza, que debió ser el primer punto que ocuparon en España. La ocupación de las costas andaluzas no tuvo lugar hasta después de 530—puesto que el periplo habla de Tartessos y de Mainake como ciudades aún existentes—, pero antes de 509, pues en el primer tratado romanocartaginés, Cartago prohibe la navegación hacia España (v. pág. 86); además, los mercenarios iberos no figuran en el ejército cartaginés hasta la batalla de Himera, en el año 480 (Herodoto, 7, 165).

Entre Tartessos y Cartago hubo de entablarse bien pronto una lucha a muerte. Los cartagineses llegarían a España como llegaron a Sicilia, no sólo en actitud de concurrentes comerciales, sino en plan de conquistadores. De la misma manera que, más tarde, arrasaron las ciudades griegas de Sicilia, así también desde el principio hubieron de proponerse la destrucción de Tartessos. Y no cabe duda que fueron ellos los que aniquilaron a Tartessos. Hay un texto que, según todas las apariencias, puede considerarse como testimonio directo de ello. Un mecánico del siglo I a. J. C., llamado Athenaios, y además Vitruvio (10, 13, 1), refieren los siguientes hechos que ambos autores conocen por una misma fuente (2):

«Cuentan que los cartagineses fueron los primeros que, en

---

(1) Meltzer, 1, 155. Las necrópolis cartaginesas de Ibiza (Vives, *Estudios de Arqueología cartaginesa*, 1917) y de Villaricos en la provincia de Almería (L. Siret, *Villaricos y Herrerías*, Madrid, 1907) son muy importantes para la fijación de la fecha de la ocupación cartaginesa. En Villaricos, los hallazgos no pasan del siglo V, siendo, pues, un *terminus post quem* para la ocupación de la costa andaluza. En cambio, en Ibiza los hallazgos llegan hasta el siglo VII.

(2) Traducción alemana en Rud. Schneider, *Griech. Poliorketiker*, III, 14.

el sitio de Gades, inventaron el ariete. Habiendo, en efecto, ocupado un castillo, antes de poner propiamente el cerco a la ciudad quisieron derribar sus muros para aplanar el lugar. Unos cuantos muchachos, no teniendo a mano herramientas útiles para las demoliciones, cogieron una viga, y empujándola con los brazos contra la muralla derribaron fácilmente una buena parte de ésta. El caso hizo reflexionar a cierto tirio, carpintero de barco, llamado Pefrásmenos, el cual, durante el cerco que los cartagineses pusieron a la ciudad misma, cogió un mástil y colgó de él una viga transversal suspendida como el fiel de una balanza, y con esta viga transversal golpeó la muralla, tirando de la viga con una cuerda hacia atrás. Como los sitiados no conocían medio alguno de defensa contra esta máquina nueva, no pudieron impedir que las murallas se viniesen abajo prontamente.»

En esta relación debemos leer Tartessos en lugar de Gades. Verifícase aquí la misma confusión que en Avieno y otros autores (cap. VII). Gades, en efecto, como las demás ciudades fenicias de África y Sicilia, debió aceptar más o menos espontáneamente el yugo cartaginés, y en todo caso no debió llegar su resistencia hasta el punto de sostener un sitio y exponerse a ser destruída. Los detalles topográficos, por otra parte, no coinciden con Gades y sí con Tartessos. Ese castillo parece ser el «castillo de Gerón», situado a la entrada del río Tartessos. Los cartagineses tuvieron que destruir esa obra avanzada de la ciudad (v. cap. IX) antes de poner el cerco, para no dejar a sus espaldas la amenaza de un ataque.

Puede determinarse con bastante aproximación la *fecha de la destrucción de Tartessos.* Tartessos existía aún en la época del periplo y de Hecateo, esto es, hacia 530. Por otra parte, su destrucción debió ser anterior a la batalla de Himera (480), ya

que esta derrota debilitó grandemente el poderío cartaginés. Además, el viaje de Himilcón, que es anterior a 480, supone la sumisión de Tartessos—pues los tartesios no hubieran permitido a los cartagineses el camino del estaño—. Añádase a esto el hecho de que Píndaro considere inaccesibles las comarcas de allende el Estrecho (v. pág. 110) (1), y tendremos que Tartessos debió perecer entre 530 y 480; probablemente antes de 500 a. J. C. Desgraciadamente, es poco conocida esta primera dominación de los cartagineses en España; pero Polibio (2, 1, 6) da testimonio de ella al decir que Amílcar «reconquistó» (ἀνεκτᾶτο) la antigua posesión de Cartago.

En esta misma época fué también destruída otra gran ciudad comercial muy floreciente: Sybaris. Como Tartessos, Sybaris había perdido su fuerza de resistencia en el goce de la riqueza y el bienestar (2). Por muchas circunstancias recuerda Sybaris a Tartessos. Poseía un extenso imperio—dominaba sobre cuatro tribus indígenas y veinticinco ciudades—y, como Tartessos, vendía a Oriente los productos del Occidente.

El periplo contiene importantes noticias sobre las relaciones de los cartagineses con los tartesios y los massaliotas, poco antes de la destrucción de Tartessos. Consisten esas noticias en las referencias acerca de aquellas dos vías comerciales que iban, una del Golfo de Vizcaya a la costa massaliota, y la otra de Mainake por Tartessos a la ría del Tajo. Ya hemos expuesto las deducciones a que estas noticias se prestan (v. pág. 85). Las citadas carreteras fueron el recurso a que apelaron los focenses para seguir comprando estaño a los tartesios, después

(1) Véase pág. 57, nota 2, acerca de Herodoto, considerado como *terminus ante quem.*

(2) Sybaris fué destruída hacia 510 a. J. C. (Véase Beloch, *Griech. Gesch.*, 1^2, 1, 282.)

de cerrado el estrecho. Cuando Cartago cerró el estrecho, los focenses construyeron la vía terrestre de Mainake a Tartessos; y cuando después los cartagineses bloquearon a Tartessos también por tierra, los focenses prolongaron la carretera hasta la desembocadura del Tajo, por donde pasaban los tartesios, trayendo el estaño de Oestrymnis. Pero habiendo los cartagineses cerrado igualmente esta salida, construyeron los massaliotas la vía por el istmo pirenaico, que se hallaba fuera del dominio cartaginés. Burlados, pues, continuamente en su empeño de impedir las comunicaciones entre los massaliotas y el mercado de Tartessos, los cartagineses no vacilaron en destruir primero a Mainake, y poco después la ciudad misma de Tartessos, pensando sin duda que era mejor monopolizar por sí mismos la plata y el estaño, que no comprarlo a los tartesios.

La destrucción de las dos ciudades enemigas fué completa. Los cartagineses borraron hasta el recuerdo de ellas, y más tarde confundióse Tartessos con Gades y Mainake con Malaca, lo que demuestra que el comercio de Tartessos se trasladó a Gades y el de Mainake a Malaca. Por codicia y celos comerciales destruyeron, pues, los cartagineses a Tartessos y a Mainake. Por codicia y celos comerciales sucumbió también luego Cartago misma a la potencia romana. Las ruinas de Tartessos y de Mainake, como las de Cartago y de Corinto, constituyen la más elocuente prueba del odio feroz con que son llevadas las luchas político-comerciales, sólo comparables en este punto con las guerras de religión (1).

La caída de Tartessos y Mainake parece coincidir aproximadamente con la sumisión de las ciudades jonias, sobre todo

(1) Ratzel: *Polit. Geogr.*, 2, 5, 27.

Mileto, bajo el yugo persa, después de la batalla de Lade (c. 494 a. J. C.). Es posible que entre estos hechos exista un nexo interior, como más tarde entre las batallas de Salamina y de Himera (480). Parece que los cartagineses estaban aliados con los persas (como en 480; Diod., 11, 20), y que los bárbaros buscaban al mismo tiempo la destrucción de sus rivales griegos en Oriente (Jonios) y en Occidente (Mainake). Después de la batalla de Lade, el focense Dionisio hizo por su cuenta la guerra a Cartago (Herod., 6, 17), vengando a la vez la destrucción de Mileto y la de Mainake. Así, pues, tres grandes centros desaparecieron al mismo tiempo: Tartessos, Mainake, Mileto. La caída de Mileto inspiró a Frinichos su tragedia Μιλήτου ἅλωσις (La caída de Mileto). En cambio, Tartessos y Mainake perecieron sin que nadie las llorase.

La destrucción de Tartessos transfirió a Cartago el dominio del amplio imperio tartesio, que comprendía toda Andalucía. El límite meridional que señala a la navegación de los romanos y massaliotas el segundo tratado con Roma (348 a. J. C.), es precisamente Mastia (Cartagena), que era poco más o menos el límite septentrional del imperio tartesio (v. cap. VIII). Parece extraño, a primera vista, que los cartagineses no hayan extendido su dominación más al norte. Sin embargo, este hecho tiene su explicación. Al norte de Mastia hubieran tenido que luchar no con los débiles turdetanos, sino con las tribus salvajes de la libre Iberia. Esa independencia en que vivía la mitad septentrional de la costa oriental española, explica a su vez el que siguiera existiendo la factoría focense de Hemeroskopeion, y hasta que se fundaran otras cuatro colonias massaliotas al norte de Mastia: dos entre Cabo Nao y Cabo Palos—Alonis, junto a Benidorm (Estéf., v. Ἀλωνίς), y una desconocida (Estrabón, 159), qui-

zá Alicante, que llevaba un nombre griego, Λευκὴ ἄκρα (Diod., 25, 10) (1)—y otras dos más al norte, en el Golfo de Rosas: Emporion y Rodas. El periplo no conoce todavía estas cuatro ciudades que, por lo tanto, debieron ser fundadas después de 530 a. J. C. Sabemos que Emporion y Rodas fueron establecidas poco después de esa fecha, pues los vasos griegos de Emporion llegan todavía hasta el siglo VI. No tenemos datos sobre las otras dos factorías meridionales, que debieron establecerse poco después del año 500. Ya hemos hablado (pág. 62) de la importancia cultural que tuvieron los dos emporios del Golfo de Elche, como punto de partida de la escultura iberogriega. Estas ciudades, situadas fuera de la zona cartaginesa, contaban con el tráfico de los libres iberos para quienes los griegos eran tan bienvenidos como los cartagineses odiosos (2).

Como término geográfico, el reino de Tartessos se encuentra nombrado aún más tarde. En el segundo tratado entre Roma y Cartago se habla de «Mastia tartesia», es decir, de Mastia en el que fué imperio de Tartessos; y entre los mercenarios iberos de Aníbal figuran también los tartesios (v. página 12). Los anales romanos hablan aún de los tartesios (Liv. 23, 26). El hecho de que Sagunto confinara con los turdetanos se refiere a la antigua frontera tartesia, que llegaba hasta el Cabo Nao.

Depués de la eliminación de los tartesios, los cartagineses —precedidos por los gaditanos—hallaron el camino de la Gran

---

(1) Λευκὴ ἄκρα, en latín Lucentum, se convirtió en árabe en al-lekant, Alicante. Amílcar hizo de Alicante la fortaleza de los cartagineses, la predecesora de Carthago nova.

(2) Justino, 43, 5, 3: *cum Hispanis amicitiam junxerunt (Massalienses)*. [Los massaliotas hicieron amistad con los hispanos].

Bretaña y durante quinientos años dominaron el mercado del estaño (1).

Más tarde sobrevino una reacción contra la dominación cartaginesa, una unión de los iberos y los massaliotas, y una guerra contra Cartago (2). Cartago perdió sus posesiones en la España meridional, pero conservó el dominio de las aguas andaluzas y del Océano. Sucedió esto entre 348, fecha del segundo tratado comercial romanocartaginés, en el cual todavía es Cartago dueña de la región tartesia, y 240, fecha de la reconquista de Andalucía por Amílcar. Es posible que la pérdida del imperio en España fuese la consecuencia de la derrota que los cartagineses sufrieron en 340 en Sicilia (en la batalla del Krimissos). En este caso, habrían perdido a España hacia 300 a. J. C. Amílcar recobró Andalucía, y los tartesios entonces perdieron de nuevo su libertad, después de haberse defendido inútilmente, con la ayuda de los celtas (¿celtíberos?) del interior, al mando de Istolacio (Diod. 25, 10). La antigua enemistad de los tartesios contra sus vecinos los de Sagunto, dió pretexto a Aníbal para atacar a Sagunto (3); indirectamente

---

(1) Estrabón, 175 (v. en Avieno, 114, una interpolación de Eforos) da testimonio de que los cartagineses iban a Inglaterra.

(2) Justino, 43, 5, 2: *Carthaginiensium quoque exercitus, cum bellum captis piscatorum navibus ortum esset, sæpe fuderunt pacemque victis dederunt, cum Hispanis amicitiam junxerunt.* [Habiéndose originado guerra por unas naves pesqueras apresadas, desbarataron muchas veces los ejércitos de los cartagineses y dieron la paz a los vencidos e hicieron amistad con los hispanos]; Pausanias, 10, 8, 6: γενόμενοι δὲ ναυσὶν ἐπικρατέστεροι Καρχηδονίων [llegaron a vencer en las naves a los cartagineses]; Tucid., 1, 13. Φωκαῆς τε Μασσαλίαν οἰκίζοντες Καρχηδονίους ἐνίκων ναυμαχοῦντες [Los focenses de Massalia vencieron a los cartagineses en batalla naval].

(3) Liv., 21, 6, 1. Appiano, *Iber.*, 10, nombra a los turdetanos Τορβολῆτες (Liv., 33, 44, *Turba*), que más bien parece una mezcla de To(u)rd-oūloi y To(u)rd-ētes. La voz Τούρβουλα de Ptol. (2, 6, 60) procede sin duda de la misma fuente.

fueron pues los tartesios los causantes de la segunda guerra púnica. La caída de Sagunto significó para ellos la ruina de un enemigo hereditario, y las victorias de los romanos sobre los cartagineses les dieron la posibilidad de sacudir el yugo cartaginés. En el año 216 los tartesios, bajo Chalbus, se sublevaron y se hicieron fuertes frente a Asdrúbal (Liv. 23, 26). Sin embargo, la nueva libertad duró poco y sucumbió pronto a los ataques de Roma. Los anales romanos del año 214 (Liv. 24, 42) mencionan la sumisión de los turdetanos. Los vencidos fueron vendidos como esclavos y la capital de entonces—cuyo nombre ignoramos—fué destruída.

Pero los turdetanos no podían encontrarse satisfechos con sus nuevos amos, y siendo de carácter tornadizo, volvieron a unirse con sus antiguos dominadores. En la batalla de Ilipa (206) dícese que 50.000 turdetanos pelearon en las filas de los cartagineses. Esta batalla consagró definitivamente la ruina de la dominación cartaginesa en España. Los tartesios hubieron pues de someterse otra vez a Roma; cierto rey Attenes fué el primero de quien se refiere que se pasó a los romanos. El viejo imperio de Tartessos convirtióse entonces en un distrito romano. Con su mitad occidental, hasta la provincia de Almería, se formó en el año 197 a. J. C. la provincia «Hispania ulterior»; y la mitad oriental, menos extensa, fué agregada a la «Hispania citerior». No dejaron de intentar los tartesios algunos esfuerzos para librarse de la dominación romana, pero fueron todavía más vanos e inútiles que los anteriores; pues los tartesios se hallaban atenidos a la ayuda que recibieran de tribus extranjeras. Así, por ejemplo, en el año 195 a. J. C. combatieron a los romanos sólo con mercenarios celtibéricos (Liv. 34, 19). En esta época aparece por vez primera testimoniado el nuevo nombre de *turdetanos* (primera vez en 220: Liv. 21, 6), que

vino a substituir al viejo nombre de «tartesios», el cual, después de la destrucción de Tartessos, ya en efecto no podía subsistir. Livio, en 23, 26, dice *tartesii;* pero, en general, dice *turdetani;* (Livio se basa en último término en los anales contemporáneos). Los primeros que atestiguan el nombre de turdetanos son Catón—que en 195 llama *Turta* a la Turdetania— (1), Polibio que escribe Τουρδηταvοί y Artemidoro, que usa Τουρτυτανοί y Τούρτοι (2) (cap. I). Este nombre étnico, derivado del de la ciudad, con el sufijo *tanus,* estaba, al parecer, en uso hacía mucho tiempo entre los indígenas; pero los extranjeros lo rechazaron, substituyéndolo por el de Ταρτήσσιοι, derivado del nombre griego de la ciudad. Existe otra forma del nombre étnico: Τουρδ-οῦλοι. Lo mismo sucede con los bastetanos, que son también llamados bástulos (Mon. Ling. Iber., 242). Hubo discusión sobre si los túrdulos y los turdetanos eran diferentes (como pensaba Polibio que consideraba a los túrdulos como los vecinos septentrionales de los turdetanos) o eran unos mismos (Estrabón, 139). El sufijo-*ulus* es también ibero-africano (3). Acaso el nombre de torboletes, en Appiano, responda a una tercera forma del mismo nombre, que sería turdetes (v. pág. 102, nota 3).

Desde la destrucción de Tartessos, Cartago se consideró dueña absoluta del Mediterráneo occidental y del Océano. *El estrecho quedó cerrado para todo navegante extranjero.* A los

---

(1) *Orat. rell.*, I, 18-19, Jordán: *itaque porro in Turtam proficiscor servatum illos* [corro, pues, a Turta para salvarlos].

(2) La misma vacilación entre la media y la tenue que encontramos en turtetanos y turdetanos, la encontramos igualmente en el ibérico; Pilplis y el latino Bilbilis, en el ibérico Dunasu y el latino Turiaso.

(3) Africanos: Gétulos, Mássylos, Masséssylos, Musulamos (también hay a forma Musones: Ammiano, 29, 5, 27), Máxula, Sufétula, Muthul. Ibéricos: Agula, Bérgula, Calécula, Ilípula, Lacilbula *(Numantia,* I, 37).

mismos etruscos, sus aliados, prohibieron los cartagineses la navegación por el Océano y la ocupación de la isla de Madera, recién descubierta (Diod., 5, 20; *De mir. ausc.*, 80). En el primer tratado con Roma del año 509 a. J. C., Cartago prohibe a los romanos y sus aliados, es decir, a los massaliotas principalmente (1), el rumbo hacia Occidente.

Las «columnas de Hércules», que fueron antaño el altivo símbolo de la conquista del Océano y del «Plus ultra» (Diodoro, 4, 18, 5; Mela, 1, 5; Plin., 3, 4; Séneca, *Hérc., fur.* 237) adquieren ahora la resignada significación del «non plus ultra» para la navegación. Píndaro, contemporáneo de estos acontecimientos, canta así (Olymp., 3, 44): «El mundo allende las columnas es inaccesible, para los sabios como para los necios» (2). «La vía de Tartessos» (Avieno, 54, véase más arriba pág. 64) se convirtió en «vía de Gades» (3). Himilcón que hizo un viaje al Norte, a la tierra del estaño, poco después del año 500, ya destruída Tartessos, refirió en su relato toda suerte de terribles peligros, propios de mares ignotos, como calmas, nieblas, bajos, fucos, monstruos marinos (Avieno, 117, 380, 406) con el fin de atemorizar a los navegantes extranjeros. Y lo consiguió a la maravilla, pues los griegos reprodujeron puntualmente esas imágenes terroríficas (4). Y cuando estos medios de suave persuasión no daban el apetecido resultado y algún navío se empeñaba en seguir el rumbo de Occidente, entonces los cartagineses acudían a recursos violentos, echan-

(1) Justino, 43, 3, 4; 5, 3; Jullian. *Hist. de la Gaule*, I, 200.

(2) Otros testimonios de Píndaro se hallarán en el cap. VII.

(3) Por primera vez en Píndaro: πύλαι Γαδειρίδες [las puertas de Gades].

(4) Píndaro, *Nem*, 3, 23; Euktemón (Avieno, 362-365); Escílax, 1, 112; Platón, *Timeo*, 25, *d;* Platón, *Critias*, 108, *e;* Aristóteles, *Metafísica*, 2, 1, 14; Theophrasto, *Hist. plant.*, 4, 6, 4; *De mirab. ausc.*, 136. Para los textos más recientes, véase Berger, *Erdkunde*[2], pág. 232.

do a pique la audaz embarcacación (Estrabón, 802; *De mir. ausc.*, 84; Diod., 5, 20).

El segundo tratado de comercio romano-cartaginés del año 348 señala el apogeo del poderío cartaginés. Mientras que el primer tratado del año 509, hecho cuando Cartago empezaba a establecer su predominio en el Mediterráneo occidental, no prohibía más que la navegación por la costa africana (al oeste del cabo Farina) dejando libres—por lo menos en la forma—las aguas de la costa itálica, el segundo tratado, en cambio, determina un «non plus ultra» también en la costa española. Este punto infranqueable es «Mastia de Tarsis». Con lo cual quedaban completamente cerrados el Océano y la España meridional a toda navegación extranjera (1). Así Platón da testimonio de que en esta época el estrecho era infranqueable (Timeo, 24, *e*). Si, pues, Piteas poco después consiguió surcar el Océno, hubo de ser, sin duda, con permiso de los cartagineses, o quizás, inclusive, en un barco cartaginés. Los cartagineses esperaban acaso que el viaje de Piteas tuviese por consecuencia el descubrimiento de nuevos emporios comerciales.

El bloqueo del estrecho explica la total ignorancia de los autores griegos del siglo V-III sobre las comarcas de allende. Todo lo que estos escritores dicen procede de fuentes antiguas, textos del siglo VI (v. cap. VII). Aún hacia, 230 a. J. C., todo navío extranjero que se aventuraba por aguas de Cerdeña, en dirección al estrecho, era sin remedio hundido; Erastótenes (Estrabón, 802) testimonia el hecho. Y los cartagineses supieron conservar el monopolio de la navegación oceánica, incluso después de la primera guerra púnica, que quebrantó el

(1) Juntamente con esto, se prohibe el comercio con Libia y Cerdeña, que en el primer tratado era aún permitido con algunas condiciones.

poderío marítimo de Cartago en el Mediterráneo. Es más, todavía después de conquistada España por los romanos, consiguieron los astutos semitas mantener oculta a los dueños del mundo la ruta hacia la tierra del estaño. Un capitán cartaginés, viéndose perseguido por un navío romano, hizo encallar su barco, y el Estado le indemnizó por la pérdida de la nave y de la carga (Estrabón, 176). P. Crasso, que gobernaba la provincia ulterior hacia el año 95 a. J. C. (1), consiguió descubrir las islas del estaño en la costa noroeste de España, las «Casitérides» posteriores (2); pero hasta que Roma no hubo conquistado la Gran Bretaña, mantúvose intacto el monopolio que los gaditanos ejercían sobre el comercio del estaño, monopolio que duró, por lo tanto, unos quinientos años.

Bloqueadas las columnas, cerrados los caminos del mar, destruídas Tartessos y Mainake, y, por consiguiente, también interceptadas las vías terrestres hacia la plata y el estaño, los massaliotas supieron, sin embargo, abrirse nuevas salidas que les permitieron continuar el comercio del estaño. En esta época debieron habilitar dos caminos: uno, el que seguía la ribera del Ródano y del Sena hasta la Normandía, y el otro, que por el Loira conducía a Korbilo (Estrabón, 189, 193; Diodoro, 5, 22; Estrabón, 190). Ahora bien, el viaje por tierra duraba treinta días (3), mientras que la travesía a Tartessos duró solamente

---

(1) El P. Crasso que menciona Posidonio (de quien toma Estrabón su relato sobre las Casitérides españolas) no es el legado de César (como cree Berger, *Erdkunde*[2], 356; Kroll. *RE* art. *Schiffahrt*, pág. 418), sino el antiguo gobernador de Hispania; en efecto, la obra de Posidonio es anterior al año 80 a. J. C., es decir, anterior a la guerra de Aquitania, dirigida por Crasso el joven (en el año 56 a. J. C.).

(2) Estrabón, 176; Wilsdorf, *Fasti Hisp.*, 111.

(3) Diodoro, 5, 23, treinta días; Estrabón, 193: c. 5.000 estadios (= 924 kilómetros : 30 = 30 días).

unos diez; además, el camino terrestre era muchísimo más penoso y costoso que el viaje por mar. Suponemos, por tanto, que estos caminos terrestres no fueron empleados hasta después del bloqueo marítimo y de la destrucción de Tartessos y Mainake.

Los massaliotas supieron ocultar a los romanos su tráfico por tierra, lo mismo que los cartagineses les ocultaban su comercio por mar. En el año 134 quiso Escipión, en Massalia y Narbona, adquirir noticias sobre la Gran Bretaña. Nada consiguió (Estrabón, 190). Lo mismo le sucedió a César cuando interrogó a los habitantes de las costas occidentales de la Galia, que navegaban a Inglaterra (César, *De bello gall.*, 4, 20). ¡Bien guardado estaba el secreto preciadísimo del camino hacia las islas del estaño!

CAPITULO VII

Lo que supieron e ignoraron de Tartessos las posteriores generaciones.

Tartessos yacía en ruinas desde 500 a. J. C. El camino de las columnas estaba interceptado para los navíos griegos. Las noticias de Tartessos fueron haciéndose cada vez más obscuras. Añádase a todo esto que la fama y esplendor de Gades, habiendo aumentado progresivamente desde la caída de su rival, contribuyó en gran manera a sepultar en el olvido el nombre de Tartessos (1).

El autor del periplo es el último testigo de vista de Tartessos. Describe la ciudad cuando aun existía; dice que el río trae estaño a sus muros (Avieno, 297) y baña la cuidad por el mediodía (290). Pero, sobre todo, señala Tartessos como el punto de partida del viaje de retorno, siendo Massalia el punto

---

(1) Además de Gades, hay otra ciudad que puede considerarse como la heredera de Tartessos y hasta con mejor derecho que aquélla, desde el punto da vista topográfico y cultural; me refiero a Hispalis-Sevilla, que, como Tartessos, se halla situada en el estuario del Betis, aunque algo más arriba y también como Tartessos es capital de la región, puerto del Océano. El viejo Mannert *(Geogr. der Griechen und Römer*^{2}, 1, 294) confundió a Tartessos con Hispalis, error mucho menos absurdo que la confusión general con Gades (que Mannert rechaza).

de llegada. Los versos que describen a Tartessos como un montón de ruinas:

... multa et opulens civitas
ævo vetusto, nunc egena, nunc brevis,
nunc destituta, nunc ruinarum agger est (1),

pertenecen al interpolador, lo mismo que las demás descripciones de antiguas ciudades hoy arruinadas, antaño florecientes en tiempos del periplo (v. pág. 81). El autor desconocido sobre el cual basa Estéfano (Ταρτησσός) su descripción de Tartessos (v. pág. 88) es sin duda próximo al periplo y su información revela un conocimiento personal de la localidad. En cambio, Hecateo parece no conocer ya las comarcas situadas más allá del estrecho, puesto que niega la Erytheia (fr. 349) y ninguno de sus fragmentos se refiere a ciudades de allende el estrecho, cosa que difícilmente puede atribuirse a la mera casualidad (2).

Píndaro es el primero que revela claramente el cambio que ha tenido lugar en el estado de las cosas. Con insistencia notable, afirma una y otra vez que las columnas señalan el límite de la navegación *(Olymp.* 3, 44; *Nem.* 3, 21; 4, 69, *Isthm.* 3, 31); dijérase que se encuentra todavía bajo la impresión reciente del hecho fatal para los navegantes helenos. Píndaro es el primero en referir las terroríficas fábulas inventadas por los cartagineses: monstruos marinos, bajos fondos, etc. (3). También es muy sig-

(1) Hübner, con notoria ligereza, refiere los versos a Gades (RE. VII, 461). ¡Como si esta ciudad fuera un montón de ruinas en tiempos de Avieno!

(2) Sobre Καλάθη, véase mi edición de Avieno, pág. 133. No existen tampoco fragmentos de Hecateo que se refieran a la costa líbica del Océano allende las columnas (v. RE. VII, 2.727 y s.).

(3) *Nem.* 3, 23: δάμασέ τε θῆρας ἐν πελάγει ὑπερόχους διὰ τ' ἐρεύνασε τεναγέων ῥοάς [y dominó en el mar monstruos prodigiosos y sondeó las corrientes de los bajos fondos]. Si se pudiera fijar la fecha de esta oda—cosa por desgracia imposible (v. Böckh en su edición 2, 2, 363)—tendríamos un *terminus ante quem* para la destrucción de Tartessos.

nificativo el hecho de que Píndaro (fr. 256) dé al estrecho el nombre de Gades, mientras que Avieno, siguiendo el periplo (v. 54), lo cita con el nombre de Tartessos (v. pág. 64). La confusión de *Esquilo* (Plin. 37, 32) que tomó al Erídano-Elba por el Ródano, se explica igualmente por el desconocimiento del Océano septentrional que siguió al bloqueo cartaginés. También para *Herodoto* es *terra incógnita* el mundo allende las columnas. Niega Herodoto (4, 45) el Océano septentrional, las islas del estaño y el río Erídano, que desemboca en el mar del Norte, y de donde procedía el ámbar (3, 115); y niega todo eso, porque a pesar de sus preguntas, nadie había podido darle noticias de esos países y mares, lo cual demuestra indirectamente la interrupción de los viajes de los jonios a Tartessos. Si, pues, Herodoto (4, 152) parece hablar de Tartessos como de una ciudad existente aún, ha leído u oído algo acerca de Tartessos; como cuando habla de los celtas y cinetes, pueblos del extremo Occidente. Según Herodoto (4, 8), Erytheia estaba πρὸς Γαδείροις [junto a Gades]. Esta situación puede aplicarse igualmente a Tartessos y no permite afirmar que ya Herodoto haya trasladado la Erytheia a Gades; pero puede también interpretarse en este sentido. Herodoto (4, 192) y *Aristófanes (Ranas,* 475) hablan de la μύραινα Ταρτησσία o murena de Tartessos; éste es quizá otro ejemplo muy antiguo de la confusión entre Tartessos y Gades, pues cuando esto escribían Aristófanes y Herodoto, hacía ya más de cincuenta años que Tartessos estaba destruída y no podía, por lo tanto, referirse más que a las murenas de Gades, cuyo pescado gozaba de fama mundial. *Ferecydes* (fr. 33) conduce a Hércules a Tartessos, situando, pues, la Erytheia en esta comarca y no en Gades. Pero Estrabón, que le atribuye esa opinión (pág. 169), dice ἔοικε [parece], lo cual demuestra que Ferecydes debió expresarse con

la misma imprecisión que Herodoto. En cuanto a lo que *Herodoro* (fr. 20) refiere de las tribus allende el estrecho, su coincidencia con el periplo y con Hecateo demuestra que lo toma de una fuente del siglo VI.

Es sumamente curioso y notable el periplo del ateniense *Euktemón*. Este periplo llega hasta el estrecho y fué compuesto antes de la expedición a Sicilia. La obra debió ser escrita sin duda en vista de los propósitos que tenían los atenienses sobre las comarcas occidentales (1). Pero estas esperanzas fueron truncadas por el fracaso de la expedición a Sicilia. Euktemón atestigua el completo bloqueo del estrecho en aquella época. Por su relato, que se conserva en Avieno 366-380 (2), sabemos que los navíos extranjeros no podría pasar de la isla de la luna, frente a Mainake (367, véase también 421). El viajero que quería visitar las dos islas consagradas a Hera y a Hércules en el estrecho de Gibraltar (isla Paloma e I. Peregil), tenía que descargar su nave en Mainake o pasar a un buque cartaginés y regresar tras breve estancia en las islas (350-380) (3).

Así, pues, ya en el siglo V, los griegos conocían a Tartessos sólo de oídas o por los viejos textos anteriores.

Los *textos bíblicos* del siglo V (Gén. 10, 4; Isaías, 66, 19; Jeremías, 10, 9; v. cap. I) no nos autorizan tampoco a concluir que Tartessos existiera aún en esa fecha. En esta época los judíos no tenían ninguna relación con el Occidente; por lo tanto, esos textos no pueden derivarse de un conocimiento direc-

---

(1) Müllenhof. D. A. 1, 210; Rehm RE. VI, 1060.

(2) Véase Eforos, en Escymn. 143. que reproduce el mismo dato acerca de las dos islas y su distancia. La concordancia obedece a que el periplo se transmitió por medio de Eforos, el cual le introdujo interpolaciones tomadas de Euktemón, Himilcón, etc.

(3) Véase mi edición de Avieno, pág. 102.

to. Tartessos no es para los judíos más que un término ya tradicional, fijo, que designa, en general, el remoto Occidente. El texto de Jonás 1, 3, en donde Tartessos aparece como objetivo real de un viaje, no tiene tampoco aplicación al caso, pues la leyenda de Jonás parece haber existido desde el siglo VII y aun desde el VIII.

En adelante, todo cuanto hay más allá de las columnas es *terra incógnita*. Como para Píndaro y Herodoto, también para Eurípides *(Hipp.* 746; 1053; *Hérc.* 234) e Isócrates *(Panath.* 285, *c*) es el estrecho el *non plus ultra*. Son muy característicos los errores que cometen los autores del siglo V sobre la anchura del estrecho (1).

Con el transcurso del tiempo fué borrándose cada vez más el conocimiento de la ciudad desaparecida. Pero la fantasía de los griegos, una de sus fuerzas más eficientes, no dejó de trabajar en torno a la ciudad maravillosa, desaparecida en el remoto Occidente. La profunda impresión que los relatos focenses acerca de Tartessos dejaron en el ánimo de los griegos, se advierte al punto en Herodoto y en toda la literatura mítica basada en aquellos viajes (v. cap. V).

O todo nos engaña, o la hermosa ficción platónica de la isla Atlántida (Kritias, 113-121; *Timeo,* 24 *e*-25 *d*) *contiene una noticia obscura de Tartessos.* Ello es posible, en efecto, porque el recuerdo de la tierra fabulosa del remoto Occidente debía estar aun vivo en tiempos de Platón, transcurridos sólo ciento cincuenta años. Además, una ficción poética puede tener raíces en la realidad. No olvidemos que la Troya de Homero

---

(1) Según Euktemón (Avieno 355; Escymn. 144) son 30 estadios. Según Damastes y Escílax de Karyanda son unos siete estadios (Avieno 355-374). En realidad son unos 80 estadios.

ha resultado real, a pesar de todas las burlas con que los filólogos asaetearon a Schliemann. De hecho, las coincidencias entre Tartessos y la isla Atlántida son harto notables para ser casuales.

La Atlántida se halla situada en una *isla del Océano atlántico, antes de llegar a las columnas de Hércules y en las proximidades de Gades (Tim.* 24 *e*; *Krit.* 114 *b*). Tartessos empero estaba asimismo fuera de las columnas y próxima a Gades, edificada en la isla que formaban los dos brazos de su río. La riqueza de los atlántides consistía en primer término (πρῶτον; 114 *e*) en los tesoros de metal, que sacaban de las montañas del país (114 *e*; 116 *b-d*). Este dato de carácter tan particular no es de seguro inventado. Ahora bien: se aplica a Tartessos como a ninguna otra ciudad. Entre los metales sobresalía el ὀρείχαλκον *(Krit.* 116 *b, d*; 114 *e*; 119 *c*), que se encontraba en muchos lugares de la isla y era preciado como el oro; hoy empero—dice Platón—sólo se le conoce por el nombre (114 *e*). Ese oricalco no puede ser el cobre, harto común en tiempos de Platón, sino una mezcla, a base de cobre, que tuviera gran valor en otro tiempo y quedase olvidada más tarde (1); no empero la aleación con zinc, el cobre amarillo o latón, que luego recibió el nombre de oricalco, y que era aun desconocida en la época de Platón (2), sino más bien una clase de bronce, antaño famoso y desaparecido después, como el *aes Corinthium* [bronce corintio]. Tal era el bronce tartesio, que gozaba de universal fama. Los focenses lo exportaban, como lo prueba el

---

(1) El mismo Aristóteles, que poseía tan amplios conocimientos de historia natural, ignoraba lo que fuere el oricalco (Escol. Apoll. Rhod. 4, 973: Ἀ ἐν Τελεταῖς φησι μηδὲ ὑπάρχειν τὸ ὄνομα μηδὲ τὸ τούτου εἶδος. [Aristóteles, en los Misterios, dice que no sabe ni lo que significa ni lo que es.]).

(2) Blümner, *Technologie*, 4, 196.

tesoro de los Sikyones en Olimpia, adornado con bronce tartesio y construído hacia 650 (1). La afirmación que hace Platón de que el oricalco venía por su valor inmediatamente después del oro *(Krit.* 114 *e)*, se aplica perfectamente a Tartessos, en donde la plata no valía nada (v. págs. 17 y 18).

Esta misma noticia del oricalco se encuentra igualmente en Plinio *(n. h.* 34, 2), que trata del *aurichalcum* al hablar del cobre, considerándolo, por lo tanto, como metal natural, lo mismo que Platón. Y, como éste, dice también: *quod præcipuam bonitatem et admirationem diu obtinuit nec reperitur longo jam tempore effeta tellure* [que tuvo antaño singular bondad y admiración, pero que no se encuentra hace ya mucho tiempo, por estar agotada la tierra]. La variante sobre el agotamiento de las minas demuestra que la noticia de Plinio no procede de Platón, sino de una fuente antigua, acaso la tradición focense. También procede probablemente de esta tradición la cita del oricalco en Ps. Hesiodo *(scutum,* 122) en Estesícoro y en Baquílides (Schol. Apoll. Rhod., 4, 973). Quizá dieran los focenses el nombre de ὀρείχαλκον al bronce de Tartessos.

Además del oricalco, menciona Platón el cobre y el *estaño* que adornaban los muros de la ciudad (116 *b)*, así como el oro y la plata que adornaban los muros del templo de Poseidón (116, *d)*. Es de notar aquí la mención del estaño que alude al Oeste, a Tartessos. El estaño, en efecto, como el bronce, era una de las mercancías más importantes en el emporio tartesio. Exportáronla los focenses, como anteriormente la habían exportado los tirios; así lo demuestra la fábula griega del río Tartessos que arrastra estaño (v. pág. 92).

---

(1) Pausanias 6. 19, 2: Ταρτήσσιος χαλκός [bronce tartesio], v. pág. 58.

Y la extraña relación (119 *d)* de que los toros de Poseidón se debían cazar no con hierro, sino sólo con redes, ¿no recuerda la caza de toros con redes, tal como la vemos en los vasos micénicos?

Los atlántides descendían de Poseidón *(Krit.*, 113 *c;* 116 *c).* Igualmente la serie de los reyes tartesios comienza con *Sol, Oceani filius* (véase pág. 51). Los atlántides dominaban hasta la Tyrrhenia y el Egipto *(Tim.*, 25 *b; Krit.*, 114 *c).* Los tartesios también podían ufanarse de tal dominio, si se interpreta en el sentido de hegemonía comercial (v. cap. VIII). Entre los atlántides siempre el más viejo es el rey *(Krit.*, 114 *d).* Este detalle recuerda al longevo rey Arganthonios, y se compagina bien con el respeto que los tartesios tributaban a la ancianidad (capítulo VIII).

También concuerda la descripción *del país* (118 *a-c).* La ciudad de los atlántides se alza en una llanura amplia y alargada, abierta por el sur y rodeada de altas montañas por los demás lados; esas montañas descienden a pico en el mar y protegen la llanura por el norte. Esta descripción concuerda con Tartessos. La amplia llanura rodeada de montañas corresponde al valle del Betis, como asimismo la orientación hacia el Sur; también el periplo dice que el Betis en su postrer trayecto fluye hacia el Sur (Avieno, 290). Las montañas que protegen la llanura del viento Norte corresponden a la Sierra Morena, y las que caen a pico en el mar, a las altas sierras de la costa meridional (Sierra Nevada y Montes de Málaga), que el periplo menciona (Avieno, 425, 434). También es notable la circunstancia de que la ciudad de los atlántides no está, como era de esperar, a orillas del mar, sino junto a un ancho canal o brazo de mar navegable por los grandes navíos, en una isla rodeada de aguas corrientes (115 *d;*

118 *c, d)* (1). También estos detalles coinciden con la topografía de Tartessos, que estaba situada aguas arriba de la desembocadura del río, en una isla formada por los dos brazos principales del Betis (v. cap. IX). Los numerosos canales de que habla Platón (115 *d;* 118 *d)* son igualmente un rasgo característico que se encuentra en el Betis, cuya intrincada red de canales pondera Estrabón (143), y que sin duda fué construída por Tartessos. Los atlántides usaban como puerto el canal o brazo de mar (ἀνάπλους) que une la ciudad al mar. El mismo uso hacían los tartesios del brazo de mar en donde desemboca el Betis, estuario que Estrabón (140) llama igualmente ἀνάπλους (2). El cuadro lleno de vida que nos pinta Platón (117 *e)* del rumoroso y laborioso trajín, de los almacenes y depósitos, de los navíos anclados junto a la orilla, del ruido que noche y día hacen los marineros (3), recuerda vivamente las ciudades modernas como Burdeos o Amberes, sitas en el

---

(1) 118 *d:* τὰ δ' ἐκ τῶν ὀρῶν καταβαίνοντα ὑποδεχομένη ῥεύματα καὶ περὶ τὸ πεδίον κυκλωθεῖσα πρὸς τὴν πόλιν ἔνθεν καὶ ἔνθεν ἀφικομένη ταύτῃ πρὸς θάλατταν μεθεῖτο ἐκρεῖν [**recibe los ríos que descienden de las montañas, y habiendo formado un círculo en la llanura, se aproxima a la ciudad por ambos lados y corre luego libremente hacia el mar**].

(2) **Por ejemplo,** 140: λέγονται δὲ ἀναχύσεις αἱ πληρούμεναι τῇ θαλάσσῃ κοιλάδες ἐν ταῖς πλημμυρίσι καὶ ποταμῶν δίκην ἀνάπλους εἰς τὴν μεσόγαιαν ἐχουσαι; ... ὁ τοῦ Βαίτιος ἀνάπλους; ... οἱ τῶν ἀναχύσεων τῶν ἄλλων ἀνάπλοι; ... ὁ Ἄνας ... δίστομος ... καὶ ὁ ἐξ αὐτῶν ἀνάπλους. [**llámanse estuarios las cavidades que el mar llena con la subida de la marea y, como los ríos, resultan navegables en medio del campo... el brazo navegable del Betis... los brazos de los demás estuarios... el Anas... de dos desembocaduras... con dos brazos navegables**].

(3) τοῦτο δὴ πᾶν συνῳκεῖτο μὲν ὑπὸ πολλῶν καὶ πυκνῶν οἰκήσεων, ὁ δὲ ἀνάπλους καὶ ὁ μέγιστος λιμὴν ἔγεμε πλοίων καὶ ἐμπόρων ἀφικνουμένων πάντοθεν, φωνῆ καὶ θόρυβον παντοδαπὸν κτύπον τε μεθ' ἡμέραν καὶ διὰ νυκτὸς ὑπο πλήθους παρεχομένων. [**todo aquel lugar estaba ocupado por muchas y apretadas habitaciones, el brazo de mar y el puerto mayor estaban llenos de navíos y mercaderes venidos de todas partes que hacían gran estrépito con las voces y golpes de tanta multitud día y noche**].

estuario de los grandes ríos. Ese cuadro conviene perfectamente a Tartessos.

Otros detalles menos característicos son también aplicables a Tartessos: la thalassocracia de los atlántides; la ciudad guarnecida de fuertes muros y torres (116 *a);* los puertos y arsenales (115 *c;* 117 *d);* el templo en el mar—quizás sea éste el *fani prominens* [el promontorio del templo] que cita el periplo (Avieno, 261, 304)—; el tráfico mundial (114 *d;* 117 *e);* la riqueza del país en productos naturales de todas clases, plantas y animales (115; 118 *d),* principalmente toros (119 *d),* lo cual hace pensar en los toros de Geryoneus y recuerda la descripción que Estrabón hace (142 y sig.) de Turdetania; la serie de los antiguos reyes descendientes de los dioses *(Tim.,* 25, *Krit.,* 114; v. págs. 51 y 52); las viejísimas leyes escritas en pilares de bronce, que recuerdan la referencia de Estrabón sobre las leyes de Tartessos viejas de 6.000 años; el Estado perfectamente organizado. Por último, lo que leemos en Platón *(Tim.,* 25 *d; Krit.,* 108 *e)* acerca de los bajos fondos producidos por el hundimiento de la Atlántida, ¿no concuerda también con lo que referían los cartagineses sobre los bajos fondos en el Océano, allende las columnas (pág. 105), para disuadir a los extranjeros de viajar por estos mares? La fábula de la Atlántida, sumergida de pronto en el fondo del mar, ¿no podría ser la forma poética en que los griegos explicaban la súbita desaparición de Tartessos y la interrupción de toda noticia de ella?

Tantas y tales coincidencias en particularidades que se aplican a Tartessos como a ningún otro país, abona, pues, la opinión de que Platón, al componer su descripción de la Atlántida, pensaba principalmente en Tartessos. Nadie pretenderá sin duda que *todos* los rasgos de la Atlántida concuerden punto por punto con Tartessos; tampoco todos los caracteres de la

Troya homérica coinciden exactamente con la Troya histórica. El poeta es libre de tomar de donde quiera los colores para sus cuadros; el poeta mezcla lo ficticio con lo verdadero, y al trazar la imagen de una gran realidad histórica intercala inventos de su fantasía y aun rasgos de otros objetos reales. Es muy posible que Platón haya tomado de Egipto el detalle de los canales (1). Los muros del castillo real, pintados de blanco, negro y rojo (116 *a)*, proceden sin duda alguna de la descripción del castillo de Ecbatana por Herodoto (1, 98), y los 1.200 navíos provienen del segundo canto de la Ilíada (v. Thucyd., 1, 10, 5).

Podría muy bien ocurrir que la isla Atlántida de Platón fuese como la «isla de los bienaventurados» de Iambulos, situada en el remoto Oriente (Diod., 2, 55-60), la cual, a pesar de todas las fantasías decorativas, alude indudablemente a la isla de Sokotra en Arabien (RE., v. Saba, pág. 1.402). Cabría objetar que si Platón, en efecto, se refiere a Tartessos, habría destacado en primer término entre los metales no el bronce, sino la plata, porque la plata es el metal más veces citado por Herodoto en las relaciones focenses. Pero en los tiempos de Platón la plata era vulgar, mientras que el bronce tartesio era un producto fabuloso que había desaparecido, como más tarde desapareció el bronce de Corinto; y lo que más le interesa al poeta es justamente lo maravilloso (2).

Es inconcebible que habiéndose localizado la Atlántida en

---

(1) Wilamowitz: *Platón*, I, 588.

(2) Para la ecuación Atlántida = Tartessos es decisivo que las dos fuentes del templo de Poseidón de la Atlántida *(Kritias,* 117, *a)* son evidentemente las dos fuentes del templo de Hércules en Cádiz (Estrab. 172 y ss.). De aquí se deriva la ecuación Atlántida = Gades, etc., y puesto que en tiempos de Platón todo el mundo buscaba Tartessos en Gades, resultará la ecuación Atlántida = Tartessos. (Comunicación de Netolitzki en Czernowitz).

todas partes, incluso en el Spitzberg y en América (1), no se le haya ocurrido a nadie buscarla en Tartessos. En efecto, el que crea en la realidad del mito no debe buscar la Atlántida en regiones desconocidas. El error, empero, se explica por la atétesis literaria de Tartessos, que indujo a los sabios modernos a destruir espiritualmente la ciudad, como los cartagineses antaño la destruyeron materialmente (v. más adelante).

También la forma en que *Teopompo* (fr. 76) nos ha transmitido la leyenda de la Atlántida recuerda por algunos detalles a Tartessos: la longevidad de los atlántides, sus riquezas en oro y plata, y principalmente sus viajes hacia el Norte, a los pueblos hiperbóreos—¿quién no relacionará esto con los viajes de los tartesios a la tierra de los oestrymnios?— (2). Menciona Teopompo en otro libro la soberanía de los tartesios sobre los mastienes (fr. 224, Μασσία χώρα ὑποκειμένη—cód. ἀποκειμένη—τοῖς Ταρτησσίοις [la tierra de Massia sometida a los tartesios]); pero se funda sin duda en un texto antiguo—quizás Hecateo, del que suele hacer un uso frecuente—, pues en aquella época Tartessos y los mastienes estaban ambos bajo la dominación cartaginesa.

Eforos refiere lo siguiente acerca de Tartessos: 1.° Tartessos estaba a dos días de navegación a partir de las columnas (Escímn., 162) (3). 2.° Tartessos recibía de la Céltica el es-

(1) Véase H. Martín; *Études sur le Timée de Platon* (1841), I, 259.

(2) Diodoro da una tercera versión de la leyenda (Diod., 3, 56). También hay en ella rasgos que convienen muy bien a Tartessos: el haber reunido Urano a su pueblo en una ciudad; la dominación extensa de los atlántides, sobre todo por el Norte y el Oeste; el culto del sol, la luna y las estrellas; la hospitalidad (v. cap. VIII).

(3) La distancia no es a partir de Gades, sino de las columnas; Escímn. cuenta un día desde las columnas a Gades (151 e igualmente Escílax, 1; Plinio, 4, 119: 75 mil. = 600 estad. V. Estrabón, 140: 750-800 estad.), no pu-

taño, que arrastran las aguas del río Tartessos (Escímn., 165). 3.° Los tartesios cuentan que los etíopes vivían antaño en la Erytheia (1). 4.° La extraña referencia en Josefo, c. Apión, 1, 12: Ἔφορος ..... πόλιν οἴεται μίαν εἶναι τοὺς Ἴβηρας. [Eforos... opina que los iberos constituyen una sola sola ciudad] se explica quizás por el hecho de que Eforos haya designado todo el Sur de España como imperio de la ciudad de Tartessos (2). 5.° De Eforos procede también el fragmento 103 de Nicol. Damasc. (παραδ. ἐθῶν συναγωγή [colección de costumbres]), que dice: παρὰ Ταρτησσίοις νεωτέρῳ πρεσβυτέρου καταμαρτυρεῖν οὐκ ἔξεστι [entre los tartesios no le es lícito al más joven deponer contra el más viejo] (3). 6.° Sabemos por Plinio, 4, 120, y Escímn., 159, que Eforos buscaba la Erytheia no hacia Tartessos, sino hacia Gades. Entre los παλαιοί [antiguos] que Estrabón (148) aduce en pro de esa identificación hay, pues, que suponer se hallaba también Eforos (4). 7.° Por esos παλαιοί [antiguos], y entre ellos Eforos, supo Estrabón que entre las dos desembocaduras del

---

diendo contar, por tanto, dos días de Gades a Tartessos. Además, las columnas están a unos 900 estadios de Tartessos, esto es, a dos días de viaje, mientras que de Gades a Tartessos sólo hay 300 estadios, esto es, medio día (v. cap. IX).

(1) Escímn., 157; Estrabón, 33: λέγεσθαι γάρ φησιν (Ἔφορος) ὑπὸ τῶν Ταρτησσίων Αἰθίοπας τὴν Λιβύην ἐπελθόντας μέχρι δύσεως τοὺς μὲν αὐτοῦ μεῖναι, τοὺς δὲ καὶ τῆς περαίας (así Dopp, el códice dice παρολιας) κατασχεῖν πολλήν. [dice Eforos que según los tartesios contaban, los etíopes, cuando hubieron recorrido la Libia hasta el Occidente, permanecieron algunos allí, pero que algunos otros ocuparon parte de la tierra del otro lado (así Dopp; el códice dice: parte de la costa marítima)].

(2) Así piensa Forderer: *Ephoros und Strabon*, diss. Tübingen, 1913, 13.

(3) Sobre Eforos como fuente: Riemann, *Philologus*, 1895, 654 f.

(4) Estrabón, en 444: ὑπὸ τῶν παλαιῶν Μάκρις ὠνομάσθη [Macris es citado por los antiguos] se refiere a Eforos (v. Escímn., 568 y Plinio, 4, 64; *Macris... ut Dionysius et Ephorus tradunt* [Macris... como refieren Dionisio y Eforos]).

Betis estaba la ciudad de Tartessos, y que el río se llamaba «Tartessos» y la comarca «Tartessis».

Estos datos no pueden proceder sino del siglo VI (1), pues en los tiempos de Eforos el estrecho estaba cerrado por los cartagineses que justamente entonces prohibieron la navegación más allá de Mastia, en el segundo tratado con Roma (año 348). Por otra parte, el dato de la historia tartesia, reproducido bajo el número 3, tiene que proceder de la época en que los focenses iban a Tartessos. Otro tanto puede decirse de la noticia transmitida por Nicolás Dam., reproducida bajo el número 5. Además, si los datos que Eforos da acerca de la Iberia no procediesen del siglo VI, ¿cómo explicar su notable coincidencia con el periplo en los siguientes puntos: 1.° La leyenda del estaño que acarrea el río Tartessos (Escímn., 165; Avieno, 296). 2.° Los tres pueblos que habitan las costas meridionales y orientales de España, libiofenicios, tartesios, iberos (Escímn., 197 y s.; Avieno, 421, 463, 472). 3.° Los Berybrakes, que sólo reaparecen en el periplo (Escímn., 201; Avieno, 485). 4.° La mención de Mainake y Tartessos como aún existentes (Escímn., 147, 164; Avieno, 269, 431). 5.° La mención de la isla de Mainake (Escímn., 146; Avieno, 428). 6.° La mención de los celtas como habitantes del interior (Escímn., 165, 167; Avieno, 195, 257, 301). 7.° La columna del Norte en la Bretaña, término de los viajes tartesios a Oestrymnis (στήλη βόρειος [columna

(1) Por lo demás, Eforos usa ampliamente de la antigua geografía jónica (y fenicia) del siglo VI-V (Berger: *Erdk. der Griechen* ² 108, 237; Bauer: *Benutzung Herodots durch Ephoros;* Fleckeisen Jahrb. Suppl. X; Forderer: *Ephoros und Strabon*, pág. 52, y ss., acerca de Hecateo, Herodoto, Antíoco como fuentes de Eforos). En mi comentario a Avieno (pág. 33) se encuentran datos sobre Hecateo, Hellanikos, Herodoto, Piteas, Escílax de Karyanda, Damastes, Euktemón, Kleón, Hannón, Himilcón.

septentrional] Escímn., 189; Avieno, 88) y otras más? (1). Si, pues, Escímnos llama a Tartessos ἐπιφανὴς πόλις [ciudad ilustre], no debe inferirse de aquí que esta ciudad existiese aún en tiempos de Eforos, sino que existía en tiempos de la fuente utilizada por Eforos (siglo VI). La fuente que utiliza Eforos es, en parte, el periplo mismo, de quien toma el principio de su periégesis, el itinerario de la Bretaña a Massalia, añadiendo datos de autores más recientes (Himilcón, Euktemón, Esílax, Damastes, Phileas). La refundición del periplo por Eforos se conserva en dos adaptaciones métricas del siglo I a. J. C.: una de ellas completa en el libro escolar griego que tradujo Avieno (v. pág. 80), y la otra muy abreviada en Escímnos.

Hay algunos datos que demuestran muy bien la ignorancia en que estaban los geógrafos del siglo IV a. J. C. sobre el Occidente remoto. Así, la descripción de España por *Escílax* no empieza a ser exacta sino a partir de Emporion, esto es, al Norte del límite que, en el año 348, impusieron los cartagineses a la navegación extranjera. Así, *Aristóteles* cree que el río Tartessos, antaño tan famoso, desciende de los Pirineos (2), y considera que el Océano occidental no es navegable, por las calmas y los bajos que hay en él *(Meteor.*, 2, 1, 14)—¡los consabidos cuadros terroríficos, exagerados por los cartagineses!

Pero en la obscuridad, que desde hacía ciento cincuenta años envolvía las comarcas de allende las columnas, encendióse de pronto una luz, con el audaz viaje que el investigador massaliota *Piteas* emprendió hacia el Norte en el año 340 a J. C. Dijérase que Piteas había sido alentado por el viejo periplo a

---

(1) Véase mi edición de Avieno, pág. 33.

(2) *Meteor.*, 1, 13: ἐκ δὲ τῆς Πυρήνης ... ῥέουσιν ὅ τε Ἴστρος καὶ ὁ Ταρτησσός, οὗτος μὲν οὖν ἔξω στηλῶν [del Pirineo ... descienden el Istro y el Tartessos, éste más allá de las columnas].

emprender su valiente expedición, deseoso de ver e investigar por sí mismo las regiones septentrionales, de las que su predecesor sólo obtuvo noticias obscuras por medio de los tartesios. En efecto, Piteas visitó las comarcas citadas en el periplo: Oestrymnis, Gran Bretaña, costas del mar del Norte (1). Sería muy grato para nosotros saber si habló de Tartessos y qué dijo de ella. Erastótenes, que utilizó a Piteas, daba el nombre de «Tartessis» a la región allende el estrecho, y citaba también la Erytheia (Estrab. 148). Así, pues, parece que Piteas, aunque, por lo general, se preocupa exclusivamente de la actualidad, habló de la ciudad desaparecida, con la cual le unían, como massaliota, lazos en cierto modo personales.

Pero pronto volvió a descender sobre la región oceánica la niebla espesa que Piteas, por un instante rasgara. La mezquindad de los geógrafos posteriores hizo burla de sus descubrimientos, y, considerándolos como falsedades, contribuyó a extender sobre ellos el manto del olvido. Hacia 270 *Timeo (De mirab. ausc.* 84) atestigua que los cartagineses tenían cerrado el estrecho, y en 230 a. J. C., *Eratóstenes* afirma que por consecuencia del bloqueo cartaginés es imposible saber nada sobre el Occidente, y aconseja la desconfianza frente a toda noticia de esta parte (Estrabón, 802).

Por tercera vez fué descubierta la región de allende las columnas, merced a la conquista romana (218 y ss. a. J. C.). En *Polibio* encontramos las consecuencias geográficas de este suceso. En el libro XXXIV, que contiene la descripción de Iberia, Polibio habla también de la Turdetania y la Lusitania. Habiendo visitado personalmente los lugares, hubiera tenido una excelente ocasión para preguntar por Tartessos e informarse de ella;

(1) Véase mi edición de Avieno, pág. 22.

pero su interés se circunscribía a lo actual y apenas si alguna vez citaría a Tartessos, sobre todo si Piteas había hablado de esta ciudad, porque Polibio opone a los dichos de Piteas una total desconfianza. No da ya el nombre de tartesios a los habitantes del país, sino que les llama por el nombre ibérico de «turdetanos» y «turdulos» (34, 9, 1). Sin embargo, en fuentes cartaginesas encontró los viejos nombres de Ταρσήιος y Θερσῖται (véase pág. 12).

Artemidoro, que visitó la Turdetania por el año 100 a. J. C. (Estrabón 137) discutió con Eratóstenes acerca de Tartessos, y parece que negaba la existencia de esta ciudad (1), fundándose acaso en las mismas razones que Polibio—a quien por lo demás le une cierta afinidad intelectual—, esto es, en que Piteas había hablado de Tartessos. En Artemidoro se encuentran los nombres de Τούρτοι y Τουρτυτανοί aplicados a los habitantes del país (v. pág. 104).

Posidonio, que residió en Gades durante un mes y trató detenidamente de su topografía, parece haber dedicado un interés especial a la predecesora de Gades, Tartessos, como se ve por Estrabón, que debe su hermosa pintura de la Turdetania (3, 2) a Posidonio. Posidonio dió crédito a las afirmaciones de Piteas, incluso, sin duda, en lo que se refiere a Tartessos. De Posidonio procede probablemente la importante noticia transmitida por Estrabón acerca de la literatura tartesia y sus seis mil años de antigüedad (págs. 22 y 23). La larga disertación de Estrabón (148-151) sobre Tartessos tiene su origen, sin

---

(1) **Estrabón, 148:** καὶ Ἐρατοσθένης δὲ τὴν συνεχῆ τῇ Καλπῇ Ταρτησσίδα καλεῖσθαι φησι καὶ Ἐρύθειαν νῆσον εὐδαίμονα · πρὸς ὃν Ἀρτεμίδωρος ἀντιλέγων καὶ ταῦτα ψευδῶς λέγεσθαί φησιν ..... **[y Eratóstenes dice que la región contigua a Calpe se llama Tartessis y que la Erytheia es la isla afortunada. Pero Artemidoro le replica diciendo que todo eso es fábula].**

duda, también en Posidonio que utilizó a Eforos (1). Estrabón reseña primero lo que dijeron sus predecesores, que son: 1.°, los παλαιοί [antiguos), entre los cuales debe ponerse a Eforos (v. pág. 121); 2.°, Eratóstenes; 3.°, Artemidoro, y luego también los textos míticos—que para Estrabón son históricos—, sobre todo Homero, cuyo Tártaros es interpretado por él en el sentido de identificarlo con Tartessos. La referencia que hace Estrabón (148) a los dos brazos del río Tartessos y a la ciudad, situada entre ellos, procede naturalmente de fuentes más antiguas.

Los *romanos,* nuevos dueños del país, concedieron poca atención al pasado de los territorios conquistados. Los anales romanos (Liv., *e.* 21 y s.) sólo hablan de la incapacidad guerrera de los turdetanos. *Catón,* en la reseña de sus campañas, nombra a *Turta,* entendiendo bajo ese nombre el país de la Turdetania (2). *Mela,* que habia nacido en Turdetania, menciona la identificación de Tartessos con Carteia, y da importantes noticias sobre el estado en que se encontraba el delta del Betis en aquella época. Poco antes de su desembocadura, el río vierte en un gran lago y sale de él por dos brazos. El lago es el *lacus ligustinus* del periplo. La diferencia entre los datos del periplo—según el cual, el río sale del lago por tres brazos—, y los datos de Mela se explica por la desaparición de uno de ellos, el brazo occidental (v. cap. IX).

---

(1) Véase Ohling.: *Quæst. Posidon.* Diss. Göttingen, 1908, 30. Artemidoro es el autor más reciente que cita Estrabón, basándose sin duda en Posidonio; Artemidoro es en efecto el predecesor de Posidonio, continuamente citado y criticado por éste (v. Estrabón, 138, 157, 172, 267, 830; véase Norden, *Germania,* 466).

(2) En Charisius *(Gramm. lat.,* ed. Keil I, 213, 4): *M. Cato dierum dictarum de consulatu suo: inde pergo porro ire in Turtam* [M. Catón, de los dichos tiempos acerca de su consulado: «de allí prosigo mi camino hacia Turta»].

Los escritores posteriores (1) emplean «tartesio» por andaluz y hasta por español. Así, por ejemplo, los poetas latinos posteriores: Silio, 13, 674; 15, 5; Rutil. Namat., 356 (llama al Tajo río tartesio); Sid. Apollin carmina, 5, 286 (*ad Tartessiacum venit Indus aquator Iberum)* [el Indo lleva el agua al río Ebro tartesio]. El nombre fué conocido en el Renacimiento español, merced a los poetas latinos; y Cervantes, en *Don Quijote* (2, 13), lo emplea en el sentido de andaluz *(todos los tartesios, todos los castellanos...)*. En la actualidad, el viejo nombre tiene nuevas resonancias, desde que las minas de Río Tinto se llaman «Tarsis», denominación adecuada, ya que esas minas fueron antaño explotadas por los tartesios.

La confusión de Tartessos con Gades, que quizás se encuentra ya en Herodoto y Aristófanes y seguramente en Eforos y Platón, fué más tarde general, sobre todo en la época romana. Igualmente la ciudad de Mainake fué confundida con Malaca (Estrabón, 156, Avieno, 426), y también en este caso, la vecina ciudad púnica, heredera de la antigua urbe destruída, asumió los recuerdos de ésta (2).

El primero de los autores romanos que atestigua el citado error fué Cicerón, que llama «tartesio» al gaditano Balbo *(ad Att.* 7, 3, 11). Encuéntrase luego en Salustio, *hist.*, 2, 5 *(Tartessum Hispaniæ civitatem, quam nunc Tyrii mutato nomine Gaddir habent* [Tartessos ciudad de España, que poseen ahora los Tirios, con el nombre cambiado de Gadir], en Val. Max., 8, 13, 4 *(Arganthonius gaditanus)*, en Plinio, 4, 120 *(Gades* ...

---

(1) Los textos (no todos) en *Mon. Ling. Iber.*, pág. 241.

(2) En Italia muchas veces el nombre de una ciudad antigua se traslada a una fundación medieval próxima. Por ejemplo el nombre de Cœre se ha pasado a Ceri (siendo así, que la antigua Cœre corresponde a la actual Cervetri) y el de Volsini (Orvieto) a Bolsena.

nostri Tartessum appellant) y 7, 156 *(Arganthonium gaditanum)*, Arriano, 2, 16, 4 (ὅτι Φοινίκων κτίσμα ἡ Ταρτησσὸς καὶ τῷ Φ. νόμῳ ὅ τε νεὼς πεποίηται τῷ Ἡρακλεῖ τῷ ἐκεῖ [Tartessos, fundación de los fenicios, sujeta a la ley fenicia y el templo consagrado al Hércules de allí]), en Silio, 16, 465 (en el cual el joven Tartessos procede de Gades), en Avieno, *ora* 85; 269 *(Gadir vocabat, ipsa Tartessus prius cognominata)*.

En lugar de Gades, supusieron otros que era *Carteia* la sucesora de Tartessos, a causa de la semejanza de nombre. Dicen Plinio (1) y Apiano (2) que por lo general los griegos sostenían esta opinión, mientras que los romanos optaban más bien por Gades. Varrón aceptó la opinión griega, siguiendo a Artemídoro (3). La identificación de Carteia con Tartessos se encuentra también en Estrabón, 151 (ἔνιοι δὲ Ταρτησσὸν τὴν νῦν Καρτηίαν προσαγορεύουσι) [algunos (Artemídoro) llaman Tartessos a la actual Carteia], en Mela (2, 96: *Carteia ut quidam putant Tartessos)*, en Silio, 3, 396 *(Arganthoniacos armat Carteia nepotes* [Carteia arma a los hijos de Arganthonios], en Pausanias, 6, 19, 3 (εἰσὶ δέ οἳ Καρτηίαν Ἰβήρων πόλιν καλεῖσθαι νομίζουσι τὰ ἀρχαιότερα Ταρτησσὸν [hay quienes piensan que Carteia, ciudad de los iberos, se llamaba antiguamente Tartessos].

---

(1) 3, 7 (en Varrón): *Carteia Tartessos a Græcis dicta* [Carteia llamada Tartessos por los griegos]. v. 4, 120 (en Anon. *de insulis): maiorem Timæus Cotinusam ab oleis vocitatam ait, nostri Tartessum appellant, Poeni Gadir* [dice Timeo que la isla mayor (de Gades) se llama Cotinusa por sus aceites; los romanos la llaman Tartessos, y los cartagineses Gadir].

(2) *Iber.*, 63. El general romano Vetilio huye a Carteia: ἐς Καρπησσόν, ἐπὶ θαλάσσῃ πόλιν, ἣν ἐγὼ νομίζω πρὸς Ἑλλήνων παλαι Ταρτησσὸν ὀνομάζεσθαι [a Tartessos, ciudad a orillas del mar, que yo creo, de conformidad con los griegos, haberse llamado antes Tartessos].

(3) Véase el texto de Plinio, 3, 7, citado más arriba, y la cita de Varrón en Hieronymus (Migne, 26, 253): *oppidum Tartesson, quod nunc vocatur Carteia.*

Pero todavía es más grave la confusión que introdujeron los *traductores y comentaristas del Antiguo testamento*. Los LXX traducen, generalmente, Tarschisch por Θαρσεῖς; pero también emplean θάλασσα [mar]: por ejemplo, en Isaías, 2, 16, substituyendo un nombre incomprensible para ellos por un concepto corriente y general; otras veces ponen Καρχηδών [Cartago] (Isaías, 23, 1, 6; Ezequiel, 27, 12; 38, 13; véase en Suidas: Θαρσεῖς, τὴν Καρχηδόνα; Eusth. a Dionys., 195), que luego los árabes substituyeron por Túnez. Josefo *(ant.* 1, 6) cree que Tartessos es Tarsos de Cilicia, y esta opinión encuentra eco (Estéf. Biz.; véase Λιγυστίνη cod. *A*; Eust. a Dion., 195; Schol. Lycophr., 653). Julio Africano (en Synkellos, pág. 380) busca Tarschisch en Chipre y Rodos, porque en el Antiguo Testamento aparece junto a Kittim y Rodanim; otros, la situaron en la India, porque los navíos de Tarsis iban a la comarca del oro, Ofir (Suidas, v. Θαρσεῖς, χώρα τῆς Ἰνδικῆς, ὅθεν ἦλθεν τῷ Σολομῶντι τὸ χρυσίον [Tarsis, comarca de la India, de donde traían a Salomón el oro]. La Vulgata escribe *filia maris* (Isaías, 23, 1-10), *gentes maris, mare.*

Lutero, siguiendo a los LXX, tradujo *oniyoth tarschisch* por «naves del mar», y de este modo eliminó del Antiguo Testamento el famoso nombre (salvo en Gén., 10, 4, y en Crón., 1, 7, en donde era claro que Tarschisch representa un nombre). Dió, pues, Lutero el impulso a las posteriores confusiones, que llegaron al punto de negar la existencia de la ciudad de Tartessos. Comenzaron los teólogos diciendo que Tartessos era el nombre de un país; los teólogos, efectivamente, se atenían a la tradición bíblica confusa y vaga, y no tuvieron en cuenta las fuentes griegas. Luego vino *Movers*, el erudito, pero poco crítico historiador de los fenicios, y fundándose en todo el material de los textos antiguos, se empeñó en demostrar *(Hist. de*

los fenicios, 2, 594-614) *que no había existido nunca la ciudad llamada Tartessos*, error enorme y tanto más imperdonable, cuanto que Movers conocía todo el material de textos.

La inmensa erudición de Movers impuso respeto a los sucesores y nadie creyó necesario investigar el asunto por cuenta propia. Así ocurrió que el veredicto de Movers se convirtió en dogma y Tartessos pasó generalmente por un concepto vago, nombre de tierra o de región. Así aparece en los trabajos de E. Hübner (R. E., VII, 439), de W. Christ *(Abhandl. der bayer. Akad.*, 1865, 122), de H. Kiepert *(Lehrb. d. alt. Geogr.*, 484), de E. Curtius *(Griech. Geseh.*, 1, 370), de Meltzer *(Gesch. d. Karth.*, 1, 153), de Karl Müller *(G. G. M. I.*, 164), de Müllenhoff (D. A., 1, 125) (1), de v. Gutschmid (Kl. *Schriften*, 2, 54), de Busolt *(Griech. Gesch.*, 1, 227), de Beloch *(Griech. Gesch.*, 1^2, 1, 223; 251; 296) y otros. Otros sabios, principalmente los franceses, cayeron en la antigua confusión de Tartessos con Gades, así H. Berger *(Erdkunde*, 2, 42), C. Jullian *(Hist. de la Gaule*, 1, 258: «cet état de Cadix ou de Tartessos» y también en las págs. 197, 198), Philipon *(Les Ibères*, 62), A. de Jubainville *(Premiers habitants de l'Europe*^{2}, 2, 16), Déchelette *(Manuel d'Archéol.*, 2, 3, 1662: Tartesse-Gadir) y Gsell *(Hist. de l'Afrique du Nord*, 1, 415, nota 3) que vacila. Pocos investigadores modernos han visto la verdad, por ejemplo, Ed. Meyer *(Gesch. d. Alt.*, 2, 692), Atenstädt *(de Hecataei Fragm.*, 93), Sieglin *(Atlas ant.* hoja 29), Dopp *(Geogr. Studien des Ephoros*, 1, 8).

Movers (pág. 611) creyó que Tartessos era una invención posterior de los escritores griegos. K. Müller vió bien que Tar-

(1) «... pues, en realidad, no ha existido nunca la ciudad llamada Tartessos».

tessos es citada por Herodoto y Eforos claramente con el sentido de una ciudad; pero no por eso desechó la opinión de Movers, sino que adoptó la más absurda aún de creer que la ciudad de Tartessos fué inventada ya en el siglo v. ¡Y, sin embargo, Herodoto, Eforos, Estrabón, Pausanias, llaman a Tartessos πόλις y el viejo periplo habla claramente de la *civitas* (270, 290) y de sus murallas (297)! Pero los datos del periplo se aplicaban generalmente a Gades, como hace el propio Avieno aun cuando la ciudad junto al Betis no podía ser otra que Tartessos, ya que Gades no está en tal sitio.

Entre los teólogos (1) encontramos muy extendida la opinión de que Tartessos era una colonia fenicia, aun cuando aparece clarísima la hostilidad entre Tartessos y Gades. Esta confusión culmina en Redslob que intentó probar que Tartessos era Dertosa (hoy Tortosa) junto al río Ebro y en Hüsing *(Memnon,* 1907) que la buscó en el golfo pérsico.

Dijérase que el error de Movers y sus secuaces es como una literaria *damnatio memoriæ* de Tartessos. Culpa suya es que el nombre de Tartessos, antaño tan famoso, haya quedado hoy casi desconocido; culpa suya que nadie haya pensado en precisar la situación de la vieja metrópoli ni en buscar sus ruinas.

---

(1) Por ejemplo, Gesenius, *Komment. a Isaías,* 1, 719, Redslob, *Tartessus* (Progr. d. Hamburg. Acad. Gymnasium, 1849); Schenkel, *Bibellexicon;* Winer, *Bibl. Realwörterbuch;* Riehm, *Handwörterbuch des bibl. Altertums;* Kalwer, *Bibelwörterbuch;* Herzog, *Realenz. f. protest. Theologie;* Dahse, *Ein Zweites Goldland Salomos* (Zt. f. Ethnol., 1911).

CAPITULO VIII

La cultura tartesia.

Ya en épocas remotísimas, en épocas a que la cronología no alcanza, cuando todo el Norte de nuestro continente estaba invadido aún por los hielos, algunas tribus que vivían en Africa, tierra más cálida, y, por tanto, más favorable a la existencia humana, pasaron a Europa y se extendieron por el Sur (1). De esta primera raza, casi animal todavía, dan testimonio las más antiguas formas de cráneos: el homo neandertalensis y mousteriensis y ejemplares de la «punta de mano», el instrumento más antiguo de la especie humana. Mejor se conoce y se puede fijar cronológicamente una capa más moderna de emigrantes africanos (2); son los hombres del segundo período del paleolítico, los constructores de instrumentos ya artísticos de piedra y hueso, los creadores de maravillosos dibujos y esculturas de hombres y animales, primeras obras del arte humano. Estos hombres debieron habitar hacia el año 10000 a. J. C. en Africa, España y el Sur de Francia. Después de ellos viene una

---

(1) Obermaier: *El hombre fósil* (Madrid, 1916), pág. 21; fig. 1.ª, página 202. H. Schuchardt, *Alteuropa* (1919), págs. 1 y s.

(2) Obermaier: *Op. cit.*, pág. 204.

tercera capa de tribus africanas (1), pueblos de cultura neolítica.

Entre el río Tinto y el Guadiana, esto es, en la inmediata vecindad de Tartessos, existía aun en tiempos posteriores, el nombre del pueblo africano que había de denominar la península y determinar su historia hasta hoy: los *iberos* (2). La procedencia africana de los iberos está demostrada con indudable certeza por la repetición del nombre de los iberos y de numerosos toponímicos ibéricos en el Norte de Africa, como también por la concordancia de la índole física y espiritual de unos y otros *(Numantia,* 1, 27 y s.). Pero antes que los iberos, parecen haber venido de Africa otros pobladores primitivos, entre ellos los *ligures,* que se extendieron por España, Italia, las Galias y gran parte de las comarcas septentrionales *(Numantia,* 1, 60 y s.). Los ligures dieron su nombre al lago formado por el Betis cerca de Tartessos (lago ligur) y a una antigua ciudad de aquella comarca llamada «ciudad ligur» (3).

Uno de los primeros establecimientos de esas tribus africanas podría ser *Tartessos.* Su fundación alcanza seguramente al segundo milenio a. J. C., y quizá aún más allá (v. cap. II).

Situada a orillas del Océano y en la desembocadura del gran río que da entrada al interior, Tartessos si no fué expresamente fundada en vista del comercio marítimo, estaba predestinada a él. Es el más antiguo de los grandes emporios que han florecido en las bocas de los ríos oceánicos, trayendo sus riquezas de los mares lejanos; es la predecesora de Sevilla, y,

---

(1) Obermaier: *Op. cit.,* 326.

(2) Avieno: *Ora maritima,* 252: *nam quicquid amnem gentis hujus adjacet occiduum ad axem, Hiberiam cognominant* [pues llaman Hiberia a toda la parte de aquel pueblo que linda con el río por la línea de Occidente].

(3) *Numantia,* 1, 60; véase más adelante, cap. IX.

como ésta, forma en la serie de los puertos atlánticos: Lisboa, Oporto, Burdeos, Amberes, Londres, Hamburgo. Seguramente los fundadores de Tartessos fueron marinos o se hicieron marinos, viviendo en un lugar tan favorable para la navegación.

Por su situación era también Tartessos, el emporio natural de la cuenca del Guadalquivir. Andalucía se halla rodeada de montañas por el Norte, el Este y el Sur; su salida natural, su frente es el Oeste, la desembocadura del gran río que da acceso a toda la comarca, y, como el Nilo en Egipto, determina su geografía y su historia. En la ciudad situada junto a la desembocadura del río concentróse la riqueza del país, como en Massalia la del Ródano y en Alejandría la del Nilo. Con su doble cualidad de puerta del Océano y emporio del interior, Tartessos estaba predestinada a ser la capital de Andalucía. La capital actual, Sevilla, está situada casi en el mismo sitio, un poco más arriba. Extendida junto al ancho río, frente al extenso y fértil valle, recuerda Tartessos las viejas culturas del Oriente: Egipto, Babilonia y China. Como las ciudades orientales, Tartessos debe a la excelencia de su situación la base material de su antiquísima cultura.

La primera causa de la riqueza tartesia fué la Sierra Morena, con sus tesoros mineros, que más de dos mil años de explotación no la han podido agotar aún. Próximo a la ciudad, en las orillas del Tinto, se encontraba el cobre; el río Tartessos conducía a los habitantes al interior del país, a la montaña de plata, cerca de Cástulo, cuyos tesoros le dieron universal fama. Indagaciones posteriores debieron dar pronto por resultado el descubrimiento de las minas de plata de Almería, del oro de Ilipa, del plomo de Molybdana. La riqueza en plata de los tartesios dió lugar a leyendas fabulosas semejantes a las del oro peruano. Los fenicios trocaron en Tartessos sus anclas de plo-

mo por otras de plata (v. pág. 18). En el siglo III dícese que los turdetanos usaban pesebres y orzas de plata (Estrabón, 151). El bronce tartesio gozaba de fama mundial y se hallaba, por ejemplo, en los tesoros de Olimpia (v. más arriba, pág. 58). Tartessos, en la antigüedad, era, pues, la ciudad de la plata; su rey se llamaba «Arganthonios», o sea el «rey de la plata». Tartessos, en la antigüedad, era una de esas comarcas ideales, semejante a la India y la Arabia. El poeta Anacreonte, contemporáneo de Arganthonios, cita a Tartessos como lugar codiciadero; y el hermoso mito de Platón, poeta también, sobre la feliz Atlántida, parece referirse a Tartessos (v. pág. 113 y ss.).

Pero los habitantes de Tartessos no se contentaron con los metales de sus propias minas. Pueblo emprendedor y activo, los tartesios se aventuraron a navegar hacia el Norte lejano para traer de allí el *estaño*, el precioso metal indispensable a la preparación del bronce.

No sabemos cuándo comenzaron esos viajes audaces. Hasta el siglo VI a. J. C. no tenemos testimonios que los afirmen. Pero es de creer que empezaran mucho antes, pues los predecesores de los tartesios (v. cap. II) hacia el año 2000 a. J. C., llevaron a la Gran Bretaña la industria metalúrgica, atraídos sin duda por el estaño, indispensable para su industria. En el milenio segundo, los tartesios navegaban ya con rumbo hacia el Norte. Ello puede quizá inferirse de los depósitos de la última edad del bronce—es decir, del florecimiento de Tartessos—que se encuentran en los sitios que ellos tocaban: en la Bretaña, en la desembocadura del Garona y en la del Odiel (Huelva), que yo supongo (Avieno, pág. 92) haber sido el puerto minero de Tartessos. En el puerto de Huelva ha sido encontrado hace poco un depósito de 400 espadas y otros objetos de bronce; es el más importante de aquellos depósitos. *Los tartesios fue-*

ron, pues, los primeros que navegaron por el Norte. Este honor les corresponde a ellos y no—como se creía antes (1)—a los fenicios, los cuales aprendieron de los tartesios el rumbo de las tierras del estaño (2), y mucho menos aún a los cartagineses (3), que no empezaron a navegar por el Norte hasta después de la destrucción de Tartessos (4).

El viaje de los tartesios a Bretaña tuvo una importancia enorme en la historia universal. Inauguró la serie de los decubrimientos en el Océano septentrional. Ese audaz viaje bien puede compararse con el de Colón, que salió dos mil años más tarde de la misma costa. Un recorrido tan largo por el Océano tormentoso supone gran experiencia de la navegación y corazones esforzados. Con buen viento Sur, duraba el viaje unos catorce días, navegando día y noche; pero si se hacía tierra para pasar la noche, como era lo corriente, duraba un mes. Largo y penoso era, pues, el viaje para los pequeños y débiles navíos de aquel tiempo. Los cambios del viento favorecían la navega-

---

(1) Tal cree aún Sieglin en su *Endeckungsgesch. von England* (Verh. d. 7, intern. Geogr. Kongr., Berlín, 1899).

(2) Es muy problemático, incluso que los tirios hayan navegado nunca por el Norte. Nadie lo testimonia, pues esos «fenicios» que según Estrabón (176) navegaban hacia las islas del estaño en las costas españolas del Noroeste, son los cartagineses, a quienes Estrabón da el nombre de fenicios (pág. 225, Φοίνικες ... οἱ ἐκ Καρχηδόνος [los fenicios... de Cartago]). Además, ese texto demostraría que los fenicios iban a las islas españolas del estaño, pero no a las de la Bretaña o Inglaterra. El viaje de exploración que llevó a cabo Himilcón no tendría explicación si ya los tirios conocían el camino. En todo caso los fenicios no pudieron navegar por el Norte hasta después de haber sojuzgado a Tartessos. Es posible, en cambio, que dejasen a los tartesios el privilegio de navegar hacia el Norte en busca del estaño y se contentasen con tener en el mercado de Tartessos un derecho de preferencia o monopolio.

(3) Yerra F. Nansen (*Nebelheim*, 1, 40) creyendo que el primer viaje hacia el Norte fué el de Himilcón.

(4) El testimonio más antiguo es el viaje de Himilcón.

ción, porque en la costa del Atlántico soplan de abril a octubre vientos del Norte, y de noviembre a mayo vientos del Sur; de manera que los navíos iban en primavera hacia el Norte y regresaban en verano u otoño (1). Costeaban la costa occidental de España, que los indígenas llamaban Oestrymnis y los focenses Ophiussa, cruzaban por el *promunturium Arγium* (Cabo Ortegal) seguían la costa Norte de España hasta el interior del Golfo de Vizcaya, hasta el *promunturium Veneris* (Cabo Higuer) y a lo largo de la costa occidental de la Galia, llegaban a Oestrymnis, a la Bretaña, en donde los oestrymnios, navegantes audaces de raza ligur, les vendían el *estaño* que ellos encontraban en las islas de sus costas (Ouessant, Sein, etcétera) o traían de Ierne (Irlanda) en sus barcos de cuero (Avieno, págs. 113 y s.) (2).

Los tartesios eran también, sin duda, los que llevaban al Sur el *ámbar*, uno de los productos principales de las comarcas del Norte. Esto se advierte por el conocimiento que el periplo demuestra (v. 129 y s.) de los países al Nordeste de la Bretaña, de los ligures, habitantes de las costas del mar del Norte (3). Este conocimiento, como también el de las Islas

---

(1) Véase sobre lo que sigue, mi edición de Avieno.

(2) Desde luego, es muy verosímil el hecho de que los oestrymnios navegasen a Irlanda en busca del estaño. Pero, además, lo confirma Plinio, 34, 156: *Græcis appellatum cassiterum fabuloseque narratum in insulas Atlantici maris peti vitilibusque navigiis et circumsutis corio advehi.* [Los griegos lo llaman cassiteros, y según la fábula, se saca de unas islas del mar Atlántico y se transporta en naves de mimbre recubiertas de cuero]. Los dichos de Plinio concuerdan perfectamente con la descripción que hace Avieno de los barcos oestrymnios.

(3) En mi edición de Avieno (pág. 82) he demostrado que el tráfico de los oestrymnios por el «Norte» quiere decir realmente por el Nordeste, pasando el canal y llegando a las costas del mar del Norte. También Mela, 3, 16, 23, dice que la costa prosigue al «Norte» a partir de la Bretaña.

británicas, es debido a las referencias de los oestrymnios, de manera que éstos deben haber navegado también por el mar del Norte. Y ¿con qué fines emprender este viaje sino para recoger en las islas del mar del Norte el ámbar, preciadísimo producto de estas comarcas? Los focenses hablaron mucho del ámbar; por lo tanto, es de suponer que los oestrymnios, por quienes los focenses sabían esas cosas, navegasen por las costas del ámbar. Esto se deduce de la polémica de Herodoto (véase cap. V), que no puede referirse sino a relatos focenses, puesto que más tarde los cartagineses cerraron el paso que conduce al Océano.

El ámbar *(glœsum)* venía, pues, entonces de las islas del mar del Norte, una de las cuales se llamaba por esto Glaesaria (Plinio, 4, 97; 37, 35; 42). Procedía, sobre todo, de Abalus-Heligoland (1). Los habitantes de esta isla lo vendieron después a los teutones, que vivían enfrente y comerciaban con él, vendiéndolo, a su vez, a los traficantes extranjeros (2). El testimonio directo más antiguo que habla del comercio del ámbar en el mar del Norte es Piteas. Pero mucho antes de Piteas, el ámbar del mar del Norte debió ser objeto de tráfico, pues ya hacia el año 2000 se encuentra ámbar en los sepulcros de la España meridional (3), y luego en la Odisea como mercancía fenicia, que los fenicios adquirian en Tartessos, como adquirían el es-

(1) Detlefsen (véase más abajo) ha demostrado que Abalus es efectivamente Heligoland. Seguramente Piteas llegó hasta el río Elba, como se desprende de su descripción del mar de las Halligen; demuéstralo también lo que dice Estrabón (104) de que había llegado hasta el «Tanais», que aquí no puede ser otro que el río Elba.

(2) Piteas, en Plinio, 4, 94; 37, 35, y Timeo (por Piteas) en Diodoro, 5, 23; véase Hergt, *Nordlandsfahrt des Pytheas*, Diss. Halle, 1893, 31 y ss.; Detlefsen, *Entdeckung des germanischen Nordens* (1904).

(3) Siret, *Questions de chronologie ibérique* (1913), pág. 39.

taño en esta ciudad. Probablemente, el ámbar de Creta (1), Troya, Micenas, Pilos, etc., procedía también del mar del Norte. No podia venir del mar Báltico, porque el ámbar de la costa del Báltico no parece haber llegado al Mediterráneo hasta el siglo I de J. C. (2); y sabemos por la propagación de la cultura de los vasos campaniformes y otros artículos de importación, que los pretartesios no pasaron del mar del Norte (v. cap. II). Pero hay otros testimonios directos que demuestran que la costa ligur del periplo es la costa del ámbar. Son los siguientes: 1.°, el rey ligur Kyknos (3), amigo de Phaitón, vivia a orillas del Erídano (Roscher, *Lex. d. Myth.*, pág. 1698. RE. XI, 2441), que según Herodoto, 3, 115 (4), y

---

(1) Mosso: *Civiltá mediterranea*, pág. 290.

(2) Según Soph. Müller, *Urgesch. Europas*, 141, había llegado ya en la época de Hallstatt. Pero los primeros testimonios ciertos son Tácito *(Germ.*, 45) y Plinio *(H. nat.*, 37, 45). Véase Schrader: *Reallexikon d. indogerm. Altert.*, art. *Bernstein;* véase también Müllenhof D. A., 1, 216, y Norden, *Germania*, pág 446.

(3) Este nombre, que significa «cisne», alude evidentemente a los cisnes cantantes del Norte (Müllenhof, D. A. I, 1), representados en los monumentos de la última época del bronce (Déchelette: *Manuel d'Arch.*, II, 1, 448).

(4) οὔτε γὰρ ἔγωγε ἐνδέκομαι Ἠριδανὸν καλέεσθαι πρὸς βαρβάρων ποταμὸν ἐκδιδόντα ἐς θάλασσαν τὴν πρὸς βορέην ἄνεμον, ἀπ' ὅτευ τό ἤλεκτρον φοιτᾶν λόγος ἐστίν... [ni yo tampoco creo eso de que haya un rio llamado Erídano por los bárbaros, que desemboque en el mar boreal y del cual es fama que nos viene el ámbar]. Como el ámbar procedía entonces del mar del Norte y precisamente de las islas que están enfrente de las desembocaduras del Elba, ese río Erídano de que habla Herodoto no puede ser más que el Elba (v. Hennig, *Das Eridanosrätsel, N. Jahrb f. s. kloss. Alt.*, 1922, 364). El autor más antiguo que habla del Erídano es Hesiodo *(Theog.*, 338), que en esto como en muchas otras cosas no hace sino reproducir tradicciones focenses. Herodoto dice que el nombre Erídano es indígena. La palabra Erídano parece, pues, ligur, puesto que ligures eran los habitantes del mar del Norte. No sabemos hasta qué punto los focenses habrán reproducido exactamente o helenizado el nombre (comp. con Ἠρι-γόνη) que conocían a través de dos pueblos sucesivos, los oestrymnios y los tartesios. Desde luego, el periplo gusta de

el poeta Choirilos (1), es un río que desemboca en el Océano *septentrional,* esto es, el Elba; 2.°, el ámbar se llamaba λιγύριον o resina ligur (RE., III, 300); 3.°, los ambrones, vecinos de los cimbrios y teutones en las costas del mar del Norte, eran ligures (Plut. *Mario,* 19). Descendiente de esos ligures del mar Norte parece haber sido aquél *Intamelus Eburo* (CIL, XIII, del 6216; Norden, *Germania,* 399), que pertenecía a la tribu de los eburones, y procedía, por lo tanto, del Rín inferior. El nombre Inta-melus es efectivamente ligur. Tiene el sufijo -el, -mel (Müllenhoff, D. A., 3, 183), tan frecuente en la Riviera ligur (Blustie-melus, Lebrie-melius, Quia-melius, Inti-milii: Müllenhoff, ya citado, 184) y en España, sometida a fuertes influencias ligures (Turtu-melis, Ordu-meles, Sosi-milus en el diploma de la Turma Salluitana, Sosi-milus Mon. Ling. Iber., pág. 260). Tiene también la raíz Indo que aparece en muchos nombres españoles (Indo, Indibeles, Indortes; *Mon. Ling. Iber.,*

---

helenizar los nombres. Quizá Erídano tenga relación con el sufijo *danu,* frecuente en nombre de ríos (ejemplo: Apidanus, Sandanus, en Tracia; Erídano, en Atica; Jardanus, en Asia, y Grecia, Dan-uvius), y con los toponímicos españoles en Ir: Iria, Irippo, Irisama (en Apiano *Iber,* 69, hay Ἐρισάνη). Más tarde, el Erídano se confundió con el Ródano (primero en Esquilo: Plin., 37, 32) y con el Po (primero en Ferécides, fr. 33, *c,* y luego en Escílax, 19, en Éforos = Escímn., 395). Las causas de esta confusión fueron: 1.ª, que desde que el estrecho quedó cerrado, se olvidaron las noticias sobre el mar del Norte y el Erídano; 2.ª, que los emporios de ámbar, Massalia y Aquileia estaban cerca de las desembocaduras del Ródano y del Po. Además, la semejanza de nombre entre el Erídano y el Ródano. En Apol. Rod., *Argon.,* 4, 629, están las tres interpretaciones del Erídano confundidas.

(1) Frag. 14 en *Fragm. epic. Græc.,* ed. Kinkel (véase Escol. Bern., *Verg. Geogr.,* I, 482): *Ctesias hunc in India esse adfirmat, Choerilus in Germania* [Ctesias dice que está en la India y Choerilus que en Germania]. Naturalmente, Ch. hablaba de «Escitia». Hay testimonios más recientes que consideran el Erídano como río del mar del Norte: Timeo *(Diad.,* 4, 56, 3): Apol. Rod. *Argon,* 4, 627; Dion. Crisóstomo, *Discursos,* 79, pág. 434, de Reiske; Escol. Dion., *Perieg.,* 290; Pausan., 1, 4, 1; Val. Flacco, 5, 43, 1.

258); y, en fin, guarda estrecha relación con el nombre del pueblo ligur Intimilii en la Riviera, de donde viene el actual nombre de Ventimiglia. Quizás también sea ligur el nombre mismo de los Eburones, pues se parece mucho al nombre del *fundus Eburelia,* situado en la comarca de los Veleiates ligures y a los toponímicos españoles Ebora, Eburancum, Eburobrittium *(Mon. Ling. Iber.,* 231). Hay que tener en cuenta que, como en Italia, también en los pueblos celtas existe un fondo ligur.

Para designar el estaño, los focenses adoptaron el nombre indígena (Kassi-ter-os). En cambio, para el ámbar no tomaron el nombre indígena de entonces—que debía de ser ligur—, sino uno griego y, por la semejanza del color del ámbar con el oro claro, le llamaron electrón (ἤλεκτρον). Los romanos más tarde usaron el nombre germánico del ámbar, *glaesum* (Plinio, 4, 97; 103; 37, 42; Tácito *Germ.,* 45).

Así, los productos del Norte llegaban al Mediterráneo, pasando por dos mercados y etapas: Oestrymnis y Tartessos. La vía comercial que iba del mar del Norte al Mediterráneo se componía, pues, de tres trozos: uno oestrymnico, otro tartesio y otro massaliota. Cada uno de estos trozos representaba un monopolio. Los fenicios y los marselleses no pasaban de Tartessos; los tartesios no pasaban de Oestrymnis. De igual modo en la Edad Media los italianos hacían el viaje sólo hasta Brujas y Londres, cuyos habitantes se reservaban la explotación del mar del Norte. Por su mercado del estaño fué Tartessos—por lo menos en la época del bronce—, más importante aún que por su riqueza en plata; entonces el estaño valía más que la plata.

Sería interesante conocer algo más acerca de los oestrymnios, los aliados comerciales de los tartesios. Los oestrymnios fueron los primeros navegantes de los mares septentrionales,

precursores de los frisios, sajones, normandos, anseáticos; ellos fueron los descubridores de las islas Británicas y del mar del Norte. Piteas, más tarde, habla de ellos; y luego aparecen citados otra vez, cuando se someten a César. Sus descendientes son esos pescadores de bacalao, que Pierre Loti ha hecho famosos por su libro «Pêcheurs d'Islande». El periplo (Avieno, 98) describe a los oestrymnios como audaces navegantes y activos comerciantes:

... multa vis hic gentis est,
Superbus animus, efficax sollertia,
Negotiandi cura iugis omnibus.

[Este pueblo tiene mucha energía, ánimo soberbio, actividad incansable, continuo afán de negociar con todo el mundo.]

Es, en más palabras, el mismo lema de la Hansa: «*Navigare necesse, vivere non necesse*». [Navegar es necesario; pero vivir no es necesario.]

Los oestrymnios pertenecían sin duda al gran pueblo prehistórico de los ligures, que se extendía antaño por las costas oceánicas hasta muy dentro de las regiones septentrionales. Concuerda con esta ascendencia su audacia en el mar, hermoso patrimonio de la raza ligur. Esa audacia marítima encuentra su más bella encarnación en la figura de Cristóbal Colón, hijo de la Riviera ligur, cuyos habitantes tenían ya en la antigüedad fama de arrojados marinos *(Numantia*, 1, 76).

Es extraño que los oestrymnios no navegasen a Inglaterra, sino a Irlanda (Avieno, 108-112). El periplo cita a Inglaterra sólo de paso. De aquí se infiere que las minas de estaño de de Cornualles no estaban aun descubiertas en el siglo VI (1).

(1) El testimonio más antiguo es Piteas (en Diodoro, 5, 22, sobre Timeo).

Es de notar también que los pretartesios del milenio III más bien iban a Irlanda que a Inglaterra (v. pág. 29 y 30).

Asimismo son notables las naves de cuero que usaban los oestrymnios. Este antiquismo tipo de barco se encuentra en toda la costa oceánica, desde el mar del Norte hasta Portugal, y vive aún en Gales e Irlanda. En la antigüedad se llamaban *curucos;* hoy llevan el nombre de «coracle» (1).

Habiéndose aventurado a navegar al Norte hasta la Bretaña, es de creer que los tartesios enderezaran también su rumbo a las costas *africanas*, más próximas y no menos productivas. Habitábanlas bárbaros, que adquirían con gusto los objetos de la industria tartesia a cambio de sus materias primeras, como el oro y el marfil. En el Antiguo Testamento (Jerem, 10, 9) leemos que los tirios llevaban «plata de Tarsis y oro de Ufas», es decir, de Ife, en la desembocadura del Niger (v. pág. 16). Claro está que conocieron este rumbo hacia Ufas por los tartesios. Parece que en Benin (boca del Niger) existen espadas de antenas, parecidas a las de la última edad del bronce (Frobenius: *Auf dem Wege nach Atlantis*, 1911, pág. 14); podrían haber llegado allí por los tartesios. Cuando luego Hannón recorrió las costas occidentales del Africa, hubo de seguir sin duda las huellas de los tartesios, como las siguió Himilcón en su viaje hacia el Norte.

---

(1) Véanse las citas que trae Holder—art. *curucos*—; pero faltan las que se refieren al mar del Norte (Isidoro, *Etimol.*, 19, 1, 21) y a Lusitania (Estrabón, 155. Pokorny (en *Zt. für celt. Phil.*, 1917, 201) ha demostrado que los barcos de cuero son un producto de la cultura de los habitantes precélticos de Irlanda, que los celtas llamaban «Fir-bolg», o sea, hombres de los barcos de piel. En la época de César encontramos en los Venetas, vecinos de los oestrymnios, otro tipo de nave, al parecer más desarrollado: fuertes navíos de encina con altos castilletes de proa y de popa (César: *De bello gal.*, 3, 13; Estrabón, 195). Acaso sea éste el modelo de los buques anseáticos.

No hay testimonio de que los tartesios hayan navegado por el *Mediterráneo*, y no es de suponer que también surcaran ese mar hospitalario. Como buenos comerciantes que eran, hubieron de esforzarse sin duda por adquirir las mercaderías ajenas en los puntos de origen, en donde se compraban más baratas que en el mercado de Tartessos, pero les estorbarían los concurrentes orientales y los piratas. Tartessos tiene la cara vuelta al Océano, no al Mediterráneo.

Hay quizá una alusión al comercio de los tartesios con Cerdeña en la referencia ya citada del rey tartesio Norax, que fundó en Cerdeña la ciudad de Nora (1); pero los cretenses habrán sido los intermediarios.

Así, pues, traficando con el Norte, el Sur y el Oriente, era Tartessos uno de los más grandes mercados de la antigüedad y la intermediaria entre mundos lejanos que distaban unos de otros más de 3.000 kilómetros.

Por desgracia, no sabemos cómo eran aquellas *naves* tartesias que llegaban hasta Oestrymnis. El periplo da testimonio de su velocidad (2), pues llegaban a hacer 1.200 estadios y más navegando noche y día, es decir, 200 estadios más de lo corriente, que eran 1.000 estadios. De aquí se deduce que los tartesios tenían barcos de vela como los cretenses y los demás navegantes antiguos del Mediterráneo. Confírmalo el periplo al decir que para entrar en la ría del Tajo hace falta bogar con viento Oeste y luego con viento Sur (Avieno, 174). Desde luego, ademas de las velas, usaban también los remos. Por lo demás, los barcos de Tartessos, que habían de sostenerse en el

---

(1) Solin., pág. 50, Mommsen; Salustio, *Hist.*, 2, 5; Pausan., 10, 17, 5; véase arriba pág. 52.

(2) Véase mi edición de Avieno.

Golfo de Vizcaya, debían de ser más fuertes y sólidos que los demás del Mediterráneo.

No faltan tampoco indicios de una marina de guerra; y es de suponer que la tuvieran, dada la importancia de su marina mercante (véase págs. 41 y 42).

La *navegación fluvial* tan importante en la Turdetania posterior, debió florecer ya en Tartessos, puesto que el río era el camino más cómodo para transportar los metales que se encontraban en sus riberas. Los tartesios debieron ser los creadores de *esa red de canales* que Posidonio (Estrabón) describe y que servía al mismo tiempo para la navegación y para el regadío. Como en Egipto y en Babilonia, los canales de riego fueron en Tartessos de seguro un elemento importantísimo de la agricultura. No es casualidad que tales obras, que exigen centralización, se encuentren sólo en países monárquicos (Egipto, Babilonia, Tartessos).

Probablemente, tuvo Tartessos también un sistema de *carreteras*, indispensable en un Estado centralizado. Ya conocemos la via Mainake-Tartessos-Tajo que utilizaban los focenses en los últimos tiempos de Tartessos; puesto que atravesaba el territorio tartesio y servía también a los intereses tartesios, es de suponer que se hiciera con permiso y hasta con la ayuda del imperio tartesio.

De tiempo inmemorial florecieron en Tartessos todas las ramas de la *agricultura*. En las islas del delta pacían los toros del rey Gerón (Geryoneus), esos toros que, según la leyenda, ocasionaron el viaje de Hércules a estas comarcas. En las amplias y fértiles llanuras del valle del Betis, la agricultura daba frutos magníficos. Es fama que su invención se debe al mítico rey Habis. Otro rey tartesio, Gargoris, descubrió, según cuentan, el cultivo de las abejas que dió nombre más tarde a la ciu-

dad de Mellaria. ¿Cuándo empezó a cultivarse el olivo, que era en la antigüedad y aún hoy el árbol clásico de Andalucía? No lo sabemos. Pero en la tierra del Betis se producía el olivo silvestre—por él dieron los focenses a la isla de Gades el nombre de «Kotinussa»—. Bastaba, pues, con mejorarlo y ennoblecerlo. Esto debieron aprenderlo los tartesios de los orientales, en cuyas tierras el olivo es indígena; pero no es probable que fueran los fenicios—que les vendían aceite *(De mir. ausc.*, 135)—sino los griegos los que les enseñaran a criar olivos. Los griegos fueron también los que extendieron el olivo por la costa oriental de España (Avieno, 495). A las relaciones con los orientales debieron también los tartesios el conocimiento de la vid, que era ya indígena en el siglo VI en la costa oriental (Avieno, 501).

En una fortaleza de la época de la batalla de Munda (45 a. J. C.) se ha encontrado en Osuna, la antigua Urso, un gran número de relieves ibéricos que representan escenas de paz y de guerra, restos de sepulcros magníficos; y hace poco, cerca de Córdoba, se ha encontrado un par de leones de estilo arcaico (hoy en el Museo de Córdoba). Es posible que estas obras no sean muy antiguas; pero suponen ya una larga tradición artística y justifican la hipótesis de que en la antigua Turdetania se cultivaban también las artes plásticas. Y es de notar que *sólo en el Sur y Sudeste de España, esto es, en el territorio tartesio, se ha desarrollado la escultura ibérica;* sólo aquí estaba preparado el suelo—por tradicional ejercicio del arte—para recibir la influencia fecundante del arte griego (véase pág. 62). Esas esculturas ibéricas no permiten sino vislumbrar el viejo arte tartesio, cuyas obras descansan aún bajo la tierra, aguardando al feliz descubridor que las saque a la luz del día. *Cuando Andalucía haya encontrado su Schliemann,*

el mundo y el arte tartesio desplegará su brillantez por modo súbito y sorprendente, como Troya y Creta.

Mas la cultura tartesia era también una *cultura espiritual.* Ello se deduce de lo que sabemos acerca de su antiquísima literatura. Este rasgo característico eleva a Tartessos muy por encima de los demás pueblos iberos. Las otras tribus ibéricas no llegaron nunca a tener una literatura propia, hasta el punto de que incluso en la época imperial España—con la excepción de Andalucía—era sumamente pobre en literatos. En cambio, Tartessos, según las referencias de Estrabón, poseía anales, cantos y leyes en forma métrica viejos de 6.000 años (v. pág. 22). Esta es una de las más importantes noticias que tenemos, testimonio de la más antigua cultura espiritual europea. Y el hecho de que las palabras de Estrabón hayan pasado casi desapercibidas, demuestra una vez más que nuestros científicos y filólogos han desatendido continuamente el Occidente, en provecho de las culturas orientales.

El pasaje de Estrabón dice así: «Los turdetanos son los más cultos de todos los iberos, pues hacen uso de las letras y poseen de tiempo antiquísimo (τῆς παλαιᾶς μνήμης) escritos en prosa (συγγράμματα), poemas (ποιήματα) y leyes en forma métrica (νόμους ἐμμέτρους) que, según ellos dicen, tienen más de 6.000 años de antigüedad.» Los συγγράμματα aluden sin duda a anales; los poemas se refieren a poesías épicas o líricas (1). Pero las más notables son esas «leyes en forma métrica».

La expresión se refiere sin duda a verdaderas leyes, no a

---

(1) E. Norden me llama la atención sobre el pasaje de Tácito. *Germ.*, 2: *celebrant carminibus antiquis, quod unum apud illos memoriae et annalium genus est, Tuistonem* [celebran a Tuistón en versos antiguos, que son para ellos conjuntamente anales y memorias]. Los germanos, por lo tanto, tenían por fuentes de su pasado sólo *carmina* [versos] y no anales.

simples sentencias morales como las de Focílides y Theognis. Las leyes métricas eran más frecuentes de lo que al principio se cree. He aquí algunas citas: 1. Athen., 14, pág. 619 *b*: ᾄδοντο δὲ Ἀθήνησι καὶ οἱ Χαρώνδου νόμοι παρ οἴνον. [Las leyes de Charondas se cantaban en los banquetes en Atenas.] Si se cantaban las leyes de Charondas tenían que ser por fuerza métricas o rítmicas. 2. Plutarco, *Solón*, 3: ἔνιοι δε φασιν, ὅτι καὶ τοὺς νόμους ἐπεχείρησεν ἐντείνας εἰς ἔπος ἐξενεγκεῖν καὶ διαμνημονεύουσι τὴν ἀρχὴν οὕτως ἔχουσαν · Πρῶτα μὲν εὐχώμεσθα Διὶ Κρονίδῃ βασιλῆι, Θεσμοῖς τοῖσδε τύχην ἀγαθὴν καὶ κῦδος ὀπάσσαι [Algunos dicen que intentó poner en verso sus leyes, y rememoran el exordio, que era así: Ante todo impetremos de Zeus monarca, hijo de Kronos, fausta fortuna y fama para estas leyes.] 3. César, *de B. G.*, 6, 14, dice de los educandos de los druidas: *magnum numerum versuum ediscere dicuntur.* [Es fama que se sabían de memoria gran número de versos.] Estos versos eran sin duda sentencias morales y religiosas. 4. Sievers ha dado a conocer un Código de la antigua Suecia escrito en forma métrica (*«Metrische Studien»*, Abh. d. phil. hist. Klasse der sächs. Akad. d. Win., tomo 35, 1918-19), y me advierte en una carta: «A mi juicio, una gran parte de las leyes del Antiguo Testamento están compuestas en verdaderos versos, en el sentido estricto de la palabra; pero se trata de versos «libres», como en las leyes de la vieja Germania, versos que pueden variar de longitud y agrupación según las necesidades del contenido. He visto el principio del «libro de la Alianza» (Éxodo, 21) y está escrito en versos muy claros.» También Norden habla de las leyes rítmicas de los frisios (*Kunstprosa*, 1, 161).

El hecho de que los tartesios poseyeran en tan remota fecha leyes escritas es otro rasgo que recuerda a los antiguos imperios orientales (¡Hammurabi!). Téngase en cuenta la tardía

fecha en que los demás pueblos llegaron a escribir sus leyes: los griegos en el siglo VII-VI, los romanos en el V; y no hay que hablar de los celtas, germanos, iberos. Es posible que entre las leyes tartesias se encontrase aquel precepto que prohibía a los jóvenes declarar en justicia contra los viejos (1). Las leyendas que antes hemos referido (pág. 49 y ss.) sobre los viejos reyes de Tartessos nos dan acaso una idea del contenido de los anales. Quizás en estos anales figurase también la tradición tartesia de que antaño los etíopes habitaron la Turdetania (2). La cita de Estrabón da a entender que esos anales llegaban al año 6000 a. J. C.; los primeros milenios eran naturalmente tan poco auténticos como en las crónicas de Oriente.

Lo notable de las epopeyas y canciones tartesias no es tanto que existieran—pues muchos pueblos las poseían—sino que tan temprano estuviesen ya escritas.

Cuando los tartesios atribuían a sus anales, epopeyas y leyes la antigüedad de 6.000 años, no querían decir con eso que su redacción escrita tuviese también esa antigüedad y que poseyesen ellos ya una escritura vieja de 6.000 años (3). Aho-

---

(1) Nic. Damasc., frag. 103 de Eforos: παρὰ Ταρτησσίοις νεωτέρῳ πρεσβυτέρου καταμαρτυρεῖν οὐκ ἔξεστιν [entre los tartesios no es permitido que el más joven testimonie contra el más viejo].

(2) Eforos, frag. 1, *b*, Dopp = Estrabón, 33; λέγεσθαι ὑπὸ Ταρτησσίων Αἰθίοπας τὴν Λιβύην ἐπελθόντας μέχρι δύσεως τοὺς μὲν αὐτοῦ μεῖναι, τοὺς δὲ καὶ τῆς περαίας (el códice dice παραλίας) κατασχεῖν πολλήν [dice que según los tartesios contaban, los etíopes, cuando hubieron recorrido la Libia hasta el Occidente, permanecieron algunos allí; pero que algunos otros ocuparon parte de la tierra del otro lado (el códice dice: parte de la costa marítima)]. Otro tanto dice Escímno, 157 (= Eforos); Dionys., *Orbis terr.*, 174 (= Avieno, *Ora mar.*, 332 y *Orbis terr.*, 21, 262).

(3) Wilke *(Südwesteurop. Megalithkultur,* pág. 63) reproduce como escritura neolítica unos signos de los dolmenes de Alvao en Portugal del Norte *(Portugalia,* I, 1899-1903, pág. 738). Pero parece que se trata de una falsificación.

ra bien; siendo la referencia de época anterior a la destrucción de Tartessos (500 a. J. C.), la escritura debía ser antigua porque ya habría estado en uso desde siglos. De todos modos, los tartesios tuvieron una *escritura propia* y antigua, que servía no solamente para usos prácticos y efímeros como atestados y documentos, o, lo que vale más, para fijar las leyes del país, sino para anotar los *acontecimientos históricos; los tartesios tenían, pues, una verdadera literatura.* Más que por sus audaces excursiones marinas, más que por su vieja industria y comercio, Tartessos se eleva por su cultura propia espiritual, y representa un caso único en la historia de Occidente. Tartessos es la única cultura propia a que el Occidente llegó.

No conocemos la escritura tartesia; puede que sean de origen tartesio los signos que aparecen en las monedas de nueve ciudades de la Turdetania meridional *(Mon. ling. iber.*, pág. 7, 118-123), y que difieren por completo de la escritura ibérica corriente. Más arriba hubimos de comparar a Tartessos con las más antiguas civilizaciones de Oriente: Egipto, Babilonia, China. Esa comparación podemos ahora ampliarla. Esas culturas orientales fueron los tres lugares en donde independientemente unos de otros nació la escritura; así también Tartessos poseyó escritura antiquísima y propia. En adelante habrá que considerarla como la cuarta cuna de las letras.

Al hablar de esa vieja literatura tartesia no podemos contener un quejido de dolor y de reproche. Los romanos tienen la culpa de que esos preciosos monumentos de la antigüedad tartesia (que en tiempo de Posidonio, 100 a. J. C. existían aún) se hayan perdido. Los romanos llamaban bárbaros a los pueblos de Occidente; pero han sido ellos mismos los bárbaros, al destruir estúpidamente los vestigios de ajenas culturas.

Las antiquísimas leyes escritas de los tartesios nos dan una

alta idea de su constitución política, y también en esto superaban los tartesios por modo extraordinario a los demás iberos. Estos, en efecto, vivían dispersos en una multitud de tribus y cantones independientes, casi en estado anárquico. Tartessos, por el contrario, formaba *una* ciudad, con un imperio extenso y una monarquía antiquísima.

La *ciudad* de Tartessos, fuente de tan rica vitalidad, estaba situada en el brazo principal del río Tartessos, el Guadalquivir, en la orilla derecha, poco antes de la desembocadura, que le servía de puerto, en una situación propicia para el tráfico marítimo y fluvial (v. cap. IX). Dos edificios salientes indicaban al navegante la entrada en el río Tartessos y la proximidad de la ciudad de la plata. En la lengua de tierra que hubo a la izquierda, entrando desde el mar al río, se alzaba un templo; a la derecha, sobre el banco de Salmedina, estaba la fortaleza del viejo rey Gerón. Acaso en la torre de la fortaleza brillaba de noche un gran fuego, como más tarde brilló en el mismo sitio el faro de Caepion que ha dado su nombre al pueblo de Chipiona.

Los confines de la ciudad llegaban desde el río Iberus (Ríotinto), frontera de la tribu de los iberos, hasta el brazo principal del Betis, frontera de los cilbicenos (1). Al territorio de la ciudad debía pertenecer también el *mons Tartessiorum*, las dunas cubiertas de árboles, entre el Betis y Gades (2).

Pero Tartessos no era solamente una ciudad comercial; era asimismo una potencia. Poseía, como Cartago, un gran imperio terrestre, y con él una amplia base y un firme sostén, que faltaba a las ciudades comerciales griegas, incluso a la misma Ate-

---

(1) Avieno, 253-55.
(2) Avieno, 308.

nas. Ese gran *imperio* de Tartessos es un fenómeno histórico maravilloso (v. mapa II). Tartessos es la más antigua ciudad-estado del Occidente. En este sentido también recuerda a los imperios orientales. Como éstos, el imperio de la ciudad de Tartessos se formó por una concentración del Estado en forma monárquica. Un imperio tal y tan grande es signo inequívoco de un desarrollo cultural extraordinario. Quedan los problemas del remoto origen y la larga duración del imperio, que vivió más de 1.000 años.

El imperio de Tartessos se basa en el aislamiento geográfico de la cuenca del Guadalquivir. Andalucía está separada del resto de España por la Sierra Morena, que fué también el límite de la provincia romana Hispania ulterior. Por su posición geográfica y cultural puede compararse la Turdetania-Andalucía con el Asia Menor y el Africa Menor, separadas por el Taurus y el Sahara del resto del continente, y vueltas de cara al mar, y de espaldas a la tierra. El imperio de Tartessos se extendía por Occidente hasta el Anas y los Cinetas (Avieno, 223, 254) y por el Oriente hasta el Júcar (1) (Avieno, 462). Por el Norte la Sierra Morena formaba su frontera natural. El imperio de Tartessos correspondía, pues, al reino de Andalucía, a la cuenca del Guadalquivir, a la parte más fértil y más rica en metales de toda la Península.

---

(1) El periplo dice después de haber citado las tres islas de Plana, Benidorm e Ifach, esto es, después de haber descrito la costa hasta el Cabo Nao: *hic terminus quondam stetit Tartessiorum, hic Herna civitas fuit* [aquí fué la frontera de los Tartessos; aquí estuvo la ciudad de Herna]. Pero el límite del imperio parece haber estado algo más al Norte, en el río Sicanus (Júcar), pues este río era, según v. 469, el límite entre los gimnetas que pertenecían a Tartessos y los iberos, las tribus libres que vivían fuera del imperio tartesio. Además, los turdetanos eran vecinos de Sagunto (Liv., 21, 6, 1, y más arriba, pág. 102), lo cual indica que los límites del imperio llegaban hasta el Júcar.

En este amplio territorio habitaban diferentes *tribus*.

En la costa, empezando por el Oeste, había: 1.° *Iberi*, desde el Anas hasta el río Tinto (v. 252) (1); 2.° *Tartessii*, esto es, las afueras de la ciudad, desde el río Tinto hasta el brazo principal del Betis (v. 254); 3.° *Cilbiceni*, desde el Betis hasta el Chrysus (Guadiaro: v. 419 *f)* (2); 4.° *Massieni*, desde el Chrysus hasta Massia *(Cartagena:* 422, 452) con las ciudades de los libiofenicios en la costa (421, 440), y, por último, 5.° los gímnetas hasta el Sicanus *(Júcar*, 464, 469). En el valle del Betis había: junto a la desembocadura, *Tartessii* y *Cilbiceni*; más arriba, *Ileates* y hacia el nacimiento, *Etmanei* (298 *f)*. Nada sabemos de los vínculos políticos que unían todas estas tribus a Tartessos, sino que estaban sometidas a su imperio (3). Dado el carácter pacífico de Tartessos, es probable que gozaran de

---

(1) Los *iberi* pertenecen al imperio de Tartessos. Avieno, 253-54, señala el río Iberus como límite entre *iberi* y *tartessii*; pero toma aquí la palabra *tartessii* en la significación estricta del territorio de la capital, ya que distingue igualmente entre los *tartessii* y los *cilbiceni*, que pertenecían, sin embargo, también al imperio tartesio. Los tartesios, en sentido amplio, llegaban hasta el río Anas; comprendían, pues, a los iberos, como se deduce del verso 223: ... *tartessius ager his adhæret* [el territorio tartesio limita con éstos]; *his*[éstos], empero, son los cinetas, cuyo límite oriental era el Anas. También Herodoro dice que los tartesios limitan con los cinetas (frag. 20): πρῶτον μὲν Κύνητες ... μετὰ δὲ Ταρτήσσιοι, μετὰ δὲ Ἐλβυσίνιοι, μετὰ δὲ Μαστιηνοί, μετὰ δὲ Κελκιανοί [primero los cinetas..., luego los tartesios, luego los elbisinios, luego los mastienos, luego los celcianos]. Los elbisinios—según Estéf: Ὀλβυσίνιοι o también Ὀλβύσιοι—son los habitantes de Olba (Huelva) y los celcianos son los *cilbiceni* del periplo.

(2) En el verso 254 los *tartessii* y los *cilbiceni* son citados juntos. Por lo tanto el verso 422 debe escribirse: *regna Cilbicena sunt feracis agri et divites Tartessii* [los dominios cilbicenses de campo fértil y los ricos tartesios]. La edic. princ. dice *Selbyssina*.

(3) Μασσία, χώρα ὑποκειμένη (cod. ἀποκειμένη) τοῖς Ταρτησσίοις [Massia, comarca sometida a los tartesios]: Estéf., probl. de Hecateo; Μαστιά Ταρσήιοις: Polib., 3, 24, 2 (véase más arriba, pág. 12).

bastante independencia, ya que Avieno y Hecateo las nombran junto a los tartesios.

La ocupación de tan extenso territorio hace suponer que los tartesios fueron en su origen un pueblo guerrero. Cuando cayeron bajo el dominio de los tirios, no tenían nada de belicosos, sin duda. Pero entre este momento y la primera conquista había transcurrido un milenio quizás, y en tan largo tiempo pudieron muy bien debilitarse y ablandarse por efecto del clima suave de la nueva patria y de la riqueza pronto adquirida. Esta hipótesis se apoya en numerosas analogías. El pueblo de Lidia, que tan mala fama tenía de cobarde y blando, fué antaño, según Herodoto (1, 79), un pueblo valiente. ¿Quién reconocería el pueblo de Ciro en aquellos persas que Alejandro empujaba como a ganado? ¿Quién pensara que los débiles etruscos del siglo IV (Teopompo, frag. 222) son los descendientes de aquellos guerreros que conquistaron Italia? En Asia menor, los galios (Livio, 38, 17); en Campania, los samnitas; en África, los vándalos, perdieron toda su energía guerrera. Pero la analogía más próxima está en los conquistadores bereberes y árabes de España, cuyo ardor bélico se disipó en la Andalucía de los tartesios.

En la historia de la península, el imperio de Tartessos constituye un fenómeno aislado, no sólo cultural, sino también políticamente. Fué la única formación política importante de la antigua Iberia, que jamás supo pasar de la tribu y cantón independiente, y que a lo sumo formó vínculos de alianza harto laxos y efímeros. La favorable situación geográfica, entre dos mares y la riqueza del suelo parece haber hecho de la Turdetania el centro de gravedad de la península. ¿Por qué—cabe preguntarse—no extendieron los tartesios su dominio más allá todavía, al menos sobre toda la costa, que valía la pena de ser conquista-

da y que no oponía obstáculos naturales? El centro, sin duda, era poco atractivo y de difícil acceso; pero la costa oriental, no. La causa de esta limitación no se encuentra en la entrada de los cartagineses, sino en el pacífico desenvolvimiento de los tartesios. Estaba escrito en el libro del destino que la unidad de la península había de ser obra, no de la rica y pacífica tierra baja, sino de la meseta pobre y belicosa. Es éste un fenómeno general y como una doctrina de la historia. El dominio sobre el Asia no partió de la Mesopotamia, sino de la meseta del Irán. La Hélade fué unificada, no por Atenas, sino por Macedonia; la antigua Italia, no por Grecia, sino por Roma, y la moderna, no por Nápoles, sino por Piamonte. La unidad francesa partió, no de la vieja y cultísima Provenza, sino del Norte germánico; y la unidad alemana no procede del bello Rin, sino de las arenas de la Marca.

El Estado tartesio, desde tiempo remoto, estaba organizado. Bien se deduce de aquellas antiquísimas leyes, tan pronto fijadas por la escritura. Contrariamente a las tribus libérrimas del interior, que no aceptaban jefe sino en caso de guerra, los tartesios obedecían, desde los tiempos más remotos, a sus *reyes* propios. Conocemos algunos. Sin contar los nombres míticos de Habis y Gargoris, sabemos de Gerón, que fué vencido por los tirios, de Norax, su descendiente, y de Arganthonios, amigo de los focenses. Los versículos de la Biblia recuerdan a los reyes de Tartessos (v. pág. 15). Quizás ceñían su frente con esas diademas de oro y plata que se han encontrado en los sepulcros prehistóricos de Andalucía (1). Los reyes de Tartessos eran altamente honrados; descendían de los dioses. Los reyes pos-

(1) De plata: Siret, *Premier âge du metal.* De oro: Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* (1868), 29.

teriores recibieron también honras divinas, principalmente Gerón (v. pág. 48).

Los *súbditos* del rey estaban divididos en forma aristocrática. Había una clase señorial a quien todo trabajo inferior le estaba vedado, y una clase servil dividida en siete castas (1). Dice la tradición que Habis fué el que dividió el pueblo en siete castas, lo que guarda cierta analogía con la tradición persa, según la cual el rey Jem dividió a los persas en cuatro clases (2). Esa misma división aristocrática la encontramos en otros países, notables por su antigua riqueza y temprana cultura: la India, Mesopotamia, Egipto, Creta, Perú, Méjico. Como en estos países, es posible que también en Tartessos la clase señorial guardara para sí la riqueza, reduciendo a servidumbre a los demás habitantes. Y resulta todavía más inteligible esta diferencia de clases si suponemos que los tartesios fueron conquistadores extranjeros, como los indios y los espartanos; y la clase servil, los indígenas conquistados y reducidos a la condición de parias e ilotas. Quizá entonces se explicara la fácil victoria de los tirios, por la deserción de los sometidos, que verían en esos extranjeros sus libertadores.

Los *dioses* de los tartesios eran los astros: el sol, la luna, la estrella matutina (Venus). La diosa Luna tenía un santuario en

---

(1) Justino, 44, 4, 13: *ab hoc (Habis) et ministeria servilia populo interdicta et plebs in septem urbes divisa* [éste—Habis—prohibió al pueblo los menesteres serviles y dividió la plebe en siete ciudades]. En vez de *urbes* [ciudades] sospecho que dijera realmente *ordines* [clases], pues claramente se ve que son castas como las que existen en otros pueblos: siete también en la India (Arriano. *Ind.*, 11; Estrabón, 703); seis en Egipto (Diodoro, 1, 73-74), cuatro en Persia (Spiegel, *Eran. Altertumskunde*, 3, 549), cuatro en los iberos del Cáucaso (Estrabón, 501), cinco en Arabia (Estrabón, 782), tres en la isla afortunada de Euhemeros (Diod., 5, 45, 3), seis en la ciudad ideal de Aristóteles *(pol.* 1328, *b)*.

(2) Spiegel, *Eran. Altertumskunde*, 3, 525.

la isla frente a Mainake, que pertenecía al imperio tartesio (Avieno, 367, 429). La serie de los reyes tartesios comienza con Sol (véase más arriba pág. 51). En la ciudad turdetana de Acci (Macrob. I, 19, 5; CIL. II, 3386) se encuentra un dios solar, Neto, que reaparece en la vecina Lusitania (CIL. II, 365, 5278). En las monedas turdetanas se ven imágenes del sol, de la luna, de las estrellas (Movers, *op. cit.*, 652; Delgado, *Monedas autónomas de España*, II). La estrella representa al planeta Venus, la más hermosa de las luminarias celestes, la estrella matutina, que los tartesios adoraban además del sol y de la luna. El planeta Venus tenía un templo en la colina de Sanlúcar, junto a la desembocadura del Betis (1). Estrabón (página 140) lo atribuye al Φωσφόρος o *Lux divina* (2); Mela (3, 4), en cambio, a Juno (Lucina). *Lux divina* ha dado su nombre al pueblo de Sanlúcar.

El culto de los tres astros recuerda a Babilonia, y quizás procede de esta ciudad—al menos inmediatamente—, pero también puede ser uno de los elementos que testimonian del origen africano de los tartesios (3). Además de los astros brillantes, adoraban también los tartesios las potencias obscuras del mundo subterráneo. Junto a la desembocadura del río Tinto, en el alto de Santa María de la Rábida, vió el marino mas-

---

(1) El templo estuvo en el lugar que ocupa la catedral, en donde todavía hay ocho columnas antiguas.

(2) Las palabras λοῦχεμ δουβίαν deben leerse λοῦχεμ διβίναν. Así resulta, en efecto, de las dos inscripciones votivas a *Lux divina* CIL, II, 676-677.

(3) Sobre el culto de los bereberes a los astros, véase Herodoto, 4, 118; Gsell, *Hist. de l'Afrique*, 1, 248, que insiste muy oportunamente en que el culto de los astros en el África del Norte es anterior a los cartagineses. Toutain, *Rev. des ét. anc.*, 1911, 161, considera la trinidad Sol, Luna, Venus, como púnica, aunque él mismo comprueba que el culto astral no está extendido por la comarca de Cartago, sino en el interior del país.

saliota un santuario dedicado a la diosa infernal (v. pág. 178). Los mitos griegos localizados en esta comarca: el Ἄορνος λίμνη [el lago averno], el Tártaro, el perro de Geryoneus Orthos —hermano del can Cerbero—, el palacio estigio, sustentado sobre columnas de plata, aluden al culto indígena de las potencias subterráneas.

En la pequeña isla de San Sebastián, al Oeste de Gades, es decir, en territorio tartesio, halló el marino massaliota (Avieno, 315) el culto de una *diosa marina* que Avieno llama *Venus marina*, y que, por tanto el periplo llamaba, sin duda, Afrodite (Euploia). Era adorada en una gruta y pronunciaba oráculos (1). Esta diosa marina se encuentra también en otras islas y promontorios de las costas españolas, por ejemplo, en las extremidades oriental y occidental de los pirineos y en el cabo de Gata. La diosa parece también haber sido llamada Juno en algunos casos. Así, por ejemplo, la Venus de Gades, según otros testimonios se llama Juno (Plinio, 4, 120); en el cabo de Trafalgar se adoraba a Juno (Plin., 3, 7; Ptol., 2, 4, 5) y asimismo, en una islita del estrecho de Gibraltar (Avieno, 353; Estrabón, 168).

Esa diosa habitante de los promontorios e islas costeras conviene perfectamente a un pueblo marino como los tartesios. Era, sin duda, la patrona de los marinos, como hoy son Nuestra Señora de Guardia, en Marsella, y Nuestra Señora de Africa, en Argel. Del mismo modo, en el banco de Salmedina, temido por los marinos, que está a la entrada del río Tartessos, tenía su morada el viejo rey Gerón, considerado sin duda como pa-

(1) Esto recuerda a las nueve vírgenes de la isla Sena (Sein) en la costa de la Bretaña. Las nueve vírgenes mandaban sobre el mar y predecían el porvenir (Mela, 3, 48). Otras diosas del mar que también residían en islas y daban oráculos son Calipso y Circe.

trono de los marinos; tanto que los griegos lo confundieron con su dios marino Glaucos (v. pág. 47). Los tartesios y los focenses, al entrar en el río, dirigían sus preces al dios Gerón-Glaucos. Otro patrón de los navegantes era el héroe Menestheo, que tenía templo y oráculo en el puerto de Santa María.

El respeto que los tartesios profesaban a la ancianidad (1) nos da un concepto favorable de su cultura ética (v. pág. 121). Ese respeto a los viejos no se encuentra casi más que en pueblos cultos, mientras que los bárbaros acostumbran matar a los ancianos (2).

Podemos formarnos acaso un concepto aproximado de la *índole espiritual* de los tartesios. El carácter más aparente de toda su historia es la falta de sentido bélico. Fueron un pueblo enteramente antiguerrero, un pueblo entregado por completo a las artes de la paz. Los tartesios se sometieron a los tirios, que no eran ni mucho menos unos héroes; los turdetanos más tarde tomaron mercenarios celtibéricos para defenderse y no supieron resistir ni a los cartagineses ni a los romanos. Tito Livio dice de ellos: *omnium Hispanorum maxime imbelles habentur Turdetani* [de todos los españoles los turdetanos pasan por ser los menos aptos para la guerra]. César trata a los habitantes de la Bética de inquietos y cobar-

---

(1) Compárese lo que se dice de Gades (Eusth. a Dionys., 453): ἔστι δὲ καὶ Γήρως, φησίν, ἱερὸν τοῖς ἐκεῖ τιμῶσι τὴν ἡλικίαν τὴν μαθοῦσαν πολλά [hay, según dicen, un templo de Geros, en donde los de allí honran la ancianidad que sabe muchas cosas]; Filostr., *Vita Apollon.*, 5, 4: Γήρως οὖν βωμὸν ἱδρύνται [establecieron un santuario a Geros]. Parecen casi reminiscencias de Tartessos.

(2) Ed. Meyer, *Gesch. d. Alt.*, 1^2, 1, 30. Los albanos del Cáucaso forman una excepción (Estrabón, 503): ὑπερβαλλόντως δὲ τὸ γῆρας τιμῶσιν Ἀλβανοὶ καὶ τὸ τῶν ἄλλων, οὐ τῶν γονέων μόνον [los albanos honran grandemente la vejez, y no sólo en los propios padres, sino en todos los demás hombres].

des (1). En cambio, la índole pacífica de los tartesios ofrece un aspecto muy simpático y loable en la cordial hospitalidad con que recibían al extranjero. Estrabón subraya este lado plausible del carácter andaluz. A los tirios les permitieron establecer colonias. Más tarde, invitaron a los focenses a que se instalaran allí, y les apoyaron y ayudaron por todas las maneras. Mientras los fenicios, atentos sólo a la ganancia, ocultaron el camino del estaño y del ámbar y propalaron toda suerte de fábulas mentirosas acerca del Océano, los tartesios, en cambio, explicaron gustosos a sus amigos los focenses cómo hacían el viaje a Oestrymnis y cómo los oestrymnios iban en busca del estaño y del ámbar. Y no porque fueran bárbaros estúpidos, sino que, como prudentes mercaderes, sabían apreciar en su valor el monopolio que tenían del estaño. La liberalidad de los tartesios es la magnánima del verdadero comerciante, que tanto sabe de dádivas como de ganancias.

En sus viajes por el Océano, los tartesios se revelan audaces navegantes, para quienes la vida es movimiento. Se parecen en esto a los oestrymnios, sus amigos del Norte. Dijérase que el Océano mismo engendra los marinos audaces, puesto que todos sus habitantes lo son: tartesios y oestrymnios, sajones y normandos, noruegos, ingleses, holandeses, anseáticos. Pero no; ni la tierra ni la mar hacen a los hombres; en los corazones de los tartesios estaba ya ese impulso hacia las lontananzas marinas y lo sintieron con fuerza irresistible. En oposición a la indolencia de los demás iberos, fueron los tartesios un pueblo activo, ya fuera el afán de la ganancia o el de lejanía el que moviese sus ánimos.

---

(1) *B. Hisp.*, 42: *neque in otio concordiam neque in bello virtutem ullo tempore retinere potuistis* [nunca pudisteis guardar la concordia en la paz ni practicar el valor en la guerra].

Lo que el periplo refiere de esa montaña de plata junto al río Tartessos, montaña que lanza destellos brillantes de estaño y plata (Avieno, 293), no lo ha visto por sí mismo el navegante massaliota; lo ha oído contar a los habitantes de Tartessos. Lo que Artemídoro (Estrabón, 138) cuenta de que el Sol, al desaparecer en el Océano, se agranda cien veces, suena a referencia indígena. El episodio fantástico de los leones en las naves gaditanas y de los rayos que encendían los barcos (v. más arriba, pág. 41) tiene igualmente un marcado sabor andaluz. Como asimismo los turdetanos, temerosos de la invasión de Sertorio, imaginaron la fábula de que éste traía 50.000 gigantes y caníbales africanos (Salustio, *Hist.* 1, 107). Cicerón (pro *Archia*, 10, 26) habla del estilo ampuloso e hiperbólico que usan los poetas cordobeses. Ya entonces florecía en Córdoba el arte de la frase bella, y más tarde los dos Sénecas y Lucano llevaron a su máxima altura la fama retórica de esta ciudad.

La misma propensión a la ampulosidad manifiéstase en el mal gusto con que celebraron los andaluces al general Metello par haberles socorrido contra los bandidos lusitanos (1). ¿Quién no reconoce en estos rasgos al andaluz actual, propenso a la fantasía, a la fraseología, a la exageración, pero dotado de gran talento poético y retórico?

El alegre carácter del andaluz actual parece ser también herencia del pasado tartesio. Posidonio (2) habla del «genio alegre» de los turdetanos.

Poco sabemos del *físico* de los tartesios. Pasaban por lon-

---

(1) Véase Salustio, *Hist.*, 2,70.

(2) En Estrabón, 149: véase Ohling, *Quæst. Posid.* Diss. Göttingen, 1907, 31.

gevos (Estrabón, 151); su rey Arganthonios vivió, al parecer, ciento veinte años. Esta longevidad podría ser herencia africana, pues los antiguos africanos eran, como los actuales bereberes, una raza longeva (1). Plinio nos transmite la extraña noticia de que *los túrdulos (turdetanos)* no tenían treinta y dos dientes (2), lo cual es sin duda una generalización como la no menos extraña referencia de que los ligures tenían sólo siete costillas (Pollux, *Onom.*, 2, 167).

Sin duda, la hermosa y rica tierra que habitaban los tartesios tiene no poca parte en el desarrollo de esa cultura tan temprana y de esa índole hospitalaria y simpática que recuerda a los feacios de Homero. Los pueblos cultos que se ven forzados a retirarse a un país pobre, degeneran (v. más abajo, página 166); e inversamente, los pueblos primitivos al establecerse en un país rico adquieren en él, no diré la cultura, pero sí las condiciones primarias para su desarrollo. ¿Y dónde hallar esas condiciones mejor que en Andalucía? Protegida del viento Norte por la Sierra Morena, baluarte defensivo, Andalucía goza plenamente de su posición meridional. En las extensas y fértiles llanuras del río Tartessos crecen en abundancia todos los frutos del campo y de la huerta; el mar proporciona variedad de pescados y animales marinos; las montañas guardan en sus flancos todos los metales y también las piedras y las maderas necesarias para edificar las ciudades, que en la época de Estrabón eran doscientas; el ancho río sirve como de calle para el tráfico y comercio entre la costa y el interior; la costa extensísima invita a las artes de la navegación. Por tres ve-

(1) Salustio, *Jug.* 17: Apiano, *Lib.* 71; Gsell, *Histoire de l'Afrique du Nord*, I, 174.

(2) Plinio, 7,71: *triceni bini (dentes) viriis adtribuuntur excepta turdulorum gente* [los hombres tienen treinta y dos dientes, salvo los túrdulos].

ces ha conseguido Andalucía, una de las más ricas tierras del mundo, engendrar un florecimiento magnífico, cúspide de la cultura española: en tiempo de Tartessos, en la época imperial, y bajo la dominación árabe. Por tres veces sus habitantes han tenido que sucumbir al empuje de otros pueblos más belicosos: los tartesios fueron vencidos por los fenicios y cartagineses; los romanos, por los godos; los árabes, por los castellanos.

De todo lo dicho se desprende la imagen de Tartessos como la de un antiquísimo pueblo culto, que vió florecer en su seno la minería, el comercio marítimo, la industria y la agricultura; que supo reunir en un gran imperio las tribus meridionales; que se rigió por leyes y reyes propios; que tuvo una vieja y venerable literatura; que acogió hospitalario a los extranjeros; pero que no estaba en condiciones de oponer gran resistencia a los que vinieran a conquistarle. Cada uno de estos rasgos, empero, forma contraste radical con la índole propia de los demás iberos. Entre los iberos no hay grandes territorios constituídos en unidad, sino aislamiento en cantones y castillos; no hay un cuerpo político organizado en monarquía, sino un afán desenfrenado de libertad; no hay ni comercio, ni industria, ni agricultura, ni arte, ni literatura. Los iberos despreciaban todo eso. En vez de acoger hospitalariamente al extranjero y aceptar su cultura, los iberos odiaban lo ajeno. En vez del temperamento pacífico de los turdetanos, los iberos eran valientes como fanáticos y habilísimos para la guerra. En suma, en vez de la cultura pacífica, los iberos ostentaban una belicosa incultura, que, entre los salvajes habitantes de la meseta, llegaba a tener cierto aspecto de animalidad. Y en lo que se refiere a su modo de ser, los iberos parecen también totalmente distintos de los tartesios. Estos son alegres, vivaces, ac-

tivos en el comercio y la navegación. Aquellos son romos e indolentes.

Tan profundas diferencias exigen una explicación. Al pronto se ocurre pensar que los tartesios sean una raza distinta de la ibérica. Abona esta hipótesis, al parecer, la consideración de que tanto nuestras fuentes más antiguas y veraces, como otras referencias posteriores, distinguen y separan a los tartesios de los iberos. Hecateo califica a Ibylla y Elibyrga como πόλις Ταρτησσίας o Ταρτησσοῦ [ciudad tartesia o de Tartessos] (v. más arriba pág. 89), y, en cambio, a las demás ciudades andaluzas las califica de ciudades de los mastienos. El periplo no conoce más que dos grupos de iberos: el primero entre el río Anas y el río Iberus (río Tinto), y el segundo entre el cabo Nao y el río Oranis, cerca de Montpellier. Las tribus que viven entre estos dos grupos ibéricos son nombradas por el periplo con sus nombres propios: cilbicenos, mastienos, etc., e incorporadas a los tartesios que dominan desde el río Tinto hasta el Júcar. También Herodoto, 1, 163, Eforos, (Escímno, 199), Polibio, 3, 33, 9 (que habla de los tersitas junto a los oretas-iberos) y Diodoro, 25, 10, 1 (que dice: iberos y tartesios), distinguen y separan a los tartesios de los iberos. Por lo tanto, cabría considerar a los tartesios como pertenecientes a una capa preibérica, por ejemplo, como *ligures*. En el Betis inferior, el lago ligur y la ciudad ligur demuestran que existieron allí pueblos ligures y a éstos podría atribuirse la que hemos llamado cultura pretartesia (v. pág. 33). La ascendencia ligur explicaría la buena disposición de los tartesios para la navegación; pues los ligures son por doquiera buenos marinos, mientras que los iberos evitan el mar *(Numantia*, I, 76). Podría aplicarse a los tartesios lo que el periplo dice de los oestrymnios ligures (98).

... multa vis hic gentis est
superbus animus, efficax sollertia,
negotiandi cura iugis omnibus.

[Este pueblo tiene mucha energía, ánimo soberbio, actividad incansable, continuo afán de negociar].

Concuerda también con el carácter ligur ese genio tornadizo de los turdetanos y andaluces; en cambio, no con los iberos. El andaluz es el tipo que corresponde al gascón y al provenzal, a Cirano de Bergerac y a Tartarín de Tarascón, y algo también al italiano y al irlandés; todos éstos son pueblos bastante afines, definidos hasta hoy por su ascendencia ligur (1). Sin duda, los ligures posteriores son tan bárbaros como los iberos (2), pero ciertas analogías nos autorizan a suponer que estuvieron anteriormente en mayor grado civilizados. Piénsese en los fellahs, descendientes de los antiguos egipcios; recuérdense los actuales habitantes del Perú y de Méjico (3).

Mas por otra parte, Herodoro incluye a los tartesios entre los iberos, como también Appiano *(Iber*, 2), Lykophron *(Alex.*, 642) y Estrabón (pág. 139) llama iberos a los turdetanos. Justamente en Andalucía abundan los toponímicos ibero-libios. El nombre de Tarth parece tener la dental aspirada del ibéri-

---

(1) Sobre los franceses y ligures, véase C. Jullian, *Hist. de la Gaule*, I, 189. Sobre los irlandeses y los ligures, véase Zimmer, *Sitzungsbericht d. Berliner Acad.*, 1910, 1071.

(2) *Inlitterati* los llama Catón (fr. 31), y en la excelente descripción de Posidonio (Diodoro, 5, 39) aparecen como un pueblo medio salvaje (véase Jullian, *Hist. de la Gaule*, I, 110).

(3) Hay ejemplos antiguos en Diodoro, 5, 15, 6, tomados de Timeo, que para designar este proceso usa la voz: ἐκβαρβαροῦσθαι [barbarizarse], y también Livio, 5, 33, *quos loca ipsa efferarunt* [a quienes la comarca hizo bárbaros]. Curtius 9, 10, 40: *ipsa solitudo efferavit ingenia* [la soledad misma embruteció los ingenios].

co (v. pág. 13), y el de turde-tanus lleva el sufijo ibérico-tanus. La distinción que los autores hacen entre tartesios e iberos puede también interpretarse no como distinción etnológica, sino como diferencia política; los iberos del Sur, sometidos al dominio tartesio se habrían convertido políticamente en tartesios, mientras que las tribus orientales quedaban libres. Recordemos que los ubios, más tarde, no querían que les llamasen germanos, sino *agrippinenses* (1); Roma, orgullosa, se distinguía de los demás pueblos latinos, y éstos, a su vez, de los demás pueblos italianos; los griegos, animados del alto sentimiento de su cultura, negaban a los macedonios el nombre de helenos, aunque éstos no se diferenciaban de los demás griegos sino por su menor cultura. ¡Cuán distintos son los jonios y atenienses de los beocios, macedonios, arcadios, etolios! ¡Cuán diferentes son los campanios de los samnitas montañeses, y los ubios de los suevos, y los galos provenzales de los belgas, y los británicos meridionales de los septentrionales (2)! ¡Qué distancia entre la elevada cultura de Egipto y la

---

(1) Tac. *Hist.* 4, 28, 5: *in Ubiis, quod gens Germanicæ originis eiurata patria Agrippinenses vocarentur* [en los Ubios, nación de origen germánico, que habiendo renunciado a su patria llevan el nombre de Agrippinenses]. También en *Germ.*, 28.

(2) Diodoro, 5, 22, 1: οἱ κατοικοῦντες φιλόξενοί τε διαφερόντως εἰσὶ καὶ διὰ τὴν τῶν ξένων ἐμπόρων ἐπιμιξίαν ἐξημερωμένοι τὰς ἀγωγάς. [Aquellos habitantes, en cambio, son amigos de los extranjeros y por el trato que tienen con los mercaderes extranjeros llevan una vida más culta]. La Odisea (9, 47) conoce bien la diferencia que existe entre las tribus marinas y las tribus del interior en uno y el mismo pueblo:

τόφρα δ' ἄρ' οἰχόμενοι Κίκονες Κικόνεσσι γέγωνον,
οἳ σφιν γείτονες ἦσαν ἅμα πλέονες καὶ ἀρείους,
ἤπειρον ναίοντες ...

[Pero entre tanto los cicones, al irse, llamaban a los otros cicones que vivían más allá en el continente y que eran más numerosos y más valientes].

barbarie del resto de Africa, o entre Perú o Méjico y el resto de América! En todos estos casos, el contraste obedece a que una tribu del mismo pueblo, por vivir en condiciones más favorables—principalmente la posesión de una tierra fértil y rica—, o por haber tenido contacto con una cultura extranjera, se eleva a la categoría de pueblo culto, mientras que el resto de sus compatriotas, viviendo en condiciones menos favorables, permanecen sumidos en la primitiva barbarie. La diferencia entre los tartesios y los demás iberos podría muy bien haberse originado de esa manera; los tartesios, por la situación favorable de la ciudad, por la riqueza de la tierra, por la capa anterior de cultura pretartesia, por sus tempranas relaciones con el Oriente (v. cap. II), se habrían convertido en un pueblo culto, mientras que las demás tribus ibéricas permanecían retrasadas. Es patente que la diferencia entre las tribus ibéricas corresponde perfectamente con su distinta posición geográfica y sus relaciones con pueblos extranjeros. Así los tartesios son los más cultos por los motivos ya citados; vienen después los pueblos vecinos de la costa oriental, de tierras menos ricas y relaciones más tardías con la cultura oriental; entre los celtíberos de la meseta los que viven más hacia Oriente, más cerca de la costa mediterránea, son también más civilizados y pacíficos que los numantinos, y a su vez, los numantinos rayan a mayor altura que los habitantes del Noroeste, remoto y pobre, galaicos, astures, cántabros, que son los más toscos de todos. Si el modo de ser peculiar de los tartesios, por ejemplo, sus virtudes marítimas y su elevada cultura, obedeciese sobre todo a su ascendencia ligur, hallaríamos también la misma capacidad marina y cultural entre los iberos de la costa septentrional y oriental, que vivían igualmente en territorio ocupado antaño por los ligures. Mas los iberos de la costa oriental, en la época

romana, eran *imprudentes maris* [ineptos para el mar] y bárbaros (Livio, 34, 9).

Parece, por lo tanto, posible que Tartessos haya sido en sus comienzos una ciudad ibérica, y que su antigua y elevada cultura, tan diferente de la barbarie ibérica, sea debida a tempranas relaciones con el Oriente y al influjo de los tirios durante su dominación. Pero esta explicación no es del todo satisfactoria. Acaso pudiera intentarse otra. *¿No será quizá Tartessos una colonia fundada por algún pueblo oriental de los que pertenecieron a la cultura egea, por ejemplo, de Creta?* (1). En favor de esta hipótesis hay razones negativas: que los tartesios no tienen de iberos más que el nombre. Pero también las hay positivas: la antiquísima cultura de los pretartesios, las numerosas coincidencias con Oriente (v. pág. 21) y con las más viejas naciones orientales, la posibilidad de que navegantes primitivos hayan fundado una colonia en Andalucía, como más tarde fundaron los tirios a Gades. Y además de todo esto, el nombre mismo de Tartessos que alude al Oriente; y es muy posible que la forma Tartessos no sea la copia sino el modelo del ibérico Tartis y del semítico Tarschisch.

Si Tartessos fuera una colonia de marinos egeos, por ejemplo, de cretenses o carios, se explicaría en un momento su antigua y elevada cultura, como también sus coincidencias con Creta en la metalurgia, en la escritura, en el culto de los toros, etc.

Colonia egea, Tartessos habría sido fundada hacia el milenio 3.° o 2.°, a. J. C., y desde luego antes de los viajes tirios. Los tirios, entonces, habrían invadido el poder marítimo de los

---

(1) Philipon, en su libro *Les Ibères*, págs. XV y 37, sostiene esta hipótesis. También la defienden F. Jacoby y León Frobenius.

viejos navegantes egeos, tanto en Occidente como en Oriente. Una Tartessos cretense sólo podía fundarse antes de la caída del poderío cretense (en 1200). La ruina de Creta habría influído, pues, sobre la colonia occidental, explicándose así la escasa resistencia de los tartesios contra los tirios.

Debe pues ser estudiada la posibilidad de que Tartessos sea una antigua colonia egea. Por lo demás, sólo las excavaciones, en Oriente y en Occidente, pueden ir aclarando este gran problema. Justamente a este tema principal entre los muchos que ofrece Tartessos pueden aplicarse las palabras del Apóstol, citadas al principio de esta obra, y que nos aconsejan resignación en el presente y esperanza de mejor conocimiento en el porvenir.

CAPITULO IX

¿Dónde estaba Tartessos?

Mis investigaciones sobre la situación que ocupaba Tartessos, arrancan del año 1910. Entonces recorrí el trecho entre la desembocadura actual del Betis y Torre Carbonera (18 kilómetros), buscando la desembocadura occidental del río que, según Estrabón, se hallaba a 100 estadios (18 kilómetros) de la desembocadura oriental, única que hoy queda. El resultado fué que en Torre Carbonera no se encuentra rastro alguno de antigua desembocadura. En los años siguientes, la terminación de las excavaciones de Numancia me impidió continuar mis pesquisas acerca de Tartessos. Vino luego la guerra mundial. En el primer viaje que hice después de la guerra—1919-20—visité por segunda vez la playa de Tartessos. A principios de 1920 recorrí, acompañado del Sr. Claus, el trecho entre Huelva y Torre del Oro, creyendo entonces que la desembocadura del Río del Oro sería el antiguo brazo occidental. Pero el resultado de mis observaciones fué también negativo. En 1921, acompañado por el general Lammerer, y utilizando una canoa automóvil puesta a nuestra disposición por las autoridades del puerto de Sevilla, hice el recorrido del Guadalquivir desde Sevilla hasta Bonanza, con el objeto de fijar la situación del lago

ligur y conocer los diferentes cauces del río. En otoño de 1922 llevé a cabo otra investigación, acompañado por el geólogo doctor Jessen. Este estudio dió por resultado grandes progresos en nuestro conocimiento. El Dr. Jessen pudo apreciar que la desembocadura oriental era antiguamente mucho más ancha que hoy, y llegaba hasta Torre Salazar; de manera que la orilla occidental de entonces iba desde Pico Caño por el Cerro del Trigo hasta Salazar. El límite del aluvión antiguo señala la posición de la antigua orilla y la tierra que se extiende entre Salazar y la actual orilla occidental está constituída por aluvión reciente. Así, pues, Tartessos no podía estar en la Marismilla, junto a la orilla actual, como antes yo creía; había que buscarla entre Caño y Salazar (1). Otro de los resultados fué el reconocimiento, al Norte del Cerro del Trigo, de un establecimiento romano que debía de guardar, al parecer, alguna relación con Tartessos. Una pequeña excavación de ensayo dió por resultado el hallazgo de unos muros bien conservados. En vista de los resultados obtenidos, remití a fines de 1922 al Excelentísimo señor duque de Tarifa, propietario del coto de Doñana, una memoria sobre Tartessos y su probable emplazamiento, rogándole que autorizara una excavación y pusiese a mi disposición los medios necesarios. Ambas cosas me fueron concedidas, y en otoño de 1923 pudo realizarse una excavación y una investigación de cinco semanas. Tomaron parte en estos trabajos el general Lammerer, que sacó un mapa exacto de la región, y D. Jorge Bonsor, el meritísimo explorador de la necrópolis de Carmona y de los sepulcros cupulares andaluces. Bonsor se había ocupado ya de Tartessos y

(1) Véase el relato por Jessen y por mí, en *Archäol. Anzeiger*, 1922, y el mapa I.

había realizado notables progresos en la indagación de la ciudad desaparecida, encontrando el brazo occidental del río, aunque se equivocó emplazando la ciudad a orillas del citado brazo *occidental* (1).

1. La desembocadura occidental.

Ya hemos visto que Tartessos se hallaba a orillas del Guadalquivir y, según Estrabón y Pausanias (v. pág. 175), entre las dos desembocaduras. Debemos, pues, ante todo definir exactamente el estado en que por entonces se encontraba el delta del Guadalquivir.

El periplo dice solamente que el río sale del lago ligur por tres brazos, y corre en cuatro brazos al sur de la ciudad de Tartessos. Luego veremos que esos cuatro brazos deben considerarse como ramas del brazo principal oriental. El periplo no menciona el brazo occidental, a no ser indirectamente, al hablar de la isla Cartare. la isla formada por los dos brazos. Los más antiguos y más importantes testimonios en pro de la doble desembocadura están en Posidonio (v. Estrabón, 148), que dice que entre las dos desembocaduras existió antaño una ciudad llamada Tartessos (2), y en Artemidoro (v. Estrabón, 140) que comunica que las dos desembocaduras distaban una de otra 100 estadios. A lo cual observa Estrabón que, según otras fuentes (¿Posidonio?), la distancia era mayor aún. Mas

---

(1) *Boletín de la Academia de la Historia*, 81, 152.

(2) δυεῖν δὲ οὐσῶν ἐκβολῶν τοῦ ποτσμοῦ, πόλιν ἐν τῷ μεταξὺ χώρῳ κατοικεῖσθαι πρότερόν φασιν, ἣν καλεῖσθαι Ταρτησσόν [siendo dos las desembocaduras del río, dicen que hubo antaño en la comarca intermedia una ciudad que se llamó Tartessos].

siendo así que tanto Artemidoro como Posidonio recorrieron en persona la costa, el dato es válido para su tiempo, esto es, 100 a. J. C. En esta época, pues, tenía el río todavía sus dos desembocaduras. La desembocadura occidental, que luego desapareció, existía por lo tanto aún.

Se ha confirmado la referencia de Artemidoro sobre los 100 estadios de distancia, pues desde Salazar, orilla occidental de la desembocadura oriental, hasta Torre Higuera, donde estuvo la antigua desembocadura occidental, hay unos 18 kilómetros (véase más adelante).

Plutarco (*Sertorio*, 8), siguiendo a Salustio, refiere que Sertorio fué lanzado por el mar μικρὸν ὑπὲρ τῶν τοῦ Βαίτιος ἐκβολῶν [poco más arriba de la desembocadura del Betis]. Pero no debe suponerse que el plural ἐκβολῶν signifique doble desembocadura, sino simplemente desembocadura, acepción frecuente (v. Estéfano, *Thesaurus*, pág. 380); por lo cual este pasaje de Plutarco no nos dice en realidad nada.

Mela no habla tampoco de doble desembocadura, sino solamente de dos cauces a la salida del lago ligur. Dice así (3, 5): *Baetis... diu sicut nascitur uno amne decurrit, post, ubi non longe a mari grandem lacum fecit, quasi ex novo fonte geminus exoritur quantusque simplici alveo venerat tantus singulis effluit.* [El Betis, desde su nacimiento, corre por un solo cauce; pero después, habiendo formado un gran lago no lejos del mar, parece como si saliese de nueva fuente y el agua que venía por un solo cauce fluye ahora por dos]. El verbo *effluit* (sc. *ex lacu)* significa, paralelamente al *exoritur*, la salida del lago, y no la desembocadura en el mar.

Según el periplo, el río sale del lago por tres brazos. Mela, en cambio, sólo conoce dos. Por lo tanto, *el tercer brazo ha debido desaparecer en el tiempo que media entre el Periplo y*

Mela. Ese tercer brazo es la desembocadura occidental, pues los otros dos brazos existen todavía y son el brazo principal y el brazo Torre.

También Pausanias testimonia la doble desembocadura (en 6, 19, 2) al referir, con ocasión de los bronces tartesios en Olimpia, que «se dice que hay un río Tartessos en tierra de los iberos, que desemboca en el mar por dos cauces, y la ciudad del mismo nombre estuvo situada entre las dos desembocaduras» (... στόμασιν ἐς θάλασσαν κατερχόμενον δυσί, καὶ ὁμώνυμον αὐτῷ πόλιν, ἐν μέσῳ τοῦ ποταμοῦ τῶν ἐκβολῶν κειμένην). Pausanias toma estas noticias de Tartessos de fuente antigua; por lo tanto, no son aplicables a su tiempo (hacia 150 d. J. C.).

Además de estos datos, el único que testimonia expresamente la doble desembocadura es Ptolomeo (150 d. J. C.), que indica una posición de la desembocadura oriental (ἀνατολικὸν στόμα) y, por lo tanto, conoce también una occidental. Ptolomeo (1, 12, 10) cuenta desde el cabo Sagrado (2°30′) hasta el Betis, es decir, hasta la desembocadura occidental, 2°30′, y otro tanto desde aquí hasta Gibraltar (7°30′; 2, 4, 6). Coloca, pues, la desembocadura occidental a 5°, mientras que la oriental se halla a 5°20′ (2, 4, 4), de suerte que la distancia entre ambas desembocaduras es de 20′ = $^1/_3$° = 170 estadios = 32 kilómetros. En realidad, la distancia es solamente de unos 18 kilómetros (v. más arriba).

Puede reconocerse aún hoy la desembocadura occidental por una cadena de lagunas de cuatro kilómetros de larga, que se dirige hacia el Oeste desde el palacio de Doñana, y demuestra que el brazo occidental desembocaba entre Matalascañas y Torre Higuera. El mérito de haber descubierto la desembocadura occidental pertenece al Sr. Bonsor. Luego Jessen y Lammerer han comprobado que, efectivamente,

la cadena de lagunas representa la desembocadura occidental, y Lammerer ha sacado un mapa de las lagunas a la escala 1 : 5.000.

Salvo las citadas lagunas, el brazo occidental ha desaparecido hoy por completo. Hemos visto que ya en tiempos de Mela estaba así. La desaparición ha sido causada por aluviones que han llenado por completo el brazo occidental, y estrechado considerablemente el oriental. En la época de Tartessos el brazo occidental debía estar ya muy disminuído, pues el periplo no lo menciona.

El Rocío (Canaliega) y el Guadiamar son dos pequeñas desviaciones del brazo occidental que, una vez desaparecido éste, se han hecho independientes alimentándose de las aguas septentrionales. Plinio (3, 11, de Varrón-Artemidoro) da testimonio de su antigüedad al hablar del río *Maenuba* que viene de la derecha, es decir, del Oeste, y afluye al Betis más abajo de Caura-Coria; éste no puede ser otro, en efecto, que el Caño de Brenes, afluente de la derecha, formado por el Rocío y el Guadiamar.

2.—La desembocadura oriental.

Según Estrabón, la distancia entre las dos desembocaduras era de 100 y más estadios, unos 18 kilómetros. Hoy, desde Matalascañas hasta la actual desembocadura, hay 25 kilómetros. Por lo tanto, se han verificado también cambios en la desembocadura oriental. Es mérito del Dr. Jessen el haber explicado la antigua configuración de la desembocadura, y al mismo tiempo el desenvolvimiento del delta. El lector puede ver su exposición en *Archäologischer Anzeiger* de 1922.

En la época diluvial, el río desembocaba por Coria en un

gran golfo en forma de embudo, que llegaba desde Sanlúcar hasta Torre Higuera, límite del terreno diluvial. Tenía, pues, unos 25 kilómetros de anchura (mapa 1). Este golfo fué llenándose poco a poco en dos direcciones: por el interior, mediante los depósitos del Betis y de los demás riachuelos que desembocaban en el golfo, y por la costa mediante los depósitos de aluvión que la corriente del golfo procedente del Noroeste acumuló junto al terreno diluvial. Así, pues, el golfo fué estrechándose poco a poco por el Noroeste. Pueden distinguirse dos terrenos de aluvión, uno más antiguo y otro más moderno. El viejo aluvión se extiende hasta la línea Pico Caño-Trigo-Salazar. El terreno formado al Sur de esta línea es aluvión joven. De esta suerte, el golfo quedó reducido en el interior al lago ligur que comenzaba en Coria y llegaba casi hasta la desembocadura. El río entraba en el lago por Coria y salía de él formando varios brazos. En la costa, el golfo quedó relleno por el aluvión quedando sólo dos bocas, una de unos 10 kilómetros de anchura, la oriental y otra más estrecha, de unos dos kilómetros; son las dos desembocaduras del río (v. mapa).

No cabe duda de que, en la época de Tartessos, el viejo banco aluvial existía ya. En efecto, en él se encuentra un establecimiento romano, construído con las piedras de Tartessos, que, por lo tanto, se hallaba cercana (véase pág. 190).

Tales son los datos que nos suministra la geología. El más antiguo testimonio literario acerca del río, es el viejo periplo, cuya descripción debemos considerar atentamente. Sigamos, pues, al viejo navegante (1). Vamos acercándonos a la ciudad

(1) Véase para lo que sigue el mapa I. Está hecho sobre la «Carta de la costa Sudoeste de España: golfo de Huelva, desde el Guadiana al Guadalquivir 1 : 100.000», sobre las hojas de Sevilla y Huelva del mapa geológico de España 1 : 400.000, y sobre una carta exactísima del delta establecida

por Occidente; venimos del Guadiana. En el v. 241 cita el periplo un *jugum* (promontorio) con un templo en una cueva, dedicado a la dea inferna (diosa infernal). El *jugum* es la colina de la Rábida de 40 metros de elevación, con el monasterio en donde Colón vivió antes de emprender su viaje (1). La *palus erebea* [laguna erebea], así llamada por la ciudad de Erbi (la edición príncipe dice *palus etrephea*) es el ancho estuario del río Tinto, que Estrabón describe también y califica de λίμνη [laguna] (2).

---

por el puerto de Sevilla en su «Plano del cauce mayor de la ría del Guadalquivir», 1 : 50.000 (1902). Las autoridades del puerto de Sevilla pusieron amablemente a mi disposición una fotocopia. Los bancos de San Jacinto y de Salmedina han sido dibujados según el mapa del almirantazgo inglés: «Entrance of Guadalquivir river» (1875). El Coto Doñana está dibujado según el nuevo mapa obtenido por el general Lammerer; la geología de la región, según Jessen.

(1) Según Sieglin *(Arch. Anz.*, 1902, 43), la cueva existiría aún con dos cámaras y un banco de piedra negra, como la pintara Avieno; lo cual es falso, pues las palabras *penetral cavum adytumque coecum* [cueva interior y retiro obscuro] son una repetición pleonástica del mismo concepto, figura a que Avieno es muy aficionado. En 1920 y 1922 visité yo el convento de la Rábida. Por intervención del Sr. Albelda, subdirector del puerto de Huelva, logré que se abriera la cripta. Vi entonces que bajo el ábside de la iglesia no hay cueva alguna ni banco de piedra negra, sino solamente una cripta reciente. Además, esta cripta se abrió en 1891, antes de la fiesta de Colón y se volvió a cerrar en seguida, de manera que Sieglin no ha podido verla en el año de 1901. Sieglin ha sido engañado sin duda por narraciones fantásticas de los naturales. Además de esto, escribe Sieglin que en la Edad Media existía todavía en el lugar una estatua de Proserpina, dedicada a esta diosa por Trajano, y apoya su afirmación en la autoridad de Amador de los Ríos *Provincia de Huelva* (Barcel., 1891), pág. 344. Pero si hubiese leído atentamente el pasaje que cita, hubiera visto que la estatua no aparece sino en una leyenda completamente fantástica, del siglo XVII, que habla de un gobernador romano, llamado Terreum (!), en Palos. Sobre el convento, véase Velázquez-Bosco, *El Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida* (1914).

(2) Sieglin identifica el lago con el «Lago del invierno», a 20 kilómetros de la Rábida, creyendo que este lago debería llamarse propiamente lago del *infierno*. Pero este lago se halla demasiado lejos de Erbi-La Rábida para haber recibido de ésta su nombre.

Este lago o estuario pasaba por ser el *lago de los infiernos*, a causa del color rojizo de sus aguas, teñidas así por las minas de hierro que hay en el Tinto superior (1). La aldea de Palos ha tomado su nombre de *palus erebea*. Del puertecito de Palos salieron las carabelas de Colón. El lago aparece también en los mitógrafos griegos con el nombre de Ἄορνος λίμνη [laguna averna] (v. cap. V) colocado en la comarca de Tartessos, lo cual, como veremos, es efectivamente exacto. Puesto que la *palus erebea* tomaba su nombre de la ciudad de Erbi, resulta que esta ciudad debía estar en la colina de la Rábida, que quizás conserva el viejo nombre (2).

El río *Hiberus* (río Tinto) era el límite occidental del territorio tartesio (v. pág. 152). Después, es decir, al Oriente del río Tinto, cita el periplo (Avieno, 255) en su camino de Occidente a Oriente, la isla *Cartare* (3). Habitada antaño por el pueblo de los cempsos, que fueron luego expulsados por los iberos (Avieno, 256), la isla de Cartare debió ser grande. No puede corresponder, por lo tanto, a la islita de Saltes, frente a la desembocadura del Tinto, como sostiene Sieglin *(Atlas ant.*, hoja 29, 1). Cartare parece ser más bien la isla formada por los

---

(1) Véase la descripción de las minas en Wegener *Herbsttage in Andalusien* (1903), pág. 135.

(2) A no ser que Rábida venga del árabe rábita رابطة [convento] (véase Dozy: *Glossaire des mots esp. et portugais dérivés de l'Arabe).* Es muy posible que así sea, pues el convento es del siglo XIII, es decir, de época árabe.

(3) *... Cartare post insula est,*
Eamque pridem, influxa et est satis fides,
Tenuere Cempsi, proximorum postea
Pulsi duello...

[Luego viene la isla Cartare, y hay bastante fundamento para creer que antaño la ocuparon los cempsos, que fueron después expulsados por guerra con sus vecinos.]

dos brazos que antaño tenía el río Tartessos y de la que dice Avieno (283):

... Sed insulam
Tartessus amnis, ex Ligustino lacu
per aperta fusus, undique adlapsu ligat.

[Mas el río Tartessos, saliendo del lago Ligustino y corriendo por la llanura, envuelve en su curso por todas partes la isla.]

El delta del Tartessos es llamado isla, no sólo por el periplo, sino en los demás textos (1). El delta del Nilo es llamado también νῆσος [isla] (en Diodoro, 1, 34, 2) e igual le sucede al delta del Indo (Estrabón, 701) y al delta del Tíber *(Procop.* en *Goth.*, 1, 26). Después de la isla Cartare, el navegante nombra el *mons Cassius*. Este no puede ser otro que la elevación máxima de las «Arenas gordas» *(Hareni montes*, Plinio, *Hist. nat.* 3, 7), o cadena de dunas, que siguen la costa del delta; esa elevación, llamada hoy Cerro Asperillo, tiene la altura de 101 metros, altura tanto más impresionante por elevarse sobre el mar. El cerro Asperillo domina la comarca y sirve al navegante, hoy como antaño, de señal costera (2).

Después del *mons Cassius*, el periplo nombra en seguida la desembocadura oriental con Tartessos. Pasa, pues, por alto la desembocadura occidental. Ello se explica por su desaparición a causa de los depósitos aluviales y las dunas. En el año 500 no debía tener ya importancia alguna para la navegación. Ya hemos visto que Mela no la cita y Ptolomeo sólo de pasada.

---

(1) Hesiodo: περίῤῥυτος Ἐρυθεία [Erytheia rodeada de agua]; Estrabón, 140; el relato gaditano de Estrabón, 170; Escol. Lycophr, 643: Ταρτησσός... νῆσος [Tartessos... isla]; (v. cap. V).

(2) *Handbuch der Nord-und Westküste Spaniens und Portugal*, 2.ª parte: *Portugal und Südwestküste Spaniens* (1913), pág. 166.

A continuación del *mons Cassius* viene el *fani prominens*, es decir, el promontorio del templo (Avieno, 261-263); y luego la *arx Gerontis*, castillo de nuestro antiguo conocido el rey tartesio Gerón (v. pág. 43). Entre estas dos señales de la costa hallábase el *sinus tartessius*, que es la actual desembocadura, ría de dos kilómetros de ancho (1). De igual modo, a la ría del Tajo la llama el periplo *sinus* (Avieno, 174). En la época del periplo la apelación *sinus* era aún más justa, porque entonces la desembocadura oriental tenía una anchura de 10 kilómetros (v. pág. 177). La relación topográfica en que se hallaban el *fani prominens*, la *arx Gerontis* y el *sinus Tartessius* queda perfectamente precisada en dos lugares del periplo:

v. 261. *inde fani est prominens*
et quæ vetustum Græciæ nomen tenet
Gerontis arx est eminus...
hic ora late sunt sinus Tartessii:

[viene después un promontorio con un templo y a lo lejos el castillo de Gerón, que lleva un viejo nombre griego... ahí se extienden anchamente las riberas del golfo tartesio.]

v. 304. *Gerontis arcem et prominens fani, ut supra*
sumus elocuti, distinet medium salum
interque celsa cautium cedit sinus.
Jugum ad secundum flumen amplum evolvitur.

[El castillo de Gerón y el promontorio del templo, como antes hemos dicho, están separados por el mar, y el golfo penetra entre alturas de peñas. Junto a la segunda altura discurre el ancho río.]

---

(1) Estrabón la llama ἀνάτρυσις (140, 142, 143, etc.); Plinio, *aestuarium* (3, 11).

Lo primero era, pues, el templo en la orilla septentrional de la desembocadura, o sea en la lengua de terreno aluvial que hay entre Salazar y la Marismilla. De igual suerte, el *castillo de Gerón* debe buscarse al Sur del río. No cabe duda de que estuvo en el banco de Salmedina, entonces península, hoy aislado y sumergido, pero que a marea baja sobresale del agua. En todas las viejas descripciones de la ría se encuentra este banco, muy temido por los marinos. En el banco se hallaba sin duda el faro (1) que más tarde, en el año 139 a J. C., construyó el cónsul Caepión. Y acaso la obra de ese faro fuese hecha con restos del antiguo castillo. El banco de Salmedina, que el mar rodea por todos lados—la πέτρα ἀμφίκλυστος [roca rodeada de mar], de Estrabón—parece como hecho exprofeso para ciudadela o fortaleza marina. Se ve claramente que el castillo de Gerón tenía por objeto defender la entrada del río y el acceso a la ciudad que, como veremos, estaba poco más arriba de la desembocadura. Podemos, por lo tanto, identificar con el castillo de Gerón el castillo que los cartagineses destruyeron antes de la caída de Tartessos (véase página 97). Por la furia del mar, la isla de Salmedina ha perdido unos dos metros de su superficie y hoy no se ve ninguna señal ni del castillo de Gerón ni del faro de Caepión. Es un sitio salvaje, pero con grandes recuerdos. Como entonces el *fani prominens* y la *arx Gerontis*, constituyen hoy todavía los faros de la punta del Malandar y de Chipiona, las

---

(1) Estrabón, 140: ὁ τοῦ Καιπίωνος ἵδρυται πύργος ἐπὶ πέτρας ἀμφικλύστου [el faro de Caepión está situado sobre la roca rodeada de mar]. Mela, 3, 4: *in ipso mari monumentum Caepionis, scopulo magis quam insulæ impositum* [en ese mar está el monumento de Caepión, que se alza sobre un peñasco más bien que sobre una isla]. Véase descripción detallada a *Arch. Anz.*, 1922, 43, con mapa.

señales para la entrada en el Guadalquivir *(Handbuch.*, página 173).

Una vez descrito el *sinus tartessius,* o sea el golfo formado por la desembocadura oriental y flanqueado por el *fani prominens* y la *arx Gerontis*, el periplo pasa a nombrar la ciudad de Tartessos:

Avieno, 266:

> *dictoque ab amni (Anas) in hœc locorum puppibus*
> *via est diei, Gadir hic est oppidum*
> *(nam Punicorum lingua consaeptum locum*
> *gadir vocabat) ipsa Tartessus prius*
> *cognominata est.*

[desde dicho río, el Guadiana, hasta estos lugares hay para las naves un día de camino; aquí está la ciudad de Gadir—pues la lengua de los fenicios llamaba Gadir a todo lugar cerrado—que antaño era denominada Tartessos.]

De la enumeración y del adverbio *hic* se infiere *que Tartessos estaba situada en el brazo oriental.* La distancia del Guadiana a Tartessos, calculada hasta la desembocadura oriental. (v. 266) demuestra también que Tartessos estaba en ésta. El refundidor del periplo confunde a Tartessos con Gadir; error entonces general, pero en este caso necedad insigne, porque el periplo describe el Betis, y el interpolador debiera saber que Gades no está en este río.

Tras una digresión acerca del culto de Hércules en Gades (v. 273-83), Avieno describe los distintos brazos del río. El río sale del *lacus Ligustinus* y rodea la isla (Cartare) por todas partes; al salir del lago tiene tiene tres brazos, y luego por cuatro brazos baña la parte Sur de la ciudad (283-290):

sed insulam
Tartessus amnis, ex Ligustino lacu
per aperta fusus, undique adlapsu ligat.
Neque iste tractu simplici provolvitur
unusve sulcat subiacentem cæspitem,
tria ora quippe parte eoi lumínis
infert in agros, ore bis gemino quoque
meridiana civitatis adluit.

[Mas el río Tartessos, saliendo del lago Ligustino y corriendo por la llanura, envuelve en su curso por todas partes la isla. Pero no sale del lago por un solo brazo ni surca por un solo cauce el césped del suelo, sino que entra en los campos por tres bocas de la parte de Oriente y baña el Sur de la ciudad por cuatro cauces].

Si el río salió del lago por tres brazos, hay que situar el lago por encima de la separación del brazo occidental. El lago llegaba, pues, por el Sur hasta más allá de la confluencia del río Sanlúcar, y aún quizás más al Sur todavía. Mela señala el límite Norte del lago, cuando dice que el río al entrar en él va por un solo cauce. El lago llegaba, pues, por el Norte hasta el comienzo del delta, esto es, hasta Coria. En efecto, en Coria empiezan las riberas a hacerse cada vez más bajas (1), y a partir de Coria, hacia el Sur, se observan en los taludes de las orillas claramente unas ocho capas horizontales de tierra, que deben ser los depósitos de tierra y plantas dejados por el lago ligur, el cual no podía ser muy profundo. Sin duda, el lago estaba contenido más abajo por una barrera transversal que el

(1) *Handbuch*, pág. 174: «De Coria a Sevilla las riberas suben poco a poco.»

río taladró; el brazo principal fué poco a poco comiendo esa barrera y secando los otros brazos, hasta que por último logró vaciar el lago mismo y aun ahondar su cauce en el antiguo suelo de dicho lago. A la desecación del lago hubo de contribuir sin duda también la marea que llega hasta Sevilla, obligando al río a depositar sus residuos en el fondo del lago. El mito de las tres cabezas o de los tres cuerpos de Geryon, personificación del río (pág. 46), testimonia que, en efecto, el río salía del lago por tres cauces. Los tres brazos son: 1.°, el oriental; 2.°, el brazo de Torre; 3.°, el occidental.

El periplo dice que la división del río en tres cauces está situada al «Oriente» de la ciudad. No debemos tomar al pie de la letra este dato, pues el lago ligur no estaba al Oriente, sino al Nordeste de la ciudad, situada más abajo, al Suroeste del lago. Pero se explica la inexactitud del dato por el hecho de que el periplo no designa las direcciones más que por los cuatro puntos cardinales (1). Hay que tener también en cuenta que los antiguos determinaban el Oriente por la salida del sol, que es variable; lo que explica el conocido error de orientación en la topografía de Carthago nova por Polibio (10, 10) y la orientación de la isla de Gades de Oeste a Este en lugar de Noroeste a Sudeste en Estrabón (169).

La mayor dificultad es la que plantea el pasage:

...ore bis gemino quoque
meridiana civitatis adluit.

[y baña el Sur de la ciudad por cuatro cauces] (2).

---

(1) Véase mi edición de Avieno, pág. 19.

(2) Podría tomarse el *bis gemino* al pie de la letra y considerar entonces la expresión como una alusión a las dos parejas: 1.°, brazo principal y brazo de Torre; 2.°, Canaliega y Guadiamar. Pero no concuerda con el uso

Habiendo salido del lago por tres brazos, el río formaba, pues, más abajo, al Sur de la ciudad de Tartessos, cuatro brazos. ¿Dónde debemos buscarlos? Tartessos estaba situada en la isla de terreno aluvial, en la orilla occidental de la desembocadura oriental, esto es, en el borde Sur de la isla. Los cuatro brazos debían, pues, hallarse al Sur de la isla. La solución ha sido encontrada por el general Lammerer, según el cual en la época de Tartessos había empezado ya a depositarse el aluvión reciente; pero no había terminado todavía de llenar todo el golfo, de manera que se habían formado tres islas. Entre las islas y la tierra firme el río buscaba entonces su salida por cuatro brazos al Oeste y al Este (v. mapa 1). Esta solución es evidente. Así, en realidad, el río formaba en aquella época cuatro brazos, que corrían al Sur de Tartessos.

Después del lago ligur, el periplo nombra la *montaña de plata*. En los alrededores del río, que son todos de tierra baja, no existe ni existía tal montaña. Esta se hallaba junto a las fuentes del río que, según Estesícoro, «mana de la plata», y según Estrabón, 148, viene de la montaña de plata. La montaña aludida es la sierra argentífera de Cástulo, nacimiento del río. El error del periplo sobre la posición de la montaña de plata de-

---

continuo del idioma; pues siempre que aparece en otros pasajes la expresión *bis geminus* (perífrasis muy corriente en el idioma de la poesía posterior, como *bis seni* por 12, y *bis deni* por 20: *Thesaurus ling. lat.*, II, 2009) significa cuatro, y nunca dos parejas de a dos. Compárese con lo que dice Avieno en *Aratea*, 710:

quattuor inlustrat facibus rubor aureus adque
bis gemino discreta situ micat ignipotens lux.

[El rojo áureo ilumina con cuatro hachones y la luz dividida brilla poderosa en cuatro partes]. Así también usan la expresión Paulino de Nola, ep. 5, 8; 32, 17 y 18; *carm.* 27, 378 y Sidonio Apolin., *carm.* 2, 220 (véase *Thes. ling. lat.*, II, 2008).

muestra, pues, que el navegante, su autor, no estuvo en el lago ligur, y además que *Tartessos*, en donde sí estuvo, *se hallaba lejos del lago ligur*. La referencia de la montaña de plata, como las citas de las tribus habitantes del río, hasta su fuente, las obtuvo por conversación con los tartesios.

Así, pues, de Avieno se deduce que la posición de Tartessos era a *orillas del brazo oriental* y *lejos del lago ligur*, esto es, *en la proximidad de la costa*.

Examinemos los otros testimonios acerca de la situación de la ciudad. Según Estrabón y Pausanias, es decir, según las fuentes del siglo VI que utilizan estos autores, Tartessos se hallaba situada *entre las dos desembocaduras del río*: ἐν τῷ μεταξὺ χώρῳ (τῶν ἐκβολῶν) [en la comarca que hay entre las desembocaduras] dice Estrabón, y ἐν μέσῳ τοῦ ποταμοῦ τῶν ἐκβολῶν [entre las desembocaduras del río] dice Pausanias. Esto no significa que Tartessos estuviese en medio de los brazos del río, en la tierra intermedia—cosa inconcebible tratándose de una ciudad marítima—, sino que coincide con la posición indicada por el periplo junto al *brazo oriental*, y *en la orilla occidental* de éste. La posición de la ciudad a orillas del río está también asegurada por el periplo, que dice que el río lleva el estaño a sus muros (Avieno, 297, *invehitque moenibus dives metallum* [y trae a sus muros gran riqueza del metal]). Otros textos nos dicen (v. cap. V) que Tartessos estaba πρὸς τῷ Ὠκεανῷ o también παρὰ τῷ Ὠκεανῷ [junto al Océano, al lado del Océano]. De esto se infiere *que la ciudad estaba en la desembocadura o cerca de ella*. Eforos (Escímno, 162) sabía que Tartessos estaba a dos días de viaje (= 1.000 estadios) de las columnas de Hércules. Este dato nos conduce a situar la ciudad a orillas del brazo oriental, pero algo antes de la desembocadura, pues desde Gibraltar a la desembocadura del Gua-

dalquivir hay 900 estadios (v. pág. 120). Según el periplo, había desde el Anas hasta Tartessos un día de navegación, lo que también concuerda con la situación en el brazo oriental, porque del Guadiana hasta Salazar hay unos 500 estadios (un día). Quizá pueda servirnos también de testimonio en pro de esta posición la topografía de la Atlántida platónica, que parece referirse a Tartessos. La ciudad de los atlántides estaba a orillas de un brazo de mar (ἀνάπλους) a 50 estadios (9 kilómetros) del mar (*Kritias*, 115 *d;* 117 *e)*. Ya que la posición indicada coincide, podría muy bien coincidir igualmente la distancia. Otro texto (pág. 180) dice que estaba *en una isla*. Esta es la que formaban los dos brazos del río.

3. Emplazamiento de Tartessos.

El periplo y los demás testimonios nos permiten afirmar que *Tartessos estaba situada en la antigua orilla occidental del brazo oriental a cierta distancia de la costa*. En efecto, en situación algo apartada del mar, la ciudad estaba perfectamente protegida contra el Océano y los piratas, y, sin embargo, tenía fácil acceso al mar, ya que la marea llega muy arriba. Así vemos que todos los emporios del Océano occidental no están construídos junto al mar, sino en el fondo de las rías: Hispalis, Olba, Olisipo, Burdigala y Corbilo, Londres, Amberes, Rotterdam, Brema y Hamburgo. Estrabón, repetidas veces, insiste sobre las ventajas que tiene la posición en el fondo de una ría (142, 143 (1), 152).

---

(1) καταμαθόντες δ' οὖν τὴν φύσιν τῶν τόπων οἱ ἄνθρωποι καὶ τὰς ἀναχύσεις ὁμοίως ὑπουργεῖν τοῖς ποταμοῖς δυναμένας πόλεις ἔκτισαν ἐπ' αὐτῶν ... καθάπερ ἐπὶ τῶν ποταμῶν. [Así, pues, cuando los hombres hubieron conocido la naturaleza de los lugares y que los brazos de mar sirven igual que los ríos, fundaron en ellos ciudades... como a orilla de los ríos].

La tradición antigua nos permite, pues, deducir tan solo las siguientes conclusiones: 1.ª, Tartessos estaba situada entre las dos desembocaduras (Estrabón, Pausanias); 2.ª, junto a la desembocadura oriental (Avieno), de donde se infiere la posición en la orilla occidental de dicha desembocadura; 3.ª, no lejos del mar (v. pág. 187); 4.ª, en una isla (v. pág. 180), esto es, en el delta, entre las dos desembocaduras.

Por fortuna, la situación del terreno permite precisar más aún el emplazamiento de la ciudad. Nos enseña, en efecto, que Tartessos no pudo estar sino en los terrenos aluviales y en la isla, pues la tierra de más arriba era y es aún región de inundación, marisma. Todavía hoy el terreno al Este de Trigo está inundado desde noviembre hasta mayo, y forma una gran laguna. Y entonces estaba allí el lago ligur que evidentemente tenía agua, incluso en verano. El periplo y Mela dan testimonio del lago que existía, por lo tanto, aun en tiempos de Mela. No pudo, pues, Tartessos hallarse ahí, sino solamente en el terreno aluvial, que ofrecía suelo firme y a cubierto de las inundaciones, puesto que se halla cuatro metros por encima de la marisma. Para fijar el emplazamiento de Tartessios hay pues, que circunscribirse a la parte septentrional, a la parte más antigua del terreno aluvial situada al Norte de Trigo, puesto que la parte meridional es aluvión reciente. Ese emplazamiento sobre el aluvión antiguo está confirmado por el periplo, ya que los cuatro brazos que corrían al Sur de la ciudad son las salidas del río entre tres islas formadas por el aluvión reciente (v. pág. 186).

Hay que buscar, pues, a Tartessos en el aluvión antiguo y en el borde Sur del mismo, puesto que la ciudad se hallaba en la orilla occidental de la desembocadura oriental. Esta orilla occidental puede en cierto modo determinarse. El río, que al

final de su curso se dirige hacia Occidente, parece haber alcanzado la isla aluvial en Pico de Caño; el cauce de entonces parece determinado por el Caño de Figuerola y la gran laguna situada al Este de Pico del Caño. Desde Caño hasta unos mil metros al Sur del Trigo, la orilla del río está señalada por el borde de la marisma, que es al mismo tiempo el borde del aluvión antiguo. Más hacia Suroeste falta toda indicación clara del borde, porque el aluvión en esta parte se halla cubierto de dunas. Pero puede admitirse que la orilla occidental dibujaba una curva en forma de S, como la orilla oriental. La orilla occidental puede, pues, ser definida por una línea curva sobre Caño-Trigo-Salazar. Esta disposición de la antigua orilla está confirmada por el establecimiento romano situado al Norte de Trigo (1). Se trata de una aldea de pescadores, pues se han encontrado en ella cuatro piletas para salar el pescado. Siendo una aldea de pescadores, ha debido estar situada muy cerca de la orilla. Las ruinas se encuentran hoy a 500 metros del borde de la marisma, esto es, de la antigua orilla, la cual estaba, por lo tanto, situada algo más al Oeste. El establecimiento romano no sólo determina la antigua orilla, sino que ofrece la prueba de que Tartessos se hallaba en sus proximidades. Se puede demostrar, en efecto, *que la aldehuela pesquera estaba construída con las piedras de Tartessos,* pues las piedras de la dicha aldea proceden en gran parte de lejos, de la Sierra Morena, y es imposible que los pobres pescadores se tomaran el trabajo de ir tan lejos en busca de las piedras, cuando tenían en frente, en Bonanza, excelentes materiales pétreos. No;

(1) Véase sobre este punto *Arch. Anz.*, 1923 Las ruinas se hallan en la parte del aluvión no cubierta aún por dunas; feliz casualidad, pues en otro caso no hubieran sido halladas, y, desde luego, no hubieran podido ser desexcavadas con comodidad.

las piedras no han podido ser traídas a este lugar sino por los tartesios, que por su industria minera navegaban continuamente por el río y les era fácil trasladarlas. Además se comprende que los pescadores, encontrando tan a mano el material más a propósito, el material ya tallado, hayan preferido construir aquí su aldea, en esta región desértica, mejor que en la orilla frontera de Bonanza.

Ahora bien: *si la aldea de pescadores está construída con piedras de Tartessos, es que las ruinas de Tartessos no deben hallarse lejos.* Tartessos no se hallaba en el mismo sitio, pues si así fuera, al excavar el establecimiento romano, se hubieran encontrado restos y cimientos de Tartessos. Tartessos debe encontrarse, pues, en las proximidades del establecimiento romano, probablemente algo más al Suroeste, al Sur de Trigo, y más cerca de Trigo que de Salazar, pues Tartessos estaba seguramente en la parte oriental del terreno aluvial para guarecerse de los temporales del Noroeste.

La aldea romana, construída con las ruinas de Tartess$_{os}$, no tiene solamente importancia por señalar las proximidades de la vieja ciudad, sino también porque *debe conservar piedras tartesias, trozos de arquitectura, inscripciones,* etc. Es cierta, pues, una perspectiva de gran valor, que impone la obligación de excavar a fondo esta aldea, que por sí misma carece de interés. Ya se han encontrado pequeños fragmentos de arquitectura, que parecen proceder de Tartessos, pues los pescadores no han debido utilizar otras ruinas.

El hecho de que los pescadores romanos hayan utilizado las ruinas de Tartessos demuestra que éstas, en los años hacia 200 d. J. C. no se hallaban todavía cubiertas por las dunas, como lo están hoy. Debemos, pues, representarnos la isla, en la época de Tartessos, como tierra abierta, propia para el

pastoreo, lo cual coincide con la leyenda de los toros de Geryon. Además de los pastos, la isla tenía también agua, que se encuentra a dos metros bajo tierra. Aparte de estas ventajas, poco provecho ofrecía desde luego la isla, porque su arena no era adecuada para la agricultura y faltaban las piedras para edificación. Pero los tartesios con sus naves dominaban el mar y el río y podían traer a su ciudad cuanto les fuere necesario. También Londres está en una isla pobre y se halla atenida a la importación para sustentar a sus millones de habitantes.

Podría preguntarse porqué los tartesios no construyeron su ciudad en la orilla oriental. Dos motivos hay para ello: 1.°, en la orilla occidental, en la isla, hallábanse perfectamente protegidos contra todo ataque procedente del interior; 2.°, los principales cauces del río—y éste es seguramente el motivo decisivo—corrían junto a la orilla occidental *(Arch. Anz.*, 1922, 25). En cuanto al brazo occidental, no debió entrar en línea de cuenta, porque en tiempo de Tartessos ya estaba medio cegado. En la época de Mela había desaparecido por completo (v. pág. 174).

Hay que buscar, pues, la ciudad de Tartessos al Suroeste de la aldea romana. Desgraciadamente, el terreno al Sur y al Oeste de la aldea romana está cubierto de altas dunas, lo que naturalmente ha de dificultar mucho la busca de Tartessos. Pero entre las dunas hay algunos valles (corrales) que llegan hasta el suelo antiguo y, por lo tanto, permiten verificar sondeos. En el próximo otoño (1924) se harán taladros, y si se consigue encontrar una parte de la vieja ciudad, lo demás es ya cuestión de dinero. Pero sería un gran resultado el poder determinar solamente el emplazamiento de Tartessos.

Los pescadores romanos construyeron su aldea, como he-

mos visto, con las ruinas de Tartessos; pero no habrán empleado todos los materiales y quedará bastante aún, porque Tartessos era grande y la aldehuela de pescadores, en cambio, harto exigua y reducida.

Hay, pues, probabilidades de hallar la vieja Tartessos. Sin duda, la lucha con las altas dunas será una labor hercúlea. Pero precisamente Hércules, de cuyas hazañas fueron testigos estas tierras, puede enseñarnos que una voluntad esforzada no encuentra nunca obstáculos insuperables.

Tartessos, desde hace 2500 años, duerme en la soledad de las marismas, que como en tiempos del rey Gerón, sirven de pasto a los toros y que casi no son holladas por planta humana. Tartessos ha desaparecido, como Vineta, la Tartessos del Norte (1). Pero el viajero que recorre los arenales solitarios ve en su espíritu la imagen de la antigua ciudad comercial que antaño convirtiera este desierto en un foco de cultura. La soledad grandiosa favorece el vuelo de la imaginación. Por doquiera se tiende la mirada, sólo percibe dunas y pinares. El río, como hace 2500 años, vierte lentamente en el mar infinito sus aguas amarillentas; y hasta donde la vista abarca, las olas del Océano resbalan sobre la playa, coronada por rojizas dunas, interminables y desiertas como el mar.

---

(1) Como Tartessos, también Vineta es una realidad histórica que después de su destrucción se ha convertido en legendaria. Vineta es el gran emporio eslavo de Jumme—corrompido luego en *Jumneta, Vineta*—que estaba en la extremidad Noroeste de la isla Usedom, extremidad que el mar cubrió más tarde. Adán de Bremen la visitó y describió en 1075 con brillantes colores (2,22). Fué destruída por los daneses entre 1075, fecha en que Adán la conoció, y 1175, fecha en que fué compuesta la crónica eslava de Helmold que refiere su destrucción (v. Leutz-Spitta en *Mannus*, 1917, 270; Hennig, *Hist. Zeitschr.*, 1916, 16; Walt. Vogel, *Geschichte d. deutschen Seeschiffahrt*, I (1915), 153).

CAPITULO X

Conclusión.

¡Si se consiguiera descubrir la ciudad de Tartessos! Buscarla es uno de los problemas más importantes de la arqueología en España. ¡Qué perspectivas para la labor de excavación! Puesto que Tartessos fué destruída hacia el año 500 a. J. C., todo lo que aquí se encontrase sería anterior al año 500. Por lo general, obtenemos las fechas históricas por medio de los hallazgos arqueológicos, lo que no deja de ser una conclusión incierta. Pero aquí nos hallamos en el caso rarísimo de poder fechar los hallazgos arqueológicos por la historia misma. Los objetos griegos que seguramente se encontrarían en las capas superiores, principalmente los vasos, serían anteriores al año 500 a. J. C., y tendrían un enorme valor para la cronología del arte griego de entonces, sobre todo de la cerámica. ¡Y la gran antigüedad de los hallazgos situados en las capas inferiores! Podríamos encontrar objetos por lo menos del milenio segundo, acaso más antiguos todavía. Tartessos nos proporcionaría productos de la industria de todos los países: de Africa, a la que aluden los huevos de avestruz y los objetos de marfil hallados en las tumbas turdetanas; del Norte, adonde los tartesios iban en busca del estaño y del ámbar, y sobre todo del Oriente, quizás de Creta y seguramente de Fenicia y de Focea.

En las cercanías de la ciudad habrían de estar las tumbas de sus viejos reyes, grandiosos edificios cupulares como los de Antequera, que son compañeros en Occidente de las tumbas regias de Micenas y Orcomenos. ¡Cuántos tesoros no habrá en esos sepulcros! Y dada su temprana relación con el Oriente, Tartessos sería también de provecho indudable para la historia de la cultura oriental.

Estas perspectivas arqueológicas e históricas son tales como pocas se presentan en otras partes del viejo mundo. Tartessos podría ser algo así como Troya y Creta. Pero para el Occidente significaría más que ningún otro lugar del globo. *En Tartessos está la clave de la cultura más vieja del Occidente.* Si Tartessos fuera descubierta, quizás se cumplieran entonces las palabras proféticas de las últimas líneas de H. Zimmer, arrebatado a la ciencia en edad harto temprana. Este investigador, cuyos estudios lingüísticos han aclarado también la historia antigua de Occidente, decía así: «Existe la esperanza de que en el próximo siglo el sol del conocimiento científico se haya levantado también sobre el Occidente de Europa» (1).

---

(1) *Sitz. d. Berl. Akad.*, 1910, 1103.

N O T A

La traducción del alemán ha sido hecha por D. Manuel G. Morente y los mapas dibujados por el Sr. Lämmerer.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

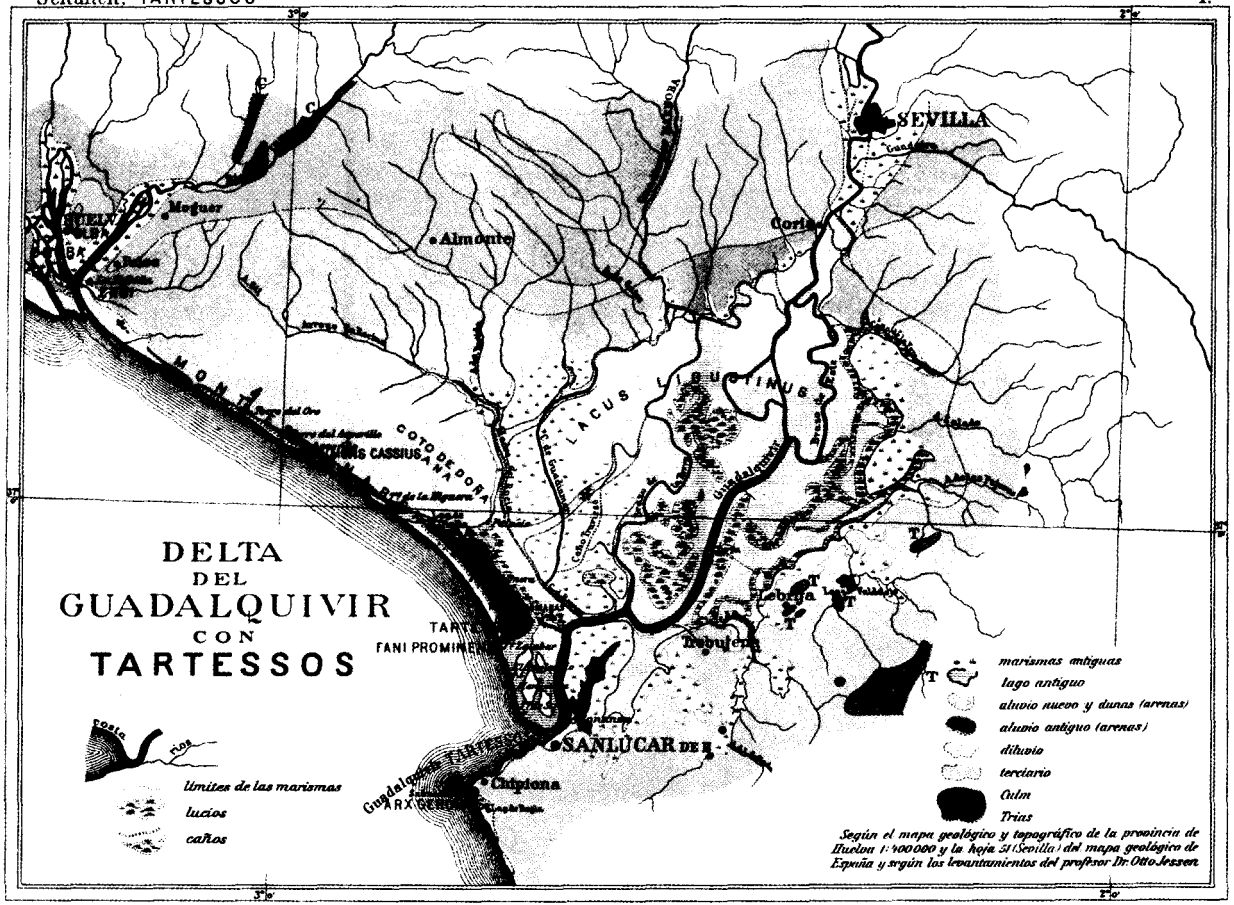
Abalus, 161.
aceite, 61.
Alalia (batalla de), 76, 88, 106, 117.
Alicante, 123.
Alonis, 122.
ámbar, 53, 160.
Ambrones, 93.
Amílcar, 124.
Anacreonte, 100.
ἀνάχυσις (estuario), 139.
Ἄορνος λίμνη, 93, 113, 181, 201.
Arenas Gordas, 202.
Argant (céltico) = plata, 89.
Arganthonios, 87, 100.
Argonautas, 97.
Aristóteles, 145.
Artemídoro, 147.
Arx Gerontis, 65, 95, 203.
Asirios y Tartessos, 40.
Atlántida (de Platón), 135.
Avieno, Ora maritima, 102.
Baetis, 36.
Baleares, 67.
Benin (en Africa), 166.
Bretaña, 159.
bronce corintio, 141.
bronce tartesio, 80, 158.
Calacticus sinus, 112.
Calipso, 181.
canales (en Turdetania), 139, 168.
canibalismo, 92.
Cartare, 60, 195, 201.
Carteia, 150.
Cassiterides, 80, 101, 115, 129.
Cassius mons, 96, 98, 202.
castas, 179.
Celtas, 88, 92, 113, 124.
Cempsos, 113.
Cerdeña, 42, 74, 114, 167.
Cervantes, 149.
Chipiona, 204.
Cilbiceni, 176.
Cimmeros, 92.
Circe, 181.
Cisnes, 162.
Coracle (curucos), 166.
Cornualles, 43, 165.
Crasso, 129.
Creta, 42, 191.
Curense litus, 71, 98.
Curetes, 71, 98.
Curucos, 166.
Denia, Dianium, 84.
Ebusus (v. Ibiza).

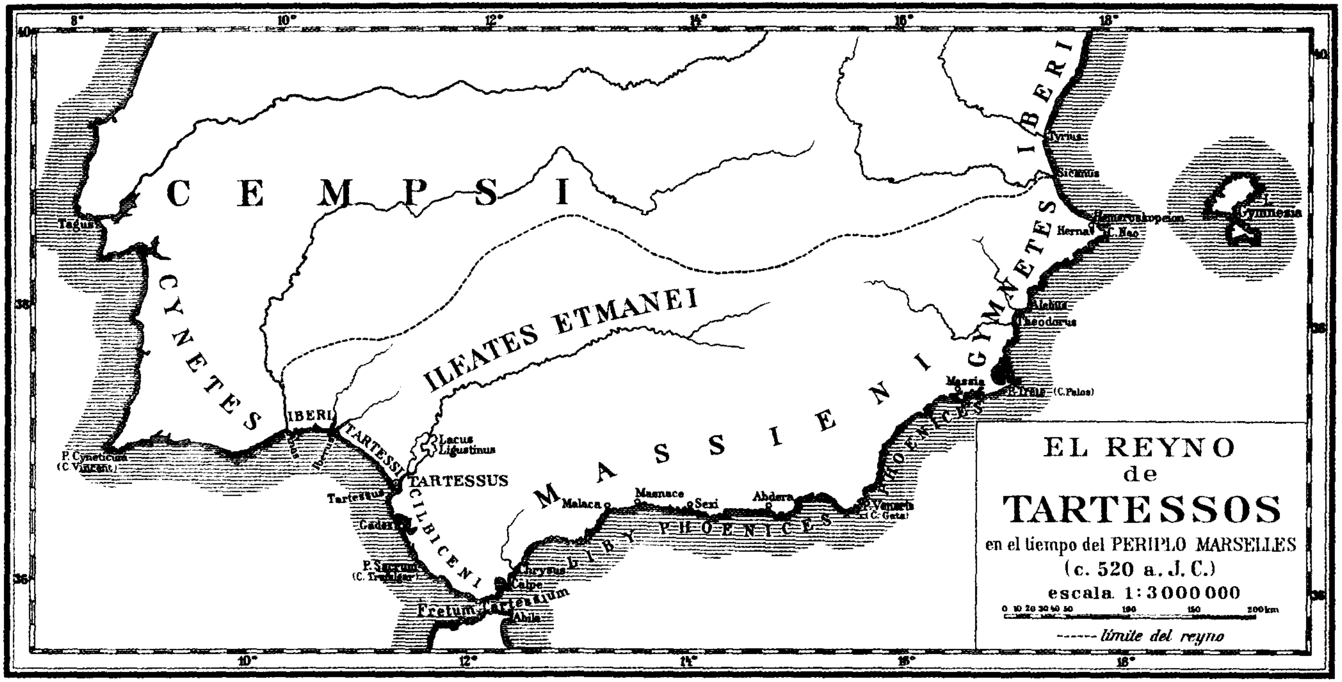
Eforos, 102, 134, 142.
Elba (río), 114, 133, 161.
Elche (dama de), 84.
electrón, 164.
Elibyrga, 111.
Emporion, 82, 108, 123.
Erbi, 93, 300.
Erídano, 114, 133, 162.
Erytheia, 68, 74, 94, 95, 133.
-essos, 44.
estaño, 39, 43, 53, 57, 80, 113, 114, 137, 164.
Estesícoro, 95.
Etiopes, 143, 172.
Euktemón, 103, 134.
Euthymenes, 106.
Ferécydes, 133.
Focenses:
arte, 84.
barcos, 86.
nombres en -οῦσσα, 85.
Gades, 41, 59, 61, 119, 121, 127, 131, 132, 133, 141, 149.
Galos, 109.
Gargoris, 71.
Garos, Garonicus, 73.
Geron, 65, 95, 99, 119.
Geryon, 66, 95, 112.
gigantes (en Tartessos), 97, 115.
Glaesaria, 161.
Glaukos, 69, 96, 99.
Gorgonas, 95, 99.
Gran Bretaña, 51, 92, 124, 130.
guerra mundial, 117.
Habis, 71.
Hannon, 166.
Hareni montes, 202.
Hecateo, 111 y ss.
Hemeroskopeion, 84.
Hércules, 63.
camino de Hércules, 85.
columnas de Hércules, 92, 127, 132.
lucha con Geryon, 94.
templo en Gades, 141.
Herna, 175.
Herodoro, 134.
Herodoto, 87, 101, 115, 133.
Hesiodo, 93.
Himera (batalla de), 119.
Himilcon, 103, 127.
Hippodamos, 82.
Iberia (al Occidente del Río Tinto), 60, 156.
Iberos, 72, 109, 186.
arte, 84, 169.
carácter, 190.
Ibiza, 118.
Ibulla, 111.
Infierno, 93.
Irlanda, 53, 165.
Kalathe, 112, 132.
Kassiteros, 57.
Κελτική, 114.
Kolaios, 79, 87.
Korbilo, 129.
Kotinussa, 86, 169.
Kyknos, 162.
Lacus ligustinus, 111, 148, 206.
león de Bocairente, 84.
Lestrygones, 92.
Leyes métricas, 171.

Λευκὴ ἄκρα, 123.
Ligures, 36, 64, 109, 111, 156, 160, 163, 187.
Λιγυστίνη πόλις, 111.
Ligustinus lacus (v. Lacus l.).
Luna (culto), 83, 134, 179.
Madera, 127.
Maenuba (río), 198.
Mainake, 81, 107, 121.
Mainoba, Mainobora, 82.
Málaga, 62, 82, 105.
Mar de Cerdeña, 114.
Massalia, 80, 105, 110, 116, 124, 129.
Mastia, 34, 122, 142.
Mastienos, 112, 142.
Mela, 148, 196.
Menace (v. Mainake).
Menesteo, 99.
Midacrito, 80.
Montaña de plata, 68, 95, 111, 208.
Murenas tartesias, 81, 133.
naves de cuero, 160, 166.
Non plus ultra, 127.
Norax, 76.
Océano, 91, 101.
Odisea, 91.
Oestrymnis, 164.
olivo, 84, 169.
olivo silvestre, 169.
Ophiussa, 86.
Oráculos, 181.
Oricalco, 136.
Palus Erebea, 93, 98, 200.
Periplo marsellés, 101 y ss.
Πέρκης (= Baetis), 35.
Píndaro, 127, 132.
Plata, 88.
Platón (la Atlántida), 135.
Polibio, 146.
Portus Menesthei (v. Menesteo).
Posidonio, 129, 147.
πύλαι Γαδειρίδες, 127.
Piteas, 116, 128, 145, 161.
Rábida (La), 200.
reyes (de los iberos), 179.
Rodas, 85, 123.
Río Tinto, 93, 201.
Ródano, 110.
Roma (tratados con Cartago), 108, 122, 124, 128.
Sagunto, 123, 124, 175.
Salmedina, 69, 174.
Salomón, 36.
Sanlúcar de Barrameda, 180.
Saltus Tartessiorum, 98.
Sarpedon, 95.
Sena (isla), 181.
Sevilla, 131.
Sexi, 60.
Siluros, 51.
Silurus mons, 51.
Sol (culto), 73, 180.
στήλη βόρειος, 144.
Sybaris, 120.
Tanais, 161.
Tarsis, 34.
Tarschisch, 33.
Tartessis, 146.
Tartessos:
ciudad, 153.
arte, 84, 169.
culto, 179.

Tartessos:
carreteras, 168.
fretum Tartessium, 86.
«Puerta de Tartessos», 86.
reyes, 87.
Saltus Tartessiorum, 71, 98.
Mons Tartessiorum, 98, 174.
murenas de Tartessos, 81, 133.
Isla, 114, 202.
gigantes de Tartessos, 115.
confusión con Gades, 133, 149.
confusión con Carteia, 150.
bronce de Tartessos, 80, 137, 141, 158.
comercio, 158.
minas, 157.
escritura, 170.
literatura, 147, 170.
Tartessos (río), 34, 110.
Tatuaje, 72.
Templos subterráneos, 181, 200.
Tertis (= Baetis), 34, 35.
Theron, 63.
Thersitai, 34.
toros de Geryon, 67, 94.
Turdetanos, 34, 125.
Turdulos, 126, 185.
Turta, 34, 126, 148.
Turtytanos, 147.
Ufa (Ife), 38, 166.
-ulus, 126.
-ussa, 85.
Vaso campaniforme, 52.
Vélez (río), 83.
Venus (estrella), 180.
Venus marina, 181.
Vineta, 215.

MAPAS


DELTA
DEL
GUADALQUIVIR
CON
TARTESSOS
SEVILLA
Almonte
Coria
Lebrija
Trebujena
SANLUCAR DE B.
Chipiona
Costa
Rios
límites de las marismas
lucios
caños
marismas antiguas
lago antiguo
aluvio nuevo y dunas (arenas)
aluvio antiguo (arenas)
diluvio
terciario
Cuba
Trias
Según el mapa geológico y topográfico de la provincia de Huelva 1:400 000 y la hoja 51 (Sevilla) del mapa geológico de España y según los levantamientos del profesor Dr. Otto Jessen.
1:400 000


EL REYNO
de
TARTESSOS
en el tiempo del PERIPLO MARSELLES
(c. 520 a. J. C.)
escala 1:3000000
límite del reyno
CEMPSI
CYNETES
IBERI
ILEATES ETMANEI
MASSIENI
GYMNETES
TARTESSII
CILBICENI
LIBYPHOENICES
PHOENICUS
TARTESSUS
Tartessus
Tagus
P. Cyneticum
(C. Vincent.)
Lacus
Ligustinus
Gadir
P. Sacrum
(C. Trafalgar)
Fretum Tartessium
Calpe
Abila
Malaca
Maenace
Sexi
Abdera
P. Veneris
(C. Gata)
Massia
P. Traete
(C. Palos)
Alebus
Theodorus
Hemeroskopeion
C. Nao
Tyrius
Sicanus
Gymnesia

ÍNDICE

Prólogo de *Michael Blech* 7

Prefacio del autor 29

I. Las referencias más antiguas 33

II. Los pre-tartesios 47

III. Tartessos y los fenicios 59

IV. Tartessos y los focences 79

V. Los viajes focenses a Tartessos reflejados en la literatura griega. El periplo marsellés 91

VI. Los cartagineses y la destrucción de Tartessos . . 117

VII. Lo que supieron e ignoraron de Tartessos las posteriores generaciones 131

VIII. La cultura tartesia 155

IX. ¿Dónde estaba Tartessos? 193

X. Conclusión 217

Nota 219

Índice onomástico 221

Mapa «Delta del Guadalquivir con Tartessos» . . . 227

Mapa «El Reyno de Tartessos» 229

Se terminó de imprimir
Tartessos de Adolf Schulten
el día 26 de julio del año
2006